

14  
DAD A  
CIÓN C

LA  
AMERICANA

PQ2392

.S6

A5

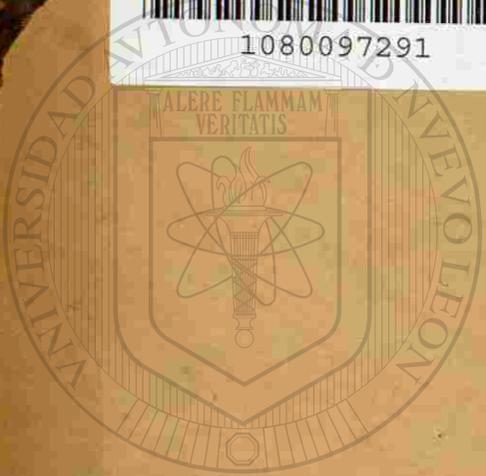
1892

c.1

86-3



1080097291



863  
Francisco Lopez

Roberto Treviño

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

339  
635

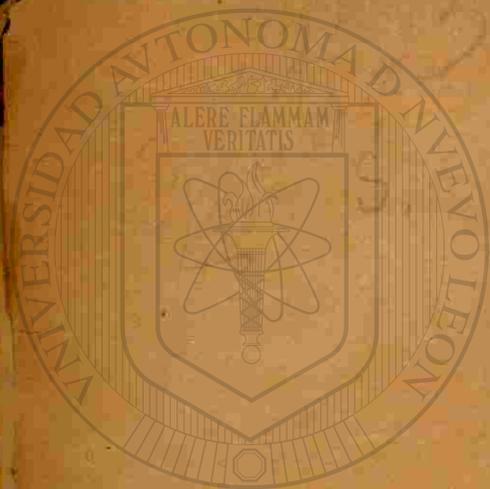
EDICIÓN DE "LA PATRIA"

# LA AMERICANA.

(Continuación de El Sargento Renaud.)

por

P. SALÉS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO  
TIP., LIT. Y ENCUADERNACION LE I. PAZ,  
(2.º del Relox, 4.) calle N. 7, núm. 127.

1892

33064

PQ2392  
56  
A5



BMU Raúl Rangel Frías  
UANL  
FONDO  
A. L. PÚBLICA DEL ESTADO

13066

aquella familia americana por un atrevido jóven que fué á pedirle noticias, manifestó, sin ningún misterio, que recibia de su correspondiente en New-York las órdenes y el dinero necesario para la construcción del hotel, y que nada sabia con relacion á los propietarios; pero añadió con una grata sonrisa que le prestaba cierto aire de hombre bonachon:

—Deben de ser excesivamente ricos, querido jóven, pues tengo muy recomendado no escatimar nada. Y deben serlo bastante.

No se necesitó más para dar acicate a la curiosidad de los ociosos.....

Una mañana, detrás de la berja que cerca el hotel causa de tanto devaneo, parados delante de la escalinata y sujetos por un criado y por un pequeño é irreprochable lacayo, aparecieron dos caballos ingleses, uno de ellos de pura raza.

Algunos momentos más tarde, dos señoras con traje de montar, se presentaron en lo alto de la escalinata, dieron algunas órdenes y cabalgando despues cual consumadas amazonas, se dirigieron hácia el bosque seguidas de su diminuto *groom*, montado sobre un enorme caballo.

Los dueños de la finca se habian instalado ya en ella.

La llegada de nuevos personajes, es siempre una novedad muy notada de los que fre-

cuentan por la mañana el bosque de Boulogne, y constituye un acontecimiento que toma grandes proporciones, cuando como ahora, los personajes son dos damas, vestidas con esos trajes tan correctos y elegantes que confeccionan de un modo magistral los sastres ingleses y franceses, sobre todo, éstos últimos, á quienes no se les puede negar un exquisito gusto. Y si tales amazonas montan caballos de gran valor, y si las dos ó una de ellas es una hermosa jóven, es decir, un buen partido, la novedad se convierte en excitado deseo, y los trabajos de investigacion comienzan con escrupuloso cuidado para saber hasta por céntimos el capital de que disponen.

Y no debe extrañar eso en una tan populosa ciudad, centro del mundo entero. Hay siempre en el bosque de Boulogne muchos jóvenes elegantes, educados á la alta escuela, ó sea en el ocio y en la molicie, *comme il faut*, que, no teniendo dinero, están dispuestos á cambiar su título, más ó menos importante, por una cuantiosa dote; siendo de advertir que no pocos de estos desgraciados, no hallando á tiempo lo que buscan, caminan de degradacion en degradacion, de vicio en vicio, de crimen en crimen, hasta llegar á Mazas, y desde Mazas á Cayenne ó á dar qué al hacer célebre verdugo de Paris.

En el período, como si dijéramos de venta

de estos abyectos seres, las americanas tienen el don de despertar todas sus codicias, y se llenan el cerebro de ilusiones referentes á administrar riquísimas minas de oro, de piedras preciosas, de petróleo, ó bien á disponer de luengas líneas de ferrocarriles.

Como es consiguiente, una vez presentadas en el paseo predilecto de los parisienses las dos señoras habitantes del precioso hotel, objeto de tanta curiosidad, la juventud elegante no hablaba por la noche en los círculos más que de las dos americanas, y se sabian ya sus nombres porque Baradoux, agobiado por incesantes preguntas, habíase decidido por fin á dar algunos detalles.

Una de ellas se llamaba mistress Dickson, y la otra miss Edith. Mister Dickson, marido y padre respectivamente, no las habia acompañado, porque sus negocios le tenian obligado á permanecer en América. En cuanto á su fortuna, no era á nadie dado saber á punto fijo á cuánto ascendía, porque no era posible calcular los años que aún estarían dando oro sus minas de California. Acababa, además, de adquirir en el Brasil la concesion de un criadero de diamantes, y esto lo exigía ir á vigilar las obras de exportacion, así como le impelia ya la necesidad de comenzar á construir, pues vencía el compromiso contraído, una ex-

tensísima vía férrea que atravesara la América del Sur.

Los moradores del hotel á que nos hemos referido, eran riquísimos, y podían gastar sin cuentas ni cálculos.

Al día siguiente, al dar un matinal paseo, hallaron muchas miradas llenas de curiosidad, de codicia y de afanes.

Anduvieron largo tiempo con aire desdeñoso, no pareciendo preocuparse más que de la hermosura del paisaje, y por la noche se les vió en la Ópera, en un palco principal que el señor Baradoux había tomado en secreto para ellas ocho días antes.

En un entreacto el banquero fué á hacerles una visita, y les dijo que habían alcanzado un éxito grandísimo. La americana se sonrió con ironía, diciendo:

—Tenía razón mi marido: los parisienses son, pues, tales como él me los había descrito.

—Si no variáis la regla de conducta que os he fijado, de acuerdo con Mr. Dickson, repuso Baradoux, os respondo del éxito más completo que hayáis podido soñar.

Miss Edith no se mezclaba en las conversaciones que tenía su madre con el banquero; estaba entregada por completo al placer de lucirse, de que admirasen sus hombros, algo gruesos para una jóven; pero de deslumbradora blancura, y se gozaba en su orgullo,

pensando que era el punto de mira de todos los anteojos.

—Vamos, pequeña, le preguntó su madre cuando estuvieron en el coche, ¿sientes haber dejado á New York?

—No. Paris es decididamente una ciudad que me conviene, respondió la jóven.

Pocos días despues, las dos mujeres tuvieron un *palco segundo* en el teatro Francés, pues, á pesar de toda su habilidad, Baradoux no pudo encontrar otro mejor, porque todos los demás estaban ya tomados para toda la temporada.

Las americanas, como se les llamaba, produjeron la misma sensación en el teatro Francés que en la Ópera y que en el bosque de Boulogne, sucediendo lo propio en todos los sitios elegantes en donde se presentaron; en las primeras representaciones, en las exposiciones de los círculos, en los concursos hipicos que acababan de abrirse y en cualquier punto, pues cuidaban mucho de no concurrir sino en los días indicados para las citas de la aristocracia.

Iban á todas partes cual si fueran parisienses experimentadas, haciéndose las desdeñosas, aparentando no dar importancia á las relaciones que hubieran podido crearse fácilmente desde su llegada, no recibiendo á nadie, ni cometiendo ninguna escencia y obligan

do de este modo á las personas más desconfiadas respecto á los extranjeros, á reconocer que eran señoras dignas de la más respetuosa consideracion.

Pero en honor de la verdad, si se producian de un modo tan correcto, es porque seguian ciegamente las lecciones del señor Baradoux, que era uno de los zorros más taimados y conocedores de la vida parisiense.

Pequeño, regordote, con patillas entrecanas, tenia todas las apariencias de un hombre astuto, y procurando tomar siempre cierto aire bonachon, el tal banquero habia estudiado perfectamente la sociedad elegante y vivia de ella con una habilidad consumada.

Tan amable para los negocios como sin piedad para los cobros, habia prestado dinero á casi todos los jóvenes que forman parte de la bohemia dorada y que tienen la pretension de vivir la vida de los habitantes del barrio de San German.

Era cosa corriente llamarle "el banquero del gran mundo;" pero él, de carácter frio, muy escéptico y que estimaba las cosas en su justo valor, sabia muy bien que no habia penetrado nunca en la esfera social que le atribuian y no dejaba de conocer que todos los jóvenes y todas las familias á quienes prestaba dinero, formaban sencillamente un grupo numerosísimo, que solo existe en Paris, y á

quien podria llamarse el *demi-monde* de la alta sociedad. Un grupo heterogéneo compuesto de una infinidad de individuos salidos de distintas órbitas, que pululan con un farrago de títulos retumbantes y quienes olvidan muy á menudo el Código de honor para obedecer á las exigencias de la elegancia.

M. Dickson habia conocido á Baradoux en un viaje que habia hecho tiempo atrás á Paris por haber tenido que recurrir á él para la cobranza de ciertos créditos algo dudosos, y la habilidad que desplegó el agente en aquella circunstancia, le grangeó la admiracion del americano.

Así es que cuando éste resolvió lanzar sobre Paris á su mujer y á su hija, las confió al banquero revelándole á medias sus proyectos y ofreciéndole una buena parte en los beneficios, si aquellos salian á medida de sus deseos.

Baradoux, por lo tanto, no deseidaba nada que pudiera contribuir al mejor éxito.

Iba casi todos los dias á ver á mistress Dickson instruyéndola poco á poco en los misterios de la vida parisiense y dictándole con minuciosidad cuanto habia de hacer.

La madre le obedecia ciegamente; pero experimentó alguna dificultad para conseguir lo mismo de Miss Edith.

Esta se encontraba ya aburrida y muy dis-

gustada con la reserva á que la obligaban. El tiempo se le hacia muy largo; un mes ya en Paris sin haber tomado parte aún en ninguna fiesta, en ningún baile y sin haber recibido los homenajes de uno ó de varios de aquellos jóvenes que la miraban con tanta insistencia en el bosque ó en el teatro.

Su padre la habia dicho:

—El señor Baradoux te presentará en los más aristocráticos salones de Paris.

Y ninguno se habia abierto todavía para ella.

Miss Edith sentia en el más alto grado el deseo de que la cortejasen, de pasar las noches en el baile, de valsar ó más bien de *bostonear*, como ella decia, aludiendo á la danza que, tomando el nombre de la ciudad de Boston, en donde se habia inventado, era muy popular en América. Miss Edith, repetimos, no se hallaba bien sin andar del brazo de elegantes jóvenes, y sin beber alguna que otra copa de *champagne* en medio de un círculo de adoradores, á los que, á pesar de todo, no hubiera concedido sino sus más desdenosas sonrisas, pues en verdad no experimentaba la necesidad de ser amada, porque su corazón seco, estaba cerrado á todo sentimiento de amor, como no fuera para sí misma. Su nacionalidad la hubiera permitido entregarse á una existencia libre ó independiente y á esas mil

escentricidades que se tachan en las europeas; pero que se hallan muy naturales en las americanas..... mas el señor Baradoux la recomendaba que fuere cuerda, dulce, modesta é intachable en su conducta, repitiéndola sin cesar:

—¡Paciencia, señorita! No es el vinagre el más á propósito para coger moscas.

Para el banquero las moscas eran los parisienses y el vinagre los modales escéntricos y las excesivas libertades.

Y añadía con cierta finura.

—El modo de ser de vuestras compatriotas no está ya en moda. Los parisienses se divierten con ello, pero nada más, y me parece que habeis venido aquí con otro objeto más sério.

Miss Edith se inclinaba ante las observaciones de Baradoux, pues en efecto, su padre la habia mandado á Paris para cosa más grave, y profesaba este un cariño bastante grande, cariño que guardaba relación con el mucho dinero que habia gastado siempre con su hija y con el que acababa de gastar para instalarla en Paris.

Amaba á su madre, pero con moderación.

Cinco ó seis semanas despues de su llegada á la capital de Francia, una noche en que Miss Edith se hallaba más contrariada que de

costumbre, Saturnino Baradoux se presentó triunfante en la morada de mistress Dickson.

—Creo, dijo á las dos americanas, que hemos excitado bastante la curiosidad de los parisienses y que ya es tiempo de que demos un paso hácia adelante.

Y al decir esto, entregó á Miss Edith un trozo de cartulina que ostentaba un escudo.

—¡Oh! una invitacion para una *Kermesse*, exclamó con alegría la jóven..... Cuánto tiempo hace que estaba yo deseando asistir á una de estas fiestas de caridad!

—Algunas ha habido desde que habeis llegado, señorita, y hubiera yo podido ciertamente hacer que asistierais; pero para esto hubiera sido preciso que pidiera una invitacion que tal vez no me hubieran concedido, mientras que con paciencia hemos conseguido que nos la mandasen sin pedirla.

—Y es de la baronesa de Vauchelles, dijo con orgullo Edith, de esa señora tan linda....

—Cuyos trajes admirais.

—¿La que ocupa el tercer palco se halla á la derecha del nuestro en la Opera?

—La misma.

Edith abrazó á su madre exclamando:

¡Ah! mamá ¡qué contenta estoy!

Mistress Dickson preguntó con una calma imperturbable:

—¿Es una señora honrada?

—¡Oh! ya lo creo. ¿Tiene su domicilio en el barrio de San German y se trata con toda la aristocracia! replicó Baradoux.

Después dió á las dos mujeres sus instrucciones respecto al modo de conducirse en aquella fiesta, y lo hizo con la seriedad de un catedrático explicando ante sus discípulos, cuidando al mismo tiempo de darles los nombres de las vendedoras á quienes habian de comprar mucho y el de aquellas de quienes habian de hacer poco caso.

El dia de la venta, Baradoux fué á examinar el tocado de Edith y la hizo variar de sombrero, porque el que tenia puesto le pareció demasiado llamativo; en cuanto al traje, que era sencillo, de color de café y de la tela llamada velo de religiosa, nada halló que reprochar.

Recomendó la mayor prudencia á mistress Dickson y á ambas mujeres se fueron á la sala llamada de "Alberto el Grande."

Ha sido en aquel dia allí una venta muy concurrida á beneficio de los pobres huérfanos de Bretaña; pero muchos parecían que para nada se acordaban de los tales huérfanos ni las vendedoras ni los compradores, pues aquellas no pensaban más que en eclipsar á sus rivales en hermosura, en lujo y en la cantidad de dinero que recogian, mientras que estos no se ocupaban más que de usar del de-

recho que les concedía el gasto que hacían, de mirar, de echar flores y de cortejar á las más lindas vendedoras. Esto es lo que sucede en todas las ventas de caridad.

La entrada de las dos americanas en aquella vasta sala produjo sensación, pues era la primera vez que asistían á una de las fiestas del gran mundo.

La baronesa de Vauchelles las estaba acechando, porque su marido, informado por Saturnino Baradoux, la había advertido que no tendría más que manifestarse amable con ellas para obtener una buena ofrenda para los huérfanos.

Mistress Dickson y su hija atravesaron muy despacio la sala de Alberto el Grande, gozándose en su triunfo; pero ocultando su alegría bajo una bien simulada indiferencia.

Temiendo que alguna rival se apoderase de ellas, la baronesa de Vauchelles dió dos ó tres pasos á su encuentro, y todo el mundo se detuvo en su alrededor para examinarlas y oír las mejor.

Mistress Dickson aparecía llena de dignidad y Edith se asemejaba perfectamente á una de esas niñas educadas con mucha severidad y que nunca se han apartado del lado de su madre.

—¿Es á la señora Dickson á quien tengo

el honor de hablar? dijo la baronesa de Vauchelles inclinándose.

—¿Y yo á la señora baronesa de Vauchelles?

Habiéndose ellas mismas hecho una mútua presentación, se dirigieron despues algunos cumplidos.

—¡Ah! señora, dijo la baronesa, os agradezco infinito el que hayáis acudido á mi invitación.

—Señora, respondió la americana, no puedo acordarme de esos pobres huérfanos por quienes tanto os interesáis, sin sentirme profundamente enternecida, y os doy un millón de gracias por ayudarme á ofrecerles mi óbolo.

Y sacó un bolsillito de filigrana de oro.

—Escoged entre estos objetos, señora, el que más sea de vuestro agrado, dijo la baronesa, indicándole con la mano su escaparate.

—Me han asegurado, baronesa, que venderíais algunas prendas confeccionadas por vuestras manos.

—En efecto, señora, aquí tenéis un almohadón bordado por mí, replicó la de Vauchelles enseñando la obra de una pobre jornalera á quien pagaba para trabajar en cosas que pasaban despues por ser obra suya.

—¡Oh, qué bonito es! exclamó Edith; tenéis manos de hada, señora, pues es imposible bordar con más primor.

*Viva México*

Y durante un cuarto de hora, madre é hija se extasiaron delante del supuesto trabajo de la baronesa, quien á la vez explicaba el modo de confeccionar aquel bordado é indicaba el almacén en donde habia comprado el dibujo, las sedas de colores tan preciosos y tan bien combinados, que hacían que aquel almohadón pareciese uno de los tan ponderados como complicadísimos trabajos de las antiguas castellanas.

—Y lo vendo muy barato, añadió, pues lo doy en doscientos francos.

—Los huérfanos tienen derecho de ser más exigentes, replicó la americana abriendo su bolsillo y sacando un billete de quinientos que entregó á la baronesa.

—Gracias en su nombre, dijo ésta con amable sonrisa.

Edith escogió un sortijero y dió por él cien francos, mermando en dicha cantidad el dinero de sus economías.

Después, madre é hija se alejaron, pues Baradoux las habia encargado que no se prodigarán mucho; pero se detuvieron, sin embargo, delante de las tiendas indicadas de antemano por el banquero, que estaban asistidas por personas influyentes; estas eran dos marquesas, una duquesa y una condesa. Mistress Dickson invirtió todavía, con destino á los

pobres huérfanos, otro billete de quinientos francos.

—No gastéis más que mil francos, le habia dicho Baradoux; esto es suficiente para que hablen de vos.

Y en efecto, se ocuparon mucho de ellas y las competidoras de la baronesa de Vanchelles, envidiando los seiscientos francos que le habian entregado las americanas, fueron á preguntarla de qué conocia á aquellas señora Dickson.

La baronesa contestó que su marido era quien las habia invitado, y no sabia más sino que eran muy generosas.

Preguntaron entóncos al baron, quien contó ingénuamente cuanto le habia dicho Baradoux respecto á la familia Dickson.

Afirmó que el marido de la neoyorquina era el último descendiente de una noble familia inglesa establecida en el territorio norteamericano en los tiempos que éste era todavía una colonia perteneciente á Inglaterra; que sus abuelos habian combatido gloriosamente por la independencia de aquel país, lo que es sabido constituyo una especie de nobleza en América. Los Dickson eran, pues, ilustres, casi nobles y además muy ricos; por lo tanto, merecian ser tratados con la mayor consideración por la sociedad parisiense. Habíase podido notar tambien cuán poco se pa-

recia miss Edith á sus compatriotas, que divertían á todo el mundo con sus excentricidades y que la madre era una señora digna de gran aprecio. En cuanto al señor Dickson, le aseguraban que tan luego como se le llegara á ver, nadie podría dejar de admirar su hasta inteligencia, su sorprendente actividad en los negocios y su generosidad.

Ocho días despues debía de verificarse en la misma sala de Alberto el Grande otra venta á beneficio de las viudas de marineros.

La baronesa de Vauchelles formaba parte de aquella sociedad, lo mismo que de la de los huérfanos de Bretaña y de otras muchas, útiles sobre todo para los que forman parte de ellas, porque les permiten manifestarse, hacer ruido y obligar á los periódicos á elogiarles y á hacer públicos sus nombres.

La presidenta de la sociedad de socorro para las viudas de los marineros, pensó que miss Dickson sería un gran atractivo para esa juventud dorada, que á cambio de su dinero gusta de ver bonitas vendedoras; y la baronesa de Vauchelles fué la encargada de pedir á mistress Dickson la autorizacion para que su hija ocupase una de las tiendas de la sala de Alberto el Grande.

Baradoux, consultado sobre la conveniencia de aceptar aquella invitacion, respondió

que sí resueltamente, pero se dijo para sí mismo:

—¡Los parisienses serán siempre lo que mismo!

*Una Mexicana*

## II.

### MISTERIOS DE LA VIDA.

¡Aparecer como vendedora en una fiesta de caridad, ofrecer sonrisas y flores en la tienda que la habian asignado, hacer ostentacion de su persona delante de los elegantes jóvenes que de continuo la perseguian con sus miradas, rivalizar en hermosura y en lujo con todas aquellas damas que celebran á cada instante los periódicos!.....Edith estaba fuera de sí de gozo, y de buena gana hubiera abrazado al señor Boradoux para darle las gracias por sus acertados consejos.

Grandes eran los preparativos en el hotel; se celebraban largas conferencias con la modista; se hacian estudios delante de los espejos para aprender á presentarse convenientemente en el mostrador, y sonreírse de un mo-

recia miss Edith á sus compatriotas, que divertían á todo el mundo con sus excentricidades y que la madre era una señora digna de gran aprecio. En cuanto al señor Dickson, le aseguraban que tan luego como se le llegara á ver, nadie podría dejar de admirar su vasta inteligencia, su sorprendente actividad en los negocios y su generosidad.

Ocho días despues debía de verificarse en la misma sala de Alberto el Grande otra venta á beneficio de las viudas de marineros.

La baronesa de Vauchelles formaba parte de aquella sociedad, lo mismo que de la de los huérfanos de Bretaña y de otras muchas, útiles sobre todo para los que forman parte de ellas, porque les permiten manifestarse, hacer ruido y obligar á los periódicos á elogiarles y á hacer públicos sus nombres.

La presidenta de la sociedad de socorro para las viudas de los marineros, pensó que miss Dickson sería un gran atractivo para esa juventud dorada, que á cambio de su dinero gusta de ver bonitas vendedoras; y la baronesa de Vauchelles fué la encargada de pedir á mistress Dickson la autorizacion para que su hija ocupase una de las tiendas de la sala de Alberto el Grande.

Baradoux, consultado sobre la conveniencia de aceptar aquella invitacion, respondió

que sí resueltamente, pero se dijo para sí mismo:

—¡Los parisienses serán siempre lo que mismo!

*Una Mexicana*

## II.

### MISTERIOS DE LA VIDA.

¡Aparecer como vendedora en una fiesta de caridad, ofrecer sonrisas y flores en la tienda que la habian asignado, hacer ostentacion de su persona delante de los elegantes jóvenes que de continuo la perseguian con sus miradas, rivalizar en hermosura y en lujo con todas aquellas damas que celebran á cada instante los periódicos!.....Edith estaba fuera de sí de gozo, y de buena gana hubiera abrazado al señor Boradoux para darle las gracias por sus acertados consejos.

Grandes eran los preparativos en el hotel; se celebraban largas conferencias con la modista; se hacian estudios delante de los espejos para aprender á presentarse convenientemente en el mostrador, y sonreírse de un mo-

do especial para excitar á los compradores sin merecer censura alguna.

Despues hubo que hacer una visita á la baronesa de Vauchelles, es decir, una primera entrada en aquel gran mundo, que las americanas ardian en deseos de conocer y de brillar en él.

Los días que faltaban para la fiesta los pasó como en un sueño, y cuando en su tiendecita, se vió Edith coquetamente engalanada, con un traje Luis XV de color rosa pálido, con florecitas azules, y rodeada por un enjambre de jóvenes que se disputaban las flores que vendian, arrojando montones de oro para ver su sonrisa, la jóven se enorgulleció y creyó haber conquistado todo Paris.

El éxito que tuvo fué prodigioso: vendió rosas por valor de tres mil francos, y como su madre le habia dado quinientos, entregó con orgullo en la caja de la sociedad tres mil quinientos, suma tres ó cuatro veces mayor que ninguna de las que habian presentado sus competidoras.

Por la noche en presencia de Saturnino Baradoux, Edith contó hasta los menores incidentes de aquel día, que misirra Dickson habia presenciado y saboreado con gran contentamiento desde uno de los rincones de la sala de venta. El banquero se sonrió con malicia, diciéndo:

—Ya está hecho. Podeis escribir al señor Dickson que os habeis apoderado del Paris elegante, advirtiéndole además que ya no se trata de otra cosa que de dirigir bien las maniobras.

Y se retiró, repitiendo su frase favorita:

—¡Oh, estos parisienses serán siempre lo mismo! Un francés ha de hacer lo más inverosímil del mundo para atraérselos y nunca llegaria á conseguirlo; pero en cambio un extranjero se presenta, no se prodiga demasiado, gasta no mucho, si bien con habilidad, y hete aquí que se dejan seducir mansamente. Mi comision está ya medio ganada.

Despues de aquella venta de caridad, la estacion de los baños de mar sirvió admirablemente en sus propósitos á las dos americanas.

Baradoux las mandó á Trouville, en donde halláronse con la princesa de Zerán, la baronesa de Vauchelles y otras muchas elegantes que estaban deseando admitirlas en su intimidad. Sentaron tan bien los piés en aquellos salones, que á su vuelta á Paris formaban definitivamente parte de ese mundo que se divierte, que mete ruido, de esa sociedad, en fin, cuyas menores acciones ocupan á todo Paris.

Edith habia inspirado muchas pasiones. Habia desafiado en Trouville á los más audaces nadadores, así como á los más infatigables bailarines, y se mostraba siempre escoltada

por un pequeño batallón de adoradores, tratando á todos con mucha sutileza, sin conceder á uno más confianza que á otro. Podían acusarla de coquetería, pero no de ligereza.

Algunos se habían arriesgado á pedir la mano de la hermosa americana; pero todos habían sido rechazados con mucha finura por la madre, conservando, sin embargo, su amistad, después de los informes tomados por Baradoux.

Cuando un joven confesaba, manifestando grande amor, á mistress Dickson que los encantos de Edith le habían seducido, aquella pedía algunos días de reflexión y sometía el asunto al parecer del banquero.

Este respondía invariablemente:

— Ese vizconde..... este marqués..... ó aquel joven príncipe..... son, señora, personas que viven trampeando y que no ven en vuestra hija más que la gran fortuna que creen teneis y que despilfarrarian tan alegremente como lo han hecho con la suya. Me parece que esto no es lo que desea el señor Dickson; sin embargo, no los rechazéis demasiado bruscamente, porque su discreto cortejo excitará la envidia de los que piensan con seriedad en casarse. Miss Edith los maneja con mucha maestría y sin comprometerse.

Así es que cada uno de los que eliminaban, en vez de ser enemigos de la joven neoyorqui-

na, aumentaba al contrario, sus guardias de honor, como los llamaba ella, y daba un precio extraordinario á su mano que negaba con tanta tranquilidad.

No se puede comprender el efecto que produce una frase como esta:

— ¡Ha rehusado casarse con un marqués, con un duque, con un príncipe!

Edith aceptaba todos los homenajes con la conciencia de que los merecía por su hermosura, por su gracia y por su talento; pero su madre no abrigaba la misma convicción; le parecía que todo lo que sucedía era un delicioso sueño y que el menor incidente podía desvirtuar para siempre la felicidad de su existencia.

Cuando, por casualidad, se dejaba ella también llevar del orgullo, su ilusión duraba poco, pues la primera carta que recibía de su marido bastaba para desvanecer el encanto, y entonces murmuraba:

— ¡Dios mío, si supieran quiénes somos!

Y pensaba en su verdadera historia, que tiempo es ya demos á conocer en todos sus detalles, á fin de mostrar la razón que asistía á Saturnino Baradoux para burlarse de la facilidad con que los parisienses habían acogido á las extranjeras.

Cuando mistress Dickson se encontraba en un salón en medio de una elegante sociedad

y veía á su hija rodeada de sus guardias de corps como una reina, su pensamiento se volvía veinte años atrás y se fijaba en una pequeña posada establecida entonces en el Connecticut, posada aislada, poco concurrida, y delante de cuya puerta estaba siempre una criada jóven y gallarda esperando á los viajeros.

Aquella sirvienta era ella, la bella mistress Dickson, á quien los salones parisienses se disputaban hoy, y la pequeña posada del Connecticut era la casa en donde habia pasado su vida desde la edad de quince años.

En aquella época se llamaba Margaret, Margaret y nada más, puesto que no conocia á sus padres.

No pensaba entonces ni en las hermosas casas de la avenida del Bosque de Boulogne, ni en los bonitos coches, ni en la Opera, ni en las ventas de caridad, pues hasta ignoraba que tales cosas existiesen. No pensaba más que en su trabajo y en cuidar bien á los viajeros para que no olvidasen darla propina.

Un día en que la posada estaba sin gente y en que á ningun huésped se esperaba ya, el posadero y su mujer se fueron á la ciudad para renovar sus provisiones, Margaret se quedó sola.

Cuando llegó la noche y se estaba disponiendo cerrar la puerta, tres hombres se presentaron y pidieron de comer. Habian llega-

do en un cochecito, que uno de ellos colocó debajo de un techado, mientras que Margaret alcanzaba un haz de eno para el caballo.

Después sirvió un jarro de cerveza á los recién llegados y empezó á prepararles la comida.

Por la puerta entreabierta de la cocina podía mirarlos, ó más bien examinar á uno de ellos, que era jóven, de faz hermosa y de aspecto enérgico.

Los otros dos se aproximaban á los cuarenta años, y Margaret los clasificó pronto en la categoría de vendedores ambulantes, única clientela de la posada.

Cuando pasó al comedor, en donde estaban sentados al lado de la mesa, vió una caja bastante grande, dividida en numerosos cajoncitos, cajas de que se sirven los plateros nómaditas de todos los países del mundo, y que los dos hombres de más edad habian colocado entre ellos. El jóven, sentado enfrente, hacia algunas cuentas, mientras que los demás bebían.

Aquel jóven habia hecho una impresion tal en Margaret, que no podia apartar de él los ojos. Muy á menudo veía en la posada viajeros que con su varonil hermosura la seducian; pero reduciase todo á servirlos mejor que á los demás, á ganarse una buena propina y una caricia en la mejilla; esto constituía su alegría en medio de la uniformidad de su vi-

da de trabajo. Nunca la influencia de hombre alguno habia sido en ella tan fuerte; sentia que aquel jóven no estuviera solo para prepararle una comida más fina, una botella de viejo pale ale y exquisitos cigarros, que conservaba para las buenas ocasiones.

La conversacion que los tres hombres sostenian, le hizo comprender que los dos más ancianos estaban asociados y que el jóven les habia procurado algunos negocios, por lo que iba á cobrar una comision, cuya suma estaba haciendo en aquel momento.

—¡Muchacha! dijo uno de ellos.—¿Y la comida?

—Tened un poco de paciencia, señores; habeis llegado muy tarde, respondió Margaret sin turbarse.

—Pues mientras la estás preparando, danos una habitacion con dos camas y tomaremos posesion de ella.

La criada los condujo al primer piso y los dos socios llevaron consigo la caja de las alhajas.

El jóven se habia quedado solo en el piso bajo.

Cuando Margaret volvió á bajar, fijó en él una tierna mirada; él tambien la miró y dijo:

—¡Hermosa muchacha!

Ella desapareció, rutilándose, por la puerta de la cocina y se colocó delante de las hor-

nillas vigilando la comida, meneando las salsas y pensando en el hermoso viajero que allí estaba. De repente le sintió á su lado y volviendo la cabeza, recibió un beso en la mejilla.

—¡Vaya una audacia! exclamó.

Pero en seguida, sintiéndose lisonjeada, repuso:

—¡Tened cuidado! Si los demás bajasen...

—¡Bah! replicó el jóven, lo ménos les falta una hora para instalarse, ¡tienen tanto miedo de que los roben!..... ¿Cómo te llamas, hermosa niña?

—Margaret. ¿Y vos?

—¿Yo? ¡Yo no tengo nombre para tí; soy un transeunte y nada más; pero puedo dejarte un bonito recuerdo de mi paso por aquí!

—Pronto empezáis las galanterías, señor mio.

—No se trata de eso, graciosa.

La fisonomía del viajero habia perdido su gentil expresion; su mirada se habia hecho dura y sus lábios se contraían.

—Hablemos bajo, pronto y bien, dijo:

—¿Qué queréis?

Dominaba él á la muchacha con la mirada, ejerciendo el poder del ser fuerte sobre el débil y ella sentía en su alma que si la daba una órden, la ejecutaría sin discurrirla.

—Creo que vamos á entendernos princesa,

contestó el viajero.—¿Cuánto ganas aquí al año?

—Cien pesos, caballero.

—Es muy poco para una muchacha tan linda.

—Tengo también muy buenas propinas.

—¿Y á cuánto ascienden éstas, querida?

—Un año con otro á cincuenta pesos.

—De modo que son ciento cincuenta al año; ¿te avienes á ganar doscientos en una noche?

El ofrecimiento pareció tan bello á Margaret, que preguntó ingénnamente:

—¿Supongo que no me propondeis un robo?

Su imaginación estaba imbuida con esa multitud de historias de ladrones que tienen por teatro las posadas.

—¡Robar! exclamó el viajero con soberano desprecio.—¡Robar! ¿Para qué?

Y se echó á reir.

—¡Ah, ah! hermosa mía, porque acompaño á esos plateros ¿has creído?.....

La joven confesó que sí con una señal de cabeza y la risa del viajero redobló.

—Es mucho más sencillo, querida. ¿Estamos solos aquí, no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Cuándo vuelven los amos?

—Mañana.

—¿Tu virtud es acaso muy grande?

—¡Oh!.....exclamó Margaret.

E hizo un movimiento para alejarse.

—¡Vaya, vaya! no os enfademos, hermosa. Nada grave se os mandará. ¿Hay buen *whiskey* en la cueva?

—Ya lo creo, como que tiene veinte años.

—Nos servirás una botella despues de comer. ¡Ah! que la comida tenga muchas especias.

—¿Y despues, señor?

—No seas mala Margaret, así me gustas más y ten presente que doscientos duros son buenos de tomar. Aquí tienes la mitad..... te entregaré lo restante ántes de la media noche.

—¡Ah! ¡qué tentación! murmuró ella.

El la entregó el dinero, y Margaret se lo embolsó con presteza.

—¿Qué tendré que hacer? preguntó con tono sumiso.

Despues que bebamos algunas copas de *whiskey*, vendrás á dar vueltas por la sala. Los dos plateros son bastante atrevidos, tienen la manía de bromear con las muchachas de todas las posadas; pero te aseguro que no pasan de ahí.....

—No es á ellos á quien permitiría yo que se desmandasen, dijo Margaret lanzando una tierna mirada á su interlocutor.

—Ni yo tampoco, graciosa, replicó el joven dándole un beso en la frente.

Desde aquel momento Margaret quedó sometida; el misterioso viajero no tenía más que mandarla, que de seguro obedecería.

—Permitirás, pues, que te galanteen, continuó diciendo, y hasta los provocarás, si es preciso..... pero creo que no tendrás necesidad de apelar á ese recurso; despues, cuando sales vaya trastornando algo la cabeza, y veas las cartas sobre la mesa.....

—¿Me marcharé?

—¡Marcharte, Margaret! ¡Marcharte en el momento en que tanto necesitaré de tus hermosos ojos!..... Estos hombres son muy jugadores, y me han ganado grandes cantidades; es nuestra única distraccion, y en verdad que no es justo que unos ricachones como ellos se lleven el dinero de un pobre diablo como yo, tanto más, cuanto que deben de entenderse para despojarme.....

—¿Lo creéis así?

—Cierto estoy de ello.

—¿Y quereis tomar vuestra revancha?

—¿Hago mal acaso?

Margaret se sonrió con malicia. ¡Tantas cosas habia visto sirviendo en las posadas!

—Mas yo no puedo jugar, dijo.

—Claro es que nó; pero como aquellos viejos querrán que estés á su lado, te será fácil

mirar sus cartas, y moviendo la mano izquierda, me dirás si tienen oros y copas, y moviendo la derecha si son dueños de espadas y bastos.....

Margaret se estremeció, exclamando:

—¡Oh, señor!

—¡Si gano, te entregaré hasta doscientos cincuenta dollars, Margaret!

—Si es oro ó copas, pondrás tu mano encima del hombro; si es espada ó basto, la mano debajo del brazo. Para el rey cerrarás el ojo izquierdo, para el caballo el derecho, para la sota ambos ojos fijos, para el as los dos ojos cerrados; para el diez la boca abierta, y para las demás cerrada.....

A medida que iba hablando, hacia los gestos que indicaba, y despues de un momento de incertidumbre, Margaret le imitó.

Varias veces le hizo repetir su leccion.

Margaret se ruborizaba, comprendiendo que iba á obrar mal; pero cincuenta guineas son una bonita suma, y el tentador bastante hermoso.

¡Oh! ¡aquella partida de juego! Margaret la veia muchas veces en sueños en el apogeo de su fortuna, se acordaba tambien de ella cuando en un salon los elegantes la trataban con gran amabilidad. Se representaba en su mente á aquellos viejos comerciantes, á la vez excitados por el juego y entorpecidos por el

aguardiente; les veía que no siendo ya dueños de su razón y rodeándola con un brazo por la cintura, tan pronto el uno como el otro echándole flores, jugaban tontamente dejándose despojar, y sacando de sus carteras sin escrúpulo ni disgusto los billetes de banco que pasaban á poder del jóven, embolsándose los éste con asombrosa tranquilidad de conciencia. Margaret, ébria de codicia por la vista de tanto dinero, no tenía ya remordimientos, y su admiración por el jóven crecía en tantos grados, en cuanto aumentaba la ganancia.

Desde aquel día la existencia de Margaret fué una continua serie de estafas; pero ninguna de sus depredaciones le dejó la impresion tan indeleble como la que acabamos de referir.

Toda la noche la pasó temblando. Su seductor le habia entregado lo que la ofreciera, y los compañeros de éste se acostaron sin quejarse mucho de su mala suerte, pues ya sabian por experiencia que si les habia sido adversa aquella noche, no tardaría mucho en serles próspera; pero Margaret estaba temiendo que la casualidad hiciera descubrir su villano proceder.

Ella halagaba el oro, por él se hacia criminal; más no estaba aún corrompida, y á su cara daba color extraordinario la sangre que

sube al rostro con rapidez y fuerza, cuando el alma está avergonzada.

Al día siguiente los tres viajeros se marcharon como si nada anormal hubiese ocurrido; Margaret oyó solamente á uno de los viajeros, decir al jóven:

—¡Mala peste! ¡Dickson, qué suerte tan decidida habeis tenido!

—Ya sabeis que estoy dispuesto á daros la revancha, respondió tranquilamente Dickson y aprovechando el momento en que sus compañeros acondicionaban en el coche la caja de alhajas, se fué á dar un abrazo á Margaret.

—¿Estás contenta? le preguntó.

—Lo estaria mas aún si me sacaras de aquí, respondió con franqueza.

—¿Nadie te corteja, pues, por estos sitios?

—Nadie absolutamente; y por mala que sea la opinion que podais haber formado de mí, os aseguro, es más, os juro que, excepcion hecha de vos, ningun hombre ha recibido un beso de mi boca.

Dickson la estuvo contemplando durante algunos instantes con una mirada escudriñadora.

—Ya veremos, dijo.

Y se marchó.

Pero dos días despues, volvió.

Aquel jóven aventurero que con tanta limpieza verificaba sus estafas, que despreciaba

los crímenes brutales juzgándolos inútiles, había reflexionado seriamente. La hermosura de Margaret había llamado poderosamente su atención y adivinando la elegancia y la gracia ocultas debajo de aquellos vestidos de pobre sirvienta de posada, volvía, no con el ánimo de buscar una amante, sino una auxiliar para sus dolosos manejos.

—Con la ayuda de una mujer, se decía, no hay que abrigar tanto temor como cuando se trabaja con hombres extraños, pues con ella estaré ligado por el mismo interés.

Se llevó, pues, á Margaret, é instalándose durante algun tiempo en New York, la hizo educar como á una señora, y cuando la conoció á fondo y la halló inteligente y capaz de ayudarle en sus combinaciones, se casó con ella.

Desde entonces empezó para este matrimonio la existencia más brillante que puedan soñar dos ambiciosos salidos de la nada.

El juego es el mismo en todos los países y las casas en que se juega se parecen unas á otras, ya estén en New York ó en Paris. Mientras el mundo sea mundo existirán en las grandes capitales salones abiertos para todo el que llega, en los que se hallan muebles confortables, lindas mujeres, en donde se baila, se pasa el rato, no encontrando allí virtudes demasiado rebeldes; pero hay que pagar

el escote perdiendo en el juego. En aquellos salones, las mesas se levantan como por encanto en medio del baile ó despues de una cena; el incauto cree encontrarse en una casa cuyos dueños son demasiado amables, pero honrados; no sabiendo el infeliz que se halla en un garito á donde le han llevado mujeres ó amigos interesados, para robarle sin que pueda quejarse.

Los esposos Dickson eran amos de una de estas malhadadas casas. Habian economizado sus primeras ganancias, recogidas en pequeñas porciones por todas partes; en las salas de juego instaladas en los casinos de las villas en donde hay agua termales, ó en los baños de mar, y cuando tuvieron lo suficiente se establecieron con lujo en una magnífica habitacion con muchos criados; dieron bailes, y así vaciaban con suma destreza el bolsillo de sus convidados.

Inútil nos parece decir que la alta sociedad de New York no tenia para ellos más que desprecio; pero los jóvenes que encuentran difícilmente diversiones en aquella inmensa capital, en donde escasean los sitios de placer, conocian todos los salones de la señora Dickson, salones, es verdad, en los que se perdía bastante dinero; pero en los que tambien lindas aventureras ofrecian las más encantadoras compensaciones.

Durante aquella vergonzosa vida, los Dickson tuvieron una hija; ésta fué educada con el mayor cuida en uno de los más rígidos conventos de América, y era el constante objeto de las preocupaciones de ambos esposos.

Edith ignoraba, naturalmente, el modo de que su padre se había valido para adquirir su fortuna, creyéndole como le decía él con imperturbable calma, interesado en importantes negocios. Nunca había entrado en los salones en donde se amontonaba rápidamente su dote, pues no dejaba el convento más que para viajar con sus padres ó para ir á los baños de mar, y apenas conocía su casa.

Cuando terminó su educación, su padre le anunció que su madre iba á llevarla á Francia, y que él mismo iría á reunirse con ellas en cuanto liquidase sus negocios. La verdad era que necesitaba un año más de trabajo para llegar á la cifra de fortuna que se había propuesto.

Miss Edith partió, pues, acompañada de su madre, la estimable Margaret, para conquistar á los parisienses.

El señor y la señora Dickson querían cubrir su deshonrosa vida con uno de esos magníficos enlaces matrimoniales que hacen faror en América.

La manía de los títulos no pertenece sólo á Europa, pues los americanas sufren estas pe-

queñas debilidades lo mismo que los europeos. Los comerciantes enriquecidos de la libre América, no sueñan para casar á sus herederas, sino con príncipes, duques ó marqueses, pensando de ese modo ennoblecer sus millo-

nes. Era, pues, un marido con título lo que miss Edith iba á buscar á Paris para satisfacer la ambición de sus padres.

"Seré muy desprendido para dotar á mi hija, escribió Dickson á Baradoux, pero quiero por lo ménos que mi yerno sea marqués, y á ser posible, que tenga un nombre histórico."

## II

MISTER DICKSON.

¡Un nombre histórico!

Si embargo, Mr. Dickson tenía grandes probabilidades de que sus proyectos tuvieran éxito, porque los había confiado al señor Baradoux, y el banquero de la Bohemia dorada, cumplía perfectamente su misión.

Durante aquella vergonzosa vida, los Dickson tuvieron una hija; ésta fué educada con el mayor cuida en uno de los más rígidos conventos de América, y era el constante objeto de las preocupaciones de ambos esposos.

Edith ignoraba, naturalmente, el modo de que su padre se había valido para adquirir su fortuna, creyéndole como le decía él con imperturbable calma, interesado en importantes negocios. Nunca había entrado en los salones en donde se amontonaba rápidamente su dote, pues no dejaba el convento más que para viajar con sus padres ó para ir á los baños de mar, y apenas conocía su casa.

Cuando terminó su educación, su padre le anunció que su madre iba á llevarla á Francia, y que él mismo iría á reunirse con ellas en cuanto liquidase sus negocios. La verdad era que necesitaba un año más de trabajo para llegar á la cifra de fortuna que se había propuesto.

Miss Edith partió, pues, acompañada de su madre, la estimable Margaret, para conquistar á los parisienses.

El señor y la señora Dickson querían cubrir su deshonrosa vida con uno de esos magníficos enlaces matrimoniales que hacen faror en América.

La manía de los títulos no pertenece sólo á Europa, pues los americanas sufren estas pe-

queñas debilidades lo mismo que los europeos. Los comerciantes enriquecidos de la libre América, no sueñan para casar á sus herederas, sino con príncipes, duques ó marqueses, pensando de ese modo ennoblecer sus millones.

Era, pues, un marido con título lo que miss Edith iba á buscar á Paris para satisfacer la ambición de sus padres.

"Seré muy desprendido para dotar á mi hija, escribió Dickson á Baradoux, pero quiero por lo ménos que mi yerno sea marqués, y á ser posible, que tenga un nombre histórico."

## II

MISTER DICKSON.

¡Un nombre histórico!

Si embargo, Mr. Dickson tenía grandes probabilidades de que sus proyectos tuvieran éxito, porque los había confiado al señor Baradoux, y el banquero de la Bohemia dorada, cumplía perfectamente su misión.

Las relaciones entre ambos eran antiguas, y databan desde una época en que estando el americano en París le había encargado cobrar algunas deudas de dudosa ó difícilísima solvencia, dándose el agente tan buenas mañas, que Dickson estableció con él una casa de banco para descontar los pagarés de los jugadores que no habían podido satisfacer sus compromisos al contado, como sucedía á muchos extranjeros y á algunos jóvenes agregados á las embajadas.

En esto Baradoux había prestado grandes servicios al americano, dándole informes respecto al estado pecuniario de la juventud parisiense que viajaba por América, informes que siempre resultaron muy exactos.

Como es natural, esto produjo una recíproca estimación entre los dos y hasta cierta simpatía, si así puede llamarse el sentimiento que une á seres tan despreciables. No se habían visto más que una vez y les había bastado para juzgarse mutuamente.

—¡Qué desgracia que ese perillán no esté en América! pensaba Dickson.

—¡Qué buenos negocios podrían emprenderse con tal socio! se decía Baradoux. ¡Qué bien explotariamos ambos á los parisienses!

Baradoux modificó, sin embargo, un poco su opinión en cuanto al americano, cuando

éste le confió sus proyectos respecto al porvenir de su hija.

Despreciaba de tal modo á los jóvenes decaídos de la nobleza á quienes prestaba dinero, que no comprendía cómo un hombre razonable quisiera alguno de ellos por yerno.

Estuvo á punto de escribir á Dickson para hacerle abandonar este proyecto; pero despues reflexionando, se dijo:

—Cada cual tiene su debilidad. ¿No soy yo acaso amante de colecciones?

Saturnino Baradoux tenía en efecto esta manía. Su vida en París había empezado como dependiente de una tienda de antigüedades y esto había despertado en él el gusto de coleccionar.

No fumaba, no jugaba, era soltero y no consagraba ningún tiempo ni dinero en el altar de Venus. Su única alegría cuando acababa sus negocios, consistía en pasar largos ratos recreándose en las antiguallas que tenía almacenadas, mirando extasiado sus bronceos, sus cuadros, sus trozos de madera tallada y otras mil cosas raras, acumuladas en sus habitaciones con un gusto muy delicado, pues aquel truan era un verdadero artista.

Estas anomalías se ven algunas veces.

—Por lo ménos, se dijo, si Dickson hace una tontería, procuraré que no tenga funestas consecuencias.

Y por esto alejó de miss Edith á todos los pretendientes que tenían mala nota y manibraba en la sombra sin revelar á la americana cuál era su idea, hasta el día en que por sus manejos el marqués de Villepreux se encontró como por casualidad enfrente de la señora Dickson.

Y desde el primer golpe, sus maquinaciones habian salido perfectamente.

Sin parar mientes en ello, Honorato de Villepreux se habia enamorado de la madre de Edith, sin darse cuenta del plan de que inconscientemente era auxiliar.

Federico de Villepreux estaba entonces batándose con valor en el Tonkin y el marqués se hubiera quedado muy sorprendido si le hubieran dicho que no era á él á quien querian, sino á su hijo.

Cuando Baradoux anunció sonriendo a mistress Dickson que se aproximaba el tiempo en que habian de cumplirse sus deseos, la americana se quedó admirada.

—¿Qué queréis decir, señor Baradoux?

—¿No conocéis ya al marqués de Villepreux?

—Perfectamente; pero está casado.

—Ya lo creo y vive con su numerosa familia compuesta de su mujer, de su madre, de su hija..... y de su hijo.

—A éste es al que debíais habernos presentado.

—Está en el Tonkin.

—¡Con tal de que no le maten allí!

—¡Bah! dijo Baradoux.

—¿Es guapo?

—Aquí teneis su fotografia, dijo presentándosela.

—Sois un hombre como hay pocos, dijo la americana tomando el retrato.—¡Este jóven es encantador! Confio en que los informes que teneis de él, no serán tan malos como los de los demás.

—Son perfectos.

—¿Y tambien los de su familia?

—No son tan buenos como los suyos, los del padre; pero nada debe temer la señorita Edith.

—Hay que esperar su vuelta del Tonkin.

—Podemos empezar desde luego las maniobras para llegar al punto de que el padre sea quien nos entregue al hijo. Difícil empresa, lo confieso; mas no dudéis de que hemos de conseguir el fin que nos proponemos; y os afirmo que entre todos los jóvenes casaderos que existen en la actualidad, ninguno tiene un título tan antiguo ni vale personalmente tanto como Federico de Villepreux.

Saturnino Baradoux, despues de la fiesta celebrada en la quinta de la baronesa de Vau-

chelles, de cuya fiesta hemos hablado detalladamente en el episodio que precede á este libro con el título de *El Sargento Renaud*, y en cuya reunion Federico fué presentado á Edith Baradoux, repetimos, creyó firmemente que la victoria era suya.

La gracia y la elegancia del último descendiente de los Villepreux sedujo en seguida á Edith y el jóven se mostró todo lo amable que se puede y se debe ser en un dia de presentacion.

La baronesa de Vauchelles habia prestado, sin saberlo, su quinta de Mali-le-Roi para esta última maniobra.

Al dia siguiente, mistress Dickson, muy alegre y tendida en una marquesita de su salon de confianza, repasaba en su memoria todo lo que habia sucedido desde que salió de la posada del Connecticut; recordó su existencia nómada y su fortuna ganada con tanta vergüenza; meditó sobre el éxito que habia obtenido desde su llegada á Paris, en donde todos los salones se habian abierto delante de ella, una aventurera, y de Edith, hija de un jugador tramposo; pasó revista en su mente á tantos príncipes y marqueses rechazados por no ofrecer convenientes garantías, y por fin, se sintió, en vez de arrepentida de tanta maldad, muy orgullosa por el soberbio casamiento que se estaba preparando.

¡Un Villepreux!

Aun cuando le gustaban poco las lecturas serias, hacia ya algunos meses que estaba hojeando la historia de Francia y se convenció de que los Villepreux figuraban en ella desde tiempos muy remotos; pues el primero acompañó á Godofredo de Bouillon á tierra santa, y sus descendientes fueron ministros, cardenales, mariscales de Francia, almirantes y uno de ellos murió en el cadalso en 1793, despues de haber hecho prodigios de bravura en la guerra de la independenciamericana, lo que la lisongeaba y le pareció de feliz augurio para el casamiento de su hija.

Sin embargo, un punto de la historia de aquella familia la chocaba, y era aquel bastardo que habia continuado la raza desde Francisco I; pero disculpaba aquella ligera desviacion, ante los respetos que la merecia el héroe de América.

No la asaltaba más que un temor y era el de que algun antiguo concurrente de su casa de Nueva York se presentase de repente y divulgase todo su ignominioso pasado.

—No hubiéramos debido recibir á ningun francés, se decia.—Voy á escribir á Dickson que ya puede venir; hoy tendré carta suya, pues es dia de correo.....

Apenas acababa de formular este pensamiento, cuando la puerta del saloncito se abrió

y un hombre de estatura más que regular, en traje de viaje y con el cigarro en la boca apareció delante de la americana.

—¡Dickson! exclamó.—¡Tú, tú!

—Buenos días Margaret, dijo tranquilamente Dickson, como si hubiera visto á su mujer la vispera.

La abrazó y se sentó.

—¿Me permites? dijo enseñando su cigarro.

—¿Debería prohibirte esas libertades, contestó con zalameria, pero estoy tan contenta por volverte á ver!

—¡Gracias, Margaret! Me aburría tanto en Nueva York, estando solo, que me he acostumbrado á fumar mucho.

Mr. Dickson queria mucho á su mujer, sin demostrárselo con grandes expansiones.

No tenia más que tres amores: su mujer, su hija y el dinero.

—¿Yo que esperaba hoy una carta tuya!

—Pues aquí me tienes en vez de la carta.

—¿Y cuándo has llegado?

—A media noche.

—¿Por qué no has venido en seguida?

—Pues aquí he dormido, querida, y te doy las gracias porque mi departamento es muy confortable y muy propio para mí.

—¡Anoche! dijo Margaret admirada.

—Sí, por el último tren del Havre. Cuando llegué aquí me dijeron que pasábais la ve-

lada y tal vez la noche en casa de la baronesa de Vauchelles. Tus criados son perfectos; en seguida me conocieron.

—Tu retrato está en el gran salon.

—Les advertí que nada te dijeran de mi llegada y fui á acostarme. Veo que han obedecido mi órden y les daré la propina que les he prometido. Decididamente en Paris es en donde solamente se está bien servido.

—¿Estás cansado?

—No; pero pensaba que lo estarias tú y he notado que las mujeres no son amables más que á medias al día siguiente de un baile.....

—Si no han sido atendidas, amigo mio.

—¿Y lo habeis sido vosotras?

—Mucho..... por lo ménos Edith.

—Cuéntame eso. El ruido de vuestro coche me ha despertado; os he visto desde mi ventana. Recibe mi enhorabuena; tus caballos son soberbios; este hotel es precioso, le he visitado detalladamente esta mañana, y todo en él es perfecto; el millon que se ha gastado no podia emplearse mejor. Esta avenida del Bosque de Boulogne me agrada mucho; ya estoy cansado de New York, y cuando Edith se case, si te parece bien, concluiremos honradamente aquí nuestra vida.

Nada gustaba más á Margaret que un cumplimiento de su marido, así es que levantándose, corrió hácia Dickson con los brazos abiertos;

este tiró el cigarro para abrazarla, y despues encendió otro, preguntando:

—¿Y mi hija, á qué hora se digna levantarse? Su doncella me ha dicho que al dia siguiente de un baile no se atreve á entrar en su habitacion sin que la llame.

—Yo sí me atrevo, dijo Margaret echando á correr al cuarto de Edith, á quien llevo medio dormida todavía y abrochándose la bata, á presencia de su padre.

La jóven se colgó muy alegre del cuello de Dickson y le mimó mucho en recompensa de los grandes sacrificios pecuniarios que habia hecho en obsequio de ella aquel año.

Estaba decidida á ser con él amable hasta la zalamería, pues empezaba á conocer bien la vida parisiense y sabia que para casarla tendria que hacer aún gastos enormes.

Dickson estaba encantado de la recepcion que le hacian las dos.

—¡Vamos, dijo, veo que Paris no os ha echado á perder ni á la una ni á la otra!

Y, apartándose de su hija, se pensó á contemplarla desde los piés á la cabeza.

—Hija mia, le dijo, has cambiado mucho, pero con ventaja, y comprendo perfectamente el éxito de que me hablabas en todas tus cartas. Anda, ve á vestirme, pues sé que el tocado es una cosa importante.

Edith le envió un beso con la punta de los

dedos y desapareció, saltando como una chispa.

—Parece estar satisfecha de mi llegada, dijo Dickson á su mujer.

—¡Te adora querido mio! ¿No es eso natural?

—No digo que no; pero ha vivido siempre lejos de nosotros y conozco á muchas jóvenes, que encontrándose en el mismo caso, no aman en sus padres más que los capitales que ellos atesoran.

Pero algo hubiera rebajado el elogio que acababa de hacer de Edith, si la hubiera oido decir cuando se encontró en su toeador:

—A este mi buen papá tengo que mimarlo mucho para que suelte sus millones.

Si Dickson tenia su plan, tambien lo tenia su hija, y muy sencillo, cual era el de catequizar completamente á su padre, para que éste al casarla, le entregase toda su fortuna ó poco ménos, á fin de poder llevar un tren de princesa, pues el autor de sus dias era aún jóven y podia ganar otra.

Mientras que se entregaba á estos generosos pensamientos, su padre, sentándose muy cerca de su mujer, dijo á ésta con fruicion:

—¡Creo que ya podemos descansar y crear, merced á nuestra hija, una familia honrada!

La señora Dickson llamó.

—¿Qué quieres? la preguntó su marido.

—Estoy llamando á mi doncella.

—¿Para ayudarte á vestir?

—Sí.

—Querida, pásate sin ella esta mañana para que podamos hablar tranquilamente siquiera un momento. ¿Qué demonio! dijo burlándose, en otros tiempos bien sabías vestirme sola.

—Permite que me peine siquiera.

—Sea. Mientras tanto voy á hablar con Baradoux. ¿En dónde está el teléfono?

—Uno hay en el comedor y otro en tu departamento.

Dickson, perfectamente satisfecho, bajó al comedor, apretó el boton del aparato y esperando que le contestaran, se puso á examinar los muebles, los adornos, el reloj, y el resultado de su examen se resumió en esta frase:

—¡Vaya! ¡vaya! ¡qué bien entienden el medio de hacer rodar los dollars que tan difícilmente he ganado!

Pronto sonó el timbre y se le puso en comunicacion con Baradoux.

—¿Soy vos, señor Baradoux?

—Sí; pero no conozco vuestra voz, señora respondió el teléfono.

Dickson se echó á reir y se dió á conocer. Baradoux echóse á reir tambien.

—¿Estáis, pues, en Paris?

Desde la noche pasada.

—¿Cuándo nos veremos?

—Esta mañana. Venid á almorzar con nosotros.

—Convenido. Permitid que os deje, pues justamente me está esperando el marqués de Villepreux que acaba de mandar me entreguen su tarjeta.

—¡Oh! muy bien; ¿y la cosa marcha?

—Admirablemente.

—Os dejo, pues; hasta luego.

Dickson subió otra vez al cuarto de su mujer, que no estaba todavía completamente peinada.

Cuando ambos esposos se hallaron solos, la americana dijo:

—¿Sabes, querido, que caeríamos en el ridículo si se supiera que entras en mis habitaciones mientras me estoy vistiendo?

Dickson estaba acariciando su larga barba negra y se encogió de hombros.

—¡Hace tanto tiempo que no te veo, Margarita... Además, mucho tenemos que hablar, y como Baradoux viene á almorzar, es preciso que me cuentes ántes lo que hay de nuestros negocios.

—Baradoux te lo contará mejor que yo, porque en esta vida parisiense hay cosas que solamente él te puede explicar.

—¿Cosas..... turbias?

—¡No, hombre, no! dijo Margaret dándose polvos.

—¡Oh, estos parisienses! exclamó Dickson con desprecio.—En fin, Baradoux me ha dicho por el teléfono que todo marcha bien.

—Mejor todavía de lo que crees.

—¿Ese Villepreux?

—Es encantador.

—¿Verdaderamente pertenece á la antigua nobleza?

—Es tan noble, que c sándose con nuestra hija, nos ennoblecerá á todos.

—Perfectamente.

Dickson contemplaba á su mujer y admiraba su traje.

—¿Cuánto vale ese vestido? la preguntó.

—No lo sé.

—¡Ah!.....¿Compras sin saber lo que caestan las casas?

—Mi modista no se atreverá á mandar la cuenta sin que yo la avise.

—¿Y tienes muchos trajes como éste, que no están pagados todavía?

—Algunos, respondió Margaret, abochornándose con cierto trabajo.

—Está muy bien, dijo resignadamente Dickson.—¿Supongo que sucederá lo mismo con los sombreros?

—Naturalmente.....

—¿Y con los sombreros y trajes de Edith?

—Ya puedes suponer que nos viste la misma modista.

—Me parece, sin embargo, que te mandé dinero aparte para estas cosas que no has pagado, repuso el americano, sin la menor señal de descontento.

—He tenido que guardarlo para gastos imprevistos.

—¿Y nada has economizado?

—Nada.

—¡Cáspita! Estoy viendo que si bien es verdad que la modista te hace bonitos trajes, se le olvida coser los bolsillos.

Margaret se apartó del espejo, ante el cual estaba dando una última ojeada á su tocado, y acercándose á su marido, le dijo haciendo un cariñoso gesto:

—¿Me estás riñendo, amado mio?

—¿Yo? replicó el americano siempre sonriendo; no por cierto. Solamente que es preciso me ponga al corriente de la situación, y lo único que no me gusta es que haya deudas.

Margaret cogió á su marido de la mano y le hizo sentar á su lado, mirándole con cariño.

—Querido mio, cuando hayas pasado algun tiempo en Paris, sabrás que cuanto mayores sean tus créditos, tanto más te estimarán, y supongo que no tendrás en ménos la estimación de los parisienses.

—¡Ya lo creo! Y la tengo en tanto más, en cuanto que no puedo aspirar á la de mis compatriotas.

—¡Chitón, imprudente! Los criados parisienses sirven muy bien; pero tienen el defecto de escuchar detrás de las puertas.

Dickson rodeó con un brazo la cintura de su mujer, y atrayéndola hácia él, la dijo en voz baja:

—Mi pequeña Margaret, ¿te acuerdas del tiempo en que no teníamos más fortuna que tus lindos ojos, mi audacia y mi destreza?

—¡Ay, querido; es de muy mal gusto recordar tales cosas!.....

—¡Pues no! A mí me divierte el pensar que la pequeña Margaret es hoy una gran señora, que los salones de París se han abierto para ella y que los jóvenes más distinguidos se disputan la honra de ser su yerno.....

—¡Oh! se disputan..... murmuró la americana, se disputan..... Esto depende del lado de que se mira, y tengo para mí que muy caro te va á costar el ofrecer á nuestra hija un marido en las consabidas condiciones.

—¡Bah! replicó Dickson, en este mundo todo se compra y ya sé que un yerno de gran nobleza es un artículo bastante caro.

—Mas caro tal vez de lo que piensas.

—Ya veremos, dijo el americano con el to-

no de un hombre á quien las dificultades de un negocio no asustan nunca.

Reinó un instante de silencio y la cara de Dickson, tan serena un momento antes, se puso de repente sombría.

—¿Pero, todo lo que me has escrito es verdad, eh?

—Te he comunicado mis impresiones, buenas y malas.

—¿Te reciben con sinceridad esas grandes señoras cuya fama ha atravesado el Atlántico?

—Nunca he mentado, Dickson.

—Y tienes razon al obrar de ese modo, pues la mentira no sirve más que para hacer perder tiempo, es decir, el dinero. Sin embargo, tus reticencias me asustan un tanto.

Margaret, en efecto, juzgaba inútil mentir; pero con mucha destreza procuraba hacer comprender á su marido que el casamiento de su hija les costaría caro, mucho más caro de lo que se habían figurado en un principio y además vi-lambraba algo el proyecto concebido por su hija.

—Amigo mio, dijo, cuando resolvimos venir aquí con el fin de buscar un reposo para nuestra hija, creímos que un buen dote bastaría.....

—Fijé un millon.

—No bastará.

—¿Será preciso dar dos?

—Tal vez más dijo con suavidad Margaret.

—¿Cáspita! exclamó Dickson levantándose.

—Querido mio, murmuró su mujer obligándole á sentarse otra vez, ya te he dicho que tu corresponsal el señor Baradoux te explicaría todas estas cosas mucho mejor que yo.....

—Pero ¿ignoras tú que ese edificio, tu instalación y este primer año pasado en París, me ha costado ya algo más de un millon?..... sin contar con que tienes deudas.

Dickson, replicó su mujer sin turbarse lo más mínimo, la consideracion se compra muy cara aquí.

—¿Tan cara como los yernos?

—En fin, supongo que no estarás arruinado por haber gastado un millon!

—No, pardiez! dijo ingenuamente Dickson, puesto que todavía me quedan diez.

Una alegre sonrisa iluminó la cara de Margaret; no creía que la fortuna de su marido llegara á esta cifra, pues nunca le había dado cuenta de sus beneficios; era él el único dueño del dinero; pero era tambien muy generoso.

—¿Las cosas han marchado bien por lo visto desde mi salida de New York? preguntó ella.

—Muy bien, muy lien. Fuera de la casa ha hecho provechosas especulaciones y con

ellas he ganado el millon que tan pronto has gastado aquí; pero ahora será preciso ser algo más razonable.

Y se disponia á hacer algunas observaciones á su mujer, cuando un eria lo fué á anunciarles que Saturnino Baradoux había llegado y que les estaba esperando en el salon.

## III

## UN NEGOCIO.

Dickson se levantó con viveza porque tenia muchas ganas de ver al banquero; pero su mujer le detuvo un instante.

—Escucha todavía una palabra, amigo mio.

—¿Qué quieres?

—Tengo por costumbre hablar, como de casa corriente, delante de tu corresponsal, de tus minas de plata, de tus caminos de hierro, de tus grandes empresas.....

—¿Y parece creerlo? interrumpió Dickson riendo.

—Tal vez más dijo con suavidad Margaret.

—¿Cáspita! exclamó Dickson levantándose.

—Querido mio, murmuró su mujer obligándole á sentarse otra vez, ya te he dicho que tu corresponsal el señor Baradoux te explicaría todas estas cosas mucho mejor que yo.....

—Pero ¿ignoras tú que ese edificio, tu instalación y este primer año pasado en París, me ha costado ya algo más de un millon?..... sin contar con que tienes deudas.

Dickson, replicó su mujer sin turbarse lo más mínimo, la consideración se compra muy cara aquí.

—¿Tan cara como los yernos?

—En fin, supongo que no estarás arruinado por haber gastado un millon!

—No, pardiez! dijo ingenuamente Dickson, puesto que todavía me quedan diez.

Una alegre sonrisa iluminó la cara de Margaret; no creía que la fortuna de su marido llegara á esta cifra, pues nunca le había dado cuenta de sus beneficios; era él el único dueño del dinero; pero era también muy generoso.

—¿Las cosas han marchado bien por lo visto desde mi salida de New York? preguntó ella.

—Muy bien, muy bien. Fuera de la casa ha hecho provechosas especulaciones y con

ellas he ganado el millon que tan pronto has gastado aquí; pero ahora será preciso ser algo más razonable.

Y se disponía á hacer algunas observaciones á su mujer, cuando un eria lo fué á anunciarles que Saturnino Baradoux había llegado y que les estaba esperando en el salon.

## III

## UN NEGOCIO.

Dickson se levantó con viveza porque tenía muchas ganas de ver al banquero; pero su mujer le detuvo un instante.

—Escucha todavía una palabra, amigo mio.

—¿Qué quieres?

—Tengo por costumbre hablar, como de casa corriente, delante de tu corresponsal, de tus minas de plata, de tus caminos de hierro, de tus grandes empresas.....

—¿Y parece creerlo? interrumpió Dickson riendo.

—¿Y por qué no habia de creerlo, puesto que no ha ido nunca á América?

—¡Ah! querida Margaret, veo que no conoces á fondo á este buen hombre; yo, que no lo he tratado mucho de cerca, pero sí de lejos, le tengo por un perillán de marca mayor. En fin, si eso puede darte gusto, hablaré de todo eso delante de él..... Será una satisfaccion á tu amor propio.

—Edith se complacerá en ello, y no está de más que lo hagas así durante el almuerzo.

—¿Por qué?

—Porque los criados lo oirán, lo repetirán y mañana lo sabrá todo Paris.

—¿No tienes otras recomendaciones que hacerme?

—Evita decir el nombre de la avenida en donde viviamos en New York. Muchos franceses han ido allí..... ¡Si uno de ellos fuera á denunciar!.....

—¿Denunciar..... qué? replicó Dickson con soberbia altivez.—Tranquilizate, Margaret; he toma lo mis precauciones. En cuanto saliste con tu hija para Francia, traspasé mi casa, reservándome solamente las ganancias del año que acaba de pasar. Hace, pues, doce meses ya que no funciona con el nombre de Dickson..... Este apellido además es muy comun en América..... Al otro extremo de New York, he comprado una casa de recreo,

lindísima, con el propósito de vivir en ella si queremos algun dia volver á pasar una temporada en nuestra patria..... En fin, Margaret, si uno de estos bohemios parisienses se permitiese reconocernos como los propietarios de aquellos salones en que se les despojaba con tanta destreza de su dinero..... ¡mil bombas!

En sus labios se dibujó una sardónica sonrisa.

—¡Algo más he hecho que fumar para distraerme, Margaret! He ocupado con provecho mis ratos de ocio y soy de primera fuerza en el manejo de la espada y de la pistola, no hablándote de la carabina, porque no está todavía en moda aquí.

La señora se sintió más tranquila y bajó radiante del brazo de su marido.

Edith estaba ya haciendo compañía á Saturnino Baradoux, cuya astucia y habilidad apreciaba en alto grado y le estaba contando en detalle los acontecimientos de la víspera.

El banquero habia conservado un recuerdo bastante exacto de su amigo Dickson; pero le pareció que ahora era algo más presentable que cuando le conoció.

La cara del americano, torturaba antes por la pasion del dinero y por las inquietudes del juego, reflejaba al presente calma y felicidad, Baradoux habia visto á Dickson enjuto de

carnes, desgarrado, con aire de demonio, con sus cabellos del color de azabache, con unos ojos negrísimos que sin cesar despedían llamas, con una nariz en extremo afilada y labios muy delgados; y le volvía á ver grueso, aunque sin exageracion, sus cabellos eran canosos, sus ojos miraban con dulzura, su nariz se había ensanchado; su boca grande y sin bigote, tenía una marcada expresion de bondad y se desprendía de toda su persona tal aire de satisfaccion, que cualquiera se sentía á gusto á su lado.

—Buenos días, mi querido señor Baradoux, dijo tendiendo ambas manos al banquero y apretándole las suyas á lo americano; me place mucho el veros en perfecto estado de salud.

—Muchas gracias, señor Dickson; creed que lo mismo me sucede á mí, replicó el banquero, y llegais muy á tiempo.

—Lo tengo por costumbre, dijo riendo el americano.—;Vamos á la mesa; ardo en deseos de recordar la cocina francesa y de beber á vuestra salud.

El almuerzo estaba ya servido; pasaron al comedor y Baradaux, ofreciendo su brazo á Margaret, le dijo al oído:

—Vuestro ma ído es algo yankee.

—Le corregiré.

—No, no; es un medio como otro cualquiera para engañar á los parisienses.

Dickson había tomado el brazo de su hija y estaba alabando su peinado, sus cabellos, que no creía tan finos ni de tan bonito color; su vestido, que era una maravilla de buen gusto, pues aquella tela floreada la envolvía cual si fuese un ramillete.

Edith había desplegado todas sus seducciones, quería conquistar por completo á su adorado papá, haciéndole sentir satisfaccion por su lujo y por su elegancia. ¿Y qué cosa no se obtiene de un padre cuando se sabe excitar su amor paterno en union con su vanidad y con su orgullo?

Nunca en aquel comedor se había verificado un almuerzo tan alegre. Apenas Dickson se sentó en la mesa, cuando empezó á hablar de su viaje y de alegres historietas americanas. Se reía con tanta naturalidad, que hacia reír á las señoras y divertía mucho al banquero.

El mozo de comedor no perdía una palabra de cuanto se decía, y cuando bajaba alguna que otra vez á la cocina, afirmaba que él amo era todo un buen hombre.

A los postres, Dickson se puso de repente á hablar con una sangre fria imperturbable de un accidente ocurrido en un túnel que estaban abriendo para su línea férrea; había habido un desprendimiento de tierra y veinte poerarios hubieron de perecer.

—¡Pobres gentes! murmuraron Edith y su madre.

—He dado las oportunas órdenes para que sus familias no carezcan de nada, dijo el americano con tono compasivo.—Soy más afortunado, añadió, con las minas de plata; todo se halla tan perfectamente organizado allí, tan bien previsto, que los accidentes son muy raros.

Saturnino Baradoux no demostró la menor admiración; comía sus postres como hombre que nada puede extrañar, ni siquiera los accidentes ocurridos en las minas del señor Dickson.

Y mientras que los amos saboreaban el café, los criados estaban escuchando con la boca abierta al mozo de comedor, que les hablaba de las minas de plata y de los caminos de hierro de su señor.

Terminado que hubo el almuerzo, Dickson preguntó con aire más formal:

—Querida mía, puede hallarse aquí..... sin temor de que escuchen?

—Aquí no; pero tu despacho está arreglado de modo que nada hay que temer de los indiscretos. Además, vigilaré yo misma á los criados y nadie irá arriba mientras esteis hablando.

—Perfectamente. ¿Venís, señor Baradoux?

—Vamos á tratar de asuntos urgentes, dijo el banquero levantándose.

Ambos se fueron al despacho de Dickson, pieza amueblada al estilo oriental, con espesas alfombras y tupidos portiers. Casi en seguida Edith se presentó allí, llevándoles licores y una caja de cigarros. La jóven habia decidido servir ella misma á su padre, determinacion que éste le agradeció en extremo.

Mientras que estuvo arreglando en un veladorcito las cosas que habia llevado; ínterin abria una caja de cerillas; cuando escanciaba licor de los benedictinos para el señor Baradoux y *whiskey* para su padre, éste la devoraba con los ojos.

—Dame un beso, niña, la dijo.

Edith, con gran alegría, se le acercó, le rodeó con sus lindos brazos el cuello y le besó con ternura.

Al marcharse, Dickson exclamó:

—¡Esta chiquilla me ha embrujado!

—Lo ha hecho con otros muchos, replicó Baradoux, saboreando el licor.

—Tomad un cigarro, amigo mío.

—Muchas gracias, no lo uso.

Dickson amontonó unos cuantos almahadones en el diván, aproximó á él el velador y medio se recostó, de-pidiendo grandes bocanadas de humo, entreteniéndose en mirar cómo se exparcían por el ambiente.

—Señor Baradoux, dijo al fin, teneis la palabra.

El banquero se habia sentado en una butaca y miraba con mucha atencion al americano:

—Ya os habrá dicho la señora Dickson.....

—Absolutamente nada, interrumpió el americano.—Ha querido dejaros el placer de decirme todo. Os esncho, pues. ¡Ah! mi mujer me ha hablado, sí, de sus gastos, y aquí para entre nosotros, ya sabéis que no soy tacaño, pero me parece que ha hecho rodar bien el dinero.

—¡Psch! dijo Baradoux, ¡un millon! ¡No es demasiado para edificar un hotel como este, amueblado, comprar coches, caballos, dar algunas fiestas y vivir un año!

—¿De modo que no os parece exagerado el gasto?

—¡No! contestó tranquilamente el banquero, ¡no, señor; cuando se tiene en reserva una mina de plata y una línea entera de ferrocarril con túneles en donde mueren veinte hombres de una vez!.....

—Dickson se incorporó un poco en el diván y soltó una franca carcajada.

—Mi querido Baradoux, repuso, teneis un modo de mirar las cosas, que me divierte mucho, en verdad.

Y se recostó otra vez, añadiendo:

—Vamos, hablemos con formalidad.

—Bien lo merece nuestro asunto, replicó el banquero, y por mi parte, os confieso que

cuando recibí la carta en que me revelábais vuestros proyectos, estuve á punto de contestaros combatiéndolos.

—¿Por qué?

—Porque procurar el casamiento de vuestra hija en las condiciones que me indicabáis, es exponerse á jugar una partida peligrosa.

—¿Más peligrosas las he jugado yo!

—¡No, señor Dickson, no! Es imposible que sospecheis el riesgo que se corre casando á una hija con un noble arruinado; es preciso conocer á fondo, como yo, la juventud que brilla en los salones de Paris, para comprender los inconvenientes que eso lleva consigo.

—Manifestádmelos, amigo mio..... ¡Qué excelentes cigarros son estos!

Baradoux se sirvió una segunda copa de licor y empezó su explicacion referente á la vida parisiense, con toda la seriedad de un catedrático.

—He estudiado con particular cuidado á todos los jóvenes de la aristocracia que están hoy en estado de casarse; paso la vida pres-tándoles dinero, que toman sobre un próximo casamiento, dinero cuyos réditos pagan con mucho trabajo y que no me reembolsan nunca, sino con el dote de su mujer. Si hubiera seguido sencillamente vuestras instrucciones, me hubiera contentado con introducir á la señora y á la señorita Dickson en los salones

del gran mundo, y vuestra hija estaría ya casada. Varios jóvenes me han suplicado que los ayudase á conquistar la mano de la lindísima Edith y podría ser ya condesa, marquesa y hasta princesa..... Solamente que he aquí lo que podía suceder. Tomemos como ejemplo al príncipe de C..... que esperaba casarse con ella y la corteja con mucha asiduidad. Ese caballero tiene un millon setecientos mil francos de deudas.....

- ¡Cáspita! exclamó Dickson.
- Ni un céntimo le queda de su fortuna.
- ¿De qué vive entonces?
- Eso no nos importa.
- Y..... se le recibe en la sociedad?
- Eso nos importa todavía ménos.
- ¡Buena está el mundo parisiense!

El banquero se cayó y fijó una penetrante mirada en los ojos de Dickson, que añadió:

— Despues de todo, ¿qué más me da á mí?  
Continuad.

— El príncipe de que se trata es capaz de derrochar no sé cuantas fortunas. Por lo demás, es muy seductor y tan astuto, que estoy cierto de que pronto hubiera hecho vuestra conquista y le hubierais entregado á vuestra hija con lo ménos un millon de dote.....

- ¿Y lo creéis así?
- No tengo la menor duda de ello.

— ¿Y hubiera pagado sus deudas con ese millon?

— Estais en un error, mi querido señor Dickson. De ese dinero apenas hubiera distribuido á cuenta cien mil francos entre sus acreedores para que tuvieran paciencia, gastando lo demás en diez y ocho meses ó dos años, con la ayuda de vuestra hija.

— ¿De mi hija?

— Es una de las señoritas más seductoras; pero tambien de las más despilfarradas que en mi vida he conocido.....

— ¿Edith?

— Supongo que no os enfadará que hable con toda franqueza.....

— No por cierto, pero me estoy preguntando si no hubiera obrado con más cordura casándola en América.

— Puede ser que sí, solamente que no hubierais disfrutado de la vida parisiense. Continúo; gastando el millon, los acreedores hubieran bullido en torno del príncipe, y como no se gasta un millon sin hacer algunas deudas, dos ó tres años despues del casamiento de vuestra hija, os hubierais encontrado con la necesidad de hacer frente á un déficit de unos tres millones.....

- Dispensadme, yo no, mi yerno.....
- No, vuestro yerno, no. Vos.

—Buena manera tendria entonces de hacer feliz á mi hija!

—No fijo mi mente en eso. Tal vez se hubiera permitido tener algun capricho pasajero, pero tambien la habilidad de no reñir con su mujer ni con su suegro, es decir, con el manantial de los millones. Por más que un yerno como el que os estoy describiendo, no tardaria gran cosa en hallar el medio de agotar dicho manantial. Despues de esos tres, hubiera empezado á gastar el cuarto, el quinto y así sucesivamente, hasta el último que habeis ganado con vuestras minas de plata.....

—No bromeis, querido Baradoux.

—Me bromeo tan poco, amigo Dickson, que he dejado á un lado todos los casamientos de este género. ¡Otra cosa tengo que proponeros; un negocio espléndido!

—¿Los Villepreux?

—Sí.

—¿Un titulo muy antiguo?

—Para saberlo basta que leais la historia de Francia.

—Como nombre ilustre, glorioso de verdad, ninguno de los jóvenes en estado de casarse puede igualarle.

—¿Cuántas deudas?

—Ninguna.

—¿Habeis dicho?.....

—Que ninguna.

—Dickson se quedó tan sorprendido, que dejó su cigarro

—Creia que hablábamos formalmente, señor Baradoux.

Lo más formalmente posible.

—¿Y un joven de tan linajuda estirpe se casaria con la señorita Dickson, prefiriéndola á una francesa de origen noble como el suyo?..... ¡Mil bombas, no faltan muchachas en Francia!

—¡Claro que nó; pero escuchadme todavía algunos minutos! La situacion de la familia de Villepreux es muy especial, y si el hijo estuviera sólo, este casamiento no se efectuaría nunca.....

—¿Pero hay un padre? preguntó Dickson muy orgulloso por su perspicacia.

—Lo habeis adivinado.

—Bien, bien, señor Baradoux. Os aseguro que nunca se me hubiera ocurrido tan bonita combinacion.

—Los antecesores de Villepreux se han mantenido siempre á la altura de su nombre, repuso Baradoux, y hubiera sucedido lo mismo ahora si el joven marqués, anterior al actual, no hubiera sido muerto de un modo bastante dramático, de un accidente en una sala de esgrima, hará cosa de veinte años. Su hermano Honorato heredó el titulo y la cuantiosa fortuna de la familia, y se casó tambien con una

jóven, que su madre destinaba para casarla con su hijo mayor, y que le aportó en dote dos millones. Juzgo inútil deciros los medios de que me he valido para conocer los secretos de esa ilustre casa, pues lo que os importa no es más que el resultado de mi trabajo. El nuevo marqués era jugador, y ya sabeis.....

Dickson aparentó no comprender, ó mejor dicho, no recoger la alusion, pues estaba encendiendo un cigarro.

Tan dominado se hallaba por esa malhadada pasion, prosiguió Baradoux, que en pocos años perdió el capital de su mujer. Empezó entouces á despilfarrar el suyo propio y el de su madre, que le habia dejado la administracion de sus bienes, hasta que consiguió llegar á una completa ruina.....

—¿Y redujo á su familia á la miseria?

—Completamente no. La anciana marquesa poseia aún el palacio de sus antepasados, que es una de las más antiguas y aristocráticas moradas de Paris, habitada por los Villepreux desde el reinado de Luis XIV..... Es una maravilla, señor Dickson, que la madre del actual marqués ha sabido conservar, y en donde vive siempre. Ese palacio tiene un pasamano de hierro fundido en la escalera principal, que considerada la época en que se hizo es admirable; salones regios, maderas

talladas que son un portento. ¡Ah, señor Dickson, qué maderas!.....

El amante del arte antiguo podia mas en aquel momento que el hombre de negocios, y pensando en dichas molduras, no hubiera sentido gastar su fortuna entera para cubrir con los mencionados tableros las paredes de su comedor.

Dickson acariciaba su barba mirando al banquero, y figurándose que se estaba paseando ya en el palacio de Villepreux.

—Desgraciadamente, prosiguió Baradoux, los muebles todos se vendieron; y tendréis una idea de la importancia de aquella casa solariega, cuando sepáis que la venta de ellos produjo un capital suficiente para que todos vivan, si no con esplendidez, por lo ménos con cierta holgura.

—¿El marqués se ha convertido, pues?

—Al hablar de esta familia, no comprendo en ella al marqués. Se parece tan poco á los suyos, que muchos se preguntan si es realmente un descendiente de los Villepreux. No, el marqués no varió de modo de ser.

Durante algunos meses pareció arrepentirse; pero pronto le ví llegar á mi casa, empezaba yo entonces mis negocios de banca, para pedirme dinero. Le hice un préstamo, sospechándome yo que un día ú otro, de algo me serviría el haber entrado en relaciones con él,

Mas las cantidades que yo le prestaba no le satisfacian, y se lanzó á ciertas empresas que le han colocado en un atolladero..... Ahora, señor Dickson, os ruego me escuchéis con gran interés; el marqués se halla en una terrible situacion.

—¿Debe mucho?

—Muchísimo; pero esto no sería nada, si no estuviera comprometido en dos negocios....

—¿En visperas de quebrar?

—Peor que esto, mucho peor, señor Dickson: en visperas de ser llevado ante los tribunales por falsificador y por abuso de confianza.

—¿Bonita familia!

—¡Alto ahí, amigo mio! Oídme hasta el fin. Aún no os he hablado de su hijo: Federico de Villepreux es un digno heredero de su nombre, y un jóven honrado. Conozco á tantos bribones solapados, que podéis creerme al decir que éste es honradísimo.

—Continuad!

—Hé aquí mi conclusion. Si la señorita Edith se casa con cualquiera de los muchos que solicitan su mano, será engañada y probablemente arruinada el dia ménos pensado. Si se enlaza con el jóven Villepreux, su casamiento os costará caro antes de celebrarse, pues es seguro que no se verificará hasta que salvemos al padre de la terrible situacion en

que se haya; pero, por lo ménos, conoceréis la cifra de lo que hay que gastar y al dia siguiente de la boda, nada habrá ya que temer, porque tendréis un yerno de gran prosapia, delicado, dignísimo y fiel guardador de la honra de sus ascendientes, ó sea de su nobilísimo nombre. De este modo labráis la felicidad de vuestra hija y su fortuna no correrá ningun peligro; siendo, por lo tanto, mi opinion, que más vale perder ántes poco, que despues mucho.

—Es entónces un chico especial ese Villepreux.

—¡Es un héroe! Acaba de volver del Tonkin, en donde se ha batido con mucho denuedo. Es bueno, generoso, amante, y lo que es más preferible, de una honradez á toda prueba.

Dickson reflexionó durante algunos instantes y dijo:

—Hay mucha verdad en todo lo que acabáis de decirme; sin embargo, necesito meditar un poco respecto á esa corrupcion parisiense que me habéis hecho entrever..... Nosotros los americanos, no estamos muy duchos en cuanto á la antigua civilizacion europea. Allá en mi país hay muchos bribones; pero no alcanzan tan alto grado de refinamiento..... De lo que me habeis dicho, una cosa me parece clara, segun me lo indica mi buen sentido práctico, y es, que si ese Federico de Vi-

llepreux es tal como me lo habeis pintado, no se casará con Edith Dickson.

— Eso es cosa mia, replicó Baradoux con siniestra sonrisa.

— Permittedme que os pregunte cuál es vuestro plan.

— Justo es que lo conozcáis, pues si lo ejecutamos, tendré que pedir os una cantidad bastante crecida.

— ¿Cuánto?

— No lo sé todavía. Os he dicho que el marqués de Villepreux está á punto de comprometerse.

— ¿Y qué?

— Que para eso es preciso que presenten una denuncia contra él.

— Bueno; ¿más quién la presentará?

— Las personas á quienes ha engañado, abusando de su buena fé.

— Es preciso impedirlo, dijo con viveza Dickson.

— Así es en efecto; pero para ello será necesario desinteresarlos y no sé todavía lo que esto os costará.

— Perfectamente, ¿pero y despues?

— Tendremos en nuestras manos las pruebas de la infamia del marqués de Villepreux.

— Está muy bien. ¿Y esperáis que para salvar á su padre?.....

— El hijo hará lo que queramos.

— ¡Brrr! ¡Brrr! exclamó Dickson; el negocio es asaz complicado.—Dejadme reflexionar hasta mañana y si lo juzgo conveniente, obraremos sin dilacion.

## IV.

## ANSIEDAD.

Grande y cada vez más creciente era la que reinaba en el palacio de Villepreux, desde el dia en que Federico anunció á sus padres que su amigo Juan Renaud amaba á su hermana Enriqueta y que le habia encargado pedir para él la mano de la jóven.

A pesar del desdén con que el marqués acogió esta demanda, ya hemos dicho que Honorato manifestó á su hijo que necesitaba informes respecto á la familia del pretendiente, y que como nadie mejor que el interesado podia dárselos, escribiría á Renaud rogándole se sirviera ponerle en antecedentes relativos á sus padres.

Escribió efectivamente una carta al jóven Juan y se la remitió por conducto del criado

llepreux es tal como me lo habeis pintado, no se casará con Edith Dickson.

— Eso es cosa mia, replicó Baradoux con siniestra sonrisa.

— Permittedme que os pregunte cuál es vuestro plan.

— Justo es que lo conozcáis, pues si lo ejecutamos, tendré que pedir os una cantidad bastante crecida.

— ¿Cuánto?

— No lo sé todavía. Os he dicho que el marqués de Villepreux está á punto de comprometerse.

— ¿Y qué?

— Que para eso es preciso que presenten una denuncia contra él.

— Bueno; ¿más quién la presentará?

— Las personas á quienes ha engañado, abusando de su buena fé.

— Es preciso impedirlo, dijo con viveza Dickson.

— Así es en efecto; pero para ello será necesario desinteresarlos y no sé todavía lo que esto os costará.

— Perfectamente, ¿pero y despues?

— Tendremos en nuestras manos las pruebas de la infamia del marqués de Villepreux.

— Está muy bien. ¿Y esperáis que para salvar á su padre?.....

— El hijo hará lo que queramos.

— ¡Brrr! ¡Brrr! exclamó Dickson; el negocio es asaz complicado.—Dejadme reflexionar hasta mañana y si lo juzgo conveniente, obraremos sin dilacion.

## IV.

## ANSIEDAD.

Grande y cada vez más creciente era la que reinaba en el palacio de Villepreux, desde el dia en que Federico anunció á sus padres que su amigo Juan Renaud amaba á su hermana Enriqueta y que le habia encargado pedir para él la mano de la jóven.

A pesar del desdén con que el marqués acogió esta demanda, ya hemos dicho que Honorato manifestó á su hijo que necesitaba informes respecto á la familia del pretendiente, y que como nadie mejor que el interesado podia dárselos, escribiría á Renaud rogándole se sirviera ponerle en antecedentes relativos á sus padres.

Escribió efectivamente una carta al jóven Juan y se la remitió por conducto del criado

Cuepin, retirándose despues á su cuarto, esperando con impaciencia la respuesta.

Federico fué á reñir con su hermana; la marquesa viuda y Julieta se quedaron solas y permanecieron bastante tiempo silenciosas, reflexionando sobre cuanto habia pasado en los últimos dias y sintiendo sus corazones oprimidos por una secreta angustia.

—Honorato ha resuelto muy pronto escribir al señor Renaud, dijo la madre de Federico; tengo miedo.

—¿Temes alguna traicion? murmuró la anciana.

—¡Ay! ¡madre mia!

—¡Muchas te ha hecho sufrir mi hijo! ¿Pero tú estás dispuesta á consentir ese casamiento?

—¡Con toda mi alma! exclamó Julieta. —Estoy cierta de que Juan habia de hacer feliz á Enriqueta, y no tengo reparo, madre mia, en deciros que no siento haber ofrecido á esos niños la ocasion de confesaros mutuamente su amor.....

—¡Ha sido una imprudencia!

—Al contrario, señora; ahora saben que se aman..... ¿No es este el mayor obstáculo que puedan oponer á los proyectos de mi marido?

—Pero, en fin, si Honorato tiene respecto á su hijo alguna mira..... vituperable, nada nos prueba que suceda lo mismo en cuanto á Enriqueta.

—¡Quién sabe! balbuceó dolorosamente Julieta de Parsant.

—¡Dudas! Verdad es que tienes grandes motivos para ello.

—¡No quiero que mis hijos padezcan! Lo que me ha dado valor para soportarlo todo ha sido el pensamiento de poderlos defender algun dia; y como ha llegado la hora, pronta estoy á luchar.

—Tranquilízate, mi querida Julieta; te ayudaré.

Mientras que las dos marquesas hablaban así, Federico habia entrado con mucho sigilo en el cuarto de su hermana y la sorprendió arrodillada en su reclinatorio.

Avanzó con paso lento, y poniéndola ambas manos delante de los ojos, la dijo:

—Apuesto á que ahora la señorita Enriqueta no está rezando por su hermano.

—La jóven se levantó ruborizándose; Federico la cogió por la cintura, y ella dejó caer su linda cabeza sobre el hombro del jóven.

—Cuéntamelo todo, dijo la niña.

—Con estilo militar, respondió alegremente el muchacho.—Abierta la trinchera, dimos el primer ataque y fuimos rechazados; pero al fin conseguiremos penetrar por la brecha... Estilo familiar: papá, sin comprometerse en nada, ha resuelto pedir á Juan Renaud infor-

mes respecto de su familia..... Cuando los reciba, tomará su decision.

—¡Oh, Dios mio, si no consintiera!

—¿Amas mucho, pues, á mi amigo Juan Renaud?

—¡Es culpa tuya, Federico; tú eres quien me ha enseñado á amarle!..... Mira, cuando sabia que ibais á batiros en aquel maldecido Tonkin, no conocia todavía á tu amigo, y sin embargo..... tanto temblaba yo por él como por tí. ¿No tienes celos, eh?

—¿Yo? Le considero ya como á un hermano. Pero dime, ¿no sentirás dejar este hermoso nombre de Villepreux para tomar el prosáico de "señora Renaud?"

—¡Qué malo eres! ¿Puede acaso ser prosáico el nombre de un héroe?

—Pues creo que esto es lo que más disgusta á nuestro padre.....

—¡No! dijo con gravedad Enriqueta; algo más debe haber; hace ya tiempo que lo estoy sospechando. Des de el primer dia en que nombraste á Juan Renaud, nuestro padre le ha sido hostil..... ¿Quién sabe si ese nombre no le recuerda algo desagradable?..... ¿Quién sabe si su hostilidad no es motivada por algun secreto?..... Tal vez el marqués haya conocido en otros tiempos á los padres de Juan.....

—Hermana mia, no nos alarmemos por

Federico no podia creer que el nombramiento de subteniente hubiera podido producir tan grande emocion en la madre de Juan, porque su amigo le habia dicho muchas veces que ella estaba completamente resignada á verle seguir la carrera militar.

Volvió, pues, muy pesaroso á la calle de San Dominique, y no pensó en disimular su inquietud, hasta que atravesó el patio de su casa.

Cuando entró en el salon, se quedó muy sorprendido al ver allí á la señorita Florimont tranquilamente sentada al lado de la anciana marquesa, no como una persona que está haciendo una visita, sino trabajando un encaje, como en el tiempo en que pasaba casi todas las tardes en el hotel de Villepreux.

Luisa le miró de reojo con malicia y le dió los buenos dias con un movimiento casi imperceptible de los labios.

Sin embargo, habíase puesto muy contenta cuando la marquesa de Villepreux en persona habia ido á buscarla, con el pretexto de que Enriqueta queria aprender un punto de encaje, que la hija del notario hacia con toda perfeccion. ®

La marquesa Julieta habia declarado que estaba pronta á defender á sus hijos y obraba en consecuencia, sirviéndose de la única arma que podia esgrimir con su marido, el amor

Y lo mismo que habia favorecido una entrevista entre su hija y Juan Renaud, queria dar ocasion á su hijo de volver á ver á la pequeña Luisa con la frecuencia é intimidad de otras veces.

La anciana señora de Villepreux estaba admirada al observar lo decidida que se hallaba su nuera, y le decía:

—Te apruebo y te dejo en libertad para dirigir tus pequeñas intrigas; eres madre y tienes derechos que yo soy la primera en reconocer, á pesar de mi carácter de suegra .... Si mi hijo te ataca, me encargaré yo de defenderte.

Luisilla empezó á saltar de alegría cuando Julieta de Villepreux fué á buscarla á su casa; pero el notario hizo un gesto de desagrado al oír que le decía la marquesa:

—Me llevo á vuestra hija para toda la tarde.

El señor Florimont estaba resuelto á romper toda relacion con los Villepreux, pues aún cuando era un hombre excelente, era también muy terco; sin embargo, no se atrevió á negar su permiso, porque tenia un gran respeto y una profunda aféccion para aquella noble señora.

Luisa se sentia muy satisfecha al lado de su madrina, que la prodigaba muchas caricias, y muy gozosa por el efecto que le manifestaba

la madre de Federico y por las demostraciones de amistad que le ofrecia Enriqueta.

Cuando la hija del notario llegó al palacio, las dos jóvenes se encerraron para confiarse sus penas. Enriqueta habló de sus temores, de su ansiedad, de su amor á Juan Renaud y Luisilla exclamó:

—¡Oh! en cuanto á mi, puedo asegurarte que quiero mucho á tu Juan Renaud. ¡El, por lo ménos, te ha cortejado algo, y te advierto que somos muy amigos! ¡Pero tu hermano!

—¡Federico te ama, estoy cierta de ello!....

—Muy grato me seria creerlo; pero no puedo hasta tanto que no *bostonee* ni guíe cotillones con americanas..... ¡Oh! ¡qué odio tengo á esa señorita Dickson!..... ¡Hay momentos en que quisiera arrancarle los ojos!

—Seria lástima, porque los tiene muy bonitos.

—¿Son acaso feos los míos?..... ¿Vas tú también á tomar el partido de esa miss Edith?

Y era cosa digna de ver la agitacion y la rabia con que Luisilla decía estas cosas, y cómo de repente, irguiendo su lindo cuerpecito, se puso á andar majestuosamente y con aire desdeñoso, remedando á Edith y diciendo:

—¡Sí, es esto lo que seduce á tu hermano! Enriqueta se reía con toda su alma.

—No debes enfadarte, dijo á su amiga; si Federico ha sido amable con la americana, no

le ha movido otro impulso que el de obedecer á mi padre.....

—Pues en eso justamente estriba el peligro, interrumpió Luisilla. Tu padre no me quiere, y el mio..... no tiene muy buena opinion de Federico..... ¡Ah! ¡cuánto quisiera yo ser americana! Gozan de entera libertad, escogen un novio y aun varios, sin que sus padres tengan que ver nada en ello!..... ¡Felizmente que tu madre y mi madrina están de mi parte; y cuando se tiene el apoyo de las mujeres!.....

Luisilla hizo un gesto, con el que desafiaba á su padre, al marqués de Villepreux y á todas las hijas de *yankees*.

Luego volvieron al salon y se pusieron á trabajar en el encaje, al lado de ambas marquesas, esperando todas con impaciencia la vuelta de Federico.

Este llegó al fin, y viendo al entrar aquel cuadro de tranquila felicidad, asomó á los labios del jóven una alegre sonrisa, que fué un lenitivo para la entristecida Luisa, pues pensó que aquella sonriente expresion era producida por ella.

Mas ¡ay! la alegría de todos aquellos seres que tanto se amaban, fué de muy corta duracion.

Apenas Federico acababa de sentarse, cuando el marqués de Villepreux entró en el sa-

lon. Saludó afectuosamente á su madre y á su mujer; abrazó á sus hijos; pero aparentó no ver á Luisa y la anciana marquesa tuvo que decirle:

—Hijo mio, ¿no has visto á la señorita Florimont?

—¡Ah!..... buenos dias, señorita, dijo con sequedad.

Despues afectó no mirarla y ni siquiera le preguntó por su padre.

Ella sufría mucho; pero no dejó de sonreir, porque no queria que Federico la viera triste, cosa que á su amor propio contrariaba.

El jóven capitan, no pudiendo confesar el paso que habia dado, refirió que habiendo encontrado al general Brettecourt, éste le habia dado la noticia de la enfermedad de la señora Renaud.

El marqués, bien informado ya, merced al espionaje de Cuepin, aparentó admirarse y exclamó:

—¿Es preciso mandar en seguida á preguntar por el estado de salud de esa señora!

—Lo he hecho ya, padre mio,—está un poco mejor.

Enriqueta respiró; todos sus temores se desvanecieron por encanto, pues el silencio que guardaba Juan Renaud se explicaba naturalmente. Muchas ganas tenía de hacer algunas

preguntas á su hermano; pero delante de su padre no se atrevió.

—En ese caso es probable,—dijo Honorato,—que no veamos á tu amigo en la *soirée* de *mistress Dickson*.....

—¿Que *soirée*,—preguntó bruscamente Julieta, lanzando una despreciativa mirada á su marido?

—Habrá concierto y baile,—replicó tranquilamente Honorato,—esta fiesta es para celebrar la llegada del señor Dickson y estamos invitados. He aquí las esquelas. Hubiera pedido una,—continuó con tono semi-burlon,—para el señor Renaud..... pues esto, sin duda, te hubiera agradado, querida.

Julieta estuvo á punto de contestar que ni ella ni su hija pondrían nunca los pies en los salones de la señora Dickson; pero acostumbrada hacia mucho tiempo á usar de paciencia, supo reprimir su indignación.

La madre de Honorato, al contrario, no pudo contenerse y preguntó con desdén:

—¿Quién es esa señora Dickson?

Estaba tan irritada por el aire dominante que tenía su hijo desde la llegada de Federico, que instintivamente buscaba la ocasión de tener con él ciertas explicaciones.

Mas á pesar de la desdenosa pregunta de su madre, el marqués no perdió ni un punto de su calma.

—La señora Dickson, dijo sonriendo, es una encantadora americana, cuyo marido, uno de los más importantes industriales de los Estados Unidos, ha ganado no sé cuántos millones. Su hija la más linda jóven que pueda imaginarse, es la que con Federico guió el cotillon en la fiesta que dió la señora baronesa de Vauchelles.

Al pronunciar estas últimas palabras, el marqués miró á Luisilla y notó que estaba emocionada.

La anciana marquesa exclamó:

—Por muchos millones que tengan esos Dickson, supongo que ni mi nuera ni Enriqueta irán á esa *soirée*.

—En este caso, replicó Honorato siempre sonriendo, me contentaré con ir con mi hijo, pues he aceptado su invitación.

Después, poniendo cariñosamente la mano en el hombro de Federico, le dijo:

—Vente conmigo, querido.

—¿Te lo llevas? preguntó Julieta.

—Necesito hablar con él un rato.

Federico se levantó, siguiendo respetuosamente á su padre.

Y cuando hubieron salido, la señorita Florimont se echó sollozando en brazos de Enriqueta.



## V.

## LA PRESENTACION.

En el mismo momento en que el padre y el hijo salían del salón de la marquesa viuda. Aristides Florimont, muy sofocado, llegaba al hotel de Villepreux. El simpático notario estaba muy sobresaltado y hablaba solo en voz alta.

—¡Es preciso que esto concluya de una vez, —decía, —si es preciso! Mi agradecimiento a la señora de Villepreux no puede llegar hasta tanto..... ¡Su ruina no me ha hecho variar de conducta; pero ahora.....ante la deshonra!.....

Y como su excitación no le dejaba fijarse en nada tropazó con la rueda de una victoria que esperaba delante de la puerta.

Sacudiendo el polvo que aquella rueda había dejado en la manga de su gabán, el notario miró maquinalmente el escudo de armas pintado en la portezuela, y conociendo que era el de Villepreux, murmuró espantado:

—¡Un coche, en la situación en que se encuentran!..... ¡No faltaba más que esto!.....

¡Ah! ¡es preciso de todo punto que mi hija escuche el lenguaje de la razón!

Y entró en el portal.

Al llegar á la escalinata, se halló enfrente del marqués y de su hijo. Aquel se apoyaba afectuosamente en el brazo de éste y parecía muy alegre.

Cuando vieron al notario, ambos hicieron un ademán para saludarle; pero Florimont se había apartado un poco volviendo la cabeza á otro lado. Federico, estupefacto iba á hablarle, cuando le dijo su padre:

—Déjale, querido, bien sabes que el buen hombre es lunático.

El notario subía furioso la escalera, murmurando:

—¡Sí, sí, lunático; pero soy un hombre honrado, señor bribón!

Y sin hacerse anunciar, llamó á la puerta del salón delante de la marquesa y entró sin esperar á que le contestaran.

Vió á su hija deshecha en lágrimas; sus dientes rechinaron de ira, y después, reprimiéndose algo de la marquesa, se quedó un instante cortado.

—¿Qué tenés, Florimont?

—Dispensadme, señora, vengo á buscar á mi hija.

—Pero, caballero, dijo Julieta, si debía llevarosla yo esta noche.

—Ya lo sé, señora; pero incidentes imprevistos me han obligado á venir á buscarla sin tardanza y ahora que veo sus lágrimas, me parece que llego más á tiempo. Vámonos, Luisa.

Esta obedeció con el corazón desgarrado y no atreviéndose á preguntar lo que significaba la intervencion tan brusca de su padre. El notario saludó respetuosamente á las damas de Villepreux, y salió arrastrando á su hija como si hubiera conquistado un tesoro.

Cuando llegó al patio, tuvo un momento de indecision, pues el marqués y su hijo se hallaban todavía allí, esperándole, sin duda, al paso.

—Te prohibo que mires á estos hombres, dijo con viveza á Luisa.

Y prosiguió su camino, dirigiendo la vista á otro lado al pasar junto á ellos. A pesar de la prohibicion de su padre, la jóven fijó en Federico una mirada suplicante, y al verle pálido de ira y al marqués sonriendo con ironía, murmuró:

—¿Padre mio, qué hacéis?

—Mi deber, sustrayéndote de una casa en la que la deshonra va á entrar.

Y cuando llegaron al umbral de la puerta de la calle:

—¡Mira! la dijo enseñándole la victoria, ¡sí tenía yo razon cuando te decía que ese Fede-

rico seguiria las huellas de su padre! Hace mucho tiempo ya que las señoras de Villepreux andan á pié; pero esto no podia convenir al heredero de ese nombre; apénas llega á Paris, cuando el señor necesita coche y se lo traen el mismo dia en que su padre está á punto de.....

—¿Qué queréis decir, padre mio?

—No me preguntes más.

—Hablad, os lo suplico.

—Demasiado pronto lo sabrás y entonces me darás las gracias.....

El marqués y Federico salieron tambien del patio y vieron al notario, que tirando de su hija, desaparecia por la esquina de la primera bocacalle.

El jóven capitán estaba muy angustiado.

—Supongo, dijo el marqués con frialdad, que mi madre, mi mujer y mi hija, estarán satisfechas. ¡Qué grosería!.....

—Pero no comprendo, padre mio,.....

—¡Ni procures comprender la conducta de un tonto..... y de un ingrato! Porque, en fin, este hombre todo lo debe á nuestra familia, y nota, hijo mio, que es la segunda vez que viene á buscar á Luisilla con aire indignado, como si no fuéramos mercedores de tratarnos con él..... ¡Bah!

Y el marqués hizo un gesto de desdén.

—Ocupémonos de negocios más serios, añadió.—Sube á tu coche, Federico.

—¿Mi coche?

—Sí, querido. No soy rico; pero quiero que mientras estés en París, lleves un tren digno de tu nombre.

—¡Oh padre mio! balbuceó.

Y á pesar de la penosa emoción que acababa de experimentar, no pudo menos de examinar su victoria de última moda y muy elegante; el caballo negro, de bonitas líneas, de buena raza, y el cochero muy correcto, vistiendo la librea de Villepreux.

—¿Habéis hecho una locura, padre querido! exclamó.

—Nada de eso, hijo mio; cuando te marches, despediré al cochero, venderé el caballo, no conservando más que el coche porque lleva nuestras armas, y te servirá cuando tengas otra licencia..... como no sea, añadió con cierta malicia, que tu situación financiera se modifique, en cuyo caso podrias conservarlo todo. ¡Vamos, anda! ¡Cochero, al bosque de Boulogne.

Federico dirigió á su padre una mirada de agradecimiento.

Durante el camino que recorrieron hasta llegar al bosque, no hablaron una sola palabra. Federico estaba embargado por el goce que le habia proporcionado tan linda sorpresa,

y el marqués, que le estaba observando de reojo, se decia: "¡Ya te tengo!"

En la avenida de las Acacias muchos amigos les saludaron, y varios de ellos se preguntaban por qué prodigio el marqués se paseaba en un coche propio; pero todos convinieron en que su tren, no obstante su sencillez, era una maravilla de gusto y de buen tono.

—Tanto mejor para el marqués, se decian, si ha encontrado un asidero en el momento en que iba á hundirse.

Entre los que saludaron al padre y al hijo, ninguno los examinó con más atención ni con más minuciosidad que el señor Dickson.

Desde el día siguiente de su llegada, el americano era uno de los habituales paseantes del bosque de Boulogne, y para deslumbrar mejor á los parisienses, habia regalado á su mujer un nuevo tronco de caballos que le habian costado veinte mil francos.

A eso de las cinco y media, la familia Dickson volvió á su casa, y ya unas veinte personas estaban reunidas en el salón de confianza de la americana, en donde miss Edith procedía, algo nerviosa, al servicio de su *five o'clock tea*, té de las cinco.

La joven sabia que aquél era el día convenido, por mediación de Baradoux, entre su padre y el marqués, para la presentación de Federico al americano. Despues de aquella

entrevista, Dickson decidiría si le aceptaba ó no por yerno; y Edith, sin experimentar una gran pasión por el jóven capitán, pues recordarán nuestros lectores que no le había visto más que una vez, se decía que la existencia con él sería una felicidad, porque no solamente era el aristócrata más elegante y más cumplido de cuantos le habían sido presentados, sino que sentía por él una gran estimación. La jóven había notado pronto la diferencia que existía entre Federico y el torbellino de inútiles que cortejaban sus millones.

Los señores de Villepreux no se hicieron esperar, y no se necesitaron más que algunos instantes para que Dickson fuese completamente seducido por la gracia de Federico. El marqués se acercó á mistress Dickson, y el americano, después de la presentación, se apoderó del jóven conde, y para hablar con él, olvidó á todas las demás personas que se hallaban presentes.

—No se os ofrecerían muchas ocasiones de comer manteca tan fina en el Tonkin?

—Ya lo creo—dijo sonriendo Federico.

—Cuando yo leí en los periódicos el sitio de Tuyen-Quang, no sospechaba que tendría el gusto de hablar un día con uno de aquellos héroes.

—¡Oh, ca!allejo!—dijo el jóven con modestia.

Y el americano le obligó á que le refiriese aquel sitio y después todas las acciones en que había tomado parte.

Según su costumbre, Federico habló de ello sencillamente, sin decir nada de lo que él había hecho; Dickson no perdía ni una sola de sus palabras y miss Edith, que se había sentado muy cerca de ellos, le escuchaba con admiración. El jóven, sin saberlo, acababa de conquistar al padre y á la hija.

Cuando Federico se marchó con su padre, todos los concurrentes exclamaron:

—¡Es encantador!

Algunos minutos después el señor Dickson subió á su despacho, mandaba llamar á Baradoux por el teléfono, y cuando las comunicaciones estuvieron establecidas, el banquero preguntó:

—¿Ha ido?

—Sí.

—¿Y qué?

—¿Sabeis lo que significan en inglés las palabras *all right*?

—Que todo marcha bien. Que todo marcha admirablemente.

—Pues bien, querido señor Baradoux, nada tengo que decirles sino *all right*.

—¿No vaciláis ya?

—Absolutamente nada. ¿Vereis esta noche al señor marqués?

—Debe venir á mi casa despues de comer.

—Arreglado bien todo, de modo que ese bribon no nos haga una mala pasada, y hasta mañana.

Baradoux habia esperado con cierta ansiedad el fin de aquel dia. El, hombre calmoso por naturaleza y por costumbre, habia dado señales de creciente agitacion; se habia enfadado con un cliente que le pedia dinero, y á quien no queria prestar ya, y su enfado era tanto más significativo, cuanto que era para él una regla, á cuya observancia no faltaba jamás, la de envolver sus negativas en una perfecta amabilidad; habia reñido con su cajero y atropellando al mozo de caja.

Por supuesto, que la plaza de cajero en casa de Baradoux, era un puesto meramente de honor, pues las funciones de dicho empleado consistian solamente en entregar las cantidades que el banquero le daba algunos minutos antes de hacer el pago.

El verdadero cajero era Baradoux y nadie conocia sus secretos.

Tenia tambien un empleado jóven para los recados, es decir; para retirar de casa de los procuradores los pagarés que no habian sido saldados por sus clientes; pero era un trabajo del que gustaba encargarse cuando sus ocupaciones se lo permitian.

El único hombre verdaderamente útil á Ba-

radoux era su criado, un moceton llamado Santiago, que desde por la mañana muy temprano arreglaba la casa y cuidaba de sus colecciones, pasando desde las diez á llenar el puesto de ordenanza. Tenia una preciosa cualidad, que consistia, pareciéndose en esto á su amo, en despedir á los clientes sin la menor displicencia, antes bien, con la más exquisita dulzura.

Aquella noche Santiago iluminó profusamente el despacho de su amo.

Este despacho comunicaba por un lado con las habitaciones del banquero, y por el otro, con dos piezas que pomposamente llamaban "Las oficinas." Una de estas tenia un ventanillo que daba al recibimiento, y por allí se hacian los pagos y se recibia la cobranza de los enormes réditos que traian los clientes.

Durante aquel dia Baradoux no habia echado ni una ojeada á sus queridas colecciones; lo pasó casi entero sentado en su mesa y examinando papeles cubiertos de cifras.

A eso de las diez de la noche el timbre anunció la llegada de una visita, y casi en seguida, Santiago introdujo en el despacho al marqués de Villepreux.

El banquero dijo á su criado:

—Que nadie nos interrumpa.

Santiago contestó con un gesto y dejó solos á los dos adversarios, pues bien puede calificarse

carse así á dos seres de alma igualmente corrompida, que iban á luchar con la sonrisa en los labios, para saber quién engañaría á quién en la cuestión del casamiento de Edith con Federico.

Con la más exquisita amabilidad, Baradoux ofreció una butaca al marqués, sentándose delante de la mesa con la mano extendida encima de los papeles. La conversacion empezó alabándose por ambas partes la hermosura de miss Edith y las cualidades de Federico.

Cuando acabaron los mútuos cumplidos, el banquero, siempre con igual finura, abordó la cuestión.

—Es probable, y hasta casi cierto, dijo, que el señor Dickson conceda á vuestro hijo la mano de miss Edith; sin embargo, antes de que se comprometan irrevocablemente ambos jóvenes, es preciso que se establezcan las condiciones del contrato.

—El régimen de la comunidad de bienes me parece ser el indicado, respondió el marqués con tono ligero.

—No es esta la opinion del señor Dickson, replicó tranquilamente Baradoux.—Pero, señor marqués, es inútil que perdamos el tiempo en circunloquios; en este negocio tengo que tomar el interés de ambas partes, pues sois los dos clientes míos. Pues bien, señor de Villepreux, si os habeis figurado que el señor de

Dickson es un yankee un tanto burdo, os habeis equivocado. Su apariencia que, convengo en ello, es algo brusca, oculta un talento bastante despejado..... y es tan astuto como un viejo parisiense. Voy á probaroslo con un ejemplo que os atañe muy de cerca.

El marqués empezó á ponerse serio y Baradoux continuó:

—¿Sabeis cuál es la primera persona que ha sido informada ayer de la situacion..... penosa por que atraviesa la Compañía de seguros de que sois presidente?

El marqués sufrió un ligero temblor.

—Dispensadme, dispensadme, repuso Baradoux, si os repito que no perdamos el tiempo inútilmente; sabeis tambien ó mejor que yo que vuestro hijo no consentirá fácilmente en casarse con la señorita Edith Dickson, puesto que está enamorado de la hija del notario Florimont.....

—Esos amores se acabaron, caballero.

—Sí, ya sé que han surgido algunas..... dificultades entre vos y ese tan estimable notario, y os ruego, señor marqués, creais que mis informes son siempre exactos; así pues, me permito advertiros que esas dificultades no han destruido el amor de que estamos hablando. Si vuestro hijo consiente en casarse con la hermosa Edith, será porque le hayais

dicho que estais perdido y que ese casamiento puede salvaros.

Honorato hizo un gesto de rebelion; pero ante la mirada aguda del banquero, tuvo que bajar la cabeza.

Este prosiguió:

—No podeis figuraos hasta qué punto el señor Dickson conoce ó adivina los misterios de la vida parisiense. Ha hablado con muchas personas que saben la historia de vuestra vida.....también como la conozco yo.

—¿La habeis informado vos? murmuró Honorato con tono iracundo.

—Nada de eso, señor marqués; al contrario, he procurado atenuar todo lo que le han dicho; pero sabe que habeis arruinado completamente á vuestra familia.....

—Supongo no creará ese señor que si poseyera yo todavía mi fortuna, consentiria en el casamiento de mi hijo, un Villepreux, con una señorita Dickson.

—Dejad á un lado el orgullo, señor marqués, no estamos aquí para hacer un paralelo entre la nobleza y el dinero, sino para discutir las condiciones de un negocio. El señor Dickson sabe que, durante algunos años habeis vivido de préstamos y que despues habeis procurado recuperar vuestra fortuna con ciertas especulaciones que han sido...desgraciadas.

—¿Es culpa mia acaso? ¿No me habeis in-

dicado vos mismas algunas de esas combinaciones?

—Distingamos, señor marqués. Cuando me ha sido imposible ya prestaros dinero, me habeis pedido que os procurase algunos negocios en que pudiera servir vuestro nombre para deslumbrar á los tontos.....Os indiqué varios sin recomendaros ninguno, y muy á menudo os he dado consejos, que no habeis seguido. ¿Es esto verdad?

Honorato no respondió.

—Lo cierto es que el señor Dickson sabe ya lo que todo París sabrá muy pronto, es decir, que en esa Compañía habeis presentado balances ficticios, que habeis hecho escrituras falsas, engañando á accionistas.....

—Exageraciones, tartamudeó Honorato.

—No, señor marqués, es la exactísima verdad. Podreis decirme que muchas personas, respetadas hoy han hecho lo mismo que vos; es cierto, pero han salido adelante, mientras que vos, no. Hoy por hoy estais á merced del primer accionista que formule una queja contra vos ante los tribunales; y si ninguno lo ha hecho todavía, es porque esperan que encontrareis un medio de reembolsarlos, y vos mismos contais con el casamiento de vuestro hijo para hacer frente á gravísimos compromisos. Además, si fuera solo el negocio de los seguros, pero teneis tambien el de un estableci-

miento hipico en el que habeis perdido mucho dinero, dinero que no teniais....Habeis sabido hacer que vuestros acreedores tuvieran paciencia, dándoles algunas cantidades á cuenta; pero no la tendrán cuando sepan la posicion en que os encontrais...En fin, señor marqués, debeis un millon setecientos mil francos y estais en peligro de comparecer muy pronto ante el tribunal correccional....Ya veis, señor de Villepreux, que vuestra situacion no os permite en modo alguno imponen condiciones.

Honorato se habia puesto en extremo pálido.

Una terrible cólera rugió en él; pero no se atrevia á rebelarse, porque sabia demasiado que estaba perdido y que no podia hallar salvacion más que en el casamiento de su hijo.

Despues de un largo silencio, Baradoux repuso:

—No veais en mis palabras otra cosa que la comprobacion de un hecho, y acordaos de que no he vacilado ni un instante en adelantaros el dinero necesario para que vuestro hijo pudiera presentarse de un modo conveniente en casa de la señorita Dickson. Tampoco hubiera titubeado en imponer al americano el régimen de la comunidad de bienes para el contrato de boda de su hija, si él mismo no hubiera sabido lo que acabo de deciros. Vuestro hijo, teniendo el derecho de disponer

del dote de su mujer, hubiérase apresurado á salvar la situacion de su padre y todo se hubiera arreglado lo mejor posible para que vuestro amor propio no sufriese. ¡Desgraciadamente ya no puede ser así!

—¿Qué exige, pues, ese yankee!

—Helo aquí, dijo Baradoux articulando mucho cada una de sus palabras.

—Notad que las cosas se harán de tal modo que no tendreis que humillaros delante de ninguno de los miembros de vuestra familia; lo único que sucederá es que tendreis que sostener una lucha con la señora marquesa viuda respecto á su palacio.....y aún podreis llegar al resultado apetecido, con la dulzura.....

Baradoux empezó á hojear los papeles que estaban encima de la mesa, diciendo:

—Tengo aquí un estado exacto de vuestras deudas.....

—Indudablemente estais muy bien informado, querido señor Baradoux.

—Ya os lo he dicho al principio de nuestra conversacion. Mil francos más ó menos, conozco perfectamente la situacion financiera de todos mis clientes, y cuando los grandes banqueros necesitan algunos informes, es á mí á quien los piden.

Baradoux hablaba ahora con gran desdén, como hombre que sabe que ha vencido ya.

—Hé aquí, pues, las bases que servirán pa-

ra el casamiento de vuestro hijo. Primer punto: el señor Dickson pagará vuestras deudas y os comprometereis formalmente á no emprender en adelante ningun negocio financiero. Segundo: la señorita Edith tendrá un dote de un millon bajo el régimen dotal. Tercero: dotareis á vuestro hijo con el palacio de la calle de San Dominique.....

—Eso no puede ser, porque esa finca pertenece á mi madre.

—A vos toca decidirla. Además, á nadie echarán de aquella morada; habrá una jóven desposada más y una gran fortuna.

—Mi madre no consentirá nunca.....

—Si conoceis otros medios de salir del atolladero en que os halláis, dijo tranquilamente Baradoux, á tiempo estáis de rehusar este, señor marqués.

## VI.

## LOS REMORDIMIENTOS DE UN HIJO.

La conquista del Tonkin ha tenido y tendrá, sin duda, todavía muchos adversarios en Francia; pero no ha tenido ni tendrá nunca ninguno tan encarnizado como mamá Renaud.

Empezó á maldecir á aquella lejana comarca, hasta entonces desconocida para ella, cuando su querido Juan se fué con tanta bravura á arrostrar allí las fiebres palúdicas y las balas; faltó poco para que le concediera su perdón cuando su biznieto volvió de allí hermoso, satisfecho de su campaña y sin que aquel mortífero clima hubiera influido para nada en su salud; pero cuando el amor de Juan por Enriqueta de Villepreux se dió á conocer, y este amor llegó á hacer la desgracia del jóven y fué causa de la enfermedad tan repentina de su nieta, el odio de mamá Renaud para la península indo-china volvió á aparecer más fuerte que nunca.

Se la oía exclamar cien veces al dia alzando las manos al cielo:

—¡Oh! ¡Ese Tonkin! ¡Ese Tonkin!

Ese Tonkin era la causa de todas sus desgracias. Y las tenía siempre en la mente y recapacitaba sobre ellas varias veces al dia, á pesar del aumento de trabajo que le ocasionaba la enfermedad de María; pues mamá Renaud, no obstante su avanzada edad, era la que dirigia sola la casa de lencería de la calle del Sentier, y precisamente los encargos aumentaban entonces é impedían á la buena anciana pasar al lado de la enferma todo el tiempo que ella hubiera querido.

Estaba fuera de sí; á lo mejor se paraba en

ra el casamiento de vuestro hijo. Primer punto: el señor Dickson pagará vuestras deudas y os comprometereis formalmente á no emprender en adelante ningun negocio financiero. Segundo: la señorita Edith tendrá un dote de un millon bajo el régimen dotal. Tercero: dotareis á vuestro hijo con el palacio de la calle de San Dominique.....

—Eso no puede ser, porque esa finca pertenece á mi madre.

—A vos toca decidirla. Además, á nadie echarán de aquella morada; habrá una jóven desposada más y una gran fortuna.

—Mi madre no consentirá nunca.....

—Si conoceis otros medios de salir del atolladero en que os halláis, dijo tranquilamente Baradoux, á tiempo estáis de rehusar este, señor marqués.

## VI.

## LOS REMORDIMIENTOS DE UN HIJO.

La conquista del Tonkin ha tenido y tendrá, sin duda, todavía muchos adversarios en Francia; pero no ha tenido ni tendrá nunca ninguno tan encarnizado como mamá Renaud.

Empezó á maldecir á aquella lejana comarca, hasta entonces desconocida para ella, cuando su querido Juan se fué con tanta bravura á arrostrar allí las fiebres palúdicas y las balas; faltó poco para que le concediera su perdón cuando su biznieto volvió de allí hermoso, satisfecho de su campaña y sin que aquel mortífero clima hubiera influido para nada en su salud; pero cuando el amor de Juan por Enriqueta de Villepreux se dió á conocer, y este amor llegó á hacer la desgracia del jóven y fué causa de la enfermedad tan repentina de su nieta, el odio de mamá Renaud para la península indo-china volvió á aparecer más fuerte que nunca.

Se la oía exclamar cien veces al dia alzando las manos al cielo:

—¡Oh! ¡Ese Tonkin! ¡Ese Tonkin!

Ese Tonkin era la causa de todas sus desgracias. Y las tenía siempre en la mente y recapacitaba sobre ellas varias veces al dia, á pesar del aumento de trabajo que le ocasionaba la enfermedad de María; pues mamá Renaud, no obstante su avanzada edad, era la que dirigia sola la casa de lencería de la calle del Sentier, y precisamente los encargos aumentaban entonces é impedían á la buena anciana pasar al lado de la enferma todo el tiempo que ella hubiera querido.

Estaba fuera de sí; á lo mejor se paraba en

medio de una cuenta ó de una frase, para repasar en su memoria la serie de sus pesares.

En primer lugar le molestaba aquella idea que habia tenido María de comprar para Juan una casa tan lejana y de permitirle vivir la vida del mundo aristocrático. Apenas habia estado con ellas desde que habia vuelto, pues pasaba todo el tiempo en casa de las baronesas, de las duquesas y.....

—¡Ya verás, decía á María, cómo se enamorará de alguna señorita que le haga sufrir!

Y sucedió como lo habia pensado la anciana.

Sin embargo, mamá Renaud no se habia figurado nunca que amaría á una Villepreux.

Y el resultado era apetecible!

¡Ab! ¡Cuánto hubiera reñido á su nieta si no la hubiese visto débil, desgraciada y llorando sin cesar, tendida en la cama de donde no se movía, y siempre acompañada por su hijo!

La buena señora se preguntaba cómo habia podido ella resistir tantas emociones.

Qué pena sufrió, en efecto, el día en que la dijeron:

—Traen enferma á la señora..... Está casi sin conocimiento.

Esto sucedió el día en que Juan pidió por teléfono á su madre la copia de su fé de nacimiento.

Mamá Renaud aborrecia también el teléfono y decía:

—Esto no sirve más que para dar las malas noticias sin miramientos y de un modo brutal.....

Aquel día en que vió á su nieta acompañada por el conde de Brettecourt, medio desmayada y teniendo apenas fuerza para pronunciar las palabras de "mamá..... mamá Renaud....." quiso pedir explicaciones, pues esa era una de las manías de la anciana; pero el general habia dicho con gran seriedad:

—¡Más tarde, señora, más tarde lo sabréis!

Y habia continuado subiendo la escalera, llevando en brazos á la enferma y sin permitir que nadie le ayudase.

Después, cuando la dejó recostada en su sofá, dijo:

—Haced que se acueste, señora, yo me encargo de mandar que avisen á Juan.

La anciana obedeció, porque Brettecourt la imponía; y sola ya con la paciente, quiso interrogarla, mas ésta, sin responder, daba las gracias por sus cuidados con una tierna mirada dirigida á su abuela. No podia hablar, porque el estado convulsivo en que se hallaba no se lo permitía.

Y mamá Renaud, enfurecida, repetía sin cesar:

—¡Oh! ese Tonkin!..... ¡esos Villepreux!

Adivinaba lo que habia pasado y lo que no la decian; Juan, enamorado de Enriqueta, habria pedido su mano y los Villepreux le habrian preguntado:

—¿Quién sois? ¿Quién es vuestro padre?

Entonces el jóven se habia desesperado por ser un hijo sin padre, ¡un bastardo!

La desesperacion de éste habia causado la de su madre y tambien la habia humillado.

Si Juan no hubiese ido al Tonkin, no hubiera tampoco conocido á los Villepreux.

Pero habia una cosa que mamá Renaud no comprendia; ¿qué tenia que ver en todo esto el general Brettecourt?

María habia ido á casa de su hijo; la entrevista debia haber sido cruel como era natural. ¿Pero por qué era Brettecourt y no Juan quien habia traído á María á su casa?

Cuando la pobre madre estuvo en la cama; no hablando todavía, pero algo más tranquila, se oyó un agudo grito.

Era Juan que, avisado por Brettecourt, acudia como un loco.

—¡Madre mia! ¡Madre querida!

Y el pobre jóven se arrodilló delante de la cama, cogió las manos de su madre y cubriéndolas de besos, exclamaba:

—¡Oh, madre adorada, perdóname.....

¡Perdona á un mal hijo!.....

María cesó de llorar en cuanto le vió, y se sonrió.

—¡Hijo mio! dijo, solamente una madre puede comprender la expresion de amor y de orgullo que tienen estas dos palabras. Después llamó:

—Señor... de... Brettecourt...

—Está allí... ¿Quieres verle?

María hizo una señal afirmativa; pues hablaba con mucha dificultad.

Juan se levantó y se dirigió hácia la puerta, diciendo:

—¿Mi general?

Brettecourt entró sin ninguna cortedad, sus ojos se fijaron en la enferma con tanta ternura, que mamá Renaud se quedó estupefacta.

María le miraba tambien con una visible satisfaccion.

El general se acercó á la cama y contempló algunos instantes y sin hablar á la pobre madre, y luego dijo:

—Volvia yo al círculo militar cuando vi pasar el coche de vuestra madre, mi querido Juan, y me pareció esta señora tan triste, que tomé la libertad de mantener la berlina para tener el gusto de saludarla. Vuestra madre me pidió que la acompañase á su casa... y me ha confiado los motivos de su dolor....

Juzgaba que el momento no habia llegado todavía de decir á Juan toda la verdad.

Pero añadió con tono solemne:

--Juan, yo creía quereros mucho; y sin embargo, hace una hora mi cariño para vos ha aumentado de tal modo, que si fuérais mi hijo no os quisiera más..... Amo y venero á vuestra madre, como amaría y veneraría á la mía, si viviera aún...

Después se volvió sonriente hácia la abuela, diciendo:

--Espero que mamá Renaud me permitirá también que la ame y la respete como si fuera yo de la familia.

En aquel momento la admiración de la anciana para el general Brettecourt, llegó á su colmo.

Juan, que se hallaba como anonadado por el dolor, se sintió algo más en calma pues el testimonio de estimación dado á su madre por aquel hombre á quien el jóven respetaba en el más alto grado, era un bálsamo aplicado á su cruel herida.

María Renaud cogió una mano de su hijo y colocándola en las de Brettecourt, dijo á media voz:

--¡Hijo mio, si yo muriese!...

--¡Cállate! interrumpió mamá Renaud. ¡Tú, hablar de morir!

--¡Oh! replicó María con celestial sonrisa, yo no quiero dejaros; pero si Dios dispusiera de mí, hijo mio, quiere mucho al Sr. Brette-

court y sigue sus consejos como hubieras seguido los de tu padre...

Luego dejó de hablar, y mirando á su abuela, á su hijo y al general, se quedó dormida.

Brettecourt aprovechó aquella circunstancia para marcharse, y Juan le acompañó, pues mamá Renaud se había sentado á la cabecera de la cama.

El conde se despedía ya de Juan cuando éste le detuvo en el umbral de la puerta, diciéndole con tímido acento:

--Permitidme dos palabras, mi general.

Brettecourt arrugó ligeramenta el ceño, pues si bien aguardaba que el jóven le pidiera alguna explicación, esperaba que no sería hasta el día siguiente, teniendo tiempo de este modo, para reflexionar en lo que había de decirse.

--¿Qué queréis?

--Mi general, ¿habéis conocido á mi padre?...

La pregunta era demasadamente clara y precisa; no admitía evasivas.

--Sí, respondió.

Un estremecimiento nervioso recorrió todo el cuerpo del jóven. Otras preguntas asomaban á sus labios; ¿pero tenía el derecho de formularlas? ¿Podría Brettecourt contestarle?

Mi general, muchas cosas tengo que preguntaros todavía... ¿Me permitís que lo haga?

—Dependerá de lo que queráis saber, y si os contesto será con la condicion de que no trataremos más de esta cuestion, y sobre todo de que no volveréis nunca á hablar de ello á vuestra madre.

—¡Oh! ¡mi general, os lo juro! ¡Si supiérais cuánto me arrepiento y qué desgarrado tengo el corazon!... ¿Es posible que yo haya hecho sufrir á mi querida y adorada madre?... Hay momentos en que maldigo mi amor, que ha sido la causa de cuanto ha pasado... Hubiera debido adivinar y evitar toda mi vida el imponer á mi buena madre tan penosa confesion.

—No lo sintáis, Juan. Lo que ha sucedido es un medio de que se ha valido la divina Providencia. Interrogadme, pues, y os responderé si puedo...

—¿Mi padre vive?

—¡Si hubiera vivido, vuestra madre no se hubiera visto abandonada!

—¡Ah! ¡cuánto bien me hacéis al decir esto! Me hubiera sido muy cruel maldecir á mi padre, y si hubiera sabido que habia abandonado á mi madre, no dudéis de que lo hubiera hecho. ¿Podéis decirme su nombre?

—Es imposible: ni vuestra madre ni yo os lo diremos, por lo menos ahora... y no lo preguntéis tampoco á mamá Renaud, porque esa buena señora créa saber la verdad y no es así.....

—¿Pero la sabré yo algun dia?

—Tal vez.

—Decidme no más si era mi padre bueno, noble, generoso.....

—Si no hubiera tenido estas cualidades, ¿creéis que le hubiera amado vuestra madre?... Sois su perfecto retrato.

—¡Pobre padre mio! murmuró Juan.— ¡Cuánto le hubiera yo querido tambien! Y ¿aquí, en Paris, conoce alguien el secreto de mi madre?

—Nadie más que yo..... ¡Valor, hijo mio! Dejadme en adelante el cuidado de vuestra existencia..... ¡Tened paciencia y esperad! ¿Teneis confianza en mí?

—¡Tanta como en mi madre!..... ¡tanta como tendria en mi padre!..... Ya que queréis ser mi guía, decidme cuál es la conducta que debo observar respecto á la familia de Villepreux. ¿Debo escribir lealmente al marqués?

—¡No! interrumpió con energia Brettecourt.— ¿No habeis dicho ya al criado que la carta que os escribió no tenia respuesta?

—Si.

—Pues bien, dejad las cosas en tal estado y cuidad á vuestra madre.

—Os obedeceré, mi general.

—Hasta mañana, hijo mio; desde hoy en

adelante os consagraré todo el tiempo que tenga libre.

Brettecourt se marchó y Juan fué á sentarse al lado de la enferma.

María Renaud, acariciada por su abuela, se habia dormido, y sus facciones expresaban la calma y la felicidad.

En voz baja la anciana interrogó á su biznieto, y éste la contó sencillamente la pena que habia sufrido su madre cuando quiso él saber la verdad referente á su nacimiento; pero fiel á su promesa, nada dijo respecto á su conversacion con el general.

Mamá Renaud adivinaba por demás que le ocultaban algo; pero se resignó á no saberlo y no se ocupó más que de cuidar á su nieta.

La noche empezó bien, María dormia tranquila, sonriente y feliz; Juan adivinaba por la expresion de su rostro, qué dulces sueños embargaban su espíritu.

—¿Quién sabe, se decia el jóven, si no sueña que vé á mi padre y goza de la dicha de su juventud?.....

Mas poco á poco la calma desapareció de la cara de María, sus facciones se contrajeron.... y pronto se incorporó balbuceando palabras sin hilacion y se echó á llorar.

Por la mañana estaba delirante.

El médico, llamado á toda prisa, ordenó algunos calmantes y no diagnosticó ninguna en-

férmedad, diciendo que la fiebre que sufría la enferma debia haber sido ocasionada por una conmocion moral.

Durante tres días, la pobre mujer fué presa de terrible calentura y de frecuentes accesos de delirio.

Cuando volvía á la razon, parecia muy gozosa de ver á Juan á su lado prodigándola sin cesar caricias, y ella le atraía y le abrazaba con incomparable cariño.

El jóven no se apartaba un momento de la cabecera de la cama, y por la noche se instalaba en una butaca, en la que descansaba algunos instantes. Si mamá Renaud le hablaba de ocupar su lugar, Juan se sonreía con tristeza y le decia:

—¡Nó, nó! Yo soy quién la ha hecho sufrir, á mí me toca tambien cuidarla.

—Te cansarás demasiado..... A tu edad no es bueno pasar las noches en vela.....

—¡Peores las he pasado en el Tonkin!

—¡Ah! ¡sí, el Tonkin!

Y mamá Renaud se enfadaba.

La buena anciana dormía muy poco tambien; pero tenia por fuerza que descansar algunas horas para vigilar de dia los almacenes.

Cuando su nieta reposaba, se informaba del estado de los negocios, daba órdenes y decia:

—No dejemos de ganar dinero para el niño.

Brettecourt iba por la mañana y por la tar-

de y Juan le recibia en la habitacion de su madre. Cuando María no estaba bajo la influencia del delirio, manifestaba siempre gran alegría al ver al general.

Este asistió á dos de los más violentos accesos que sufrió la enferma, y en ambos vió que sus facciones tomaban una gran expresion de odio y de cólera, y entre otras palabras faltas de sentido, pronunciaban muchas veces éstas:

—¡Oh!..... ¡Cobarde!..... ¡Embustero! ¡Hipócrita!.....

La segunda vez que lo oyó Juan, cogió tembloroso la mano de Brettecourt y le preguntó con angustia:

—Mi general ¿será á mi padre á quién se refiere mi pobre madre hablando así?

Brettecourt no contestó.

—Pero debeis comprenderlo vos, mi general, murmuró Juan con angustia.

El jóven parecia sufrir tanto, que el conde contestó:

—No, Juan, no se trata de vuestro padre.

—¿De quién se habla, pues?

—De un hombre que ha hecho sufrir cruelmente á vuestra madre.

—Decidme su nombre.

—¿Para qué quereis saberlo?

—¡Para vengar á mi madre!

—Os lo prohibiria.

—Pues bien, mi bisabuela me lo dirá!

—Ya os he dicho que la señora Renaud no sabe la verdad.

—¿Cuándo la sabré yo? preguntó Juan sollozando.

—¿No me habeis prometido tener paciencia..... y no desesperar?

—¡Es cierto, baluceó el jóven, es cierto, perdonadme!..... ¡Soy tan desgraciado viendo á mi madre así!

—Pronto se calmará, hijo mio. ¿Nada habeis preguntado á vuestra abuela?

—Nada absolutamente.

—¿Y ella no os ha dicho tampoco?.....

—Ni una palabra.

—Más vale eso; la dicha vendrá tal vez despues del sufrimiento.

Al cuarto dia la enferma no tuvo delirio, por más que la fiebre se presentara por la noche, y al quinto estaba levantada cuando Brettecourt se presentó por la tarde.

La pobre madre quiso sentarse en el sillón que habia servido á Juan para velarla; se sentia muy débil, pero completamente tranquila.

—Conozco que la enfermedad ha desaparecido, dijo, pero mucho miedo habeis tenido, pues creo que me habia vuelto loca.

Aquel dia fué cuando el general encontró á Federico de Villepreux, que acababa de preguntar por la enferma, y cuando entró en el

cuarto de María, vió á Juan con una tarjeta en la mano leyendo algunos renglones escritos en ella.

El jóven se adelantó á su encuentro, le entregó la tarjeta y le preguntó en voz baja:

—¿Debo enseñar esto á mi madre?

—¿Por qué no?

Y entregaron la tarjeta de Federico de Villepreux á María Renaud.

Esta experimentó una ligera emocion; pero se repuso en seguida.

—Si vuelve, dijo, á preguntar por mí, podrás recibirle, ¿no es verdad, señor de Brettecourt?

—Sí, señora.

Juan se quedó muy sorprendido; pero no se atrevió á decir nada delante de su madre.

Cuando se despidió el conde, le preguntó al salir:

—¿Me aconsejais realmente que reciba á Federico de Villepreux?

—Ningun inconveniente veo en ello, puesto que es vuestro mejor y hasta diré que vuestro único amigo.....

—¿Después de lo que ha pasado entre nosotros?

—Nada ha ocurrido que yo sepa.

—¿No debo romper mis relaciones con él á consecuencia del silencio que he guardado con su padre?

—Reflexionad, hijo mio. No podáis contestar inmediatamente á la carta del marques; necesitábais para eso consultar á vuestra madre; pero habiendo caído ésta enferma antes de que pudiérais hablar con ella, las cosas se hallan en suspenso y nada más.

—¿Pero, no es eso prolongar sin resultado una situación..... penosa para todos?

—¿Quién os dice que el desenlace no será feliz?

Los ojos de Juan se animaron con un rayo de esperanza.

—¡Ah! exclamó, ¡si fuera verdad!

—Recibid, pues, á Federico; llevadle á presencia de vuestra madre, si ella tiene bastante fuerza para recibir á un extraño, y que de nada se trate entre vuestro amigo y vos. ¡Tened esperanza, hijo mio!

Juan pasó una noche terrible, procurando en vano explicarse el misterio que le ocultaban Brettecourt y su madre, pues comprendía que ambos estaban de acuerdo. No durmió ni un segundo, preguntándose á cada momento:

—¿Cuál será el desenlace? ¿Cómo puede cambiar mi situación la amistad del señor conde de Brettecourt? La familia de Villepreux nunca consentirá dar la mano de Enriqueta á un individuo que carece de nombre..... ¿No valia más concluir de una vez, que represen-

tar una comedia delante de Federico?... ¿Para qué aguardar más tiempo, si el resultado no puede ser satisfactorio?

Sin embargo, por la mañana dió las órdenes necesarias para que hicieran entrar á su amigo, si se presentaba de nuevo.

—He prometido obedecer ciegamente al señor de Brettecourt, se decía.—Cumplamos nuestra promesa.

A media tarde, despues que el general se habia marchado, entregaron á Juan una tarjeta de Federico.

—Puedes recibirle aquí, le dijo su madre.

—¿No temes fatigarte demasiado?

—No, no; tendré el gusto de ver al señor de Villepreux.

Juan se adelantó para recibir á su amigo, sin saber como acogerle.

El capitán le tendió ambas manos, diciéndole antes de saludarle:

—¿Cómo se encuentra hoy vuestra madre?

—La mejoría se acentúa cada vez más.

—Dispensadme por no haber venido hasta ayer á informarme de su salud pero ignoraba...

—Yo soy, interrumpió con viveza Juan, el que deba rogaros me perdonéis, pues hubiera debido escribiros..... avisaros.....

—La disculpa la teneis en el estado de vuestra madre. ¡Cuánto habreis sufrido!

Juan no respondió y llevó á Federico al cuarto de la enferma.

María Renaud estaba recostada en un sofá, envuelta en un manton y con la cabeza cubierta con un tupido velo atado al cuello.

Se incorporó un poco y tendió la mano á Federico, que se la apretó con tanto afecto como respeto, diciéndola:

—Os estoy profundamente agradecido: señora, por haberos dignado recibirme.

—Es que tenia muchos deseos de daros las gracias yo misma por el interés que mi hijo y yo os hemos merecido, dijo con gracia María.

El jóven se sentó á su lado, y durante algunos instantes un profundo silencio reinó entre los tres.

Despues Federico habló de su madre, de su abuela y de su hermana, que la habian encargado presentara á la enferma su más cordial enhorabuena por la mejoría que experimentaba.

—Cuán feliz seré el día que las conozca, respondió María.

Juan, que buscaba un sentido oculto en todas las cosas, notó que Federico no habia hablado de su padre, y su espíritu entristecido sacó en consecuencia que el marqués habia, sin duda, presentido la verdad, ó que por lo ménos, conservaba una gran reserva.

Y mientras que María hablaba con Federi-

co, y que éste le contestaba siempre con el más profundo respeto, Juan se decía:

—¿Tratarán á mi madre con los mismos miramientos cuando sepan la historia de su vida?

Este pensamiento le desgarraba el corazón.

—Si alguno..... alguno de los que yo amo no estimara á mi madre.....

Cuando Federico se levantó para marcharse, María le dijo:

—Vuestra visita me ha hecho mucho bien.

—En este caso, ¿me permitís que vuelva, señora?

—Tantas veces como tengais á bien hacerlo.

Después de la marcha de su amigo, Juan se puso cada vez más triste.

¿Por qué habia recibido su madre con tanta amabilidad á Federico? ¿Por qué le habia permitido que volviera?.....

¿Quería tener un amigo, un apoyo, en el hijo del marqués de Villepreux, de ese Villepreux cuya carta, cuanto más reflexionaba en ello, le parecía una injuria, de aquel hombre que, sin salir de los límites más estrictos de la cortesía, habia tan cruelmente humillado á él y á su madre?

Esta se hallaba fuera ya de peligro y Juan, ocupándose ménos de ella, pensaba más en sí mismo.

Su memoria le ofrecía todos incidentes que le haban ocurrido desde su llegada á Paris, la insolente acogida que le habia hecho el marqués, la franca amistad de las damas de Villepreux, el amor de Enriqueta y más que todo, la hostilidad tan impertinente de Honorato.

Y de repente el jóven murmuró con acento angustiado:

—¡Oh, ese hombre! ¿Qué es lo que sabe de nosotros?

## VII.

## ALIANZA OFENSIVA Y DEFENSIVA.

Juan Renaud se distrajo un tanto de sus sombrías preocupaciones con una carta que recibió por la noche, carta diminuta, perfumada, con la direccion escrita en letra menuda y ostentando un monograma gótico, perfectamente grabado en el cierre del sobre.

Como en los momentos en que sufrimos alguna emocion la menor cosa nos asusta, Juan

co, y que éste le contestaba siempre con el más profundo respeto, Juan se decía:

—¿Tratarán á mi madre con los mismos miramientos cuando sepan la historia de su vida?

Este pensamiento le desgarraba el corazón.

—Si alguno..... alguno de los que yo amo no estimara á mi madre.....

Cuando Federico se levantó para marcharse, María le dijo:

—Vuestra visita me ha hecho mucho bien.

—En este caso, ¿me permitís que vuelva, señora?

—Tantas veces como tengais á bien hacerlo.

Después de la marcha de su amigo, Juan se puso cada vez más triste.

¿Por qué había recibido su madre con tanta amabilidad á Federico? ¿Por qué le había permitido que volviera?.....

¿Quería tener un amigo, un apoyo, en el hijo del marqués de Villepreux, de ese Villepreux cuya carta, cuanto más reflexionaba en ello, le parecía una injuria, de aquel hombre que, sin salir de los límites más estrictos de la cortesía, había tan cruelmente humillado á él y á su madre?

Esta se hallaba fuera ya de peligro y Juan, ocupándose ménos de ella, pensaba más en sí mismo.

Su memoria le ofrecía todos incidentes que le haban ocurrido desde su llegada á Paris, la insolente acogida que le había hecho el marqués, la franca amistad de las damas de Villepreux, el amor de Enriqueta y más que todo, la hostilidad tan impertinente de Honorato.

Y de repente el jóven murmuró con acento angustiado:

—¡Oh, ese hombre! ¿Qué es lo que sabe de nosotros?

## VII.

## ALIANZA OFENSIVA Y DEFENSIVA.

Juan Renaud se distrajo un tanto de sus sombrías preocupaciones con una carta que recibió por la noche, carta diminuta, perfumada, con la dirección escrita en letra menuda y ostentando un monograma gótico, perfectamente grabado en el cierre del sobre.

Como en los momentos en que sufrimos alguna emoción la menor cosa nos asusta, Juan

titubeó al abrir aquella esquila, temiendo que fuera portadora de alguna mala noticia.

Pero descifrando el monograma, dijo sonriendo:

—Luisa..... Es de mi aliada la señorita Florimont.

La tenia completamente olvidada.

—Es de esa encantadora niña que con tanta gentileza me ha ofrecido su amistad.

Y leyó lo que sigue:

“Muy señor mio y aliado: Habiendo llegado ya los días aciagos, me atrevo á recordaros nuestro pacto de alianza ofensiva y defensiva. En consecuencia, os espero mañana á las cinco para conferenciar respecto á los medios que hemos de emplear para defendernos.

“Mi padre y yo nos hemos interesado mucho por la salud de su señora madre; hemos tenido todos los días noticias de su enfermedad y nos alegramos mucho de su mejoría. Hacedla presente mi más afectuoso recuerdo, hasta tanto me proporcione la honra de recibirme.

“Vuestra aliada,

*Luisa Florimont.*”

Juan empezó y acabó sonriéndose la lectura de esta carta, pues no habia tomado en serio el tal proyecto, creyendo más bien que era alguna de esas mil futelezas que suelen servir

para sostener la conversacion; pero agradeció mucho el respetuoso afecto de la jóven á su madre, y no pudo resistir al placer de enseñársela.

—Toma, le dijo, la mitad es para tí.

Y mientras que su madre leia, le contó la historia del tratado de alianza á que Luisa se refería.

—Debe ser una jóven muy franca, repuso María.

—Y algo atrevida tambien, añadió Juan sonriendo.

—¡Bah!..... ¡Hija única y por lo tanto mimada! Es natural; más esto no quita que sea buena y amante..... En fin, es aliada tuya y siento ya algo de cariño hacia ella. Dícelo así, asegurándola al mismo tiempo que tendré sumo gusto de recibirla.

—¿Quieres, pues, que vaya á su casa, madre mia?

—Mañana te espera.

—Pero dejarte sola.....

—Ya sabes que me encuentro muy mejorada.

María Renaud comprendió que Luisa podía ayudar á su hijo y además era muy dada á querer á todos los que amaban á Juan.

Sin embargo, éste quiso consultar á Brettecourt, porque tenia cierto reparo de presentarse así en casa de una jóven, máxime adi-

vinando que Luisa le había de recibir ocultándose de su padre.

—No vacileis, le dijo, el general.—La señorita Florimont, bajo apariencias un tanto traviesas, es una jóven muy razonable; la he visto varias veces en estos últimos días..... Su padre es antiguo amigo mio, he pasado algunas veladas en su casa, he estudiado el carácter de su hija y la estimo mucho.

Juan Renaud, pues, algo excitado por la curiosidad, á la hora indicada, se dirigió á la calle de Verennes, en donde se hallaba la casa del notario.

Cuando llegó allí, el jóven alzó maquinalmente la cabeza y apercibió la linda carita de Luisa en una de las ventanas del primer piso. La saludó, y ella le hizo señas de que esperase.

Un instante despues una doncella aparecía en el portal, y llamaba en voz baja á Juan Renaud, diciéndole:

—Seguidme caballero.

Sin embargo, no le hicieron pasar por ningún camino oculto, subió por la escalera principal y penetró en el cuarto por la misma puerta que daba entrada á las demás visitas, solamente que ningún timbre sonó, ninguna puerta rechinó, ni ninguna conversacion turbó el magestuoso silencio de aquella casa. Todas las precauciones estaban bien tomadas para que

Juan Renaud penetrase en el saloncito de Luisilla, sin que nadie notase su presencia.

La jóven recibió sonriendo á Juan; pero fué fácil á éste notar que recientemente había llorado mucho, pues la denunciaban sus ojos y el encendido carmin de sus mejillas, no obstante la capa de polvos que acababa de darse.

Desdichadas de amor, pensó el jóven, y besó la mano que Luisa le tendía, diciendo:

—Es mi derecho como aliado.

—Y como amigo, añadió ella; pues creo que no nos uenen solamente los lazos de comun interés, sino que hay entre nosotros algo de amistad.

—Mucho. Todos los que os conocen deben amaros.

—¿Deben?..... repitió Luisa haciendo un gesto graciosísimo.—Querreis decir deberian... Pero en las cuestiones del corazon, las cosas no andan siempre bien..... En fin, dispensadme por haberos obligado á abandonar á vuestra madre.

—Ella misma me ha aconsejado que no faltase á vuestra cita.

—Porque es muy buena..... se parece á vos. ¡Oh! os conozco á ambos. El señor de Brettecourt ha pasado tres veladas aquí..... el por qué, no lo sé; se encerraba con papá durante muchas horas, y no he encontrado medio de averiguar lo que trataban..... sin

embargo, ha hablado de vos delante de mí, y de tal modo que.....

—¿Qué os costaba trabajo creerlo?

—Nada de eso, caballero; al contrario, ha sido una gran satisfacción para mí, porque yo..... he adivinado al veros, lo que sois. Bien sabéis que nosotras las mujeres, descubrimos en diez minutos lo que los hombres no ven ni en diez años.

Juan Renaud se inclinó como hombre que reconoce la perfecta superioridad de la mujer, y dijo:

—Así es como mi madre, en su cualidad de mujer, al leer vuestra carta, ha adivinado lo que sois vos, y me ha recomendado con interés os dijera, que tendrá mucho gusto en veros y en conoceros.....

—¿Cuándo esté completamente buena?

—No. En seguida.

Luisa no pudo contener un grito de alegría.

—¿En seguida?..... ¿os ha dicho que en seguida?

—Mi madre se está reponiendo con rapidez, y todas las tardes recibe á sus amigos.

Una oleada de sangre invadió la linda cara de Luisa y un relámpago de júbilo iluminó sus ojos.

—De modo que no la incomodaré si, por ejemplo, voy á verla mañana.

—Sí, mañana.

—¡Ah! ¡qué contenta estoy! No sospechaba, cuando hicimos nuestro tratado, que seriais para mí un aliado tan útil.

—¡No comprendo, señorita!

—Vais á entenderlo.

La jóven se quedó silenciosa durante algunos instantes, se puso de nuevo seria y melancólica, y despues dijo con la voz balbuciente y los ojos preñados de lágrimas:

—Sufro cruelmente, amigo mio, y es la primera vez que me hallo frente á frente con el dolor. Como no he conocido á mi madre, desde mi más tierna infancia he sido la reina, el ama de esta casa. Mi padre, no teniendo más que á mi á quien querer, me ha mimado mucho; todo se inclinaba ante mi voluntad y mis menores caprichos..... En fin, llegué á imaginarme que nadie pudiera resistirme..... Pero ¡oh desdicha! mi padre es hoy el causante de mi desgracia; mi padre, que hasta ahora ha hecho de mi vida un paraíso..... Mas no importa; estoy pronta á luchar, á defender mi amor.....

Al principio Luisa habló con el acento más desconsolado; pero cuando pronunció estas últimas palabras, hizo un gesto de rebelion, y su voz apareció firme y decidida.

—Amo á vuestro amigo Federico de Villepreux, y le amo sobre todo lo que existe en este mundo! Os estoy hablando como si fué-

rais mi hermano..... y es evidente, que sin las complicaciones que han surgido de pronto, hubiera podido llamaros así antes de que pasara mucho tiempo.....

Juan le tendió la mano, que ella estrechó con cariño.

—Os escucho como si lo fuera, dijo el joven.

Ya comprendía que, a pesar de su aparente modo de ser, Luisa era una joven muy sensata y no sentía, por lo tanto, haberse comprometido al hacerse su aliado.

—¡Oh! os hago mis confidencias con mucha franqueza, repuso.—Cuando he visto que querían quitarme toda esperanza, he dejado de ser niña; amo como si fuera una mujer, amo á Federico y no quiero que me le quiten....

—No os alarméis de antemano..... ¿No os corresponde mi amigo?

—Soy demasiado franca, replicó con viveza Luisa, para hacerme ilusiones. Federico, antes de salir de Francia, me quería como á una niña, como á una compañera de juego; mientras que yo era ya completamente suya. ¡Le amo desde hace mucho tiempo..... os confieso que siempre lo ha sido todo para mí!

Y despues de una ligera pausa, repuso:

—Empecé á saber lo que eran lágrimas, cuando estábais encerrados en aquella malhadada ciudadela de Tuyen-Quang; pero esas

lágrimas que se ocultan y que no corren más que de noche en la soledad..... Cuando os batiais con aquellos piratas, vuestra madre no era la única que rogaba á Dios por vos; no sospechávais que dos niñas rezaban tambien por vosotros..... Sabia que estabais siempre juntos, y ¡cuántas veces Enriqueta y yo hemos ido á arrodillarnos á Santa Clotilde para pedir al Ser Supremo que os preservase de todo peligro! Yo no rezaba esas oraciones que se aprenden en los libros; decia solamente: "¡Dios mio, que todos los demás mueran, si esa es vuestra voluntad; pero proteged á Federico y á Juan Renaud!" Hasta os confieso que alguna vez añadia con egoismo: "¡Si de los dos es preciso que haya una víctima, Dios mio, que no sea Federico!"

Juan no pudo ménos de sonreirse, y Luisa continuó:

—Volvisteis ambos, y nos imaginábamos que nuestra novela tendria el más natural, como el más agradable de los desenlaces, es decir, dos casamientos en un mismo dia. Puedo confesároslo, porque tengo la costumbre de decirlo todo, sin multiplicar nada. Enriqueta se sentía perdidamente enamorada de vos, aun ántes de conoceros. Yo me burlaba de ella; mas he tenido que reconocer que le asistía la razon.

—¡Vamos, vamos! interrumpió Juan, ¿estamos aquí para que me alabéis?

—No; pero para declarar la verdad, y fiel á ella os digo, que conozco vuestra novela de amor, tan bien como vos: la mía no es ciertamente muy halagadora. Tenemos, vos y yo, un temible y astuto enemigo. ¿Sabéis quién es? Pues ese marqués de Villepreux..... ¡Oh, hay momentos que le aborrezco con toda mi alma! ¡pero, sin embargo, no tanto como á la americana!

—¿Qué americana es esa?

—¿No recordáis aquella gigantona... Miss Edith?.....

—¿Qué hemos visto en Marly-le-Roi?

—Sí. Pues bien; el marqués quiere casarla con su hijo.

—Pero Federico apenas la conoce.....

—¡Dispensadme, dispensadme, señor sargento! Decidme, vos que sois militar, ¿guardáis á recibir las balas para presentir el peligro?..... En cuanto á mí, me ha bastado asistir á la presentación de Federico á aquella gran estatua, para pensar: "¡Hé aquí arreglado un casamiento; deshagámoslo!" ¿Qué tiene más que yo esa americana? ¿Algunos centímetros más de estatura?..... ¿La fortuna? ¿Vale acaso más el dinero americano, cuyo origen es desconocido, que el francés honradamente ganado?..... Tendría yo la certi-

dumbre de mandar otra vez á esa *yankee* á sus pampas de América, si no tuviera en contra mía más que al marqués de Villepreux, pues cuento con el apoyo de las señoras..... Pero yo no podía preveer que mi padre sería el mayor obstáculo para la realización de mis proyectos.....

—¿El señor Florimont? Me parecía haber oído decir que era el amigo más antiguo de la familia de Villepreux.

—Así era, en efecto; pero desde vuestra llegada, todo ha variado..... Ese loco de Federico ha jugado allá; la culpa la tiene seguramente el Tonkin. Mi padre lo ha sabido y esto empezó á indisponerle contra el hijo, que por demás lo estaba ya contra el padre, y las relaciones se han interrumpido casi en seguida..... Luego parece que el marqués está comprometido en negocios..... negocios.....

Luisa no sabía explicar el género de asuntos á que se había lanzado el señor de Villepreux; pero Juan la ayudó.

—¿En negocios..... que no puede aprobar tal vez ningún notario?

—Es evidente, replicó Luisa Florimont.— El marqués estaba arruinado y ha querido recuperar algo de su fortuna; si hubiera salido bien de sus empresas, todo el mundo le aplaudiría.....

¿Y ha sido al contrario? preguntó Juan Renaud con cierta ansiedad.

—Sus cálculos han fallado completamente.

Juan estuvo á punto de decir: "¡Tanto mejor!" Pensaba que seria menos difícil el casamiento si Enriqueta no tuviera dote. ¿No era él bastante rico para los dos?

—Si no se tratase más que de una pérdida de dinero, prosiguió Luisa, mi padre no se hubiera opuesto á nuestro casamiento; pero, por lo visto, se trata de cosas más graves..... El señor de Villepreux ha cometido, segun parece actos..... actos.....

La jóven se detuvo otra vez.

—¿Qué actos, señorita?

—Hago mal quizás en deciros esto, porque si por ello amáseis despues menos á Enriqueta.....

—Los aliados deben hablarse con entera franqueza; y además os juro por mi honor, que no hay nada que pueda variar los sentimientos que me inspira la señorita de Villepreux.

—¿Pues bien! El marqués ha cometido actos en extremo vituperables..... Habrá sido arrastrado por fuerza superior á su voluntad; pero lo cierto es que se encuentra en una situación muy penosa.....

Un relámpago de alegría pasó por los ojos de Juan. Si Luisa no exageraba, el señor de

Villepreux no tenía accion para echarle en cara su nacimiento.

La jóven continuó:

—Cuando mi padre supo esto, fué en seguida á buscarme al palacio de Villepreux, en donde me hallaba yo aquel dia..... ¡Estaba indignado! y la vista de un bonito coche que el marqués habia comprado para llevar á su hijo á la casa de la americana, le exasperó.

Encontramos á Federico y á su padre en el patio; el mio volvió la cabeza á otro lado para no saludarlos. Federico palideció de coraje, demasiado lo observé, y faltó poco para que yo desesperase de llegar al fin que me he propuesto. El incidente que os acabo de indicar servirá ahora de pretexto al señor de Villepreux para apartar á su hijo de mí y echarlo en brazos de la americana..... Vamos á empezar la lucha, una lucha en la que tenemos que usar de mucha astucia y apartarnos algo de los caminos regulares..... ¿Estais pronto á ayudarme?

—¿Qué hay que hacer?

—Por ahora una cosa muy sencilla: ¿Me habéis dicho que vuestra madre está pronta á recibirme?

—Está deseando conoceros.

—¿Federico va todos los dias á su casa?

—Irá mañana á las dos.

—¿Me permitis que me presente yo á la

misma hora?..... Rogaré al señor de Brettecourt que me acompañe, para no presentarme sola.

—Hasta mañana, pues, señorita, dijo Juan Renaud levantándose para marcharse.

—¿No me vituperaréis por obrar tan..... descaradamente?

—La franqueza nunca es vituperable. Solamente que en casa de mi madre apenas podréis cambiar algunas palabras con mi amigo.

—Que yo le vea un minuto y lo demás corre de mi cuenta.

Juan iba á despedirse de Luisa; pero ésta le detuvo.

—No os marcheis así, esperad un poco que os voy á dar una prenda.....

—¿Una prenda? dijo él sonriendo.

—¡Oh! tomo en serio mi papel de aliada; me haceis un favor y entre aliados los favores se pagan con favores.

—El placer de seros agradable es lo único que deseo.

—Esperadme cinco minutos, las seis van á dar y á esa hora es..... Permitid que os deje un momento.

Y viendo la curiosidad pintada en el rostro de Juan Renaud, Luisa salió soltando una sonora carcajada y desapareció.

Juan miraba la puerta por donde había saído y murmuró:

—¡Qué niña tan original! ¡Ríe, llora, llora, ríe! ¡Mas que corazón!..... Federico es im- perdonable.....

Luego se puso á examinar la pieza en que se hallaba; era un lindo saloncito lleno de muebles preciosísimos, las paredes estaban cubiertas con una rica tela y la chimenea parecía el escaparate de una de esas tiendas en donde se venden caprichosos objetos de porcelana de Sajonia y bronce dorado.

Estaba mirando un mapa del Tonkin colocado entre un dibujo de Greuze y otro de Latour, cuando sufrió una violenta conmoción, pues oyó abrirse la puerta y la voz de Luisa que decía:

—Espérame en el saloncito, Enriqueta; al momento estoy contigo.

Juan se volvió estupefacto y se halló enfrente de la señorita de Villepreux.

Estaba tan conmovido, que no pudo pronunciar una sola palabra, y Enriqueta tan sorprendida, que no acertaba á dar un paso.

¡Juan! dijo al fin.

—Soy víctima de una intriga, señorita; pero osuego creais que no soy partícipe de ella.

—No lo dudo, caballero, es obra de esa loquilla; Luisa me ha mandado llamar con mucha prisa y casi en secreto, asegurándome que me necesitaba con urgencia.... He venido.... y onlo siento, amigo mío.

Al decir estas palabras, tendió la mano á Juan Renand, que la cogió temblando.

—He tenido hoy noticias de vuestra madre; mi hermano, que conoce hasta qué punto es grande mi impaciencia por saber cómo está, fué en seguida á darme cuenta de su visita á vuestra casa.

—Mi madre, señorita, os agradece muchísimo el interés que le manifestais..... ¡Ojalá pueda decíroslo ella misma algun día! Por mi parte, bendigo á la encantadora amiga que me ha proporcionado la ocasion de veros y de daros las gracias.

Despues quedaron ambos jóvenes silenciosos, no atreviéndose á hablar de su amor, por más que tuvieran vivo deseo de hacerlo.

Enriqueta esperaba que Juan le dijese: “La enfermedad de mi madre me ha absorbido por completo, y no he podido contestar todavía á la carta del señor Villepreux.”

Pero el joven, despues de la primera explosion de ternura, permaneció callado y con la vista baja.

Ya no se acordaba de la ruina ni de la penosa situacion en que se hallaba el marqués, cosas ambas que le habian devuelto alguna esperanza; no pensaba en aquel instante más que en la distancia que le separaba á él, pobre ser sin nombre, de una joven distinguida, be-

lla y cuyo apellido era ilustre entre los más ilustres de la nobleza.

Este pensamiento absorvia y torturaba su espíritu, y por ende tenía tambien que la misma simpatía que inspiraba su madre desapareciese cuando se supiera la verdad.

Enriqueta le amaria, á pesar de todo, á pesar de la irregularidad de su nacimiento; de eso no dudaba, pero tendria para su madre el cariñoso respeto que él deseaba por parte de su mujer?

Y admitiendo que desapareciesen todas las dificultades, como lo esperaba Brettecourt, en el caso de que su casamiento verificase, ¿cómo sería acogida y tratada su madre en lo porvenir, por ambas marquesas de Villepreux, por aquellas intachables señoras?.....

En presencia de la hermosa joven que llenaba todo su ser, Juan tuvo la sublime idea de sacrificarse.

Se arrodilló delante de su amada y cogiéndola una mano, le dijo con tono firme:

—¡Perdonadme, señorita, por haberme atrevido á alzar la vista hácia vos!..... Era un sueño encantador para mí; pero un sueño al fin,.....

Enriqueta trastornada, murmuró:

—No os comprendo, caballero.

La joven sentía ardientes lágrimas caer sobre su mano; la firmeza de Juan había desa-

parecido bien pronto y no tuvo fuerza bastante para contener el llanto.

—Debeis haber adivinado, señorita, que nuestro casamiento es imposible.....

—¿Por qué?

—Vuestro padre se opone formalmente.

—No; ha pedido solamente algunos días de reflexion, pues quiere conocer mejor..... Os ha escrito.....

—No contestaré á su carta.

Enriqueta experimentó en su pecho efectos cual si fueran de un terrible golpe, y dejándose caer maquinalmente en una butaca, toda llorosa, murmuró:

—¡Explicaos, amigo mió!

—Señorita lo que voy á deciros no debe ser conocido más que de vos..... Que ningun miembro de la familia sepa nunca lo que voy á confesaros.....

—Os lo prometo.

—No contestaré á la carta de vuestro padre, porque nada puedo decirle..... porque..... mi familia es tan poca cosa comparada con la de Villepreux, que no debo responder á lo que me ha preguntado vuestro padre..... En fin, señorita, *mi madre es mi única familia.....* ¡El marqués no consentirá nunca!..... Os amaré siempre; pero sabré desaparecer y me olvidareis.....

—¡Pobre Juan Renaud! ¡Cuánto le habia

costado hacer aquella media confesion! ¡Cuánta angustia sufría al hablar de su madre, aún d una manera tan vaga! Pero se quedó extasiado cuando Enriqueta le contestó con gran calma:

—¡Os amo, Juan, amo tambien y respeto á vuestra madre! ¡A pesar de la oposicion de mi padre, estoy dispuesta á ser vuestra esposa! ¡Qué me importan las cuestiones de familia! Vuestra nobleza está en vos..... Os he dado mi palabra, y una Villepreux no falta nunca á ella. Venceremos á mi padre, pues mi abuela, mi madre y Federico os quieren y os estiman mucho..... ¡Cualquiera que sea vuestro origen, sois digno de nosotros, os lo juro! ¡Vuestra madre ocupa un sitio muy grande en nuestros corazones!..... ¡Juan Renaud, suceda lo que suceda, soy vuestra para siempre!...

## VIII.

## LA TRAVESURA DE LUISILLA.

Juan Renaud besaba las manos de Enriqueta, balbuceando:

—¡Oh, gracias, gracias!

parecido bien pronto y no tuvo fuerza bastante para contener el llanto.

—Debeis haber adivinado, señorita, que nuestro casamiento es imposible.....

—¿Por qué?

—Vuestro padre se opone formalmente.

—No; ha pedido solamente algunos días de reflexion, pues quiere conocer mejor..... Os ha escrito.....

—No contestaré á su carta.

Enriqueta experimentó en su pecho efectos cual si fueran de un terrible golpe, y dejándose caer maquinalmente en una butaca, toda llorosa, murmuró:

—¡Explicaos, amigo mió!

—Señorita lo que voy á deciros no debe ser conocido más que de vos..... Que ningun miembro de la familia sepa nunca lo que voy á confesaros.....

—Os lo prometo.

—No contestaré á la carta de vuestro padre, porque nada puedo decirle..... porque..... mi familia es tan poca cosa comparada con la de Villepreux, que no debo responder á lo que me ha preguntado vuestro padre..... En fin, señorita, *mi madre es mi única familia.....* ¡El marqués no consentirá nunca!..... Os amaré siempre; pero sabré desaparecer y me olvidareis.....

—¡Pobre Juan Renaud! ¡Cuánto le habia

costado hacer aquella media confesion! ¡Cuánta angustia sufría al hablar de su madre, aún d una manera tan vaga! Pero se quedó extasiado cuando Enriqueta le contestó con gran calma:

—¡Os amo, Juan, amo tambien y respeto á vuestra madre! ¡A pesar de la oposicion de mi padre, estoy dispuesta á ser vuestra esposa! ¡Qué me importan las cuestiones de familia! Vuestra nobleza está en vos..... Os he dado mi palabra, y una Villepreux no falta nunca á ella. Venceremos á mi padre, pues mi abuela, mi madre y Federico os quieren y os estiman mucho..... ¡Cualquiera que sea vuestro origen, sois digno de nosotros, os lo juro! ¡Vuestra madre ocupa un sitio muy grande en nuestros corazones!..... ¡Juan Renaud, suceda lo que suceda, soy vuestra para siempre!...

## VIII.

## LA TRAVESURA DE LUISILLA.

Juan Renaud besaba las manos de Enriqueta, balbuceando:

—¡Oh, gracias, gracias!

Se abandonaba á la dicha de ser amado y no salió de su éxtasis sino cuando la jóven, con exquisita castidad, se inclinó hácia él y besó su frente.

—¡Para vuestra madre! dijo afectuosamente.

Entónces Juan se avergonzó de su cobardía; quiso decir la verdad entera, y esta frase asomó á sus labios: "No, no, señorita, no hablariais así si supiérais... No me he explicado con bastante claridad....."

Pero no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra.

La puerta del saloncito se abrió, y Luisilla apareció con algo de inquietud pintada en su rostro.

Se fué hácia Juan Renaud, le hizo levantar, le empujó suavemente hasta el fondo de la sala, levantó un portier y el jóven se encontró en un pasillo algo oscuro. Luisa le llevaba de la mano, le hizo atravesar algunas habitaciones y se despidió de él en la puerta de la escalera.

—Hasta mañana, le dijo.

—¡Gracias!

—Me las daréis mañana..... ¡Mi padre está ahí, marchaos pronto!

Juan se fué quebrantado por tan fuertes emociones; pero mucho más tranquilo, sintiéndose con gran energía para esperar los acontecimientos.

Luisilla volvió apresuradamente á su cuarto y llegó allí en el momento en que su padre saludaba á Enriqueta con cierta cortedad.

Interrogó á su hija con la mirada, mientras que su rostro tomaba una expresion de mal humor. Luisa, aparentando no apercibirse de ello, se acercó á Enriqueta, y entregándola un paquetito, la dijo:

—Toma; esta es la muestra de la puntilla, consérvala todo el tiempo que te haga falta... Tu doncella te está esperando.

El señor Florimont acompañó á la señorita de Villepreux hasta la puerta para impedir que su hija hablase más con ella, y despues volvió al lado de Luisa, y se sentó con peor humor que ántes, murmurando frases en voz baja, pero no diciendo nada de un modo claro.

Luisilla se puso á pasar revista á sus dijes y adornos de mesas sin pronunciar una palabra, esforzándose para dar á su linda cara una expresion peor aún que la tenia su padre.

El notario al fin se decidió á hablar.

—¿Qué ha venido á hacer aquí la señorita de Villepreux?

—Ya lo habéis visto, á buscar una muestra de puntilla.

—¿Es eso verdad?

La jóven suspendió su arreglo, y pa ándose muy resuelta enfrente de su padre, dijo:

—¿Tengo acaso el defecto de mentir?

—Ya te he dicho que quiero cortar toda relación con los Villepreux.

—Vos, sí; pero yo no. No yendo á su casa obedezco vuestras órdenes, padre mio, y además, Enr queta no puede entrar en vuestra prohibición. Es mi amiga desde la niñez, mi única y querida amiga..... No quiero perder su afecto.

—¿Ha venido á hablarte del calavera de su hermano?

—Nada de eso; bien que no le habéis dejado tiempo para hacerlo.

He terminado mis negocios más pronto que de costumbre y no sospechaba que iba á encontrarme aquí con la hermana de ese.....

—¿Mal sujeto?..... Escuchadme, padre mio, estoy dispuesta á obedeceros; pero os ruego que no tratéis así al conde de Villepreux.

El notario se sonrió con ironía:

—¿Con qué calor defiendes á un novio que te abandona!

El señor Florimont se hacía el malicioso, pensando que el medio mejor de arrancar aquel malhadado amor del corazón de su hija, era hablarla de la infidelidad de Federico, y usaba y abusaba de él, informándola todos los días de lo que él llamaba las locuras de aquel calavera.

—El conde de Villepreux, repuso con énfasis, tiene desde esta mañana un hermosísi-

mo caballo de montar, de pura raza inglesa, segun me ha dicho una persona que le ha visto en el Bosque..... Habrá cabalgado regularmente al lado del coche de miss Edith Dickson.....

Lui-illa estuvo á punto de dejar oír uno de aquellos gritos que aturdían algunas veces al buen Florimont; pero se contuvo.

—De modo que, dijo con calma, le mandáis vigilar.

—No. Es uno de mis pasantes el que, habiéndole visto por casualidad esta mañana, me lo ha dicho.

—¡Ah! ¿Y ese pasante que tambien os informa, no os ha dicho más?

—Sí, sí; tenía precisamente que llevar un documento á la avenida del Bosque de Boulogne.....

—Apuesto á que se ha encontrado con pasmosa oportunidad delante de la casa de la señora Dickson para.....

—Para ver á su hijo al marqués y al conde de Villepreux. Sí, hija mía.

—¿Ese pasante tan hábil no ha oído la conversación de Federico con miss Edith?

—No; pero si ha salido, por lo que decían los criados, que la petición de la mano de la jóven por el marqués es cuestión ya de pura fórmula..... Espero anunciarte muy en breve

el día en que haya de celebrarse tan brillante enlace.

—Padre mío, es preciso que subáis el sueldo de ese pasante, dijo la niña con indiferencia, pues es un hombre de valía. ¿No tenéis nada más que comunicarme hoy?

—No. Esto es todo lo que sé.

—Está bien.

Y Luisa, para dar á conocer que no tenía ya ganas de hablar, se sentó, cogió un libro y aparentó leer con mucha atención.

Si el notario se hubiera fijado en ella, hubiera visto las lágrimas de la niña caer encima de las páginas; pero se paseaba silbando y nada vió.

Cuando supuso que estaba completamente absorta en su lectura, el buen hombre sacó de su bolsillo un paquetito, volvió la espalda á la jóven para desenvolverlo, y despues, con mucha destreza, colocó un estuche de raso azul celeste entre los objetos de capricho y de arte que adornaban la tapa de mármol de la chimenea. Hecho esto se sentó otra vez y se puso á toser.

Luisilla habia visto perfectamente el teje-manaje de su padre; pero no se dió por entendida.

Despues de un largo silencio, el señor Florimont se decidió á preguntar:

—¿Te interesa mucho ese libro?

—Sí, padre mío.

Y ella lo acercó más á sus ojos.

Felizmente para el notario, un criado entró á decir que la comida estaba esperando; el señor Florimont ofreció el brazo á su hija y la obligó á detenerse delante de la chimenea, diciéndola con ingenuidad:

—¿No tienes aquí nada nuevo?

La jóven no pudo fingir que no veía el estuche; pero no adelantó siquiera la mano para cogerlo; el notario fué quien lo abrió.

El pobre padre recibió un soberbio desengaño al ver el poco caso que Luisa hacia de su regalo, y lo sintió tanto más, cuanto que si tan pronto habia dejado su despacho aquella tarde, fué con el fin de darle semejante sorpresa, pues él era de los que pensaban que satisfaciendo la coquetería de una jóven, se obtiene de ella lo que se quiere.

Luisa miró con indiferencia unos magníficos solitarios que encerraba el estuche.

—¿Qué es esto? preguntó.

—Pero ¿no lo ves? ¡son brillantes! respondió el notario cada vez más cortado.

—¿Para quién?

—Para tí, Luisita mía.

—¿Para mí?

Las facciones de la jóven no expresaron la menor satisfaccion.

—Ya lo creo que para tí, hija mía! repuso riendo Florimont.

—Bien sabeis, sin embargo, padre mio, dijo ella cada vez con más indiferencia, que las jóvenes no llevan esa clase de piedras preciosas.

—¡Ah! ¡bah! Cuando se tiene una fortuna como la tuya, se puede ser una excepcion de la regla..... Si no quieres llevarlos ahora, los guardas y te los pondrás cuando te cases.

—No quiero casarme.

—¿Qué no quieres casarte?

—No, padre querido, deseo consagrar mi vida á cuidar de vuestra vejez.

Y diciendo esto, Luisa, sin tocar siquiera á aquellas alhajas, dejó el brazo del notario y se fué al comedor.

El señor Florimont enjugó dos gruesas lágrimas que se escaparon de sus ojos y siguió á su hija, murmurando:

—¿Qué haré yo para consolarla?

La joven a-tuvo muy amable durante la comida y borró la mala impresion que habia producido en su padre su pequeña crueldad. A su vez el señor Florimont evitó el volver á hablar de los Villepreux.

Concluida la comida, dijo:

—Haz que preparen el té, porque estoy esperando al señor de Brettecourt.

Luisa contestó sencillamente:

—Bien.

Pero experimentó una sensacion de alegría, y cuando el conde llegó, estuvo con él tan encantadora, que el general se dijo:

—Esta linda niña tiene algo que pedirme.

Lo mismo que en las veladas anteriores, se habló mucho de la señora Renaud, y Luisa procuró saber, como siempre, el motivo que tenia Brettecourt para conferenciar tantas veces con su padre; pero nada pudo adivinar.

En el momento en que el notario decia al general:

—Si os parece bien, mi querido señor, pasaremos á mi despacho.

Luisa se le acercó y mirando con malicia al conde, le dijo:

—Cuando la señora Renaud reciba ¿quereis presentarme á ella?

Brettecourt comprendió.

—Mañana mismo, señorita, si lo deseáis.

—Si lo permite mi padre, dijo respetuosamente la niña.

—¿Qué si lo permito?... ¡Pues ya lo creo!... exclamó el notario. —La señora Renaud es una noble y encantadora mujer, que tiene toda mi simpatía.

—¿La conoceis, pues?

—Yo, no, replicó ruborizándose Florimont.

—¿Entonces, cómo sabeis, padre mio, que es tan buena y simpática?

El notario, algo cortado, repuso:

—Hablo por lo que el señor de Brettecourt me ha dicho de ella.

—En fin, ¿me permitis que vaya á verla?

—Si el señor conde no lo créa indiscreto....

—No, respondió el general, mañana me pondré á vuestra disposicion, señorita.

Y al mismo tiempo que decia esto, el conde dirigió una mirada de inteligencia á Luisilla, quien pronto comprendió que su intencion habia sido adivinada; así es que, despidiéndose del general, le dijo en voz baja:

—¡Gracias!

El respondió saludándola:

—Estoy siempre de parte de los enamorados.

El notario y su cliente se encerraron despues en el despacho y estuvieron hablando hasta muy tarde.

¡Mas, Dios mio! se decia Luisa. ¿De qué tendrán que hablar tanto? ¡El general sí que es un buen amigo! Y puesto que me ha dicho estar siempre de parte de los enamorados, es seguro que no podrá hacer la contra á Federico..... ¿Será obra suya la conversion de mi padre?..... Pero ¡quial eso no puede ser..... De todos modos, ¡pobre papá!..... ¡Qué pena le he causado esta noche; pero le recompen-

saré con creces cuando me haya dado á mi Federico!.....

La traviesa niña se retiró á su dormitorio, apagó la luz como si estuviese acostada y esperó. A eso de la una de la madrugada, cuando Brettecourt se disponia á marcharse. Luisa se deslizó suavemente hasta la puerta del salon que tenia que atravesar el general y se puso á escuchar, esperando sorprender algunas palabras, que poniéndola en antecedentes, le revelaran el misterio de aquellas largas conversaciones, pues no es admisible que sólo por el placer de conversar sobre cosas indiferentes, el general se encerrase de aquel modo con su padre.

Y tuvo un transporte de alegría cuando oyó estas palabras:

—Os aseguro mi querido Florimont, que estáis equivocado; el padre no merece más que desprecio, lo reconozco, pero el hijo..... ¡Ah! ¡tiene un corazon nobilísimo! Conozco bien á los hombres y os aseguro que le juzgáis muy mal.

El notario movió la cabeza.

—Mi general, os lo ruego, dejemos de hablar de ese mal sujeto; irá quizás más léjos aún que su padre..... No sabeis cuanto me alegro de haber tenido el valor de oponerme... Si mi hija hiciera por consolarse, ¡ah! sería yo demasiado feliz. Escuchadme, pues anhelo

confesaros mi más secreto deseo; si pudiéramos persuadirla á que amase á Juan Renaud...

—¿Y á éste para que amara á vuestra hija? interrumpió sonriendo Brettecourt. Arregláis á vuestro antojo los caprichos del corazón.... No esperéis que esto suceda.

Después, con tono más grave, preguntó:

—¿Todo estará dispuesto para firmar el acta?

—Sí señor, mañana sin falta alguna.

—¿Qué nadie se entere!

—Descuidad yo mismo la escribiré y no saldrá de mi secreter. A cualquier hora que os presentéis aquí, estará á vuestra disposición..... Lo que hacéis, señor conde, está muy bien hecho; pero no me admira eso en vos.... Lo malo será que él no quiera aceptar.

—Esta es la mayor dificultad, respondió Brettecourt; su madre ha consentido ya y procurará poco á poco que él lo haga..... Esperemos á que se halle completamente restablecido.

El conde salió.

Y Luisilla se dedicó entonces á acostarse; pero no se durmió hasta muy tarde.

Había olvidado momentáneamente sus preocupaciones personales para lanzar su fértil imaginación en pos de aquel acta que su padre iba á preparar para Brettecourt!

—¿Qué acta será esa?

Un testamento, pensó en un principio. Mas un testamento no podía hacer surgir ninguna dificultad, y para redactarlo no hacia falta el consentimiento del heredero.....

En cuanto al personaje de quien se trataba, fácilmente lo habia adivinado la jóven; Juan Renaud. ¿Pero á qué se referirán, pensaba, aquellos enredos á éste relativos, tramados entre el general y su padre?

Después de haber meditado bastante tiempo, renunció á adivinarlo.

—¡No quiero romperme más la cabeza para resolver este problema, se dijo; con maña se lo haré confesar á mi padre..... Además, bastante me he ocupado ya de Juan Renaud; ahora me toca á mí. ■ ha tenido una entrevista con su amada; es preciso, pues, que tenga yo á mi vez otra con el mío. ¡Hasta mañana!

Se durmió con aquella esperanza, y soñó que se prescaba del brazo de Federico, mientras que la señorita Dickson volvía á América en un magnífico vapor, dejando caer torrentes de lágrimas en el Océano Atlántico.

Al día siguiente, durante el almuerzo, hizo á su padre un sin número de preguntas capciosas respecto al señor de Brettecourt y á sus misteriosas conferencias; pero el notario aparentó no comprenderlas.

Y como su hija le decía:

—¿Qué negocios tiene el conde para necesitar tantas veces de vuestros consejos, padre mío?

—No viene para consultarme, querida, le respondió su padre. Hace tantos años que no nos veíamos, que me está contando sus campañas.

Luisilla dejó asomar á sus labios una imperceptible sonrisa, pensando: "Mi querido papá, mentis tan descaradamente, que ningun remordimiento tengo al engañaros."

—No olvides que vas hoy á casa de la señora Renaud; ponte muy guapa, dijo Florimont.

—Descuidad, padre mío.

Y se vistió con tanta coquetería, que cuando Brettecourt fué á buscarla, le dirigió un cumplido que la enterneció.

—No hay como ser parisiense, le dijo, para vestirse con tanto gusto.

—Sin embargo, replicó ella, hay hijos de Paris que prefieren la coquetería de las americanas.

—Hacen mal, dijo Brettecourt con imperturbable seriedad.

—Y subieron al coche.

—¿Vendréis esta noche á mi casa para referir vuestras campañas á mi padre? preguntó de repente la jóven.

Brettecourt la miró de reojo y respondió con gravedad:

—Ayer acabé el relato de la expedicion al Tonkin y nada tengo ya que contar.

—La mentira es inadmisibile en la amistad, dijo Luisilla. ¿Somos amigos ó nó?

—Sí.

—¡Pues bien! entre amigos no se tienen secretos: decidme francamente lo que tramáis con papá, sé ya que se trata de un acta.

—¿Os lo ha dicho?

—¡Oh! no; él tambien me ha hablado de vuestras campañas; pero estuve al acecho anoche cuando os marchabais.....

—Hubiera debido sospecharlo, dijo Brettecourt..... ¡Pues bien! señorita Luisa, os ruego que olvidéis lo que habéis oido y que á nadie habléis de ello.....

—¿Ni siquiera á Juan Renaud?

—Ménos á él que á nadie.

—¿Tampoco á Enriqueta de Villepreux?

—Aún ménos. ¿Me dais vuestra palabra?

—Os lo prometo; pero como mi curiosidad es grande..... yo á mi vez os pregunto: ¿No me direis más de lo que sé?

—Ni una palabra. Además, no se trata de vos.

La señorita de Florimont se calló.

Ella tan audaz delante de su padre, se sentía llena de timidez en frente del conde, así

es que apenas se permitió decir, pasados que fueron ciertos momentos, y eso con tono sumiso:

—¿Mi padre está muy enfadado con Federico?

—Debeis saberlo, puesto que habeis escuchado anoche nuestra conversacion.

—Pero vos le apreciáis siempre, ¿no es verdad?

—Cuanto más en peligro están mis amigos, tanto más los quiero.

—¿Entonces..... le amenaza alguno?

—Comete ciertas tonterías..... pero es inducido á ellas por su padre.

—Mi general, murmuró temblorosa la jóven.—¿Creéis que ama realmente á esa americana.

—No.

—¿Entonces por qué va á su casa?

—¿Puede eludir acaso acompañar á su padre?..... El vuestro le ha tratado con tanta dureza, que es en cierto modo disculpable....

—¿Pero no se habrá perdido todo?.... Contestadme con franqueza.

—Preguntádselo á Federico.

—¿Para hacerlo era menester que le viera! dijo Luisa con tristeza.

Brettecourt se sonrió diciendo:

—¡Señorita, es cosa muy fea mentir al hablar con un viejo amigo como yo!

—¡Oh, señor conde!

La jóven se ruborizó y bajó la cabeza. El general prosiguió con alegre tono:

—No es á mí á quien pretendeis hacer creer que sentís gran interés por una enferma á quien no conoceis.

La linda cara de Luisilla se puso de color de púrpura.

—Y si vais á su casa, es con la esperanza de encontrar allí.....

—¡Pues bien! es verdad, repuso la jóven, pero, ¿quién ha podido deciros..... ¿Es Juan?

—No le he visto desde que me habeis pedido que os presente á su madre. No es que me lo han dicho y sí que lo he adivinado.

—Entonces mereceis una recompensa.

Luisa echó los brazos al cuello de Brettecourt y le besó en ambas mejillas.

—No esperaba, dijo éste, encontrar en Francia estos beneficios.

Despues preguntó con alguna ironía:

—Señorita, ¿teneis otra cosa aún que pedirme?

—¿Qué mal me juzgais!

—Nada de eso; pero quisiera merecer otra recompensa.

La jóven pareció reflexionar y despues dijo con zalamería:

—Si fuerais muy..... muy bueno.....

—¿Qué haria?

—En primer lugar, despues de la visita que vamos á hacer, me acompañariais otra vez á mi casa.

—Ese es mi deber.

—Entrariais en el despacho de mi padre y le contariais la más larga de vuestras campañas.

—¿Y mientras tanto, qué haria la señorita Luisa?

—¿Vos, que todo lo adivinais, no presumís esto?..... Nada malo, os lo aseguro.

—De todos modos es alguna cosa que no quereis que sepa vuestro padre.

La jóven bajó la cabeza y murmuró:

—Me habeis dicho ayer que os poneis siempre de parte de los enamorados.

—Contad conmigo, señorita; pero si vuestro padre supiera.....

—¿Vais á reñirme, mi general?..... ¡Se me ataca y me defiende!

Llegaron á la calle del Sentier. Luisa bajó del coche con mucha ligereza; pero Brettecourt sintió temblar su diminuta mano entre la suya; la jóven estaba más conmovida de lo que hubiera querido. Aquella traviesa niña tenia un corazón tierno y sensible bajo las apariencias de una loca alegría, y el pensamiento de que iba á ver á Federico, hacia asomar las lágrimas á sus ojos.

Llegado que hubieron al piso habitado por

María Renaud, Luisa pidió por favor al general que esperase un poco antes de llamar; necesitaba armarse de valor.

Al tintineo de la campanilla, Juan acudió y ofreciendo su brazo á la jóven, la dijo:

—Federico está ahí.

Toda la sangre de la niña afluyó á su corazón y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para sonreír al entrar en el salon de María Renaud.

Esta se levantó y salió á su encuentro.

Juan exclamó:

—¡Qué feliz sorpresa, madre! La señorita Florimont que viene á vernos!

Brettecourt repuso:

— ¡Vaya, Juan! ¿Con qué derecho me privais del placer de presentar á vuestra madre mi jóven amiga?

—Es que tambien lo es mia, mi general.

—Es para mí muy satisfactorio el conoceros, señorita, y os dos las gracias con todo mi corazón por el interés que os he inspirado.

—Mi amistad vale muy poco, señora, pero os aseguro que cuando la ofrezca es para siempre.

*"Viva misias"*

## IX.

## MOLESTA INTERRUPCION.

Luisa, al saludar á María Renaud, pronunció del modo más afectuoso la frase que queda consignada al fin del anterior capítulo, al mismo tiempo que le dirigió su más seductora sonrisa; pero casi en seguida se volvió hácia Federico y le miró con indiferencia.

Desde que la jóven había entrado, Villepreux, tembloroso, ruborizándose y palideciendo sucesivamente, no había apartado la vista de ella. Estaba tan emocionado como sorprendido. Ardía en deseos de acercarse á su amigueta de la infancia y de estrecharle la mano; pero no podía artar de su mente el recuerdo del mal trato de Florimont, y se figuraba ver todavía al notario pasando con insolencia por delante de su padre y de él, volviendo la cabeza para no saludarlos. Sin embargo, como Luisa le dirigió un ligero saludo, balbuceó:

—Señorita.....

La jóven replicó con sequedad:

—Dios os guarde, caballero.

Federico sintió más pesar por el desdén que aparentaba la señorita Florimont, que por la inconveniente conducta de su padre.

Desde aquel momento no pronunció una sola palabra; reflexionaba amargamente sobre los cambios que se habían operado en pocos días, y demasiado se le alcanzaba que la frase que Luisa había dicho á María Renaud iba dirigida á él; porque dado el carácter abierto y franco de la jóven, no había podido verle sin reprocharle su traición.

—Sin embargo, no soy culpable, se decía; ¿qué puedo yo hacer cuando su padre me trata con tanto desprecio? Y á mi vez, ¿debo permitir acaso que se falte al respeto que se merece el mío, por más que haya sido desgraciado en sus empresas?

Brettecourt, que le observaba de reojo, se daba perfecta cuenta de lo que Federico pensaba, y se decía: "Esta picarilla es tan astuta como una vieja coqueta..... Veremos si llega á vencer al marqués y á su padre!"

Luisa se había sentado en una silla baja al lado de María, y charlaba y charlaba para ocultar su emoción; tenía sonrisas y palabras cariñosas para la enferma, para el general y para Juan Renaud; pero no se cuidaba ni mucho ni poco de Federico de Villepreux.

Cuando se levantó para marcharse, se deg-

pidió con gracia y con agradable coquetería.

—¿Me permitereis, señora, dijo á María que venga á veros alguna vez?

—Para vos, estaré siempre en mi casa, respondió la madre de Juan.

—Casi puedo decir que ya no tengo amigas, señora, repuso Luisa, fijando en Federico una terrible mirada.

Villepreux estaba desesperado y se despidió también, avanzando hácia la puerta, para llegar allí al mismo tiempo que la jóven.

Mientras que Juan los acompañaba, María dijo á Brettecourt:

—Esta niña es encantadora..... y vos, vos sois, fuerza es decirlo, la providencia de los enamorados.

—A mi edad, respondió alegremente el conde, es el único papel que bien me cuadra.

Y añadió en voz baja:

—Todo está pronto.

—Gracias, dijo María con una mirada agradecida.

—Espero con impaciencia que os repongais perfectamente para obrar.

—La dicha me devolverá por completo la salud..... ¿Pero cómo podré agradecer nunca todo lo que haceis?

—¡Querida y noble criatura! replicó Brettecourt con emoción, ¿no juré en su día con-

sagrar toda mi vida al hijo de mi pobre amigo Juan de Villepreux?.....

Federico y Luisilla estaban ya en la antecámara, y Juan Renaud los dejó solos, tomando por pretexto el dar una órden á los criados.

El capitán cogió entonces la mano de la jóven.

—¡Luisa.....!

—¡Caballero! dijo ella con altivez, pero sin retirar su mano.

—Os lo suplico, concededme una cita; es preciso que os explique.....

—¿El qué?

—Quiero hablaros en secreto.

Luisa se sonrió imperceptiblemente, y un delicioso estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

—Dentro de un instante..... id á mi casa; contestó.

—Pero, ¿y vuestro padre?

—¡Nada temais..... id!

Después, sin dejar á Federico el tiempo de añadir ninguna palabra, Luisa dijo en voz bastante alta:

—¿Mi general, olvidais acaso que teneis que conducir á vuestra prisionera?

Algunos momentos después, Brettecourt y la señorita Florimont llegaban á la calle de Varennes.

—Recordad, señor conde, que me habeis

prometido contar á mi padre vuestra más larga campaña, dijo la jóven al apearse del coche.

—¿Qué compromiso echais sobre mí! replicó.—Me expongo á perder la confianza con que me distingue el señor Florimont.

—Tendreis la mia en cambio.

Luisa subió derechamente á su cuarto, mientras que el general entraba en el despacho del notario, y se encerraba con él, no para hablar de sus victorias, sino del acta que preparaba con tanto misterio.

En cuanto llegó á su habitacion, la jóven tuvo una rápida conferencia con su doncella: estaba tomando sus disposiciones para que nadie interrumpiese su entrevista con Federico, y se paseaba muy agitada por su salita murmurando:

—¡En fin..... en fin..... vamos á tener una explicacion!.....

¡Se acabarán las lágrimas!..... ¡Se acabará también la incertidumbre!

Tan pronto se sonreía, como aparentaba enfado. Ya no temía á la americana, pues se habia convencido de que su sola presencia delante de Federico, bastaba para reducirle, y se congratulaba al figurarse que vendria suplicante y humilde para obtener su perdon. ¡Ah! pero yo me mostraré, se decia, muy alti-

va y exigente; me vengaré de todos los sufrimientos que me han hecho pasar..... Y despues, cuando me permita decir á Federico que continúo amándole, formaremos juntos nuestro plan, para luchar contra la voluntad paterna.

Sin embargo, estuvo á punto de perder todo su valor en el momento en que la puerta de la salita se abrió y apareció Federico triste, sombrío y saludándola con un gesto.

La doncella, como lo hizo con Juan, fué á buscarle á la calle y le introdujo en la casa, cuyas puertas habian sido todas abiertas de antemano.

—Vigilad, dijo Luisa á la muchacha.

Federico se encontraba solo con la jóven.

Estuvieron largo tiempo guardando silencio, pues se hallaban ambos muy turbados.

Luisa se repuso primero y se entretuvo con malicia en prolongar la cortedad del jóven, mirándola con tanta altivez, que éste no se atrevia á hablar.

Pero concluyó por decirle:

—¿Para qué queriais verme, caballero?

—Antes que nada, señorita, respondió con agitacion, para rogaros que no nos tratemos como enemigos.

Luisa tuvo ganas de tenderle en seguida su mano; pero habia resuelto mostrarse muy severa, contestó:

—Por lo ménos, dijo, debemos hacerlo con indiferencia.

—¡Ah! señorita, ¿es posible que olvidéis así nuestra antigua amistad?

—La amistad, señor mio, no puede existir sino en el caso de ser correspondida, y no puedo conservar la mía, puesto que me habéis retirado la vuestra.

—¿Qué mal hacéis, Luisa, hablándome así!

—¿Es obrar mal el procurar que conste la verdad?

Nadie en aquel momento hubiera conocido á la jóven; tan crecida y severa se mostraba.

—Luisa, bien sabéis que mi corazón no ha cesado un instante de seros fiel, repuso con energía Federico.

—¡Oh! ¡oh! caballero. ¿Es acaso en los salones..... exóticos en donde os enseñan á mentir?

Y la jóven hizo un gesto de indignación.

—¡Sois en extremo injusta! exclamó Federico; ya no os conozco..... ¡vos á quien he visto siempre buena é indulgente!.....

—¡Mi indulgencia ha sido muy mal recompensada, caballero!

La pequeña Luisilla se hacia terrible; pero en su interior se reía de la severidad que manifestaba. Ya estaba viendo á Federico de rodillas á sus piés.

—No. ¡Callaos por Dios! exclamó Ville-

pseux.—Estamos cogidos entre el ódio de nuestros respectivos padres; es todo lo que hay. No existe entre vos y yo, ni olvido ni ingratitude; y os juro, Luisa, que ocupáis siempre en mi corazón el sitio de preferencia..... ¿Cómo queréis que os dijera nada cuando el señor Florimont, con su manera de portarse, me ha cerrado la puerta de vuestra casa?

—Convengo en que mi padre ha faltado; pero el vuestro también.....

—No puedo admitir, señorita, que se falte del modo que se ha faltado á mi padre..... Es bueno para mí y nunca conocí tan bien como ahora el cariño que me profesa..... Y aun cuando se mostrase duro conmigo, no por eso le quisiera y le respetaría ménos..... Os lo repito, faltar á mi padre, es faltarme á mí.....

—¡Oh! ¡oh! dijo Luisilla con ironía, dejemos á un lado todas esas faltas, señor mio. Comprendo muy bien el entusiasmo que esperimentáis por un padre que os ha..... buscado tan rico casamiento.....

—¿Un casamiento? repitió Federico turbado.

—¡Pues sí, un rico casamiento! Supongo que no vais á desmentirme. ¿Será preciso que os diga el nombre de la futura contrayente?... ¡Miss Edith Dickson, americana! ¡Fortuna colosal!... gana la Dios sabe cómo! Yo desconfío siempre de esas fortunas creadas allen-

de el Atlántico..... En fin, me han asegurado que el padre de esa señorita, que *bóstonea* con tanta alegría, posee una mina de petróleo; el alumbrado no os faltará.....

—Todas vuestras burlas son inútiles, Luisa. Es cierto que mi padre me ha presentado á la familia Dickson, cierto tambien que hay empeño en que me enamore de esa jóven; pero ningun paso se ha dado que pueda hacerlos sospechar que piense yo tomarla por esposa. No quiero contrariar á mi padre, que me está mimando como nunca y que me da cada dia nuevas pruebas de cariño; pero si me hablase alguna vez de ese enlace, le haria comprender poco á poco que de ningun modo me conviene..... En el estado de exasperacion en que le veo respecto de vuestro padre y en vista de la singular conducta del Sr. Florimont, nada puedo hacer sino esperar.

Desde que he vuelto á Paris, tengo el alma angustiada por muchos pesares; los conoceis, puesto que sois la mejor amiga de mi hermana..... Veo la desunion en mi familia, ¿no es deber mio evitar cualquier ocasion de nuevas querellas!..... Luisa, vos que me conoceis desde la niñez, vos que habéis sufrido alguna vez por la violencia de mi carácter, ¿no adivináis cuánta energía tengo que desplegar para dominarme y obrar con prudencia, á fin de llegar á mi objeto, para asegurar la tranqui-

lidad de mi familia y para llenar los deseos de Enriqueta?..... ¿No sabéis ya, Luisilla, que el afecto que á vos me unía en otros tiempos, afecto de niño, de compañero, se ha trocado en amor?..... ¿Es acaso necesario entre nosotros religioso juramento para que no dudéis de mí?.....

La linda cara de la jóven empezaba á suavizarse; sus labios estaban á punto de sonreír y su corazon se ensanchaba.

Veía ya á Federico á sus piés, conforme lo habia previsto ella en sus meditaciones, y se sentía completamente feliz, cuando su doncella entró bruscamente, diciendo:

—¡Señorita..... señorita..... vuestro padre!.....

—¡Cómo!..... ¡Ya!..... exclamó Luisa.

Habia tenido ella tambien su entrevista con Federico, como la tuvo su amiga con Juan; pero se vió interrumpida de un modo intempestivo.

No habia podido, pues, Brettecourt detener á su padre.

El general habia procurado hacerlo; pero toda su astucia se estrelló ante la denuncia del pasante que servia de polizonte al señor Florimont.

En el momento mejor, es decir, cuando el conde veía al buen notario engolfado en la exposicion de las leyes y en consideraciones

jurídicas, el escribiente llamado Buguet, sér sin importancia que no tenia más cualidad que la de obedecer ciegamente á su principal, entró con la faz alterada en el despacho del notario, á quien dijo en voz baja:

—He visto al señor de Villepreux entrar en esta casa.

—¿Al marqués?

—No, no. Al jóven..... al oficial.

Entonces Florimont despidió á Brettecourt, disculpándose.

—Dispensadme, general; pero me reclama un negocio urgente.

De ningún modo sospechó la parte que correspondía al conde en aquella pequeña maquinacion, y echó á correr hácia el cuarto de su hija con toda la viveza que le permitia su abultado abdómen.

Brettecourt se marchó; mas no se alejó mucho para vigilar los acontecimientos.

El notario empezó por dirigirse hácia un pasillo de servicio que comunicaba con la salita de su hija y muy despacito corrió un pestillo para que Federico no pudiera escaparse por allí, pues queria verle y acabar de quitarle de una vez toda esperanza.

Luisa, en efecto, procuró abrir aquella puerta, y viendo que estaba cerrada, comprendió lo que pasaba y dijo:

—Nos han hecho traición.

Cuando se volvió, vió á su padre que furioso despedía á la doncella.

—¡Dios mio! murmuró la jóven, ¡todo lo va á echar á perder!

Nadie hubiera conocido en aquel momento al notario, tan benévolo, cuyo carácter era tan bonachon, que hasta entonces se habia sometido ciegamente á todos los caprichos de su hija.

Después de despedir á la muchacha, cogió á Luisa de la mano y sin hacer caso á sus súplicas, la llevó, ó más bien la arrojó á su dormitorio, que cerró con llave.

Luego avanzó hácia Federico, no hablando todavía; pero lanzándole furibundas miradas que significaban:

—¡Vamos á vernos de frente ahora!

Federico se habia quedado muy tranquilo, pues una explicacion con el notario no le asustaba en modo alguno; le molestaba en alto grado la interrupcion; pero no le hacia sufrir tanto como habia sufrido al oirse tratar de infiel por la amada de su alma.

Y cuando Florimont le dirigió la clásica pregunta: ¿qué haceis aquí, caballero? él, afectando la mayor calma, amable y sonriente, le contestó:

—Una visita á la señorita Florimont.

—Os prohibo, señor mio, que vengais á ver á mi hija.

— En lo sucesivo, respetaré vuestras órdenes; pero como no me lo habíais prohibido hasta ahora, permitidme preguntaros qué significan vuestro aire trágico y vuestras manifestaciones de ira.....

— Caballero, interrumpió Florimont, sé que teneis mucho talento; pero hubiérais dado prueba de buen sentido, dejando de importunar á una jóven.....

— ¡Importunar! ¡oh señor Florimont, he aquí una palabra que está de más! He venido á visitar á vuestra hija, y léjos de serle importuno, me ha recibido con mucha amabilidad.

El notario se quedó cortado un instante al ver la calma de Federico; pero no queriendo salirse de su papel, gritó más fuerte para envalentonarse:

— Es preciso sepais, caballero, que por más que seais conde y futuro marqués, ni aunque fuérais capitán general, no consentiré que comprometais á mi hija.

Y yo os responderé que el medio mejor para comprometer á una jóven, es alborotar como lo haceis en este momento, aparentando públicamente que sorprendéis á vuestra hija sosteniendo la visita oculta de su novio; eso pudiera ciertamente llegar á empañar algo su honra.

— ¡Su novio!

Hasta aquel momento ambos se habian que-

dado en pié; pero el notario, no pudiendo soportar semejante declaracion, se dejó caer aturdido y tan pesadamente sobre una sillita dorada, que faltó poco para romperla.

— ¡Su novio! repitió.

— Tal es generalmente el nombre que se da á los jóvenes que quieren casarse con la jóven que han elegido.

— Cuando los padres lo consienten, caballero.

— Los que aman de verdad, señor Florimont, saben aguardar el consentimiento de los padres.

Duiza, que desde su dormitorio todo lo oia, estaba encantada. Olvidaba su enfado contra su padre para no acordarse más que de Federico, y marmuraba:

— ¡Oh, qué bueno es, qué bueno!

Desgraciadamente, el notario no queria que Villepreux saliera ventajoso en aquella contienda, y pensaba ya en el medio que emplearía para que perdiera la calma.

— ¡Ah! ¡ah! dijo, ¡esperaréis el consentimiento de los padres! Pues bien, mucho tiempo aguardaréis el mio. Así es que os ruego salgais de esta casa y que no volvais nunca á ella.

— Señor Florimont, replicó Federico en tono grave, amo á vuestra hija y ella me corresponde. Ambos no tenemos otro deseo que el

de atraeros suave y afectuosamente á consentir nuestro casamiento. Sé que me juzgais muy mal; pero sabré probaros que os equivocais..... Concluireis por quererme tambien como á un buen hijo.

Villepreux habia tocado la cuerda sensible; Florimont sintió enternecerse su corazon; pero su terco carácter ahogó su sensibilidad.

—¡No creo en vuestras protestas, caballero! Que ameis á mi hija, es posible; pero que hagais feliz y honrada su existencia, lo dudo.

La palabra "honrada" produjo en el jóven un estremecimiento doloroso.

—¡Caballero! dijo, olvidais sin duda.....

—No, señor, nada olvido..... Me acuerdo, al contrario..... Demasiado verdadero es el refran que dice: "De tal padre, tal hijo." Y el vuestro.....

—¡Os prohibo que pronunciéis una sola palabra ofensiva en contra del marqués de Villepreux! exclamó con energía Federico; bastante es ya que me explique cortésmente con vos despues de la ingratitud de que habéis dado pruebas respecto á mi familia y de la manera con que habéis faltado á mi padre..... ¡Os lo repito, caballero, ni una palabra que pueda herir al marqués de Villepreux!

Florimont se sonrió disimuladamente; habia conseguido su objeto; el jóven, pálido, con las facciones contraídas, no era ya dueño de sí.

El notario se levantó, le miró con desprecio, y despues, con mucho desdén é ironia, dijo:

—No; en efecto, no pronunciaré una palabra en contra del marqués de Villepreux, por lo ménos del que fué mi amigo. Aquel se llamaba Juan, y nadie fué más que él noble, honrado, leal, generoso y delicado. Se dignaba llamarme su amigo y yo le veneraba..... Sabéis que murió herido por su hermano de armas..... Entonces, por mi desgracia, conocí á un nuevo jefe de la familia de Villepreux, á un hombre que en el juego y en las orgias.....

—¡Callaos!

—No. ¡Es preciso que alguien os diga la verdad! Esto os detendrá tal vez en la pendiente en que os halláis..... Un hombre por su desordenada vida, por sus immoralidades ha arruidado á su familia.....

—¡La pobreza no es deshonra!

—¡La deshonra, exclamó Florimont, infeliz, llama ya á la puerta de vuestra casa! Pues bien: ese nuevo jefe de la familia de Villepreux, os lo aseguro por mi honra, ese individuo es indigno de su nombre..... y es por ello por lo que no quiero que exista la más mínima relacion entre su familia y la mía..... ¡Adios, señor de Villepreux! Siento mucho que me hayáis obligado á hablar más de lo que queria..... ¡Adios!

Federico no habia esperado el final de aquel apóstrofe para dirigirse hácia la puerta.

—Estáis loco, replicó.—Me voy, pues no resistiría al deseo de castigaros.

Y se marchó.

Apénas estuvo en la calle tropezó con Brettecourt.

No procuró disimular su turbacion.

—¡Ah, mi general! exclamó.—¡Qué desgraciado soy!

—Valor, hijo mio, todos sufrimos en este mundo.

—¿Qué podría yo hacer para castigar á un anciano, á un hombre incapaz de defenderse?

—Hijo mio, dijo Brettecourt con gravedad, hay una cosa más fácil que vengarse de los insultos, y es el saberlos sufrir.

Federico retrocedió algunos pasos, fijó en el general una mirada extraviada, y despues, sin añadir una sola palabra, se alejó con la cabeza baja, los hombros encorvados y tambaleándose como si estuviera ebrio. Estaba anonadado.

—El padre es el culpable, murmuró el conde, y el hijo sufre el castigo. ¡Dios mio! ¿Es esa vuestra justicia?

Y se alejó tambien.

Despues de la salida de Villepreux, Florimont se puso á pasearse, gozándose en su victoria.

Solo que juzgó prudente no entrar todavía en el cuarto de su hija.

—Va á ponerme mala cara, se decia.

Sin embargo, se puso á escuchar en la puerta del dormitorio.

Nada oyó.

Dió vuelta á la llave, pensando que la niña iba á salir y á empezar á reñir con él.

Pero nada de esto sucedió.

Entonces se decidió á abrir la puerta; más no pudo empujarla, pues algun obstáculo ofrecia por detrás.

El notario miró lo que era y vió á su hija, á su Luisa, á su único tesoro, á la dicha de su vida, tendida sin conocimiento y ofreciendo las apariencias de la muerte.

—¡Luisa!..... ¡hija mia!..... ¡Mi Luisa!...

Y la cogió, estrechándola contra su corazon, dejándola despues encima de la cama y pidiendo auxilio.

X.

UN HOMBRE TERCO.

Cuando los criados acudieron encontraron, al señor Florimont arrodillado delante del le-

Federico no habia esperado el final de aquel apóstrofe para dirigirse hácia la puerta.

—Estáis loco, replicó.—Me voy, pues no resistiría al deseo de castigaros.

Y se marchó.

Apénas estuvo en la calle tropezó con Brettecourt.

No procuró disimular su turbacion.

—¡Ah, mi general! exclamó.—¡Qué desgraciado soy!

—Valor, hijo mio, todos sufrimos en este mundo.

—¿Qué podría yo hacer para castigar á un anciano, á un hombre incapaz de defenderse?

—Hijo mio, dijo Brettecourt con gravedad, hay una cosa más fácil que vengarse de los insultos, y es el saberlos sufrir.

Federico retrocedió algunos pasos, fijó en el general una mirada extraviada, y despues, sin añadir una sola palabra, se alejó con la cabeza baja, los hombros encorvados y tambaleándose como si estuviera ebrio. Estaba anonadado.

—El padre es el culpable, murmuró el conde, y el hijo sufre el castigo. ¡Dios mio! ¿Es esa vuestra justicia?

Y se alejó tambien.

Despues de la salida de Villepreux, Florimont se puso á pasearse, gozándose en su victoria.

Solo que juzgó prudente no entrar todavía en el cuarto de su hija.

—Va á ponerme mala cara, se decia.

Sin embargo, se puso á escuchar en la puerta del dormitorio.

Nada oyó.

Dió vuelta á la llave, pensando que la niña iba á salir y á empezar á reñir con él.

Pero nada de esto sucedió.

Entonces se decidió á abrir la puerta; más no pudo empujarla, pues algun obstáculo ofrecia por detrás.

El notario miró lo que era y vió á su hija, á su Luisa, á su único tesoro, á la dicha de su vida, tendida sin conocimiento y ofreciendo las apariencias de la muerte.

—¡Luisa!..... ¡hija mia!..... ¡Mi Luisa!...

Y la cogió, estrechándola contra su corazon, dejándola despues encima de la cama y pidiendo auxilio.

X.

UN HOMBRE TERCO.

Cuando los criados acudieron encontraron, al señor Florimont arrodillado delante del le-

cho de su hija, llorando como un niño, pidiéndola perdón y no habiendo hecho nada todavía para volverla á la vida.

La doncella, antigua criada que habia visto nacer á Luisa, y que, por lo tanto, la queria con entrañable afecto, apartó tan bruscamente al notario, como él lo habia hecho antes con su hija, y le dijo:

—¡Sí, sí, bien podeis llorar ahora!

Florimont no contestó; siempre se sentia cobarde delante de aquella mujer, que desde tantos años hacia las veces de ama de su casa.

Se echó hácia atrás, contemplando á la joven, cuyos vestidos desabrochaba apresuradamente Josefina, la doncella, pues ésta habia despedido con un gesto á los demás criados.

Luisa empezó pronto á respirar y balbuceó algunas palabras sin sentido.

Josefina la bañó la frente y las sienes con agua de colonia, y le hizo respirar sales, diciendo:

—¡El poner en este estado á mi linda y buena señorita, es carecer por completo de sentido comun!

Florimont se arrepentia casi de la violencia con que habia hablado á Federico; pero cuando vió que el color volvia á las mejillas de su hija, entreabrirse sus ojos y sus labios murmurar:

—¡Padre..... padre mio!

Recuperó el valor. ¿Qué era, despues de todo, un desmayo? ¿No les pasa acaso lo mismo á todas las jóvenes cuando las privan de sus amorios?

Y se acercó á la cama.

—¿Cómo te sientes, querida hija?

—Mejor, padre mio, contestó la niña, al mismo tiempo que le cogia la mano y se la besaba.

Muy descontenta estaba de él y tenia muchas ganas de reñirle; pero se sentia al mismo tiempo igualmente descontenta de Federico. Quería, si dominar á su padre, obligarle á doblegarse ante su voluntad; mas queria que todos le respetasen y Federico habiale faltado al respeto, acusándole de ingratitud, siendo así que tantos servicios habia prestado á la familia de Villepreux..... ¡Casi le habia amenazado con castigarle!

Entonces fué cuando se desmayó, y si besaba con tanto anhelo las manos de su padre, lo hacia para demostrarle que era siempre su hija amante y respetuosa, y que protestaba contra las violentas palabras que, en su cólera, habia dejado escapar Villepreux.

Y murmuró con mucha dulzura:

—¡Perdonadle, padre mio!..... pues le tratateis tambien vos con mucha dureza.

—¡Desprecio los insultos de esa gente! dijo con énfasis el notario.



Juzgaba oportuna la ocasion para recuperar algun imperio sobre su hija.

—No hablemos más de ellos ahora, padre mio, y sobre todo de él.

—No hablemos nunca, si quieres, replicó Florimont.

Luisa le echó los brazos al cuello y le abrazó cariñosamente, diciéndole despues:

—Ahora dejadme, necesito estar sola.

—¿Qué sientes?

—Nada, nada..... quiero descansar un poco..... Dajadme, padre mio, y no abrigueis ninguna inquietud.

Necesitaba llorar. Nunca habia sufrido tales emociones, y cuando su padre salió, sus sollozos estallaron y balbuceaba:

—¡Oh! ¡Federico!..... No haber tenido el valor de soportar la destemplanza de mi padre..... él, que se muestra tan respetuoso y sumiso con el suyo..... Sin embargo, es imposible que no comprenda que el marqués se está portando mal..... ¡Pero los hombres! ¡Cuando la ira se apodera de ellos, no saben ya lo que se hacen!

Despues atacaba á su padre.

—En el fondo tiene razon, pensaba, pero no se dicen esas cosas delante de un hijo..... Federico ha defendido con nobleza á su padre y ha obrado como bueno..... aunque no se debia haber dejado arrastrar tan lejos; no de-

bia haber tratado con tanta insolencia al mio, ni pronunciado aquellas palabras que tanto nos cuesta á nosotras las mujeres, borrar á fuerza de delicada ternura..... ¿Será dable en adelante acercarlos el uno al otro?..... ¿Cómo es posible que mi padre considere á Federico como si fuera su hijo y que éste perdone á mi padre?..... ¡Con tal de que nada, Dios mio, agrave más en lo sucesivo la situacion!.....

Una sola cosa la consolaba, y era que Villepreux habia declarado francamente que la amaba.

—El amor correspondido llega á allanar todos los obstáculos.

El notario se volvió á su despacho dió órdenes á sus dependientes, firmó la correspondencia, y despues se encerró en su cuarto para reflexionar.

Estaba contentísimo de sí mismo.

—Era preciso que sucediera así, decia, un desmayo no es nada..... mañana no se resentirá; la cosa, pues, no ha podido salir mejor.

Ya no sentia haber despedido de un modo tan brusco al heredero de los Villepreux.

—Era necesario, pensaba; Luisa estará melancólica durante quince ó veinte dias; me costará tal vez hacerla viajar; iremos á Italia..... Se consolará, y despues la casaré con un buen muchacho..... ¡Qué desgracia que

ese Juan Renaud haya tenido la tontería de enamorarse de la señorita de Villepreux! ¡Qué gentil pareja hubieran hecho!..... Tan Villepreux es como vos, Sr. D. Federico, y también más que vos..... Pero Brettecourt dice que no hay que pensar en ello..... En fin, hemos conquistado nuestra libertad; esto era lo primero que había que conseguir.

El buen notario hablaba gesticulando é irguiendo la cabeza.

—¡Ese Villepreux creía tal vez asustarme!... ¡Ah! ¡más le he enseñado que un hombre honrado no tiene miedo á nadie!

Iba á hacer un gesto más tráfico que los demás; pero se contuvo de repente pensando en la anciana marquesa de Villepreux, en la madrina de su hija, en aquella señora á quien debía su posición, pues le había colocado en el estudio de su suegro, decidiendo más tarde á éste para que le casara con su hija.

—Si Federico le cuenta lo que ha pasado entre nosotros, se dijo, y si viene á echarme en cara..... A la madre de Juan de Villepreux debo una explicación..... y se la debo dar, no mañana, sino ahora mismo.

El Sr. Florimont se conocía algo á sí mismo y sabía que si esperaba al día siguiente para dar aquel paso, no se encontraría con el valor necesario para abordar semejante expli-

cación y quiso aprovechar el que le animaba en aquel instante.

—Ya que lo he pensado, llegaré hasta el fin..... Mañana habré reflexionado demasiado, habré visto llorar á mi hija y.....

Nada hay tan tenaz como la ira de las personas de genio habitualmente apacible y que de repente quieren hacerse enérgicas.

Media hora despues, el notario, sorprendido él mismo de su decisión, se presentaba en el palacio de Villepreux y preguntaba si la anciana marquesa tenía á bien recibirla.

A pesar de su gran valor, se alegró mucho cuando la criada le dijo que la madre de Honorato estaba sola, pues Julieta y su hija habían salido y no debían volver hasta la hora de la comida.

—¿Y..... el señor conde? preguntó con prudencia.

—Ha venido hace poco; pero ha vuelto á salir en seguida.

—Perfectamente---pensó el notario nadie nos estorbará.

Sin embargo, su valentía estuvo á punto de abandonarle cuando se halló en presencia de la marquesa viuda que le dijo con frialdad:

—¡Ah, sois vos!

Apenas si hizo, desde el sillón en que estaba sentada una indicación para señalar un

asiento al notario y su aire era tan altivo que éste no pudo ménos de decirse:

Está mal dispuesta hoy; he hecho mal en venir.

Y para animarse, se acordó de Federico, que le había tratado de loco y le había amenazado con castigarle.

La anciana le había recibido en su salón, que en nada se parecía al magnífico en que recibía en otros tiempos; pero había reunido en este los retratos de la familia de Villepreux, algunos muebles y tapices antiguos, una cruz de San Luis, miniaturas y muchas cosas de que no había tenido valor de separarse cuando vendió el mobiliario del palacio, y que en su modesta situación la rodeaban como un reflejo del antiguo esplendor de su familia.

Todas estas cosas imponían tanto á Florimont como el aire majestuoso de la marquesa viuda.

—¿Cuál es el motivo de vuestra visita? preguntó ésta con tono glacial.

Y su mirada desdeñosa se fijó en el notario.

—Señora, replicó él, he venido para daros algunas explicaciones.....

—¿Respecto á vuestra conducta?..... Es inútil, caballero. Supongo que si os presentáis en mi casa despues de haberos llevado de aquí á vuestra hija de un modo tan extrava-

gante, será para hablarme de negocios y no para otra cosa. Os escucho.

Si la anciana marquesa hubiese recibido á Florimont con su acostumbrada amabilidad, éste hubiera perdido el ánimo y no hubiera sabido cómo explicarse.

Mas aquel desdeñoso recibimiento despertó su cólera y con tono firme exclamó:

—Dispensadme, señora, tengo el derecho de hablar de otras cosas que no son negocios y por más que sea yo plebeyo, os ruego que me escuchéis..... ¿Habréis visto, sin duda, á vuestro nieto?

—¿Es un interrogatorio? preguntó la marquesa, siempre con frialdad.

—Hace poco Federico ha entrado aquí y ha vuelto á salir.....

—¿Y qué?

—¿Os ha dicho, señora?

—¡Vaya, señor Florimont! ¿Os creéis con el derecho de saber lo que pasa en mi casa?

La anciana empezaba á perder la paciencia.

—No, señora, replicó con mucha calma, si os hago estas preguntas es para evitaros la molestia de oír dos veces el mismo relato. Vuestro nieto salió hace poco de mi casa y deseaba saber si os había contado lo que allí ha pasado.

La marquesa experimentó un ligero temblor y dijo recalcando las palabras:

—¿Lo qué ha pasado en vuestra casa?.....  
No. ¡Explicaos, Florimont!

—¿No os ha dicho nada?

—No..... He advertido que estaba agitado..... mas eso le sucede con bastante frecuencia de algunos dias á esta parte..... Me ha abrazado, su boca ardía. Quería ver á su padre y ha ido á buscarle.....

La marquesa no manifestaba ya desdén.

Demasiado habia comprendido que su nieto tenia nuevos motivos de pesar; pero no tuvo tiempo de interrogarle.

Habia entrado como un loco en el salon preguntando:

—¿Mi padre, en dónde está mi padre?

Le contestó que ignoraba el sitio en que se hallaba en aquel momento.

—¡Pues bien! ya lo encontraré, dijo Federico, ¡quiero verle!

Y volvió á salir en seguida.

El pobre jóven estaba horriblemente angustiado, no solo por las acusaciones lanzadas por Florimont contra el marqués, sino tambien por aquellas sencillas palabras de Brettecourt.

—¡Hay una cosa más difícil que vengarse de las injurias, y es el saberlas sufrir!

¿Debia acaso soportar las que se lanzaban contra su padre?.....

En tal caso el marqués indudablemente las merecia..... Y para luchar contra el abomi-

nable pensamiento de que su padre era indigno de su ilustre nombre, queria verle, verle en seguida, acercarse á él, respirar el mismo aire que respiraba, rodearle con su cariño, encontrarse, en fin, á su lado si alguno se atrevia á atacarle..... ¿Puede acaso existir para un hijo un momento más cruel que aquel en que hombres respetables le hacen entrever la indignidad del autor de sus ideas?.....

La marquesa viuda olvidaba el resentimiento que la animaba contra Florimont, para hablar de su nieto, para saber la causa de la excitacion que habia notado en él hacia poco.

—¡Ah! dijo el notario, el señor conde ha ido á reunirse con el señor marqués.

El notario aparecia ahora con un aire triunfante; no tenia que luchar ya con el orgullo de la marquesa viuda, pues la veia inquieta y temblorosa.....

—Hé aquí lo que ha sucedido; continuó acomodándose en la butaca. En otros tiempos, señora marquesa, habiamos, si bien de un modo vago, formado un proyecto de enlace entre vuestro nieto y mi hija.....

—¡Pero, si no se trata de eso!

—Dispensadme, señora, vais á comprenderme. Dejamos vivir á esos niños en cierta intimidad y de ahí resultó entre ellos algun... afecto.

¡Dios mio! qué pesado sois, mi pobre Flo-

rimont, para explicarme lo que sé de sobra; que Luisilla y Federico se quieren y que hubiéramos debido dejarlos casar; que habéis hecho una multitud de extravagancias para impedir ese casamiento y que tampoco mi hijo quiere oír hablar ya del asunto.

—Llamar extravagancias, señora, á lo que ha hecho un padre para salvar la dicha y la honra de su hija, es demostrar tal vez mucho talento; pero en mi clase, esto se llama prudencia..... Sí; he querido impedir ese casamiento aún antes de que hablasemos formalmente de él y creía ya las cosas perfectamente arregladas, cuando hoy vuestro nieto, señora, ha tenido el atrevimiento de entrar en mi casa..... ¡Ese señor no temía comprometer á mi imprudente niña, que tuvo la debilidad de recibirle!..... Felizmente llegué á tiempo para encerrar á mi hija en su cuarto y para echar de mi domicilio al señor conde de Villepreux! Hé aquí, señora, lo que tenía que deciros.

—¿Y ..... es esto todo? preguntó la marquesa irguiendo la cabeza.

—Sí, señora.

—Vos, Florimont, ¿habeis echado de vuestra casa á un Villepreux?

—Sí, señora.

—Os felicito por vuestro agradecimiento, dijo con mucha frialdad la marquesa.—Si an-

taño no me hubiera interesado por vos, es probable que no ocuparíais hoy la casa de la que os habeis permitido echar á uno de los miembros de mi familia.

—¡Ab! señora marquesa, esperaba esos reproches; pero si he venido á veros, es menos para contaros este hecho, que para explicaros mi conducta.

—No conozco más que una palabra que la pueda explicar: ¡la ingratitud! Afortunadamente vuestra hija vale más que vos.....

—Mi hija no sabe lo que sé yo! Señora marquesa, os ruego que recordeis que en las circunstancias más crueles de vuestra vida he sido para vos un amigo muy adicto. Desde la trágica muerte de vuestro hijo mayor, hasta vuestra ruina y aún despues, os he querido y respetado como si hubiera tenido la honra de pertenecer á vuestra familia.....

—Formábais moralmente parte de ella entonces, replicó la marquesa conmovida, recordando las pruebas de adhesión y de desinterés que le había dado Florimont.

—Y así hubiera sucedido siempre, señora, si vuestro nieto hubiese imitado el nobilísimo ejemplo de su madre y el vuestro. Hubiérame considerado muy feliz confiándole la dicha de mi hija y le hubiera dado un cuantioso dote para que dejase á su hermana su parte de

la herencia de su familia; pero prefiere seguir las huellas de su padre.....

—Florimont, exagerais esa primera falta, de la que á Dios gracias, está arrepentido Federico y que la ha expiado cruelmente.

—No me acuerdo ya de eso, señora; ¡pero no habeis visto que vuestro nieto lleva de algunos dias á esta parte la vida de los elegantes, de los hijos de familia que arruinan la casa?..... ¡El señor pasa parte del dia en los círculos!..... El señor tiene una victoria y un caballo de montar para los paseos matutinos..... Su padre le dirige; irá lejos, os lo aseguro. Yo creia que su casamiento con esa americana fuese cosa resuelta ya y que esto desvanecería el amor de mi hija; pero nada de eso; antes al contrario, parece que el señor conde de Villepreux tiene varias novias á la vez, puesto que se ha permitido declararme que ama muy de veras á mi Luisa.....

La marquesa le interrumpió con violencia:

—¡Dejad todas esas rebuscadas frases, Florimont, y confesad sencillamente que habeis reflexionado y que no quereis ya á mi Federico por esposo de vuestra hija, porque no tiene fortuna!

El notario se levantó, extendió la mano y dijo con tono solemne:

—Os juro, señora marquesa, que la cuestion del dinero tiene para mi una importancia muy

secundaria; ¡pero no quiero que mi hija lleve un nombre deshonrado!

—¡Un nombre deshonrado!

La marquesa se levantó como movida por un resorte y con un gesto imperioso hizo retroceder al notario.

—¿Un nombre deshonrado?..... ¿El nombre de los Villepreux? ¡Vaya, caballero, habeis perdido sin duda la razon!..... ¿Quereis que mande que os echen de mi casa?... ¡Marchaos; que mi nieto no os encuentre aquí!.....

Florimont, rabiando, encorvado y con la cabeza hundida en los hombros, permaneció sin moverse.

—Señora marquesa, á pesar de la dureza con que me tratais, nunca tendré para vos más que sentimientos de amistad y de agradecimiento. ¡Cumplo con mi deber diciéndoos que la deshonra está en vísperas de entrar en esta casa!

En aquel momento el notario oyó una voz ahogada que decia detrás de él:

—¡Padre mio, os lo ruego, dejadme que castigue á este hombre!

Florimont volvió la cabeza y vió al marqués y á Federico.

Aquél sujetaba á éste por un brazo, impidiéndole precipitarse sobre el notario.

—¡Ah! dijo Florimont, ¿estabais ahí?.....

El marqués respondió con atrevimiento:

—Sí; aquí estamos desde “¡el nombre deshonrado!” Mi hijo fué á buscarme al círculo, me refirió algo de lo que ha pasado, señor Florimont; y confieso que no esperaba hallaros aquí. ¡Cáspita, cuando se os sube la sangre á la cabeza, nada os detiene!

Honorato estaba triunfante; el notario favorecía sus planes.

—Al llegar aquí, prosiguió el marqués, hemos creído que mi madre estaba echando de casa á algun criado que la habia faltado el respeto. Hemos entrado y estábais tan..... embebido, que ni siquiera os apercibisteis de nuestra llegada..... ¿Habeis terminado ya vuestra cómica escena?

Florimont no se turbó un instante. Esperó á que el marqués concluyese de hablar; saludó despues con mucho respeto á la anciana y salió.

Pero al pasar por delante del marqués, le dijo con tono rabioso:

—¡Reios ahora, caballero! ¡No está lejano el día de las lágrimas!..... ¡El arreglo de cuentas está más cercano de lo que creéis!

En el vestíbulo, el notario encontró á Julieta y á su hija que volvian; las saludó respetuosamente y atravesó despues el patio murmurando:

—¡Ah! señor marqués, si pudiérais suponer lo que os está preparando mi amigo el conde

Enrique de Brettecourt, no os reiriais con tanto cinismo. Pero seguramente el general lo hará con ciertas formas, con delicadeza..... ¡Ah! si estuviese yo en su lugar..... ¡En fin, paciencia!.....

Enriqueta y su madre se sorprendieron al encontrar en su casa á Florimont y les bastó ver, al entrar en el salon, la cara trastornada de la anciana y la de Federico, para adivinar que habia surgido un nuevo incidente.

Sólo el marqués estaba sonriente.

—Ya estais, así lo espero, definitivamente convencida de lo que es este bellaco, decia á su madre.

Su mujer le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Querida amiga, una cosa muy sencilla: el señor Florimont, notario, á quien se recibia aquí con demasiada amabilidad, habia concluido por arrogarse el derecho de hablar como amo; y hace un momento estaba en este sitio hablando con tal insolencia..... que me he visto precisado á interponerme para que Federico no le castigase; pero supongo que ya no iremos hablar más de él aquí, pues ha hecho mucho daño á mi casa.

Enriqueta, acordándose de Luisa, no pudo detener sus lágrimas y corrió á encerrarse en su cuarto.

—Esta niña ha hecho bien en marcharse,  
LA AMERICANA—26

dijo Honorato con severidad, pues tengo observaciones bastante delicadas que haceros respecto á ella.

La marquesa viuda y su nuera se quedaron estupefactas cuando Honorato, con los labios apretados y tono en extremo severo, las dijo:

—He creído hasta hoy que la señorita Enriqueta de Villepreux, mi hija, estaba en seguridad bajo la custodia de su madre y de su abuela..... Parece que me equivocó, pues en la fiesta que dió la señora de Vauchelles, mi hija habló mucho tiempo á solas con ese joven Renand, de quien no hemos vuelto á oír hablar desde que le pedimos informes de su familia.

Es preciso ser más previsores y tener siempre el ojo avizor. En cuanto á mi hija, si bien su juventud y su poca experiencia permiten disculpar la escapatoria que hizo ayer, yéndose en secreto á casa de la pequeña Florimont, que le habia preparado una entrevista con Juan Renaud, este es un motivo más para que la vigilen, y para impedir que cometa nuevas imprudencias..... Vigilad, señoras!

## XI.

## INDECISIONES.

Cuatro dias despues de estos incidentes, Saturnino Baradoux se estaba paseando por la galeria que encerraba los más preciosos objetos artisticos de su coleccion.

A veces se paraba delante de un bronce de Luis XVI, y decia:

—Este grupo es muy bonito; pero dentro de un mes los tendré más lindos aún.

O se detenia enfrente de un espejo de la época del Renacimiento, exclamando:

—Es una albaja; me han ofrecido mucho dinero por él; mas dentro de un mes podré comprar el que está en la tienda de antigüedades de la calle de Laffitte, que vale dos veces más.

Y discurrendo así se entretenia mirando los indicados objetos, campanillas, cerraduras, abanicos, etc.

—Eres muy bonito, amigo, decia á cada uno de ellos; pero dentro de un mes tendré otros que valdrán más que tú.

Quando el prestamista se cansó de pasar su

dijo Honorato con severidad, pues tengo observaciones bastante delicadas que haceros respecto á ella.

La marquesa viuda y su nuera se quedaron estupefactas cuando Honorato, con los labios apretados y tono en extremo severo, las dijo:

—He creído hasta hoy que la señorita Enriqueta de Villepreux, mi hija, estaba en seguridad bajo la custodia de su madre y de su abuela..... Parece que me equivocó, pues en la fiesta que dió la señora de Vauchelles, mi hija habló mucho tiempo á solas con ese joven Renand, de quien no hemos vuelto á oír hablar desde que le pedimos informes de su familia.

Es preciso ser más previsores y tener siempre el ojo avizor. En cuanto á mi hija, si bien su juventud y su poca experiencia permiten disculpar la escapatoria que hizo ayer, yéndose en secreto á casa de la pequeña Florimont, que le habia preparado una entrevista con Juan Renaud, este es un motivo más para que la vigilen, y para impedir que cometa nuevas imprudencias..... Vigilad, señoras!

## XI.

## INDECISIONES.

Cuatro dias despues de estos incidentes, Saturnino Baradoux se estaba paseando por la galeria que encerraba los más preciosos objetos artisticos de su coleccion.

A veces se paraba delante de un bronce de Luis XVI, y decia:

—Este grupo es muy bonito; pero dentro de un mes los tendré más lindos aún.

O se detenia enfrente de un espejo de la época del Renacimiento, exclamando:

—Es una albaja; me han ofrecido mucho dinero por él; mas dentro de un mes podré comprar el que está en la tienda de antigüedades de la calle de Laffitte, que vale dos veces más.

Y discurrendo así se entretenia mirando los indicados objetos, campanillas, cerraduras, abanicos, etc.

—Eres muy bonito, amigo, decia á cada uno de ellos; pero dentro de un mes tendré otros que valdrán más que tú.

Quando el prestamista se cansó de pasar su

revista, se sentó delante de la mesa de dessa-cho, y hojeó un legajo de papeles.

—Dentro de un mes, dijo, se hallará todo esto arreglado. Estarán saldadas las antiguas cuentas del marqués de Villepreux, pagados también los sesenta mil francos que le he adelantado para comprar el coche, el caballo de tiro y el de montar del condesito..... Percibiré la cuantiosa comision que me ha ofrecido Dickson..... quedará á su vez solventado el negocio de seguros, conjurándose por lo tanto, el peligro en que se encuentra el marqués de quebrar fraudulentamente. Estas soluciones serán para mi bastante provechosas, y me pondrán en circunstancias favorables de rennir una coleccion sin rival..... ¡Y quién habia de creer que todo eso depende de unos amorfos!

El señor Baradoux hubiera debido pensar al mismo tiempo que las cosas que tienen bases tan poco sólidas, pueden desvanecerse; pero abrigaba completa confianza, y si se decía que todos aquellos asuntos estarían concluidos en el espacio de un mes, es porque no dudaba de que para entonces Federico de Villepreux seria el marido de Edith Dickson. Y si aquella noche el banquero gozaba con tales pensamientos, era porque mistress Dickson daba una gran *soirée*, en la cual Edith aparecería deslumbradora, y todos los interesados

en el casamiento que se proyectaba, el americano, su mujer y el marqués de Villepreux, esperaban que, animado Federico por el baile, confesaria su amor á la jóven americana.

El señor de Baradoux vestido ya, no esperaba para ir á la avenida del bosque de Boulogne, más que la llegada del espía que le contaba diariamente cuanto pasaba en el palacio de Villepreux.

Al marqués le habia sorprendido en extremo, cuando Baradoux le dió á conocer las condiciones de Dickson, la exactitud de los informes del banquero en todo lo que le concernia; mas hubiera tenido la explicacion de tal misterio, si hubiese asistido á la siguiente escena.

Baradoux empezaba á impacientarse cuando sonó la campanilla.

Abrió él mismo la puerta, porque no queriendo que aquellas entrevistas tuviesen testigos, habia á prevención dado permiso á su criado para irse de paseo.

El individuo que entró, era Polidoro Cuepin.

El digno criado de Honorato de Villepreux le hacia traicion siempre que la ocasion se presentaba, desde que los negocios de su señor empezaron á salir mal. El marqués, no teniendo dinero y viéndose obligado á recurrir á ciertos artificios para procurárselo, habia su-

primido forzosamente las recompensas que daba antes á Cuepin, y Honorato seguía creyendo que su *factotum* le permanecía fiel, porque nunca le habló de marcharse ni se manifestó disgustado.

Aquel sirviente truan encontró pronto una compensacion entre los diferentes hombres de negocios que explotaban al marqués, ó más bien, su nombre y su título. En el número de éstos, Baradoux ocupaba el primer lugar.

Generalmente, Cuepin no se presentaba más que una vez al mes en casa del banquero para hacerle una reseña sintética de los incidentes que ocurrían en casa de los Villepreux; pero desde que el negocio Dickson estaba sobre el tapete, iba dos ó tres veces por semana, y siempre Baradoux le regalaba cincuenta ó cien francos, según la importancia de las noticias que le suministraba.

Aquella noche el criado se presentó, manifestando en su semblante gran alegría,

—¿Puedo hablar?—preguntó.

—Sí; estamos solos.

El criado soltó una carcajada.

—¡Ah, señor Baradoux! Cuando me acuerdo de la cara que han puesto las dos marquezas y el jockey, en el momento de dirigirles el marqués una filípica respecto á la señorita Enriqueta, no puedo ménos de reirme.

Sabia él que ambas señoras de Villepreux

le aborrecían, le despreciaban y que varias veces habían pedido á Honorato que le despidiera; así es que las odiaba furiosamente y se alegraba de sus sufrimientos.

—Bueno, Bueno,—dijo Baradoux, que tenía prisa—ya me habeis referido esa escena. No tengo tiempo que perder: ¿qué hay de nuevo?

Cuepin tenía al banquero por un bribon de órden superior y le respetaba, por cuyo motivo adoptó un aire más conveniente, y respondió:

—En cuanto á hechos salientes, poca cosa, don Saturnino; pero respecto á lo que se refiere á los sentimientos, á lo que entra en el dominio de la ética, como dicen los filósofos, algo interesante.

Este pícaro se preciaba un tanto de literato y hasta pretendía que para conocer mejor á su amo había consagrado ratos al estudio de la psicología.

—¡Pues bien, señor Cuepin! ¿qué habeis notado que pertenezca al órden psicológico?

—Primer punto—dijo con importancia el criado—el señor marqués ha recibido ayer cartas amenazadoras de algunos accionistas de su Compañía de Seguros.....

—Ya sé, ya sé—interrumpió Baradoux—esas cartas han sido escritas por consejo mio. ¿Qué efecto han producido?

—Al principio algun susto, señor. Dichas cartas hablaban de bancarrota fraudulenta, de abusos de confianza; unas de ellas hasta ponía la palabra "estafa." En fin, expresiones que no gusta oír ni aun cuando vayan dirigidas al prójimo. El señor marqués se sintió turbado; pero no por mucho tiempo; leí yo dichas cartas mientras estuvo en su tocador... Cuando salió de allí, las quemó y su carta tomó la expresión que le es habitual, más era fácil adivinar su pensamiento. "Mis imbéciles acreedores se servirán tener paciencia, pues dentro de un mes mi Federico me habrá desembarazado de ellos."

—¿Y su hijo, señor Cuepin?

—Está muy triste, muy triste. Creedme, quiere más de lo que se imoginan á la hija del notario.....

El ayuda de cámara pronunció la palabra "notario" con un desdén que indicaba la poca simpatía que le despertaba el depositario de la fe pública.

—¿Pero no ha concluido todavía eso? preguntó Baradoux.

—No, señor; estas relaciones son las que más peligros ofrecen..... Es preciso que os hagais cargo de que son amigos desde la niñez.

—Sin embargo, ¿no la habrá vuelto á ver?

—Desde el día de la escena con el padre, no señor. Pero el conde sufre mucho, no duer-

me y con mucha frecuencia se encier su hermana para hablar de sns amores..... ¡Son tan desgraciados ambos!

—¿Y Juan Renaud?

—¡Oh! ese, dijo Cuepin con sorna, os he dicho desde el primer día que no nos estorbará ya. No ha vuelto á dar señales de vida. Cuando se es lo que él, nadie se atreve á amar á una señorita de Villepreux. El señor marqués bastante se lo dió á conocer en su carta; pues es preciso confesar que la escribió con mano maestra.

—No bableis con tanta seguridad, Cuepin, pues me figuro yo que si algun peligro ha de presentarse en contra de nuestros proyectos, ha de venir por este lado. Vigiland algo la calle del Sentier para que sepamos lo que allí ocurre; os lo he dicho ya otra vez, y habeis hecho mal en no seguir mis indicaciones.

—Está bien, señor Baradoux; pero si os sirve de algo mi opinion, os afirmo que en cuanto esté restablecida, la señora Renaud se irá á vivir con su hijo al último rincón de alguna provincia. El jóven sabe forzosamente hoy que es un bastardo y se cree demasiado humillado.

—Olvidáis que tiene para apoyarle y darle valor, á su digno amigo el conde de Brettecourt.

Este nombre hizo palidecer al criado; pero dijo encogiéndose de hombros:

—El señor de Brettecourt es el último á quien ese Juan Renaud confesaria la verdad respecto á su nacimiento.

—Teneis razon en parte, Cuepin; pero es menester preverlo todo; vigilad la calle del Sentier. ¡El marqués y su hijo están siempre unidos?

—¡Como los dedos de la mano! No se separan un minuto, lo que ocasiona muchas lágrimas á ambas marquesas. Por la mañana van juntos al Bosque; almuerzan en el círculo y no se les ve hasta la noche. Aquellas veladas son una verdadera comedia. La anciana aparenta dignidad, su nuera siempre está á punto de llorar; los jóvenes se esfuerzan en sacar conversaciones que se hagan generales, sin conseguirlo, y el señor marqués está tan tranquilo..... tan tranquilo..... que á nadie que se le cuente, creeria que tan villana é indigna ha sido su conducta.

—¿Ninguna novedad hay en cuanto al señor ó á la señorita Florimont?

—Ninguna. Esto es lo que ha hecho doblgarse á la marquesa viuda, pues no tiene ya quien la aconseje..... y luego se encuentra muy abatida desde que el marqués la ha dicho que no sabe vigilar á su nieta..... Este ha sido el golpe mortal..... ¡Cuánto tembla-

ban ambas ante el apóstrofe tan severo que las dirigió el señor marqués!..... "Es preciso impedir que mi hija cometa nuevas imprudencias. ¡Vigilad, señoras!" Nada podian responder; tuvieron que inclinar la cabeza, y el marqués es de nuevo el amo. Hé aquí, señor Baradoux, el resultado de mis observaciones.

—Han rehusado las señoritas asistir á la *soirée* de mistress Dickson?

—El señor marqués no ha vuelto á hablar de ello hace lo ménos cuatro dias; esperará probablemente á que el señorito Federico esté comprometido, y entonces éste será el que pida á las marquesas que vayan á ver á su futura familia.

—Eso es más cuerdo, en efecto.

Baradoux sacó dos billetes de Banco de cien francos cada uno y se los entregó á Cuepin; que se retiró encantado, porque las gratificaciones del banquero nunca habian alcanzado esta cifra.

Llegado que hubo á la calle, el criado se puso á reflexionar; pero ya no se acordaba ni de Baradoux, ni de Florimont, ni de miss Edith, ni de nadie.

Se preguntaba sencillamente:

—¿A dónde pasaré la noche?

Cuepin llevaba en sí mismo el castigo de todas sus villanías: era jugador y jugador con desgracia. Sumas relativamente considerables

habian pasado por sus manos desde los primeros diez mil francos que le habia entregado Honorato en cambio de su complicidad, y todo lo habia consumido en el juego. No tenia ningun amorío, pues eran sus únicas pasiones el juego y el placer de hacer daño al prójimo. Conocia, naturalmente, todos los garitos de Paris y se preguntaba á cuál de ellos iria aquella noche á solicitar los favores de la fortuna con los doscientos francos que le habia dado Baradoux.

—Tengo tiempo, se decia; el señor marqués y su hijo no volverán hasta las tres ó las cuatro de la mañana. Quiero probar una nueva combinacion, en la que estoy pensando desde ayer.

Como la mayor parte de los jugadores, tenia la manía de preparar, cada vez que perdía, combinaciones que creia siempre infalibles.

Acabó por irse á una casa de la avenida de Wagram, en la que los criados y sobre todo los cócheros, dejan por lo regular su soldada; pasó allí la mayor parte de la noche y, como siempre, salió sin un céntimo.

El honrado banquero Saturnino Baradoux permaneció todavia en su casa una media hora, reflexionando sobre lo que le habia contado Cuepin.

—Es evidente, se decia, que el negocio marcha. Las extravagancias del notario han

hecho imposible toda reconciliacion entre ambas familias. Seria menester, pues, alguna complicacion imprevista para echar abajo mi magnífico plan.

Dió una última ojeada á su traje, y despues, alegre y satisfecho, se fué á casa de Dickson.

Cuando llegó, la fiesta estaba ya muy animada.

Siguiendo la costumbre parisiense, la americana habia invitado tres veces más gente de la que cabia en sus salones, así es que con gran trabajo se pudo hacer que entraran los concurrentes en el salon de confianza, en el comedor y hasta en la antesala para que se pudiera bailar siquiera en dos salones.

La jóven miss Edith estaba deslumbradora. Vestida con un traje de batista de seda, color de rosa, muy poco escotado, con sus magníficos cabellos recogidos en una sola trenza que caía sobre la nuca, no ostentando más alhajas que una pulsera de oro con una magnífica perla y por pendientes dos grupos de pequeños diamantes colgados de un hilo de oro que parecian gotas de rocío; era verdaderamente la reina del baile.

Su tocado habia sido objeto de serias conferencias entre ella, su madre, su padre y Baradoux. Dickson hubiera querido cargarla de brillantes; su mujer deseaba que se pusiera un

traje encarnado; pero la opinión de Baradoux habia prevalecido y su vestido era sencillo y elegante, pues Edith habia aprobado y comprendido el pensamiento del banquero.

La jóven americana empezaba á sentir alguna impaciencia porque Federico aún no se habia presentado. Todos los jóvenes se apiñaban á su alrededor; disputándose la honra de ser su pareja; é inscribia su nombre en un librito de marfil con un lápiz de oro incrustado con perlas; pero ocultaba el librito entre sus manos, con el fin de que nadie viera los sitios en blanco que de antemano tenia reservados para el conde de Villepreux.

El marqués y su hijo llegaron al fin, y cuando entraron, se produjo ese movimiento que anuncia siempre la llegada de invitados cuya presencia es deseada.

Honorato aparecía radiante; su primera mirada fué para miss Edith.

—Vaya—dijo—mi hijo no podrá quejarse. Federico estaba muy pálido y algo nervioso. Su padre le habia dicho al bajar del coche.

—Querido, de tí depende ser antes de un mes el dueño de esta finca.

Era la primera vez que el marqués le hablabá con claridad de aquel casamiento de que dependía su honra.

Honorato habló algunos instantes del modo más respetuoso con mistress Dickson, pues

desde la llegada del americano tuvo que dejar de cortejarla, como lo hacia antes. El señor Dickson no tenia las apariencias de un marido complaciente. Además el marqués se hallaba demasiado preocupado para pensar en el amor.

Saludó cordialmente al señor Dickson y se reunió despues con Baradoux, que apoyado en el quicio de una puerta le llamaba con un gesto imperceptible.

El banquero le llevó consigo á un terrado que rodea el hotel y escogió en él un sitio bastante apartado para que nadie pudiera sorprender su conversación.

—¡Vamos, señor marqués! ¿qué me decís?

—A mí me toca preguntaros si teneis algo nuevo que decirme. ¿Habeis visto á esa gente?

—¡Cáspita! Con qué desdén tratáis á las personas que con una sola palabra puede ocasionaros los más sérios disgustos.....

—Por eso confío completamente en vos, querido amigo, dijo el marqués con gran amabilidad.—Creo firmemente que nada harán sin vuestro permiso.

Saturnino Baradoux era asaz ducho en el arte de vivir, para dejarse envanecer por un cumplido; se encogió de hombros y repuso:

—He visto hoy á vuestros tres principales acreedores; los he tranquilizado y esperarán.

—¿Cuánto tiempo?

—Quieren una respuesta definitiva mañana.....

—¡Bah! ¡bah! no deben de estrecharme de este modo..... Su interés mismo les manda esperar.

—Si las cosas marchan bien, me encargo de que tengan paciencia; pero es de sentir que las señoras marquesas no os hayan acompañado para asistir á esta *soirée*.

—Ha sabido disculparlas sin comprometer nada, replicó el marqués, y mi hijo obtendrá de ellas, pidiéndoselo con cariño, lo que yo no conseguiría nunca.

—¿Y qué hay de cesion del palacio de la calle de San Dominique?

—Ya se arreglará eso, os lo aseguro. Desde hace ocho días todo lo he trastornado en mi casa.

—¿Y el conde de Villepreux? preguntó Baradoux con cierta ansiedad.

—Miradle.

Por la ancha ventana del salen, medio abierta, podian ver á miss Edith bailando por segunda vez con Federico.

Para casi todos los invitados era un casamiento ya hecho y se hablaba de él en voz baja.

Edith estaba realmente seductora y encontraba á Federico más hermoso todavía bajo su palidez; pues la emocion que en él notaba, no

podía en ningun modo desagradarla á causa de imaginarse ser ella quien la producía.

Poco á poco pasó de la indiferencia en aceptarle por esposo á experimentar un sentimiento que se parecía más bien á un capricho, á un deseo, que al verdadero amor; pero que era el máximo de lo que podía sentir el corazón de aquella egoísta muchacha. Ya no se decía como al principio:

—¡Lo mismo me da uno que otro, y como este es el designado!.....

Era feliz, y sobre todo, se hallaba lisonjeada por la eleccion de sus padres y de Baradoux.

Como persona práctica, estaba satisfecha de que su marido descendiera de una ilustre familia; su padre, auxiliado por el banquero, se habia instruido bien en la historia de los Villepreux; estaba encantado de sus blasones y rogó con insistencia á Baradoux que entrase en relaciones con los actuales propietarios de la quinta de Angoville, para adquirirla. El americano tenia ideas generosas y previendo la resistencia que haría la marquesa viuda, para ceder su palacio de la calle de San Dominique, esperaba seducirla ofreciendo á su yerno el antiguo dominio de su familia.

Se sentía verdaderamente emocionado y no quitaba la vista á Federico cuando bailaba con

su hija, procurando adivinar las palabras que la decía:

El condesito se mostraba amable; pero nada más. Edith no lo extrañaba, creyendo que el jóven se contenía ante la consideracion de la multitud que les rodeaba y pensaba que al dejar de bailar, y durante el concierto, se llevaría á su pareja al jardín para darle ocasion de declararla su amor.

Cuando llegó este momento, Federico se hallaba al lado de miss Edith.

—Venid, le dijo, pues necesito respirar el aire libre; acompañadme.

Y le presentó un rico abrigo de seda que se hallaba como por casualidad al alcance de su mano y se dejó envolver en él. Miraba al jóven con mucha dulzura. Sobrecogido Federico por el encanto que se desprendía de aquella hermosa niña, la sonrió y alegremente bajaron al jardín.

La noche estaba bastante fresca; miss Edith, apoyándose con fuerza en el brazo del conde, se le acercaba bastante, como para excitarle á pronunciar esa palabra, síntesis de grandes encantos, que une á dos seres para siempre.

Pasearon en silencio.

—Vacila, se decía la jóven.

Y así era en efecto. Hacía algunos días que el sistema nervioso de Federico se hallaba muy excitado. Comprendía que su padre le

empujaba con todas sus fuerzas para que aceptase aquel casamiento y ni su madre ni su abuela se atrevían á luchar contra la influencia del marqués; él tampoco osaba pensar en su graciosa Luisa, pues la ruptura entre las dos familias era absoluta, definitiva; la anciana marquesa estaba indignada por el modo de proceder del notorio. Este pensamiento acompañaba sin cesar al jóven.

—¿Por qué obstinarme en amar á Luisa, puesto que su padre no me la dará nunca por esposa?

Y se acordaba entónces de la hermosa americana, que estaba pronta á aceptarle por marido.

En aquel momento sentía que el corazón de Edith latía con violencia.

Casándose con ella podría devolver á su familia su antiguo esplendor; no era para él para quien deseaba la fortuna, sino para los suyos.

Y luego, quién sabe si sacrificándose él, no llegaría á obtener el consentimiento de su padre para el enlace de su hermana con Juan Renand.

Iba tal vez á declararse á miss Edith, cuando una frase musical llamó poderosamente su atencion.

Algunos artistas de la Opera—Dickson obraba como gran señor—habían ido para el

concierto, y en aquel instante dos de los principales cantaban el hermoso dúo del cuarto acto de *La Africana*, aquel en que Vasco de Gama se deja seducir por el amor de la reina, que ántes fué su esclava y que acaba de salvarle. Sabido es que en el momento en que el sacerdote va á unirlos, Vasco, marchando cubierto con el mismo velo que la reina Selika, oíe oír la dulce voz de su prometida Lués, cantando una canción de la infancia, y que se detiene preguntándose si no está soñando.....

Al oír estas palabras:

"Adios, dulce ribera....." Federico se inclinaba hácia Edith.....

Mas se irguió de repente y escuchó; pero no era la voz de la cantante la que oía; veía como en sueños á Luisilla, á su dulce amiga de la niñez, á la que adoraba y por quien era intensamente amado.

La declaración de amor que iba á hacer á la americana no salió de sus labios.

## XII.

## TRABAJOS DE ZAPA.

El general Brettecourt gozaba muy poco del reposo á que tenia derecho durante su licencia.

Muchos de sus antiguos compañeros que agradablemente sorprendidos al verle en París le invitaron á comer ó pasar con ellos una velada, recibieron todos la misma respuesta:

—No tengo tiempo.

El baron y la baronesa de Vanhelles eran los únicos que conseguían verle y muy de tarde en tarde.

Se levantaba muy temprano y se ponía á trabajar; despues iba al ministerio de la Guerra, en donde pasaba parte del día; luego se marchaba á casa de María Renaud, á la que consagraba toda la tarde, esperando con paciencia los momentos en que Juan los dejaba solos para hablar tranquilamente con ella.

Despues se encaminaba á casa de Florimont, en donde se encaminaba alguna que otra vez.

Y al dia siguiente repetía lo mismo, repar-

concierto, y en aquel instante dos de los principales cantaban el hermoso dúo del cuarto acto de *La Africana*, aquel en que Vasco de Gama se deja seducir por el amor de la reina, que ántes fué su esclava y que acaba de salvarle. Sabido es que en el momento en que el sacerdote va á unirlos, Vasco, marchando cubierto con el mismo velo que la reina Selika, oíe oír la dulce voz de su prometida Lués, cantando una canción de la infancia, y que se detiene preguntándose si no está soñando.....

Al oír estas palabras:

"Adios, dulce ribera....." Federico se inclinaba hácia Edith.....

Mas se irguió de repente y escuchó; pero no era la voz de la cantante la que oía; veía como en sueños á Luisilla, á su dulce amiga de la niñez, á la que adoraba y por quien era intensamente amado.

La declaración de amor que iba á hacer á la americana no salió de sus labios.

## XII.

## TRABAJOS DE ZAPA.

El general Brettecourt gozaba muy poco del reposo á que tenia derecho durante su licencia.

Muchos de sus antiguos compañeros que agradablemente sorprendidos al verle en París le invitaron á comer ó pasar con ellos una velada, recibieron todos la misma respuesta:

—No tengo tiempo.

El baron y la baronesa de Vanchelles eran los únicos que conseguían verle y muy de tarde en tarde.

Se levantaba muy temprano y se ponía á trabajar; despues iba al ministerio de la Guerra, en donde pasaba parte del día; luego se marchaba á casa de María Renaud, á la que consagraba toda la tarde, esperando con paciencia los momentos en que Juan los dejaba solos para hablar tranquilamente con ella.

Despues se encaminaba á casa de Florimont, en donde se encaminaba alguna que otra vez.

Y al dia siguiente repetía lo mismo, repar-

tiendo el tiempo entre el trabajo y los amigos indicados; olvidándose de sí mismo.

Perteneía enteramente al hijo de Juan de Villepreux y preparaba de un modo lento, pero seguro, los medios de reparar el mal que involuntariamente habia causado.

Su plan estaba formado en definitiva y no esperaba para ejecutarlo más que el momento en que María Renaud pudiese soportar nuevas emociones, que preveía serian bastante fuertes.

La misma noche en que mistress Dickson daba su gran *soirée*, Brettecourt iba á empezar la realizacion de su plan.

A eso de las diez de la noche se hallaba aún en casa de María Renaud y hablaba con ella en voz baja.

Esta habia tomado sus precauciones para que nadie los incomodase; obtuvo de Juan que volviese á su morada de la calle de Fortuny, asegurándole que estaba completamente buena y habia encargado á mamá Renaud un largo trabajo que le detenia en el despacho.

Hacia una hora por lo ménos que Brettecourt explicaba á la pobre mujer todo lo que habia proyectado.

María le escuchaba con los ojos preñados de lágrimas.

—Pero nunca, nunca, podremos agradecer bastante lo que os proponéis hacer, decia ella.

—No hablemos de esto, replicaba Brettecourt.

Era de esos hombres que no quieren que se les hable de los favores que hacen.

—Con tal de que Juan, con su carácter indómito no nos ponga impedimentos, añadió.

—Si así sucediera, usaria una vez siquiera de mis derechos como madre, replicó enérgicamente María.

—Pero os sentís con fuerzas bastantes para resistir todas esas entrevistas?.....

—Sí.

—¿No os turbareis?

—No.

—¿Tendreis el valor necesario para tender la mano á aquel traidor y para tratarle como amigo?

—Dios me ha mandado ya que le perdone, y ahora lo hago con todo mi corazón; no veo en él más que al padre de Enriqueta y de Federico.

—¿Sabreis guardar toda la vida vuestro secreto? ¿Tendreis la suficiente energía para respirar el mismo aire que la anciana marquesa de Villepreux, y no decirla: "Yo soy la que amó vuestro nieto?"

María se sonrió de un modo sublime y replicó:

—¿No he sido yo la primera en deciros que respeteis la dicha de esa familia?..... ¡Qué

Juan sea feliz, es mi único deseo! Sacrificio con gusto el placer que me produciría una reparación. Decir la verdad sería acusar al actual marqués de Villepreux y abrir para siempre un abismo entre él y su madre, cuando nuestro deber es, al contrario, unirlos.

—¿Y si sobreviniesen complicaciones que no hemos podido prever?

—Decidíreis vos la conducta que hayamos de seguir, amigo mío; apruebo de antemano todo cuanto hagais, y Juan tiene demasiada confianza en vos para no obedeceros ciegamente.

Brettecourt besó respetuosamente la mano de María Renaud y se retiró.

Al bajar la escalera, encontró á mamá Renaud que le acechaba.

—Vos aquí! exclamó.

—Sí, mi general; mi nieta cree que estoy trabajando; pero no tengo ganas de hacerlo porque me hallo muy inquieta.....

—¿Inquieta vos, por qué?

—¿Supongo que no será para saber como está de salud, por lo que habeis venido á ver en secreto á María?

—¿En secreto? repitió Brettecourt admirado.

Este y María habían decidido no dar explicación alguna á la pobre abuela, temiendo de su parte alguna explosión de ira contra Ho-

norato de Villepreux, si le hubiesen dicho la verdad.

—Sí, en secreto, replicó.—¿Por qué me mandan á mí al despacho y á Juan á su casa? Habiera podido yo ponerme á escuchar en las puertas; pero es cosa que no me gusta. Mi general, si no quereis decirmelo todo, confesad por lo ménos que tramáis alguna cosa.....

—Puede ser, dijo el conde sonriendo:

—¿Para la felicidad de mi Juanito?

—¡Pardiez!

—¿No podeis decirme más?

—No.

—¡Pues bien, ya estoy tranquila!

Y enjugó algunas lágrimas estrechando afectuosamente las manos del conde.

—Ya veis como se necesita poco para contentar á una anciana abuela; pero sufría mucho no sabiendo nada..... ¡Ah! mi general, nadie os agradecerá más que yo lo que hagais por mi biznieto..... Despues de todo, estos Villepreux vos son deudores de algo; por ellos es por quien ha muerto mi hijo..... ¿María os habrá dicho, no es verdad, que en Sebastopol?.....

—Sí, sí, ya lo sé todo. ¡Valor!

—¡Valor! ¡Ah! mucho he necesitado en mi vida y todavía tengo tanto como cualquiera jóven.

Brettecourt se alejó muy conmovido.

—¡Qué satisfacción se experimenta, pensaba, consagrándose á hacer la felicidad de seres tan buenos como estos! Y ver que todas sus desgracias son debidas á un miserable, y que sin embargo, el primer pensamiento de esa noble mujer ha sido para perdonarle. Mamá Renaud hubiera sido tal vez menos indulgente..... ¡Vamos, es preciso que me arme yo también de valor!

Lo necesitaba, en verdad, para presentarse en casa de la madre de Juan de Villepreux, pues á ella era á quien iba á ver en aquel mismo momento, y á pesar de lo avanzado de la hora.

Cuando llegó delante del palacio de la calle de San Dominique, el conde vaciló algunos minutos, pues si bien habia vencido su emoción, se hallaba bajo la influencia de un estado febril, y él, que nunca habia conocido el miedo, temblaba como un niño; reflexionaba sobre su plan y sobre las mentiras que habia tenido que inventar para que las señoras de Villepreux no sospechasen siquiera la verdad. Respecto á este punto, la voluntad de María Renaud era absoluta; queria la felicidad de su hijo; pero queria también que las marquesas no supieran nunca la traición inmundada de que se habia hecho culpable Honorato de Villepreux.

—Este es el escollo que presenta mi misión,

se decia Brettécourt.—¡La marquesa viuda no adivinará que miento?.....

Por fin se decidió á llamar.

—No titubeemos ya, se dijo: esta noche las señoras marquesas están solas, y por lo tanto, la ocasión no puede ser más propicia.

Como Cuepin se hallaba ausente, según saben nuestros lectores, la criada fué la que abrió.

Ella no conocia á Brettécourt; este juzgó inútil decirle su nombre, y la preguntó simplemente:

—¿No están acostadas todavía las señoras?

—No, señor; pero me parece que no reciben.....

—Guiadme, dijo él con tono de mando; me recibirán con seguridad.

—Y al mismo tiempo cerró la puerta de la calle.

La criada obedeció maquinalmente; hay hombres á quienes no puede resistirse.

Las damas de Villepreux trabajaban en silencio en el salon. Desde la salida para la *soirée* del marqués y de Federico, no habian despegado sus labios, absortas en meditaciones.

La criada abrió la puerta del salon, diciendo:

—Hay aquí un caballero que me ha afirmado que las señoras le recibirán.....

Al oír esto, se levantaron las tres y palidecieron.

La anciana iba á preguntar cual era el nombre del nocturno visitante, cuando oyó una voz grave que decía:

—Soy yo, señora.

Muchos años hacia que no oía aquella voz; pero no la desconoció.

¡Entrad, dijo, entrad!

Y como Brettecourt penetrase algo cortado en el salón, la marquesa viuda salió á su encuentro y le presentó la mano.

Luego, con un gesto, despidió á la muchacha, diciéndola:

—Podeis acostaros, hija mía; acompañaré yo á este señor cuando salga.

Las tres señoras permanecieron silenciosas mientras oyeron los pasos de la sirvienta, y cuando éstos dejaron de oírse, la anciana dijo:

Ya estamos solos.

Y despues, presentando de nuevo ambas manos á Brettecourt, repuso:

—Os estaba esperando, Enrique.

—Julietta también le estrechó las manos.

¡Ah! señor conde, le dijo, ¡qué feliz soy pudiendo daros las gracias!

Brettecourt estaba ya muy conmovido por el recibimiento de ambas marquesas; pero su emoción llegó á su colmo cuando Enriqueta

se abalanzó hácia él, exclamando con alegría:

—¡El general Brettecourt!

Las lágrimas corrían por las mejillas del antiguo militar.

—Abrazale por nosotras todas, hija mía, dijo afectuosamente la anciana.

En riqueta no se hizo rogar y besó con tanto cariño al general, que éste, embargado por delicado sentimiento, balbuceaba:

—¡Querida niña..... señorita!

Y cuando la marquesa viuda le hizo sentar cerca de sí, estaba completamente trastornado.

Algunos instantes despues se repuso, y dijo:

Debeis suponer, señora, que si me he atrevido á presentarme en vuestra casa, es porque se trata de cosas graves.....

—Acabamos de probaros, Enrique, cuánto placer nos proporciona vuestra visita. Hace muchos dias que estaba deseando veros, y, os lo repito, esperaba que vinierais. Bien podemos confesaros en seguida, que estamos tristes y desesperadas, porque lo sabeis tan bien como nosotras. Todas las noches, como en aquellos aciagos dias, sueño con mi hijo Juan... No creo mucho en los sueños, y sin embargo, debo confesar que varias veces en las últimas noches os habeis aparecido á mí, acompañado de mi pobre hijo..... Yo imploraba á Juan, y él os señalaba como queriéndome decir: "Enriqueta es quien tiene que ocupar mi lugar."

—En este caso, señora, veo que la mitad de mi tarea está cumplida ya, que no me resta más que ponerme á vuestra entera disposicion, y defender delante de vos intereses muy queridos, de que me he encargado.

—No tendreis que defenderlos, Enrique; su causa está ganada de antemano.

Dicho esto, la marquesa se volvió hácia Enrique:

—Hija mia..... empezó.

—¡Oh, adivino, abuela; me despedís! Sin embargo, hubiera sido tan feliz oyendo al señor de Brettecourt.

Mas la anciana movió la cabeza, y la jóven, despues de besar á su madre y á su abuela, dirigió su más graciosa reverencia á Brettecourt, y se retiró con el corazon henchido por una nueva esperanza.

El general habia recuperado toda su calma, y examinaba la situacion con tanta rapidez, como hubiera podido hacerlo en el campo de batalla.

—Para que la marquesa me haya recibido con tanta amabilidad.....ó más bien, con tanto afecto; para que ni siquiera haya tenido un movimiento de repulsion al verme, y para que hable con tanta tranquilidad de su hijo mayor, es preciso que su cólera sea muy grande contra Honorato..... María Renaud tiene razon; decir la verdad á esta pobre madre, seria se-

pararla para siempre de ese hijo, mientras que lo que queremos nosotros es la felicidad y la union de todos. La marquesa no perdonaria á Honorato su traicion al morir Juan de Villepreux..... ¡Vamos, tengamos valor para mentir!

Algunos minutos pasaron en el mayor silencio.

—¿Venis á hablarnos de Juan Renaud? preguntó en fin Julieta con tono cariñoso.

—Sí, señora.

En aquel momento Brettecourt recordaba la escena que habia tenido lugar unos veinte años antes en aquella misma morada, cuando la anciana suplicaba á Julieta de Persant que concediera su amistad á la prometida y al hijo de Juan de Villepreux, exclamando la jóven con sin igual nobleza: "¡Sí, los amaré!"

Y qué ganas tenia de decirla:

—"¡Aquellos á quienes prometisteis amar son Juan Renaud y su madre!"

La marquesa viuda añadió:

—Sí, hablarnos con toda franqueza de él y de los suyos.

Brettecourt necesitó una energía sobrehumana para resistirse aún.

—No, no, se decia, no debo decir la verdad..... Juan de Villepreux no me perdonaria el causar un nuevo dolor á su madre, puestó que puedó de otro modo hacer felices á los

dos seres que hubieran constituido su familia..... Los deseos de mi amigo se cumplirán, porque su prometida y su hijo serán acogidos por la anciana marquesa, y por la que consideraba como á hermana suya.....

No dudaba en modo alguno del éxito de su empresa; cierto ya del apoyo de las damas de Villepreux, se encargaba de obtener despues el consentimiento del marqués, imponiéndole su voluntad.

—En efecto, señoras, vengo á hablaros de mi amigo Juan Renaud y de su madre, á quienes amo de veras.

—Estamos dispuestas á quererlos tambien, declaró con viveza Julieta.

—Cuando los conozcamos, añadió la marquesa.

—Ya los conoceis, señora, replicó Enrique.

—¿Yo? Apenas he visto al hijo, y no he conocido nunca á la madre.....

—Conoceis, sin haberlos visto, señora, á los diferentes miembros de esa familia..... ¿El nombre Renaud no os recuerda nada?..... Buscad en vuestra memoria.....

—¡Ah, Dios mio! exclamó la anciana, nunca pensó en esto..... ¿Ese Juan Renaud seria acaso pariente del capitán?.....

—Que salvó la vida á Juan de Villepreux en el rudo ataque del Mamelon Verde, interrumpió Brettecourt.—Es su nieto.

—¡Oh qué felicidad! exclamó Julieta.

La marquesa viuda, que se habia levantado apoyándose en los brazos del sillón, cayó sentada otra vez.

—Sí, murmuró, es una gran dicha, sí..... ¿Pero cómo es que ese nombre no ha despertado en mi espíritu el recuerdo de aquel acto de abnegacion?..... Hubiera preguntado á ese jóven..... y tal vez nos hubiéramos evitado muchos pesares; pues aquel solo hecho da á Juan Renaud el derecho de presentarse aquí con la cabeza erguida..... Es preciso que me perdoneis, Enrique; tanto he sufrido, que mi pobre cabeza olvida á veces las cosas más importantes.

—Es preciso que así sea, señora, dijo Brettecourt con melancolía, para que me recibais con tanta bondad.....

—¡Enrique! ¡Enrique! no hablemos de la mayor desgracia que ha envenenado vuestra vida como la mia: demasiado cruelmente la habeis expiado. Hoy no veo en vos más que al fiel amigo de mi querido hijo..... Todos os queremos aquí..... y teneis el derecho de hablar como pudiera hacerlo Juan si viviese.

El general, abogando por la emocion, no tuvo fuerza para contestar.

La marquesa repuso:

—Ya me acuerdo, ahora. Busqué en vano

á la madre del capitán Renaud; pues evitó que la manifestase mi agradecimiento.....

—Era muy orgullosa, señora.

—Recuerdo también que era casado y que su mujer murió de pena dejando un hijo..... y si no me equivoco éste debe ser el padre de vuestro amigo Juan Renaud.....

—No, no, dijo Brettecourt temblando, no era un hijo, sino una hija..... y ésta es la madre de Juan Renaud.....

—¿Cómo es eso, Enrique?..... ¿Se ha casado entonces con un hombre que llevaba su mismo apellido?

El general temblaba cada vez más; pues llegaba al punto difícil de su explicación.

—Juan, dijo con rapidez, no tiene otro nombre que el de su madre.....

—¿Y su padre? exclamó en extremo conmovida la marquesa.

—No le ha conocido, señora.

La anciana se levantó bruscamente y dijo con angustia:

—¿Qué decís Enrique?..... ¿Ese Juan Renaud no ha conocido á su padre?..... Es decir, que no tiene padre.....

—Eso es, señora.

—Pero ¿no habéis notado el parecido que existe entre él y mi pobre Juan? prosiguió la anciana muy turbada. Y su edad coincide con la del niño que tanto hemos buscado.....

Brettecourt estaba tan trastornado como la marquesa; pero dominó su emoción y respondió con frialdad:

—Calmaos, señora; lo he creído como vos; pero..... se interrumpió, para decirse á sí mismo.

—¿Qué felices serémos al declararle la verdad, cuando hayamos alcanzado nuestro objeto.

Y continuó:

Juan Renaud tenía dos años cuando murió su padre.

La marquesa cayó otra vez en su sillón, murmurando:

—No puedo avenirme á creer que nunca habré de saber lo que ha sido de aquel niño.

Brettecourt prosiguió:

—El padre de Juan Renaud era oficial; le era por lo tanto imposible casarse con María, aún cuando tenía para ella tanto respeto, diré más, tanta veneración como amor.

—¿Le habéis conocido, Enrique?

—Sí, señora; pero comprenderéis fácilmente que no me es dado manifestaros su nombre. Le conocí poco ántes de su muerte; estaba muy triste y preocupado. Cuando hace pocos días, me dijo la señora Renaud cómo se llamaba, he comprendido los motivos de su preocupación. Murió en un ataque librado contra las Kabilas y como tuvo la imprudencia de

no asegurar el porvenir de su amada ni de su hijo..... María Renaud se encontró sin recursos.....

—¿Pero la familia del pabre?.....

—Ignoraba esas relaciones; y aún cuando las hubiera conocido, no las hubiera aprobado sin duda.

—¿Y la señora Renaud no hizo tentativa para acercarse á aquella familia?

—Sabia que sería mal recibida, pues su amante la había advertido.....

—¿A pesar del niño?

—Sí, señora.

—¡Dios mio! exclamó Julieta, ¡si hubiéramos tenido nosotras tal felicidad!

—María Renaud, repuso Brettecourt, se consagró enteramente á su hijo y al trabajo. Era muy bella; muchos hombres le pidieron su mano; pero no aceptó ninguna de las proposiciones que le hicieron, porque su hijo lo era todo para ella. Por él realizó tales prodigios, que sola, sin apoyó y sin amigos, ha creado esa importante casa de lencería de la calle del Sentier, que es la primera del mundo, según se dice..... Ha educado á su niño con sin igual cuidado y ha hecho de él un hombre tan recto y tan noble, que cuando le he conocido, me ha hecho recordar á Juan de Villepreux, tanto por su carácter como por su cara.

—¿Y..... naturalmente, ignoraba cuál era su situación? preguntó Julieta.

—Sí, señora, hasta el día en que le escribió vuestro esposo. Su madre, sin que él lo supiera, había obtenido plazos indefinidos para el sorteo de quintas, y por consiguiente, Juan no había visto nunca su fé de nacimiento..... La carta del marqués de Villepreux le obligó á interrogar á su madre.....

—¡Oh, pobre mujer! exclamó Julieta, ¡cuánto debió sufrir!

—Por poco se muere, señora, dijo con tristeza Brettecourt.

La marquesa repuso severamente:

—El marqués Honorato de Villepreux se complace siempre en hacer daño.

—Hoy, se apresuró á decir el general, la madre de Juan Renaud está completamente restablecida, y ella es quien me envía para explicaros, señoras, con toda franqueza la situación de su hijo. Es una noble mujer, que no quiere engañar á nadie..... Cuando Juan ha conocido su verdadera posición, ¡pensó en renunciar á la mano de Enriqueta, tanto porque se creía indigno de ella, como por no dar á conocer la falta de su nacimiento..... No necesito añadir que, más que nunca, coloca á su madre por encima de todo y que el único pensamiento de que álguien pudiera humillar á aquella noble criatura.....

La marquesa le interrumpió con viveza.

—¿Y quién se permitirá humillarla?..... dijo con altivez. ¿Alguien se hubiera permitido acaso hacerlo con la mujer de mi hijo Juan si hubiéramos tenido la felicidad de encontrarla?..... Dios no lo ha querido, haré por la madre de Juan Renaud lo que hubiera hecho por aquella mujer..... ¿No es Juan en cierto modo mi nieto, puesto que ama á mi querida Enriqueta?..... ¿Julieta, no desaprobarás, creo, lo que digo?

—¡Yo, madre mia! respondió la mujer de Honorato, bien sabéis que hablando así, llenáis todos mis deseos.

—Enrique, repuso la marquesa, me habéis devuelto el valor que me abandonaba desde hace algunos dias. Ante las ocultas maquinaciones de mi hijo, me sentia anonadada y sin fuerzas para luchar..... Honorato arrastra á Federico por un mal camino; ¿cómo decir á ese niño que no siga los consejos de su padre..... y hasta que debe desconfiar de él? Todo se ha vuelto en contra nuestra: Florimont nos ha abandonado despues de portarse como un tonto y como un ingrato..... Juan Renaud no daba señales de vida..... y pasamos el tiempo llorando y preguntándonos cómo llegaríamos á obtener el consentimiento de Honorato para el casamiento de Juan con Enriqueta, y cómo evitaríamos que Federico ca-

yera en la red que le están tendiendo..... Os lo aseguro, Enrique, estábamos sin esperanzas; pero aquí estáis por fortuna nuestra y nos ayudaréis.

La marquesa erguia ahora la cabeza; parecia transfigurada por la confianza.

Julieta estaba radiante de alegría.

—Con vuestra ayuda vencerémos, dijo.

—Por lo ménos lucharémos con brio, replicó el conde.

—En primer lugar, dijo la anciana, quiero ir á ver á la señora Renaud.

—Os acompañaré, madre mia, repuso Julieta.

—Debemos ser las primeras en visitar á esas señoras, pues tenemos que darles las gracias por lo que el capitan Renaud hizo con mi hijo.

Despues las recibire yo aquí, como antiguas amigas, y podéis decirles de mi parte, que tienen el derecho de entrar aquí con la cabeza muy alta..... En cuanto á Juan, me encargo yo de probarle que nadie se atreverá á humillar ni á él ni á su madre. ¡Ah! me siento renacer; creedme, Enrique.

Todos los temores y las indecisiones que habian asaltado á la anciana, desaparecieron de repente.

Más su entusiasmo disminuyó un tanto, cuando Julieta dijo:

—¿Y por Federico, madre mía, que harais?

—¡Ah! Federico, Federico..... exclamó, Federico me produce serias inquietudes..... Tenemos que reconocer que su padre se ha apoderado de su voluntad..... Cuando me confesó su locura del juego en el Tonkin, locura para la que fuisteis vos, Enrique, tan indulgente, no supe dominar mi disgusto y le traté mal, no previniendo que su padre le asechaba para hacerse dueño de su espíritu, para tentarle, seducirle poco á poco y apartarle de la pequeña Luisilla que le quería con toda su alma y llevarle con los ojos vendados á un casamiento..... un casamiento.....

La anciana alzaba los ojos al cielo.

—Este casamiento no puede hacerse sin mi consentimiento, dijo Julieta.

—No podrás rehusarlo cuando el mismo Federico te lo pida.

—¿Sabeis, vos, Enrique, qué clase de personas son esos Dickson?

—No, señora, pero he viajado por América y he encontrado allí á muchos que llevan ese apellido, muy comun en aquel país. Por ahora na la más puedo decir; pero interrogaré muy seriamente á Vauchelles, que los conoce.

—Más, admitiendo que podamos impedir ese lance, ¿de qué nos servirá? Florimont ha cometido tantas extravagancias, que toda re-

conciliacion se ha hecho imposible entre nosotros.

—¿Quién sabe! murmuró Brettecourt.

Ambas señoras se miraron estupefactas.

—¿Pero no sabeis que vino aquí como un loco? exclamó la anciana.

—Sí, sí, todo lo sé. Sé que Florimont, furioso contra ciertas especulaciones intentadas por vuestro hijo, ha venido aquí á promover una ridícula escena despues de haber realizado otra muy necia con Federico; pero sé tambien que mi amigueta Luisa es muy desgraciada..... y cosa muy dura en verdad para un padre es ver lágrimas en los ojos de su hija..... ¿No perdonariais, señora, á Florimont que ha creído obrar en interés de su querida niña? Si se ha alarmado él, ¿no lo estais vos tambien, señora?

—Es cierto, murmuró la anciana.

—El notario me distingue con su aprecio; así es que respecto á este punto, dejadme obrar..... y sobre todo, dejad que obre vuestra ahijada.....

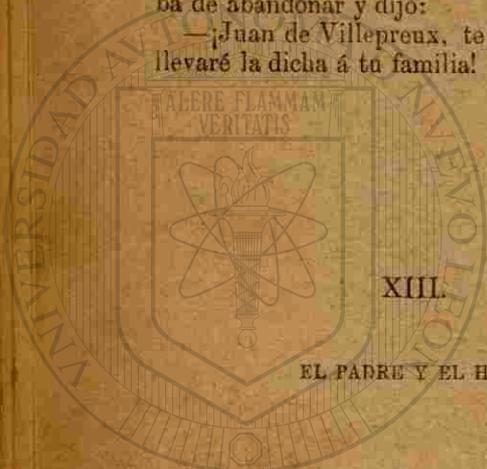
La marquesa estrechó ambas manos á Brettecourt.

—Enrique, entregamos nuestra voluntad. Mandad y obedeceremos.

Cuando el general se retiró, le pareció que tenia veinte años ménos y se sentia dispuesto á intentar lo imposible.

Y ya solo, en la calle de San Dominique extendió el brazo hacia la morada que acababa de abandonar y dijo:

—¡Juan de Villepreux, te juro ahora que llevaré la dicha á tu familia!



Federico acababa de despertarse.

Apenas había dormido una hora, pues aún cuando sentía en todo su cuerpo ese cansancio que producen los bailes aun en los hombres más fuertes y los hace entregarse á un pesado sueño, nuestro jóven se había despertado lleno de sobresaltos, debidos al estado febril y angustioso en que se hallaba y no pudiendo ya cerrar los ojos, se había incorporado sobre las almohadas y se dió á reflexionar.

No conservaba sino un recuerdo confuso de

cuanto había pasado desde el momento en que llevó á miss Edith al lado de su madre.

El fué quien tuvo que decirla:

—Volvamos al salon, porque temo os haga daño el relente de la noche.

Y la jóven se había dejado conducir sin hablar una palabra.

—No me querrá Federico, pensaba ella, cuando no ha aprovechado la ocasion que le he ofrecido para declararse.

La turbacion de la jóven duró poco; y como todos la observaban, especialmente sus padres. Baradoux y el marqués, afectó un aire de triunfo y se puso á hablar muy amigablemente con Federico, quien á su vez se mostró con ella muy amable, comprendiendo cuánto debía sufrir la americana en su orgullo.

Baradoux se inclinó al oido del marqués.

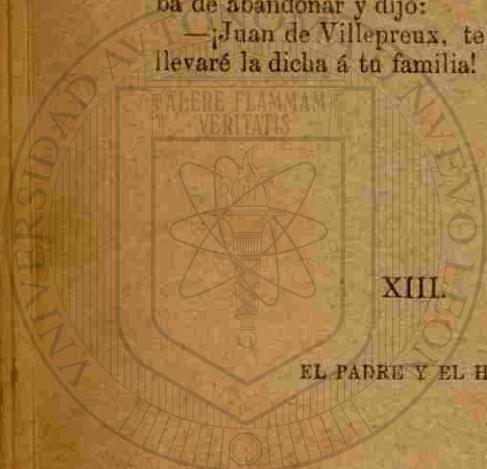
—Creo que hemos ganado la partida, le dijo.

—Opino lo mismo, replicó Honorato.

Durante el resto de la noche Federico fué la constante pareja de Edith, pues ésta le había reservado la mayor parte de los bailes. Cenó á su lado y dirigió con ella el cotillon; más tenia grandes deseos de que acabase aquella comedia, porque estaba avergonzado del ridiculo papel que representaba y del no menos desairado que obligaba á la jóven. Obraba como arrastrado por un torbellino y no nos

Y ya solo, en la calle de San Dominique extendió el brazo hacia la morada que acababa de abandonar y dijo:

—¡Juan de Villepreux, te juro ahora que llevaré la dicha á tu familia!



Federico acababa de despertarse.

Apenas había dormido una hora, pues aún cuando sentía en todo su cuerpo ese cansancio que producen los bailes aun en los hombres más fuertes y los hace entregarse á un pesado sueño, nuestro jóven se había despertado lleno de sobresaltos, debidos al estado febril y angustioso en que se hallaba y no pudiendo ya cerrar los ojos, se había incorporado sobre las almohadas y se dió á reflexionar.

No conservaba sino un recuerdo confuso de

cuanto había pasado desde el momento en que llevó á miss Edith al lado de su madre.

El fué quien tuvo que decirla:

—Volvamos al salon, porque temo os haga daño el relente de la noche.

Y la jóven se había dejado conducir sin hablar una palabra.

—No me querrá Federico, pensaba ella, cuando no ha aprovechado la ocasion que le he ofrecido para declararse.

La turbacion de la jóven duró poco; y como todos la observaban, especialmente sus padres. Baradoux y el marqués, afectó un aire de triunfo y se puso á hablar muy amigablemente con Federico, quien á su vez se mostró con ella muy amable, comprendiendo cuánto debía sufrir la americana en su orgullo.

Baradoux se inclinó al oido del marqués.

—Creo que hemos ganado la partida, le dijo.

—Opino lo mismo, replicó Honorato.

Durante el resto de la noche Federico fué la constante pareja de Edith, pues ésta le había reservado la mayor parte de los bailes. Cenó á su lado y dirigió con ella el cotillon; más tenia grandes deseos de que acabase aquella comedia, porque estaba avergonzado del ridiculo papel que representaba y del no ménos desairado que obligaba á la jóven. Obraba como arrastrado por un torbellino y no nos

debe extrañar que se sintiese agradablemente impresionado cuando se halló en el coche sentado al lado de su padre.

—¿Nada tienes que contarme? preguntó el marqués con tono bromista.

—Mañana, padre mio, replicó Federico, mañana hablaremos de cosas serias.

—¿Cáspita! querido, ¿necesitas todavía reflexionar?..... Permíteme te diga que eres muy difícil.....

—¿Os lo ruego, padre mio!

—¡Pues bien! sea mañana.

El día siguiente llegó y Federico se estremecía pensando que se aproximaba el momento de explicarse con su padre.

—Desea vivamente ese casamiento, se decía, y yo no quiero..... no puedo dejar de amar á mi querida Luisilla..... No puedo dar mi vida y mi corazón á esa extranjera, no; no puedo..... y puesto que mi amada nunca será mía, prefiero marcharme.....

Se levantó y se puso á pasear por su habitación, siempre embargado por la misma idea, hasta el momento en que Cuepin le avisó de que su padre le estaba esperando.

Federico se fué al despacho del marqués, bien decidido á oponerse al proyectado enlace con miss Edith.

El marqués tampoco habia dormido. Durante todo el tiempo que duró la fiesta de los

Dickson, habia confiado tanto en el éxito de sus maquinaciones que su hijo le habia trastornado pidiéndole aplazar su conversacion para el inmediato día.

—¿Se atreverá á resistir despues de todo lo que he hecho por él?

El pensamiento de que Federico se negara á unirse con Edith le producía movimientos de ira.

—¡Pero es preciso, es preciso que se haga mi voluntad! exclamaba, ¡si no, soy hombre perdido!

Despues se tranquilizaba:

—No puede ser que mi combinacion salga mal, proseguia, nada tengo ya que temer de Luisilla; Federico está tan encolerizado como yo contra ese imbécil notario..... ¿Qué motivo, pues, podrá tener para rehusar la mano de una jóven hermosa rica y que le ama?

Sin embargo, cuando Federico entró en el despacho, Honorato lo recibió con un semblante dulce y afectuoso para seducir por última vez al jóven.

Federico estaba muy pálido y febril; pero era perfectamente dueño de sí mismo.

—¡Vaya! hijo mio, dijo el marqués haciéndole sentar enfrente de él.—¿Qué tienes que contarme?

Pronunció estas palabras con tono tan be-

névolo, que Federico se echaba ya en cara el no poder obedecer á su padre.

Esto prosiguió:

—Ann cuando los hijos no tomen generalmente á sus padres por confidentes de sus amores, supongo que vas á contarme cuanto ha pasado anoche entre la señorita Dickson y tú.

—¿Lo qué ha pasado entre miss Edith y yo, padre mio?..... Pues, nada.

—¿Vamos, vamos! dijo sonriendo Honorato, ¿me habrán engañado mis ojos? No os he visto á ambos marcharos solos..... á la inglesa ó á lo americana, si así lo prefieres?..... Era, si no me equivoco, en el momento en que empezó el concierto y estuvisteis bastante tiempo en el jardín, más tiempo de lo que duró aquel interminable dúo de la Africana..... y supongo que la música os habrá inspirado.....

El marqués afectaba bromear, no hablando como padre, sino como amigo y compañero.

—La señorita Dickson tenía mucho calor, respondió Federico, y me rogó la acompañase al jardín para respirar á gusto, y cuando le molestó la frescura de la noche entramos de nuevo en el salón.

—¿Y..... es esto todo? preguntó Honorato pudiendo apenas ocultar su desencanto.

—Sí, padre mio.

—¿Demontre! ¡que sangre fria tienes, hijo mio!

Despues, suavizando otra vez el tono:

—Es preciso sepas que la familia Dickson y yo hemos concertado tu enlace con miss Edith; que sus padres esperan hoy les vaya á pedir oficialmente para tí la mano de la jóven, y que me pones en una triste situacion.....

Yo creia que te hubieses aprovechado de aquella salida al jardín para requerir de amores á tan hermosa niña. ¿No le has dicho ni una palabra siquiera en este sentido?

—No he sabido mentir, padre mio.

El desengaño del marqués crecía; pero no perdió la calma.

—¿No quieres, pues, á Edith?

—No, señor.

—Bien; pero no será la primera vez, repuso Honorato con frialdad, que un jóven se casa con una mujer á quien no ama; el cariño llega despues. Los casamientos que se verifican en estas condiciones, son los mejores.

—Admito, padre mio, que pueda uno casarse por conveniencia, pero es si el corazón se encuentra libre.

—¿Y el tuyo no lo está?

—¡Bien lo sabeis!

Hubo un momento de silencio; el marqués reflexionaba: "Su pasión por Luisilla está dau-

do sus últimos destellos, se decía, si no es más que esto, ya conseguiré lo que quiero."

—Creía, dijo con tono muy afectuoso, que no se hablaría más entre nosotros de la señorita Florimont. ¿Olyidas acaso, hijo mio, que tú mismo?.....

Federico le interrumpió con voz angustiada.

—Nada olvido, padre mio. Siento contra el señor Florimont una cólera y una indignacion terribles; si tuviera un hijo, le hubiera pedido razon de las injurias que os ha dirigido su padre..... pero no puedo provocar á un anciano..... He procurado arrancar de mi corazon el afecto tan antiguo que habia consagrado á Luisa; mas no puedo hacerlo..... la amo de veras.....

—¡Federico!

—¡Oh! tranquilizaos, padre mio, ya no se volverá á tratar de ella entre vos y yo..... Llegaré, así lo espero, á olvidarla más tarde; pero en este momento no me habléis de enmendar ni nada á otro..... La carazon rechaza ese acto, y os suplico deis distinto rumbo á vuestras relaciones con esa familia americana. Yo, por mi parte, desisto de su trato, pues me hacéis representar allí un triste y ridiculo papel, engañando á esa jóven..... Dejadme adelantár mi partida para incorporarme á mi regimiento. ¡Mas me hubiera valido no haberlo dejado!

Honorato se levantó y dió afectuosamente un golpecito en el hombro á su hijo, diciéndole:

—¡Niño!

Y despues volvió á sentarse, siempre sonriente, creyéndose en aquel momento dueño de la situacion.

—Querido hijo, repuso, soy feliz, muy feliz al ver los nobles sentimientos que te animan; estoy orgulloso de la sencillez de tu corazon y de la rectitud de tu conciencia; pero el momento ha llegado ya que el niño se haga hombre. Como todos los chicos por sus madres, has sido tu educado por las señoras de nuestra familia; te han comunicado su nobleza, su desinterés, sus ilusiones y tambien su... sensibilidad. Conserva todas esas cualidades, hijo mio; pero permiteme te comunique á mi vez algo de mi experiencia. Ignoras lo que es la vida y mi obligacion es darte á conocer los deberes que te incumben.

El marqués se calló durante algunos instantes. Federico no sabia qué contestar, se sentia muy pequeño delante de aquel padre que parecia tan bueno y tan grave.

—Confiesas tú, prosiguió Honorato, confiesas que todo proyecto de union con tu amiga de la niñez se ha hecho imposible, y sacas, en consecuencia, que debes partir, incorporarte á tu regimiento, como un héroe de novela.....

Raciocinemos con cordura. Sabes, en verdad, que estamos arruinados..... y no temo añadir que he contribuido algo á ello.....

—¡Oh! padre mio, ¿habeis podido creer que os haya culpado yo?

—No, no; sé que eres incapaz de semejante cosa, y si te he hablado del asunto, es para llegar á la conclusion de que ambos somos solidarios, y que, por consiguiente, las desgracias que he ocasionado, debes tú repararlas, si puedes hacerlo.

—¡Ah! exclamó Federico, ¡si hubiera comprendido ántes cuál era nuestra posicion, no hubiera abrazado la carrera de las armas, que no puede conducirme más que á la miseria! Podría ser comerciante, industrial.....

—¿Y hubieras reconstituido nuestra fortuna? preguntó riendo Honorato.

—¡Ya lo creo, padre mio!

—¿Y ganado tambien un dote para Enriqueta?

—Sin duda.

—¡Bah, bah, bah! Lo que estás diciendo no son más que niñerías. Para ser comerciante ó industrial se necesitan disposiciones especiales que no posees tú y además capitales. Has escogido la única carrera que conviene á tu nombre, porque los que pertenecen á nuestra clase no pueden ni deben abrazar otra. Te has batido valerosa y noblemente y has adqui-

rido alguna gloria..... Tu deber hoy es el de devolver á tu casa su antiguo esplendor.....

Las facciones de Federico se contraían, pues habia sentido siempre cierta repulsion á los individuos de la nobleza que no se casan más que para dar nuevo brillo á su blason con el dinero de la mujer.

El marqués continuó:

—Fíjate bien, que en esto no se trata solamente de tí, sino tambien de nuestra familia, de tu hermana, de tu madre, de tu abuela..... El porvenir de todos los tuyos depende de tu casamiento..... Tu deber es, pues, el de casarte con una mujer rica..... Así es que te confieso con toda franqueza haberme alegrado de las inconveniencias cometidas por el señor Florimont, pues se ha adelantado á mis deseos.....

Federico se estremeció y el marqués prosiguió con frialdad:

—Es preciso que te acostumbres á mirar las cosas tal cual son y no al través del velo de falsas preocupaciones. Si continuaras tontamente tu profesion de soldado, y por añadidura, te casaras cualquier dia, sobre llevar tú siempre una vida de fatigas y de sinsabores, condenarías á tu hermana, á tu madre y á la mía á la existencia precaria que llevan ya desde muchos años.....

Este argumento daba en el blanco, pues se

le habia ocurrido á Federico el mismo pensamiento.

—Mientras que si te casas con la señorita Dickson, podrás con tu fortuna personal, porque Edith recibirá un millon de francos como dote, transformar completamente la existencia de los séres que te son tan queridos. En cambio de ese millon aportarás tú nuestro antiguo palacio, que vale otro tanto ó más, y que mi madre, estoy cierto de ello, te cedería con mucho gusto. Además, nada variaría aquí respecto al modo de ser de la familia, excepcion hecha de que se viviría con más brillo, los salones se abrirían de nuevo, amueblándolos de una manera digna de ellos, y las damas de Villepreux tendrian una hija más á quien amar... Edith es encantadora y.....

—Padre mio, nunca he pensado sino muy bien de esa jóven.

—Sin embargo, insisto en que no la conoces tanto como yo: tiene un gran corazon, respetaría á tu madre y á tu abuela, queriéndolas como las quieres tú. Luego puedo decirte en secreto que el señor Diekson, que oculta bajo su aparente sequedad una exquisita delicadeza, está en trato con los actuales propietarios de la quinta de Angoville, antigua cuna de nuestra familia, para dárosla como regalo el día en que nazca vuestro primer hijo.

—En fin, padre mio, lo que quieren es com-

prar nuestro nombre, dijo con tristeza Federico.

—Me parece, en efecto, que algo vale! exclamó Honorato con altivez.

Pero suavizando en seguida el tono, repuso:

—¿Por qué piensas tan mal hijo mio? ¿Es acaso una mala accion casarse con una hermosa niña que te ama?..... ¡Déjate querer aun cuando no sea más que por adhesion á tu hermana!..... Tu mujer misma dotará á su cuñada, y esto nos permitirá casar bien á Enriqueta.....

Honorato habia reservado esta frase para el último golpe. Vió á Federico temblando, indeciso, considerando su enlace con la americana como un acto de abnegacion, un sacrificio en provecho de su familia..... y añadió con mucho cariño:

Vamos, hijo mio, espero que consentirás....

—Si acepto yo, padre mio, ¿permitiréis vos casar á mi hermana con Juan Renaud? preguntó de repente Federico.

Esto produjo en Honorato el efecto de un rayo. Se creía desembarazado de una vez de María Renaud y de su hijo, imaginándose como Cúepin, que en cuanto la madre de Juan estuviera restablecida, abandonarían á Paris, sin que nunca más se oyera hablar de ellos.

Y su hijo ponía por condicion de su casa-

miento con Edith, el de su hermana con Renaud.

Comprar á tal precio el consentimiento de su hijo, era caer en un peligro más inminente todavía.

¡Volver á ver á María Renaud!

Encontrarse otra vez frente á frente con aquella mujer á quien tan vilmente habia engañado, y que con seguridad le conocería.....

Entonces ella seria la que rehusara casar á su hijo con la hija de un malvado, y la asistiría el derecho de llamarle delante de todos: ¡cobarde, traidor, hipócrita! No siendo en lo sucesivo, sino un objeto de horror para sus hijos, para su mujer..... para su madre..... Y en esta situacion colocado, Federico seria el primero en negarse, diciendo: "¡No quiero celebrar una union preparada por tal padre!"

Todos estos pensamientos se presentaban confusamente á su espíritu, y experimentaba sobre todo un espanto indecible ante la idea de hallarse nuevamente en presencia de María Renaud.

Y dijo con voz terrible:

—¡No, jamás!

—¡Por qué, padre mio?

—Porque no concederé nunca la mano de mi hija á un plebeyo. ¡Una Villepreux no desciende hasta ese punto, hijo mio!

—¡Y me obligais á hacerlo yo con una extranjera!.....

—En primer lugar, los Dickson fueron nobles antes de separarse de los Estados Unidos de Inglaterra, replicó con audacia el marqués; luego ennobleces á tu mujer, con solo hecho de casarte con ella..... Pero una Villepreux no puede, sin merma, dejar su ilustre apellido para llamarse señora Renaud..... Tu amigo ha comprendido esto tan bien, que ni siquiera ha contestado á mi carta..... Es preciso que suceda lo mismo con él que con Luisilla, que no se hable más de ellos entre nosotros. Bastantes imprudencias se han cometido ya.....

Federico habia inclinado la cabeza al ver tan indignado á su padre, y cuando éste se calló, dijo:

—Pues bien, padre, dejadme reflexionar en todo lo que me habeis dicho..... y dentro de algunos dias.....

—¡Dentro de algunos dias! repitió Honorato estremeciéndose.

Federico le pedia un plazo, siendo así que necesitaba él una solucion inmediata, pues sus acreedores estaban apremiándole, la bancarrota y la deshonra le amenazaban, y le urgía por consiguiente, obtener cuanto antes de su hijo el "sí" salvador.

Necesitaba á toda costa recabar el consentimiento, y para conseguirlo, apuró sus recur-

sos de farsante. Se acercó á Federico, le estrechó entre sus brazos, y representando la última escena de su bien preparada comedia, dijo con balbuciente voz, y teniendo los ojos humedecidos por las lágrimas:

—¡Hijo querido, es preciso que consentas hoy..... en este mismo instante, en el proyectado enlace con Edith Dickson!

—¡Calmaos, padre, os lo ruego!

—¡Es que si rehusas me pierdes!.....

—¿Perderos, cómo?.....

—Escúchame y no me juzgues mal.....

¡Soy tan desgraciado!..... He querido recuperar algo de nuestra perdida fortuna, he trabajado con afán, he pasado noches enteras haciendo números..... y en el momento en que creía alcanzado mi objeto, unos miserables han abusado de mi confianza, me han engañado y han cometido actos vituperables, cuya responsabilidad pesa sobre mí.....

—¡Padre mio, me asustais!

—No me quedaba mas medio de salvar mi honra que matarme, si ese americano, á cuya hija desdeñas, no se hubiera hallado en mi camino..... Ha comprendido que soy un hombre digno, víctima de algunos malvados..... y ha tenido confianza en el resultado de mis negocios. Ese hombre me salva, consintiendo en ser mi socio; pero sin embargo, estaba algo indeciso.....

Honorato decia todas estas mentiras sin titubear, y fingiendo el más vivo dolor. Viendo que su hijo nada respondia, prosiguió:

—Mas su hija te vió y te ama..... Las últimas indecisiones que todo hombre experimenta antes de comprometerse en una nueva empresa, se han desvanecido como por encanto..... ¿Federico, me rehusarás todavía tu consentimiento?..... Has obligado á tu padre á hacerte su confesion, y á hamillarse delante de tí.....

Mucho le habia costado, en efecto, á aquel hombre orgulloso y malvado, hacerse humilde é implorar á su hijo; pero no le quedaba otro medio de salvacion.

Y respiró al fin, cuando el jóven le dijo:

—¡Basta, padre, basta! No me pertenece juzgaros..... Si no he comprendido mal, se trata de un compromiso de honra que no podeis salvar.....

—¡Eso es, querido hijo!

—En ese caso, teniais razon diciendo que somos solidarios el uno del otro..... Tratándose de honra, no necesito saber más: mi vida es vuestra, disponed de ella á vuestro antojo.

## XIV.

## LA MARQUESA VIUDA RECUPERA SU ENERGÍA.

En el mismo momento en que el marqués arrancaba con tan artera maña el consentimiento á Federico, las señoras de Villepreux estaban oyendo misa en Santa Clotilde.

Habían ido las tres á pedir con fervor á Dios que las concediera su protección.

Cuando volvieron á su casa se hallaban alegres, animosas y prontas á luchar.

La anciana, encontrando á Caeppin en la antecámara, le dijo:

—Decid al conde que me haga el favor de pasar á verme inmediatamente.

—El señorito está en este momento hablando con el señor marqués.

—¡Ah! pensó la marquesa; es posible que esa conferencia no se parezca á la que ha de celebrar conmigo..... Y en alta voz repuso:

—De todos modos avisad á mi nieto, sin pérdida de tiempo.

Y entró en su cuarto con su nuera y con Enriqueta.

—Abuela, dijo ésta sentándose á sus piés en un taburete, no parecís la misma desde esta mañana.

—Rejuvenezco, querida niña, para defender tu felicidad.

—Pero, abuela.....

Enriqueta se detuvo, vacilante:

—Acaba, querida.

—¿No hareis nada que pueda lastimar á mi padre, es verdad?..... Yo, abuela adorada, tengo ánimo para esperar..... y por medio de la dulzura y del cariño creo que conseguiré obligarle á que consienta en hacerme dichosa.

Ambas marquesas cambiaron una mirada enternecida.

—¡Cuán pura es tu alma, hija mia! murmuró Julieta.

—Déjanos obrar, dijo la anciana.

Enriqueta se calló, y las dos madres se quedaron un instante silenciosas, admirándose de que Federico tardase tanto en pasar á verlas.

Julieta, que se hallaba sentada al lado de una ventana, vió á Honorato atravesar rápidamente el patio.

—Mi marido sale solo y por lo tanto, Federico está libre ya, dijo.

Cuando el joven dejó á su padre, no pudo contener el llanto y esperó algunos minutos para que se mitigara su dolor antes de presentarse á su madre y á su abuela.

Mas cuando apareció pálido y casi tambaleándose, Enriqueta corrió á su encuentro y le estrechó en sus brazos, preguntándole:

—¿Qué tienes, Federico mio?

Nada, hermanita..... algo de cansancio.... la fiesta terminó anoche tan tarde, que apenas he dormido.....

Y se repuso, no queriendo demostrar á su hermana el pesar que le agobiaba, juzgando que bastante sufriría ella repitiéndole lo que consideraba como deber suyo hacer, cuanto le habia dicho el marqués respecto á Juan Renaud.

Hizo sentar de nuevo á Enriqueta á los pies de la marquesa, abrazó á las tres y dijo:

—¿Habeis preguntado por mí, abuela?

—Sí, para darte buenas noticias, respondió alegremente la anciana; pero parece que no estás de humor de recibirlas.

La marquesa afectaba hablar con alegría para borrar la impresion de tristeza que leia en el rostro de Federico.

—Os escucho, repuso éste sin responder á la observacion de su abuela.

—Pues bien, hijo mio, hemos tenido la satisfaccion de saber una cosa que hubiera debido adivinar hace ya bastante tiempo..... Como nunca os hablé de vuestro tío Juan, no tuve ocasion de deciros que un capitan le salvó la vida ante los muros de Sebastopol y

que la familia de ese capitan evitó siempre, por orgullo, nuestro agradecimiento..... ¡Ah! ya parece que te va interesando mi relato, hijo mio!..... No tengo más que decir que una palabra para que me comprendas; aquel noble y valeroso capitan murió por salvar á mi hijo, se llamaba Renaud y era el abuelo de tu amigo Juan.....

Federico se estremeció y movió la cabeza con un gesto de desaliento.

—¡Vamos! exclamó la marquesa, ¿no te alegra esta noticia?..... Tu padre ha escrito á Juan Renaud para que nos informe respecto á la familia de su padre..... ¿no es así?

—¡Ay, abuela, interrumpió Federico con gravedad; no os abandoneis á nuevas ilusiones!.....

Al decir esto, cogió á su hermana de la mano y obligándola á levantarse, rodeó su talle con su brazo y la dijo:

—Querida hermana, voy á causarte una gran afliccion; pero más vale que te la ocasiono yo que otro..... Voy á destruir tus más gratas esperanzas. He tenido esta mañana con nuestro padre una conferencia bastante seria y larga..... he procurado obtener lo que deseas con tanto ardor..... mas ¡ay! el marqués no consentirá nunca tu casamiento con un hombre que no pertenezca á la nobleza.... ¡Pobre niña!

La estrechaba con ternura contra su corazón y la joven, apoyada en su hombro, lloraba.

—Si hubieras presenciado la ira y hasta diré el furor de nuestro padre, cuando le hablé de Juan Renaud, comprenderías como yo, que debes renunciar para siempre á la dicha que has soñado.....

—Pero, Federico, esperaré..... ¿No se allanan los obstáculos con una voluntad firme y con un decidido cariño?..... No me quites toda esperanza.....

—¡Bien quisiera poderte decir: “espera!”

Mas no debo hacerlo por motivos que no puedo explicarte..... Ahora, hermana querida, retírate á tu cuarto, necesito hablar de cosas muy serias con nuestras dos madres..... ¡Anda, te acompañaré en tu llanto..... necesitamos consolarnos mutuamente; pues voy á imponerme yo un sacrificio aún mayor que el tuyo!..... Anda y perdóname el daño que te hago.

La llevó hasta la puerta de su cuarto y volvió despues al lado de su abuela.

—¿Has perdido la cabeza? le preguntó ésta.

—¿Qué estás haciendo? exclamó Julieta.

—¡Mi deber! respondió con sencillez.

—Entregas á Enriqueta á la desesperacion, precisamente en el momento en que he nos hallado una arma para defenderla.

Federico, no teniendo ya á su hermana á su lado, adquirió más firmeza.

—Hablemos primero de ella, dijo, despues lo haremos de mí. Mas vale de una vez quitarla toda esperanza, ya que de cualquier modo tiene que renunciar á sus deseos. Mi padre no quiere hablar del hombre que ella ama.... Y aparte de esto ¿quién sabe si cuando Juan Renaud conozca nuestra verdadera situacion, persistirá en sus propósitos?

—Pero ¿qué es lo que pasa? preguntaron ambas señoras.

Con voz apagada, el conde prosiguió:

—Vengo á pedir os vuestro consentimiento para mi enlace con miss Edith Dickson.

La anciana y Julieta experimentaron una sensacion en extremo dolorosa.

—¡Es imposible! exclamaron ambas despues del primer momento de sorpresa. ¡Tú casarte con.....!

—¡Ah! replicó con amargura Federico, ¿quién me hubiera dicho esta mañana que habia yo de acceder á casarme con esa joven y que además tendria que suplicaros me otorgueis vuestro consentimiento?..... Yo, que fui al despacho del marqués para rogarle que cortase toda relacion con la familia Dickson y que me permitiese despues incorporarme á mi regimiento..... Mi padre tiene preparado hace tiempo este enlace y muestra gran empeño

en que se realice cuanto antes. Sin embargo, hubiera rehusado todavía, porque no amo á la señorita Dickson..... he empeñado ahora mismo mi palabra.

—¡Te has comprometido! exclamó Julieta. ¿No necesitas acaso mi permiso para casarte?

—Ya me lo dareis, madre mia..... y vos tambien, abuela, consentireis en cederme este palacio..... pues es la única condicion que nos imponen.....

—¡Que nos imponen! ¿qué tienen que imponernos á nosotros? exclamó indignada la anciana.

—Sí, abuela, y aceptareis esa condicion.

Federico hablaba con tal autoridad, que la anciana no supo qué contestar. El jóven ocultó durante algunos instantes su cara entre las manos, y su madre levantándose, le rodeó con sus brazos.

—¡Pobre hijo mio, murmuró besándole, cuánto sufres!..... ¿Estás decidido, pues, á sacrificar tu amor?..... ¿Eso es posible?.....

—¡Ab! ¡mi amor! ¡si no fuera más que mi amor!..... Pero es necesario que sacrifique tambien mi nombre..... ¡Es preciso que salve nuestra honra!.....

Y se echó á llorar en brazos de su madre.

—¡Explicate! exclamó la anciana marquesa.

Federico quiso hablar, pero no podia, y despues de algunos esfuerzos, balbuceó:

—¡Oh! mi padre..... mi padre.....

Acariciándole, su madre llegó á calmarle un poco; y entonces con las facciones contraídas por el dolor, dijo:

—¡Perdonadme, abuela, por no haber tenido ánimo para sacrificar mi dicha sin quejarme..... y sobre todo delante de vos; pero mi disilusion es tan grande.....

—Habla, hijo mio, repuso la marquesa con calma.

—Sabeis que mi padre ha intentado muchas cosas para restablecer su fortuna.....

—¡Locuras! exclamó la anciana.

—¡Desgracias! abuela querida, ¡desgracias que le hacen penar horriblemente!..... Si le hubiérais oido, como yo, lamentarse de su situacion.....

—Pero has hablado de la honra de nuestro nombre, Federico..... habla, explicate, por Dios.....

—Malos negocios, documentos que comprometen el honor. En fin, señora, ahorradme tanto pesar,

—¿Qué dirá de todo esto Enrique de Brettecourt? Sal en su busca y ruégale que sin pérdida de tiempo venga á verme; necesito hablar con él para contar con su ayuda,

Y el jóven salió inmediatamente con el alma dolorida, el corazon destrozado y oscurecida su frente por una nube de vergüenza.

No pasó mucho tiempo sin que el general se hallase al lado de la anciana marquesa.

—La fatalidad nos asedia por todas partes, Enrique, decía la señora.—Alentada esta mañana por la esperanza, ahora está á punto de faltarme por completo.....

—¿Qué ocurre de nuevo, mi querida marquesa? Tened calma.

—¡Calma! Pero qué ¿no sabeis?

—Nada, contestó Brettecourt.

—¡Pues bien! ¡Honorato está perdido!..... Negocios que no conozco..... Actas.....

—Sí, ya sé, Florimont me ha advertido algo, repuso con gravedad el conde.

—¡Y nada me habiais dicho! Es preciso obrar con rapidez.

—No pensaba que la catástrofe estuviese tan próxima y esperaba, sin que lo supierais, allanar todas las dificultades y..... salvar al marqués.

—¿Pero sois acaso un ser sin igual, Enrique?

Brettecourt hizo un gesto negativo.

—No soy más que un simple agente, dijo cumplo la voluntad de un alma realmente superior, y que creeria única en su género, si no existierais vos.....

La marquesa le miró estupefacta.

—Explicaos, general, explicaos, por favor.

—En este momento no, señora, y sin em-

bargo, permitidme que os pregunte algunos más detalles; decidme con exactitud lo que está pasando.

—Para salvarse, Honorato no ha hallado otro medio para casar al conde con la hija de esos Dickson.

—Hermosa muchacha, dijo Brettecourt.

—¡Poco nos importa! Federico, al comprender que su padre está perdido, ha consentido en celebrar ese matrimonio.

—¡Es un sacrificio digno de ese querido niño! ¿Y naturalmente os oponéis á ello?

—Con todas mis fuerzas.

—¡Y cuáles son vuestras intenciones?

—En primer lugar saber á qué cantidad ascienden los compromisos del marqués.

—Próximamente á dos millones de francos, señora.

La marquesa se inmató.

—Pero entonces, balbuceó, nunca podré hacer frente.....

—¿Queríais, pues.....?

—Vender los pocos valores que me quedan y este palacio.....

Brettecourt movió la cabeza.

—No penséis en esto, señora. A pesar de su valor real, no sacaríais de la casa solariega de vuestra familia, sobre todo con una venta precipitada, más que una cantidad relativamente insignificante..... Además es preci-

so tener inmediatamente dinero, dinero al contado.....

—¿Y esos americanos lo tienen? preguntó con amargura la marquesa. ¿Qué es, pues, esa gente?

—Paciencia, señora, lo sabremos muy pronto.

—¡Dios mío, cómo podríamos procurarnos esa cantidad! ¿Cómo desinteresarse á esos aventureros que se atreven á querer comprar nuestro nombre?..... ¿Cómo rescatar la palabra de Federico?

La anciana, ocultando la cara entre sus manos, empezó á sollozar y decía con entrecortada voz:

—¿Cómo podré librar á mi nieto?..... ¿Cómo podré salvar mi nombre?

—¡Tranquilizaos, por Dios, señora! exclamó el general trastornado al ver la desesperación de la pobre anciana.

Y acercándose más á ella:

—¡Tranquilizaos, repito; salvaremos la honra de los Villepreux!

—Y lo podremos conseguir, Enrique?..... No me engaéis. ¿Podéis vos salvarnos?

—Yo no, os lo he dicho ya.

—¿Quién es, pues?

—Una sencilla mujer.....

—¿Una mujer decís?..... ¿Quién es?..... ¡Acabad!

Brettecourt se sonrió triunfante, y dijo lentamente:

—¡María Renaud!

## XV.

## VISITA INESPERADA.

Por primera vez desde hacia muchos días, Juan Reuauud iba á dar un paseo matutino por el Bosque de Boulogne, pues María hubo de exigirle que empezara de nuevo la vida que llevaba antes de caer ella enferma.

El joven, dócil siempre á los consejos de su madre, y completamente tranquilo respecto á su salud, viéndola á todas horas sonriente, feliz y res-puesta del mal que le habían causado las crueles emociones que había sufrido, no tuvo inconveniente en acceder á sus deseos. El joven se proponía en lo sucesivo, si eso fuera posible, quererla aún más que antes; consagrarse enteramente á ella, rodearla de los mayores cuidados y hacerla, en fin, tan di-

so tener inmediatamente dinero, dinero al contado.....

—¿Y esos americanos lo tienen? preguntó con amargura la marquesa. ¿Qué es, pues, esa gente?

—Paciencia, señora, lo sabremos muy pronto.

—¡Dios mío, cómo podríamos procurarnos esa cantidad! ¿Cómo desinteresarse á esos aventureros que se atreven á querer comprar nuestro nombre?..... ¿Cómo rescatar la palabra de Federico?

La anciana, ocultando la cara entre sus manos, empezó á sollozar y decía con entrecortada voz:

—¿Cómo podré librar á mi nieto?..... ¿Cómo podré salvar mi nombre?

—¡Tranquilizaos, por Dios, señora! exclamó el general trastornado al ver la desesperación de la pobre anciana.

Y acercándose más á ella:

—¡Tranquilizaos, repito; salvaremos la honra de los Villepreux!

—Y lo podremos conseguir, Enrique?..... No me engaños. ¿Podéis vos salvarnos?

—Yo no, os lo he dicho ya.

—¿Quién es, pues?

—Una sencilla mujer.....

—¿Una mujer decís?..... ¿Quién es?..... ¡Acabad!

Brettecourt se sonrió triunfante, y dijo lentamente:

—¡María Renaud!

## XV.

## VISITA INESPERADA.

Por primera vez desde hacia muchos días, Juan Reuauud iba á dar un paseo matutino por el Bosque de Boulogne, pues María hubo de exigirle que empezara de nuevo la vida que llevaba antes de caer ella enferma.

El joven, dócil siempre á los consejos de su madre, y completamente tranquilo respecto á su salud, viéndola á todas horas sonriente, feliz y res-puesta del mal que le habían causado las crueles emociones que había sufrido, no tuvo inconveniente en acceder á sus deseos. El joven se proponía en lo sucesivo, si eso fuera posible, quererla aún más que antes; consagrarse enteramente á ella, rodearla de los mayores cuidados y hacerla, en fin, tan di-

chosa que se olvidara para siempre de todos sus pesares.

¡La felicidad de su madre era su ley!

En cuanto á la suya propia, ¿para qué ocuparse de ella? ¿La alcanzaria alguna vez, á pesar de las esperanzas de Brettecourt?

Y siempre que pensaba en su madre, es decir, de un modo continuo, pensaba tambien en su general, pues no podia acordarse de uno, sin evocar simultáneamente el recuerdo del otro. Tambien él formaba proyectos para lo porvenir.

El general podria pronto retirarse, y al hacerlo, le obligaria á quedarse en Paris; su vida se deslizaria entónces tranquila para todos y sin nuevos sufrimientos, pues él se los evitaria á su madre, y aquel amigo tan bueno, tan cariñoso, á quien queria tanto como si fuera su padre, no se separaria de ellos.

Entregado á estos pensamientos, Juan recibió uua gran alegría cuando al llegar delante de su casa de la calle Fortuny, apercibió á Brettecourt, que se apeaba de un coche.

— ¡Mi general, qué alegre sorpresa!

— Sargento Renaud, le respondió el conde, vuestro jefe viene á pedirnos de almorzar..... si no os incomoda.

— Bien sabeis que mi casa es vuestra.

Juan se apeó del caballo y ambos entraron en el hotelito.

— Hijo mío, dijo Brettecourt, como es la primera vez despues de muchos dias que os encontráis aquí solo, se me ha ocurrido que tal vez os aburríais, y he venido á haceros un rato de compañía.

— Lo que yo quisiera es que no nos separásemos nunca, replicó Juan.

— ¡Oh! ¡oh! ¡nunca, nunca!..... es eso mucho decir; pero, en fin, creo que estamos destinados, sin embargo, á pasar juntos parte de nuestra existencia.

Juan notó que el general estaba más, mucho más alegre que de costumbre y se lo dijo.

— Es verdad, le respondió el conde.

— ¿Puedo preguntaros el motivo de vuestra alegría? dijo el jóven con cierta ansiedad.

— Es muy sencillo, hay dias que se levanta uno de mejor humor que otros, y cuando á mí me sucede esto, tengo un apetito formidable.

— Entónces, á la mesa, mi general.

El almuerzo estuvo muy alegre. Brettecourt hablaba con tal animacion, que parecia un muchacho y aturdió por su talento á su jóven amigo, hablándole de Paris; del ejército y de sus viajes.

Juan sentia disiparse poco á poco su negra melancolía; olvidaba sus pesares influido por la comunicativa alegría del general, y contó tambien una excursion, en extremo chistosa, que habia hecho en el Japon.

El general que le estaba observando de reojo, se congratulaba por haber contribuido á que desapareciesen sus preocupaciones, distra-yéndole de sus tristes pensamientos, que forzosamente debilitaban su sistema nervioso. "Hele aquí, se decía, en buenas disposiciones para el día que se está preparando."

A eso de la una de la tarde, ofreciéndole Juan cigarros, los rehusó.

No; no tendríamos tiempo de fumar con socio: Tengo que hacer una visita y os llevo conmigo.

—Una visita, ¿á quién?

—A vuestra madre; le escribí esta mañana que estaríamos en su casa poco despues de la una, y es preciso que no nos hagamos esperar.

Juan se sonrió, sin notar que la voz del conde se habia puesto de repente temblorosa.

—Mi general, dijo, sois el único para decir las cosas con gracia y de un modo seductor. O confieso que tengo muchas ganas de ver á mi madre; estuve con ella ayer y me parece, sin embargo, que hace un mes que no la abrazo.

—Partamos, pues.

—Voy á dar orden de que enganchen y en seguida saldremos.

Cuando llegaron á la calle del Sentier la célebre casa de lencería presentaba á la vista un aire de fiesta.

En el patio, los mozos, con aspecto y ademanes de alegría, cargaban las cajas.

En la ancha escalera los compradores y las vendedoras que los acompañaban, tenían la sonrisa en los labios; y las empleadas iban y venian contentas y satisfechas, saltando los escalones, corriendo de una á otra dependencia y cumpliendo con su trabajo como si fuera una diversion.

—Apuesto, dijo Brettecourt, á que vuestra madre ha bajado por primera vez á los almacenes.

María Renaud, en efecto, habia vuelto á tomar aquella mañana la direccion de su casa.

Esta era la causa de la alegría que reinaba allí.

Mamá Renaud se habia puesto furiosa.

—¡No quiero que trabajes! ¡Te prohibo que salgas de tu cuarto! habia dicho.

Pero María la contestó con su inalterable sonrisa, con aquella sonrisa que al fin habia aparecido de nuevo en sus labios.

—Te aseguro, mamá Renaud, que nunca me he hallado mejor.

—Y la anciana no tuvo más remedio que ceder, contentándose con seguir á su nieta como si fuera su sombra para vigilarla como si hubiera temido una recaída.

María lo estuvo inspeccionando todo, recorrió la casa de arriba abajo, dichosa por ha-

llarse en aquel centro del trabajo, dirigiendo una palabra amable á cada una de sus dependientas, que la felicitaban todas con lágrimas de placer en los ojos, por haber recuperado la salud.

Sin embargo, la calma pareció abandonar á María Renaud, cuando hácia el medio día un mandadero la entregó una carta.

—¿Qué es esto? exclamó su abuela viéndola palidecer.

—¡Oh! nada de particular..... una carta del señor conde de Brettecourt que me anuncia su visita para luego; vendrá con mi hijo.

—¿Juanito no almorzará con nosotras?

—No. Quiero que desde hoy en adelante vuelva á su antigua vida.

Mamá Renaud se encogió de hombros, pensando: ¿no estaria más á gusto con nosotras? Pero no pudo por ménos de decir:

—Es raro que el general te escriba para participarte que va á venir á visitarte, cuando eso es lo que hace todos los días. ¿No te dice más?

—No, no, replicó María algo cortada; pero démonos prisa, porque sin duda vendrá temprano.

Almorzaron apresuradamente; despues María rogó á su abuela que se pusiera un traje de seda, y ella misma se vistió con algun cuidado y cierta coqueteria.

Luego, con gran admiracion de mamá Renaud, arregló su despacho de un modo especial, y colocó un hermoso ramo de flores encima de la inesa.

—Parece que estás esperando otras visitas además de la del señor de Brettecourt.

María no respondió; pero se puso nerviosa é impaciente.

Y cuanto más avanzaba la hora, se sentia más febril, y murmuraba:

—¿Es posible, Dios mio, que quiera venir?..... ¿Venir aquí á mi casa?..... ¿No será una ilusion del general?.....

Su excitacion aumentó cuando el conde y su hijo llegaron.

Los recibió en su despacho, y dió orden de que nadie la molestase para hablarla de negocios.

La curiosidad de mamá Renaud y de Juan habian llegado á su colmo, cuando trajeron á María una tarjeta de la marquesa viuda de Villepreux.

—Esta señora, dijo la criada, pregunta si la quereis recibir.

María entregó la tarjeta á Brettecourt, quien á su vez se la dió á Juan. Este palideció al mirarla.

Brettecourt se sonrió triunfante, y fijó en la madre de su jóven amigo una mirada de in

teligencia que significaba: "¡Veis cómo no os engañaba!"

En cuanto á mamá Renaud, que habia leído el nombre al mismo tiempo que su biznieto, se puso á temblar.

—¿Pero esa señora no vendrá sola? preguntó Brettecourt.

—No, señor, la acompañan otra señora y una jóven.

—Hacedlas entrar, murmuró María con voz apagada.

Juan se habia levantado para ir al encuentro de la marquesa; pero quedó clavado en su sitio, sin fuerzas para andar, y preguntándose si no estaba soñando.

Brettecourt fué el que hizo entrar á las señoras de Villepreux en el despacho de María Renaud.

Iba á ser las presentaciones; pero la anciana marquesa le detuvo:

—¡No digais nada, Enrique!

Y avanzó con las manos extendidas hácia María Renaud.

—Señora, dijo, doy gracias á Dios, que por mediación del señor Brettecourt, me ha permitido encontrar al fin á la familia del nobilísimo militar que pagó con su vida su abnegación por mi hijo, á quien amaba con pasión y que murió más tarde, ¡ay! pero no por esto es menor mi agradecimiento, y os lo probaré

con mi amistad, si quereis concederme la vuestra.

María estaba anonadada, le parecia que volvía á ver á su amado, y hubiese querido arrojarse á los piés de la anciana y besarla las manos. Pero se repuso pensando en su hijo:

—Señora, balbuceó, os amábamos todos aquí antes de conoceros.....

No tuvo fuerzas para añadir una palabra más; su voz se apagaba.

—¿Todos? Tal vez no, replicó la marquesa viuda, volviéndose hácia mamá Renaud. ¿No hay aquí alguien que conserva cierto rencor á la familia de Villepreux, alguien que se ha sustraído siempre á mi agradecimiento?

Mamá Renaud temblaba ahora como una hoja sacudida por la tormenta.

—Hace mucho tiempo, señora, prosiguió la marquesa, que deberíamos conocernos y amarnos, y por más orgullosa que seais, me permitireis, sin embargo, así lo espero, estrecharos entre mis brazos.

La abuela de María, completamente trastornada se dejó caer sollozando en brazos de la marquesa, que dijo con voz balbuciente y vertiendo lágrimas sus ojos:

—Parece, el general es quien me lo ha contado, que tenias celos de mí, señora, y que os preguntábais por qué la muerte habia herido á vuestro hijo ante los muros de Sebastopol,

más bien que al mío. ¡Ay! señora, los designios de la Providencia son misteriosos; mi hijo ha muerto también, y nuestros dolores son iguales.....

Mamá Renaud no alimentaba ya el rencor en contra de la familia de Villepreux, y cuando estaba descontenta por las indiscreciones del conde, le dirigió una mirada de agradecimiento, porque comprendía á medias lo que éste había hecho en favor de su biznieto.

Juan había llegado ya á dominar su emoción y cuando la marquesa se volvió hácia él, le vió teniendo en las suyas las manos de Julieta y de Enriqueta y oyó que las decía:

—Me es imposible expresaros la dicha que me embarga veros aquí.

—No puede ser mayor que la nuestra— replicaba la mujer de Honorato.

Enriqueta se acercó entonces á Maria Renaud, balbuceando:

—Yo también os quiero mucho, señora.

Maria la rodeó con sus brazos y la besó con cariño.

—¡Ah, querida niña, querida niña!— exclamaba.

Y dirigiéndose á Julieta:

—¿No tendreis celos, señora?

—¿Los tendrais vos si vuestro hijo me quisiera á mi también?

—Seria al contrario una felicidad para mí— respondió Maria.

Brettecourt se habia apartado de los demás, fingiendo mirar con atención un mueble; pero sus ojos no podian ver nada, oscurecidos como estaban por las lágrimas que á pesar de su energía, se renobaban sin cesar, y caian rodando por sus mejillas.

—Si Juan de Villepreux me ve— se decía— debe estar contento de mí.

—Espero, señoras— dijo la marquesa viuda— que de hoy en adelante considerareis nuestra casa como vuestra. Señor Renaud soy una anciana, es verdad, pero me gusta la juventud....y quiero que vengais á verme muy á menudo, muy á menudo.....

Y añadió con una sonrisa:

—Además, no todas somos ancianas en el palacio de Villepreux. Juan y Julieta se ruborizaron, mientras que Maria decía:

—Hoy mismo— señora— si lo permitis, os devolveremos vuestra visita, para probaros cuán agradable nos ha sido.

Brettecourt, que en aquel momento tenia fija la mirada en Juan, notó que una nube pasó por su rostro y que arrugó un instante el entrecejo; pero estas señales de resentimiento duraron poco; ¿podia Juan dudar de su felicidad hallándose Enriqueta á su lado, sonriendo

á su madre despues de haberla visto en sus brazos?.....

—Señora—replicó la marquezita—el día en que por primera vez os presenteis en mi casa, será uno de los más hermosos de mi vida; es esto deciros que os espero con impaciencia.

Algunos instantes despues las damas de Villepreux se retiraron. Juan y Brettecourt las acompañaron hasta el pié de la escalera. Mientras que se alejaban en un modesto coche de punto, el conde dijo:

—He conocido un tiempo en que había doce caballos en las cuadras del palacio de la familia de Villepreux..... ¡Qué decadencia! Y al decir estas palabras, fijaba una ardiente mirada en Juan Renaud.

—¡En nada aminora esto el mérito de tan nobles señoras! exclamó éste con calor.—¿La pérdida de su fortuna puede acaso hacerlas decaer?

Brettecourt se sonrió de un modo enigmático.

—¡Demontre! dijo, creo que el que se permitiera insultar delante de vos á la familia de Villepreux, pasará un mal cuarto de hora.... Sin embargo, noté hace algunos instantes que una nube pasó por vuestro semblante.

—Es cierto, replicó Juan.

—Y ¿por qué?

—Porque si bien es verdad que hemos re-

cibido la de las señoras de Villepreux, antes de llevar á mi madre á su casa hubiera yo deseado que el marqués.....

—No hablemos de él, interrumpió de un modo brusco Brettecourt, por lo ménos en este momento. O: afirmo que podeis considerar á la marquesa viuda como verdadera jefe de la familia.....

—Pero..... ¿y Federico?

—Olvidémosnos tambien de éste hasta nueva órden; es muy desgraciado. No os acordéis ahora más que de esto: la anciana marquesa, *sabiéndote todo*, ha querido presentarse en vuestra casa sin el menor retraso.

Juan se estremeció ligeramente.

—Tal proceder, dijo el jóven, merece, en efecto, que se lo agradezcamos con sinceridad.

—Es muy posible que vuestro agradecimiento se ponga á prueba ántes de que pase mucho tiempo y de un modo bastante rudo...

¡Ah! mi general, ¿dadais acaso de mi corazón?

—Brettecourt se sonrió otra vez y respondió:

—De ningún modo, hijo mio.

En aquel momento entraban en el cuarto de María y la hallaron dispuesta para salir.

—Señor conde, dijo, os ruego que me ofrecáis vuestro brazo para ir á casa de las señoras de Villepreux.

Brettecourt, adivinando que una última indecisión germinada en el espíritu de Juan, se apercibió a contestar:

—Estoy á vuestras órdenes, señora. Estas visitas se devuelven en las primeras veinte y cuatro horas.

Juan Renaud siguió á su madre, pues no olvidaba que había prometido obedecer ciegamente á su general.

—¿Nos acompañais? preguntó éste á mamá Renaud.

La buena anciana movió negativamente la cabeza.

No quería presentarse en casa de la marquesa hasta conocerla más; estaba demasiado trastornada todavía y además si ella salía también, ¿quién vigilaría los almacenes?

María Renaud no pronunciaba una palabra, obraba casi como una autómatas, evitando las miradas de su hijo y tomando nuevas fuerzas en las miradas de Brettecourt.

Subieron los tres en el coche de Juan, y no hablaron una palabra en todo el trayecto que tuvieron que recorrer.

Cuando llegaron á la calle de Saint Dominique, encontraron abierta la puerta principal del palacio y la criada que estaba acechando, hizo señas al cochero de que podía entrar en el patio.

El coche, describiendo una ligera curva, paró delante de la escalinata.

Esto duró apenas diez segundos, y sin embargo, un mundo de pensamientos asaltaron el espíritu de María Renaud.

En aquel patio era en donde el hombre á quien tanto había amado jugaba cuando niño, en aquel hermoso palacio, hoy triste y silencioso, en que había pasado la mayor parte de su juventud y de donde salía para ir á verla á su modesta habitación de la plaza de los Vosges; allí había soñado que ella, marquesa, viviría con él y en aquella morada, opulenta entonces, murió desesperado, sin haber podido asegurar la suerte de su mujer ni de su hijo.

Allí era en donde á no ser por la intervención de un miserable, les hubieran acogido y les hubiesen amado evitándoles los dolores de una vida desamparada.

Pero María no lo sentía ahora por que si no se hubiese hallado abandonada, no hubiera trabajado con el afán de ganar una fortuna para su hijo, fortuna que alcanzó en la medida de su deseo.

Juan se había puesto de nuevo pálido y febril.

Brettecourt estaba conmovido, pero gozoso. Y con un noble sentimiento de orgullo, decía para que se apease

delante de aquel palacio que debía haber sido suyo.

En aquel instante, la marquesa viuda apareció en el umbral de la puerta.

—¡Sed aquí la bienvenida, señora! exclamó. ¡Y vos igualmente, señor Renaud!

Enriqueta y su madre estaban también allí.

Juan echó una ojeada al vestíbulo, buscando con la vista al marqués y á Federico.

La marquesa adivinó su pensamiento.

—Mi hijo y mi nieto no están en este momento en casa, dijo.

Honorato no había vuelto desde por la mañana y Federico, á su vez, había salido sin almorzar, con la cabeza ardiendo y el corazón destrozado. En aquel mismo instante iba el desgraciado joven recorriendo sin rumbo fijo las calles más extraviadas de París huyendo de la gente y abandonándose á su dolor.

Para volver á subir la gran escalera del palacio, la anciana marquesa aparentó apoyarse en el brazo de María; pero en realidad ella era la que sostenía á la madre de Juan, que sin fuerzas por la emoción experimentada al entrar en el palacio, aún cuando tenía los ojos abiertos, nada veía de cuanto la rodeaba, imaginándose que asida al brazo de Juan de Villepreux, subía las gradas de la antigua morada de su amado y recordaba vagamente que un día, habiéndole manifestado ella su admi-

ración por la escalera de la casa que habitada en la plaza de los Vosges, le había contestado sonriendo: "Otra conozco yo más hermosa todavía."

Julieta había tomado el brazo de Juan Renaud. A pesar de su habitual dulzura y de su calma, la mujer de Honorato tenía una gran firmeza de carácter; nunca el recuerdo de Juan de Villepreux habíase apartado de su alma, y que sin que se diera cuenta de ello, el parecido del hijo de María con el marqués difunto era el principal motivo del cariño que á dicho joven profesaba. No creía todavía en el éxito completo de sus deseos; pero tenía esperanza.

Enriqueta estaba radiante de hermosura y de alegría.

Brettecourt la daba el brazo y la joven le dijo:

—¡Ah! ¡qué buen amigo sois!

—¡Me concedéis, pues, un pequeño sitio en vuestro corazón?

—Uno muy grande, mi general.

En el momento en que penetraban todos en el salón de la marquesa, una puerta situada en la meseta del primer piso se abrió á medias, dejando asomar una cara en extremo pálida.

Después de la cara apareció un cuerpo todo tembloroso.

Oculto detrás de aquella puerta, Cuepin habia visto subir á María Renand y á su hijo.

—¡Son ellos, murmuró, son ellos!

El criado estaba atónito; pero impelido por su propio interés, se deslizó hasta la entrada del salon para ponerse á escuchar.

Y al oír las afectuosas palabras que la marquesa dirigia á María, se apoderó de él una notabilísima excitacion.

—Baradoux tenía razon, murmuró.—¡Esa condenada mujer está ya en accion!..... ¡Y así de repente se presenta, sin que yo haya podido adivinarlo!..... ¡Demonio! ¡demonio! ¡parece que las cosas se están echando á perder!..... ¡Atencion, amigo Cuepin!..... Y no se haya en casa ese estúpido marqués, que Dios confunda!.....

## XVI.

## EL ESPANTO DE UN BRIBON.

En aquel mismo momento Honorato atravesaba el patio con aire satisfecho.

—¡Ah! murmuró:

—¡Ah! buen hombre, creea q

salvo..... ¡Pues á fé que es mala la que te espera ahora!.....

El marqués, en efecto, se consideraba salvado y estaba altamente satisfecho del éxito tan grande que habia obtenido en casa de Dickson y de las pruebas de respeto de que le habian colmado, sobre todo el banquero. Era de nuevo el marqués de otras veces, el hombre ante el que todo el mundo se inclinaba.

Despues de conseguir el consentimiento de su hijo y olvidándose en seguida del modo cómo le habia recabado; se dirigió al hotel del americano.

La familia de éste se hallaba en la mayor ansiedad, pues cuando Dickson preguntó á su hija el resultado de su paseo por el jardin, le contestó con rabia:

—¡Nada, absolutamente nada!

Y al ver la estupefaccion de sus padres, añadió:

—¡Ese francés tiene la sangre helada!

En el lindo hotel de la avenida del Bosque de Boulogne, nadie pudo apenas dormir aquella noche.

El americano se contentó con recostarse en un divan y no cesó de fumar.

Edith no se acostó más que para llorar en secreto, no lágrimas de amor, sino de vanidad herida. La echaban con sus millones en br

Oculto detrás de aquella puerta, Cuepin habia visto subir á María Renand y á su hijo.

—¡Son ellos, murmuró, son ellos!

El criado estaba atónito; pero impelido por su propio interés, se deslizó hasta la entrada del salon para ponerse á escuchar.

Y al oír las afectuosas palabras que la marquesa dirigia á María, se apoderó de él una notabilísima excitacion.

—Baradoux tenía razon, murmuró.—¡Esa condenada mujer está ya en accion!..... ¡Y así de repente se presenta, sin que yo haya podido adivinarlo!..... ¡Demonio! ¡demonio! ¡parece que las cosas se están echando á perder!..... ¡Atencion, amigo Cuepin!..... Y no se haya en casa ese estúpido marqués, que Dios confunda!.....

## XVI.

## EL ESPANTO DE UN BRIBON.

En aquel mismo momento Honorato atravesaba el patio con aire satisfecho.

—¡Ah! murmuró:

—¡Ah! buen hombre, creea q

salvo..... ¡Pues á fé que es mala la que te espera ahora!.....

El marqués, en efecto, se consideraba salvado y estaba altamente satisfecho del éxito tan grande que habia obtenido en casa de Dickson y de las pruebas de respeto de que le habian colmado, sobre todo el banquero. Era de nuevo el marqués de otras veces, el hombre ante el que todo el mundo se inclinaba.

Despues de conseguir el consentimiento de su hijo y olvidándose en seguida del modo cómo le habia recabado; se dirigió al hotel del americano.

La familia de éste se hallaba en la mayor ansiedad, pues cuando Dickson preguntó á su hija el resultado de su paseo por el jardin, le contestó con rabia:

—¡Nada, absolutamente nada!

Y al ver la estupefaccion de sus padres, añadió:

—¡Ese francés tiene la sangre helada!

En el lindo hotel de la avenida del Bosque de Boulogne, nadie pudo apenas dormir aquella noche.

El americano se contentó con recostarse en un divan y no cesó de fumar.

Edith no se acostó más que para llorar en secreto, no lágrimas de amor, sino de vanidad herida. La echaban con sus millones en br

zos de aquel francés y él se decidía á casarse con ella, celebrando más bien un contrato de compra venta, que un convenio nacido al calor de los afectos ó de los atractivos de su hermosura.

Mistress Dickson, temiendo los reproches de su marido, estaba aterrada.

Al día siguiente el americano se preparaba para ir á casa del banquero, cuando anunciaron al marqués de Villepreux.

La petición oficial de la mano de Edith hecha del modo más amable, hizo olvidar las angustias pasadas, viéndose obligados á reconocer que Federico había obrado con gran delicadeza.

—Adora á vuestra hija, dijo Honorato; pero no se ha atrevido á decirselo sin vuestro permiso.

Satisfechos de esta explicacion, convinieron que el conde de Villepreux se presentaría con su padre aquella misma tarde, y que se les convidaría á comer.

Cuando el marqués se retiró, despues de muchos apretones de manos y de afectuosas palabras. Edith se puso á bailar y á saltar como una loca, mientras su padre la llamaba:

—¡Mi pequeña y gentil marquesa!

Honorato se fué despues á casa de Baradoux, en donde le esperaban sus principales acreedores.

Apenas les saludó. ¿No iba á pagarles?

Baradoux se encerró durante algunos minutos con él en la galería de sus colecciones; los acreedores aguardaban en el despacho.

Y desde el momento en que el futuro suegro de miss Edith anunció al banquero que el casamiento era ya oficial, éste mudó completamente de modo de ser, presentándose obsequioso y poniéndose á las órdenes del señor marqués. Nunca es demasiado el respeto que se demuestra al padre de un jóven que va á casarse con un número tan respetable de millones. ¡Y cómo entró en aquel despacho, en que sus acreedores se permitían impacientarse!

Esto era lo que había colmado de alegría á Honorato.

Ni siquiera tuvo necesidad de decir una palabra, pues Baradoux, dándole muestras del más profundo respeto, dijo con sencillez y naturalidad:

—Señores, el señor marqués de Villepreux me ha dado plenos poderes para terminar con vosotros el arreglo de sus negocios y todos seréis pagados.....

Y aquellos hombres entonces le dieron las gracias y le hicieron profundos saludos, que se dignó aceptar con amabilidad.

Despues Baradoux le acompañó hasta el pie de la escalera, protestando de su adhesion al señor marqués.

—Ahora, se decía, debo de ser cuerdo. ¡Nada de juego ni de especulaciones! Abdicaré en mi hijo. Seré en adelante muy feliz; casaré á mi hija á mi autojo y pasaré el resto de mis días en una dulce tranquilidad.

Almorzó en el Circulo, y se entretuvo despues hablando con sus amigos, sorprendidos de verlo tan alegre y satisfecho.

Así es que cuando al llegar á su casa se le acercó Cuepin con la cara demudada, ni siquiera sospechó que podia surgir alguna complicacion.

—¡Vaya, maese Cuepin! dijo. —¿Qué significa ese aspecto tan mohino?

—Os lo explicaré en vuestro cuarto, señor marqués.

Le siguió, y asegurado, segun su costumbre, de que nadie podia escucharles, Cuepin se decidió á hablar.

Honorato se habia sentado tranquilamente delante de su secreter, el mismo secreter que habia encerrado la última voluntad de su hermano, aquel mueble que hubiera debido recordarle siempre su infamia, y decía riendo:

—¡Vamos, Cuepin, estoy esperando vuestra respuesta!

—El señor marqués estará, me parece, algo ménos alegre cuando sepa que está aquí...

—¡Eh! ¿quién?

—Una mujer llamada María Reuand,

Si el espectro de su hermano se le hubiese presentado de repente, no le hubiera anonadado más.

Cuepin continuó:

—El señor marqués salió sin advertirme de nada, sin quererme escuchar, y desde que el señor se marchó han pasado aquí cosas.....

El criado alzó los brazos al cielo.

—Hablad con claridad, dijo Honorato, en vez de entregaros á inútiles reflexiones.

—En primer lugar ha habido una entrevista entre el señor conde y su abuela.

—Lo esperaba. Poco importa eso.

—¡Ah! ¿os importa poco!..... ¡Pues bien! despues de esta entrevista ha sido cuando el señorito Federico ha ido á buscar al señor de Brettecourt.....

—¡Brettecourt aquí!

—Llegó y tuvo una larga conversacion con la señora marquesa viuda.....

—¿Qué le ha dicho?

—Me ha sido imposible escuchar, porque el señor conde de Villepreux y la señorita no han abandonado los alrededores del salon. El general se ha marchado muy agitado, y todos estaban aquí en un estado de excitacion verdaderamente extraordinaria..... Nadie ha probado apenas becado en el almuerzo..... Despues el señor conde ha salido como dis-

parado..... y casi al mismo tiempo las tres señoras han ido á la calle del Sentier.

—¡Cuepin, estais loco! exclamó el marqués.

—No, señor; he oido perfectamente las señas que vuestra señora madre dió al cochero....

—Continuad.

—Las señoras han vuelto contentísimas y la marquesa tiene un aire tan decidido, como no la he visto hace mucho tiempo..... Una hora despues, Maria Renaud llegaba aquí con su hijo y con el señor de Brettecourt, y se les ha recibido en la puerta principal del palacio... ¿No ha visto el señor el coche que hay en el patio?

—No, contestó el marqués.

Honorato, absorto en la meditacion de los gratisimos sucesos de aquel dia, nada habia observado.

Durante algunos instantes no tuvo siquiera calma para reflexionar, dominado por el espanto.

¿Maria Renaud se hallaba en aquella casa cuando él creia que la habia alejado de ella para siempre!.....

¿Con qué título se la habia recibido?

¿Sabria su madre la verdad?

Poco á poco iba el marqués saliendo de su postracion y pensaba en defenderse.

—¿Le conoceria Maria?..... Y aun cuando le conociera, ¿no tenia acaso el recurso de ne-

gar?..... Ninguna prueba escrita existia de su antigua traicion.

Irgnió de nuevo la cabeza.

—Os acobardáis con mucha facilidad, mae-se Cuepin, dijo Honorato.—¡Vaya! anunciadme.....

—¿Queréis?

—Anunciadme en el salon de mi madre.

—El señor marqués me permirirá le diga que apénas ha cambiado su fisonomía..... algunas arrugas, nada más.

—¡Vamos, Cuepin! replicó Honorato, cobrando valor. Puesto que mi madre recibe á esa mujer, si no es un dia será otro, irremisiblemente tendrá que verme; más vale, pues, que sea en seguida. ¡No es huyendo como mejor se evita el peligro!

Cuepin, animado por su amo, dominó su temblor, diciéndose que, despues de todo, nada tenia él que temer.

Así es que con tono firme anunció abriendo la puerta del salon:

—El señor marqués.

Honorato dejaba ver en su cara una perfecta calma.

Avanzó primeramente hácia Brettecourt.

—He sabido, mi querido conde, que estáis aquí y he venido para estrecharos la mano.

El general no respondió, pues no tenia bastante ánimo para hablar amablemente á aque-

hipócrita; se contentó con tenderle la mano con mucha frialdad.

Todos estaban de pié.

La anciana marquesa tomó á María de la mano, y dijo:

—Hijo mio, la señora Renaud.

El momento más temible habia llegado para el marqués.

—Se volvió con fingida admiracion, diciendo:

—¡Ah!..... ¿Esta señora es la madre de este jóven?

Y al mismo tiempo hizo un cariñoso gesto á Juan Renaud.

María, con voz ahogada, respondió afirmativamente.

Aun cuando no hubiera sabido quién era, hubiera conocido al marqués sin titubear, pues estaba ya imaginándose á aquel miserable representando su vergonzosa comedia en el cuarto que ella habitaba en la plaza de los Vosges.

Mas su turbacion duró apenas algunos segundos y ofreció su mano al marqués.

Honorato respiró con tranquilidad: "No me la conocido," pensó.

Sin embargo, no se explicaba la presencia de Brettecourt, la de María Renaud, y sobre todo, la visita que las damas de Villepreux habian hecho ántes á aquella. Sus dudas iban

de nuevo á tomar incremento, cuando dijo su madre:

—Hijo mio, esta señora es no solamente la madre de Juan Renaud, motivo más que suficiente para que la queramos, sino que tambien es la hija del capitán que murió defendiendo á tu hermano en el sitio de Sebastopol.

La explicacion era tan natural, que Honorato se tranquilizó por completo, y además se decía que si la verdad se hubiera sabido, su entrada en el salon hubiera producido distinto efecto, pues su madre no se hubiera podido contener.

—Sigamos observando, se dijo.

Expresó con mucha amabilidad su agradecimiento á María, y ésta cuyo corazon se sublevaba ante tamaña hipocresia, se despidió casi en seguida de las señoras de Villepreux.

La presencia de Honorato habia roto el encanto, bajo el que se hallaban todos aquellos seres tan nobles.

El marqués, representando siempre su papel, acompañó á María hasta su coche, no aparentando estar más conmovido que si se hubiera tratado de cualquier visita. Ofreció cordialmente su mano á Juan y á Brettecourt, diciéndoles del modo más agradable que pudo:

—Hasta la vista, señores.

Mas cuando desaparecieron, su fisonomía

mudó de repente de aspecto; sus facciones se contrajeron, y exclamó:

—¡Mil truenos! si esa María Renaud, su hijo y su Brettecourt se atreven á poner otra vez aquí los piés, es que no seré ya el amo de mi casa.

En seguida se volvió al salon de su madre, y la encontró sola. La anciana, esperando que su hijo iría á pedirle alguna explicacion, habia alejado á su nuera y á su nieta.

Honorato dijo al entrar:

—Tengo que hablaros, madre mia.

—Me alegro de que así suceda, Honorato, replicó con mucha calma la marquesa, pues precisamente iba á mandarte llamar.

Y le señaló un asiento.

—Nuestra conversacion tal vez sea larga, siéntate. ¿Qué te pasa? parece que estás sorprendido.

—Cualquiera lo estaria, madre.

—¿Cuál es el motivo de tu sorpresa?

—En primer lugar la presencia en esta casa del conde de Brettecourt, que nunca hubiera debido traspasar el umbral de nuestro palacio.

—Sí, dijo la anciana siempre con calma, comprendo que esto te extrañe; pero es preciso que sepas que he devuelto toda mi amistad á Enrique..... Nunca hubiera debido retirarsela.

—Permitidme que á mi vez os pregunte el motivo de esta resolucion.

—El placer que experimento, siempre que le veo á mi lado.

—Entónces, madre mia, os suplico que cuando el conde se presente aquí, me mandéis avisar, porque no me agrada encontrarme de repente con el hombre que ha muerto á mi hermano.

Esperaba con estas palabras despertar el antiguo rencor de la marquesa; pero ella no se inmutó.

—Está bien, dijo, se hará lo que desees; pero tendrá que ser muy á menudo, porque quiero que Enrique considere mi casa como si fuera suya.....

—¡Nuestra casa! interrumpió Honorato.

—¡Dispensa! ¡dispensa, la mia! ¡A Dios gracias me pertenece!

Hubo un corto momento de silencio, y Honorato repuso despues:

—No hablemos ya de Brettecourt, pues estoy cierto de que no tendreis valor para seguir viéndole durante mucho tiempo, y como es un hombre muy delicado, lo comprenderá á..... ¿Mas esa señorita Renaud?

Recalcó la palabra *señorita*.

—Lo mismo ha de suceder con ella y con su hijo.

—Dispensadme que os diga, madre mia,

que ninguna de estas dos personas pueden venir aquí sin mi permiso. Ese joven ama á mi hija; nunca se la daré por esposa, recibirle, pues, es comprometer inútilmente la fama de la señorita de Villepreux, y supongo que no será éste el objeto que os propongais.

—No, respondió la marquesa, cuya calma no se desmentía un momento; no. Mi objeto es, te lo confieso con franqueza, casar á esos niños.

—¿Sin mi consentimiento?

—Ya lo darás.

—¿Nunca!

—¿Tienes entonces poderosas razones para obrar así?

—Nunca consentiré en casar á mi hija con un plebeyo. ¡Os lo juro!

—No bagas juramentos, porque tal vez mañana mudés de parecer. Hablemos de otra cosa.....

—No, madre, quiero saber por qué recibís aquí á la señorita Renaud.

—Estoy ligada y lo estamos todos á ella por los lazos del agradecimiento..... ¿Es preciso que te repita?.....

—¿La historia de Sebastopol? No, es inútil. Permittedme solamente que os pregunte si no conocéis ningun otro detalle de la vida de esa honrada vendedora de lencería.

—La conozco perfectamente; Enrique me la contó ayer.

Y la marquesa repitió exactamente á su hijo todo lo que Brettecourt le refiriera la víspera.

Cuando terminó, Honorato se habia tranquilizado completamente. Nadie sabia la verdad. María Renaud habia conservado su secreto, y no habiéndole conocido nada tenia que temer de ella.

—¿De modo que, dijo con su aire más desdenoso, estais muy decidida á recibir en vuestra casa, no me atrevo ya á decir que en la nuestra, porque demasiado me habeis hecho comprender que no lo es mia, á una mujer que lo mismo ella que su hijo están en una situacion tan irregular?

—Sí.

—Pues bien, en ese caso no extrañéis que mi mujer y mi hijo salgan de aquí.

—¿Te atreverías?..... dijo la anciana con lentitud.

—Dispensadme, madre, repuso con frialdad el marqués, si álguien hay atrevido aquí, sois vos y no yo. ¡Recibir en una casa como la nuestra á una especie de aventurera!

—¿Honorato!

—¡Oh! madre mia, yo soy un hombre! No me dejo engañar con sentimentales historietas. ¿Quién es esa María Renaud? No os dejéis ce-

gar por el agradecimiento. Su padre salvó la vida á mi hermano.....

—¡Pues bien, no hizo mas que su deber, puesto que Juan llevaba la bandera; en la guerra esto se ve todos los días! Esa María Renaud, decís, ha sido seducida por un oficial y despues abandonada..... Es cosa que pasa todos los dias en las guarniciones; un oficial no puede casarse con todas las queridas que le persiguen. Ha contado su historia á su placer á Brettecourt, que es por demás sencillo y la ha creído haciéndoola creer á su vez.....

—¡Basta, hijo mio, basta!

—¡No! ¡No quiero que se burlen de vos! ¿Quién os dice que esa amable persona no ha sido abandonada por su amante oficial á consecuencia de alguna infidelidad? ¿Y á quién hareis creer que esa mujer, sola y sin dinero haya podido crear su comercio de ropa blanca y adquirir su fortuna?..... El buen sentido os dice que hay algo oculto ahí y por esto, madre mía, os ruego que no recibais más á esa mujer ni al buen mozo de su hijo.

La marquesa se levantó como impelida por un resorte y se levantó hácia Honorato; pero contuvo su ira dirigiéndole esta única palabra:

—¡Miserable!

Honorato dió un salto, cogió á su madre

por ambas manos y apretándoselas con furia, exclamó:

—¡Cuidado, señora!

—¡Miserable! repitió la anciana. Insultar á esa mujer que tal vez.....

El marqués, olvidando todo respeto, sacudía á su madre, abandonándose á su ira.

—¡Callaos, señora! decia. ¿Olvidais que soy el jefe de la familia?

La anciana con un movimiento brusco, desprendió sus manos, rechazó á su hijo, y extendiendo el brazo con majestad:

—¡Tiempo ha que no lo sois, pues habeis deshonrado nuestra casa! Me indigné cuando Florimont os trató hace algunos dias como lo mereceis; pero hoy lo sé todo.....

¡Ah! ¿en verdad? replicó Honorato encogido como una fiera pronto á lanzarse sobre su presa.

—Y os prohibo que insulteis á una mujer tan sencilla y noble; os prohibo que calumniéis su fortuna tan valerosa y honradamente ganada, esa fortuna que tal vez salvará nuestra honra!

—¡Ah! ¡ah! ¡He aquí el gran secreto! exclamó el marqués con risa nerviosa. Comprendo ahora: el señor Renaud, sargento en la legion extranjera, es decir, en una comparsa de aventureros, ama á la hija del marqués de Villepreux; y como por sí mismo no puede

pretender su mano, indaga por bajo cuerda, sabe que el marqués está mal en sus negocios y se imagina que puede comprar su consentimiento..... La combinación no es mala y honra su talento inventivo; pero lo que me admira es que tomen parte en ella el conde de Brettecourt y la marquesa de Villepreux. ¡Avisad, señora, á ese Juan Renaud que no quiero, que no necesito de su dinero!

Honorato se dirigia ya hácia la puerta; pero su madre le detuvo, cerrándole el paso:

—Entonces ¿cómo salvareis, le dijo, vuestra honra, caballero?

—¡Señora, podría contestaros que nada os importa esto; pero sin embargo os diré que mi situación en nada es peligrosa y que basta la ayuda de mis amigos para salir con bien de ella.....

—¡Gracias á Federico!

—Mi hijo es un jóven encantador, que comprende sus deberes y respeta á su padre..... Basta ya, señora. Además aquí viene mi hijo y no quiero que presencie semejante escena.

Federico acababa de entrar en el salon, siempre pálido, descompuesto y cansado de andar tantas horas vagando por las calles de Paris.

Su padre, poniéndole cariñosamente una mano en el hombro, le dijo:

—Ven conmigo, la familia Dickson nos está esperando.

—¡No procureis arrastrar á vuestro hijo! exclamó la anciana. No quiero que salga de aquí.

Al mismo tiempo la marquesa corrió á llamar á la puerta de su nuera, diciendo:

—¡Ven, ven á ayudarme á salvar á nuestro Federico!

Julieta enjugó vivamente su cara bañada en lágrimas, pues todo lo habia oido. Estaba tan trastornada como indignada y no esperaba más que el permiso de su suegra para presentarse.

—¿De modo que, exclamó Honorato, excitais á mi hijo á que se rebele contra mi autoridad?

Federico, asustado por tan cruel escena, permanecía mudo.

—Hijo mio, si fueras esta noche á casa de dos americanos, dijo la anciana á su nieto, te comprometerías irrevocablemente con ellos... y yo no quiero ni debo permitir eso. ¡Es preciso, pues, que sepas que me opongo con toda mi autoridad á ese casamiento!

—¡Y yo, exclamó Julieta, con todos mis derechos de madre!

—¡Basta! dijo con rabia Honorato. ¡Ven, Federico!

—¡No, no! ¡Federico no os seguirá!

—Pero, abuela, balbuceó el jóvenanonda-

do, bien sabeis que es preciso..... ¡Es mi deber!.....

—Tu deber es obedecerme..... Mando que no te separes de mí esta noche!

## XVII.

## TRES ALMAS NOBILÍSIMAS.

—¡Ah, qué corazones tan nobles! ¡Qué simpatía tan grande inspiran esas señoras!

Juan repetía estas palabras sin cesar desde que había salido del palacio de Villepreux.

Y lo estaba repitiendo otra vez cuando llegaron á la avenida de Villiêrs.

Su madre y Brettecourt le acompañaban á su casa, porque una explicacion se hacia necesaria entre ellos y el jóven á quien ambos querian con tanta ternura, y preferian que tuviera lugar lejos de mamá Renaud.

Mientras que Brettecourt daba la mano á María para que se apease, la dijo en voz baja:

—El momento ha llegado.

—Nada temais, respondió ella, seré fuerte.

—¡Pobre niño, vamos á hacerle sufrir!

—Es para su felicidad.

Juan muy alegre, hizo los honores de su casa.

Cuando estuvieron sentados los tres en el salon, el jóven se puso á hablar de nuevo de las señoras de Villepreux, no encontrando palabras para elogiarlas cual se merecian, sobre todo á Enriqueta.

—¿No es verdad, madre mía, que es buena, simpática..... y amable?

—Sí, sí, respondióle sonriendo María.

—Mira, cuando te besó con tanto cariño, se me figuraba que la estaba yo estrechando entre mis brazos.

—Puede ser que lo haya hecho con esa intencion, dijo con malicia el conde.

—Y cuando la marquesa ha abrazado á mi bisabuela! ¡Pobre mamá Renaud, no sabia lo que la sucedia!

—¿Y la marquesa jóven, te olvidas de ella? preguntó María.

—¡Muy ingrato sería yo si así lo hiciera! ¡Qué nobles criaturas son las tres!

—O, pareceis á ellas, dijo Brettecourt.

—Mi madre sí, repicó Juan, pero ¿qué le hecho yo para merecer tan viva simpatía?...

—¡Ah! qué dicho me encontraba en aquel antiguo salon! Casi tanto como en tu gran despacho, madre mía. ¿No tienes celos, no es verdad?

do, bien sabeis que es preciso..... ¡Es mi deber!.....

—Tu deber es obedecerme..... Mando que no te separes de mí esta noche!

## XVII.

## TRES ALMAS NOBILÍSIMAS.

—¡Ah, qué corazones tan nobles! ¡Qué simpatía tan grande inspiran esas señoras!

Juan repetía estas palabras sin cesar desde que había salido del palacio de Villepreux.

Y lo estaba repitiendo otra vez cuando llegaron á la avenida de Villiêrs.

Su madre y Brettecourt le acompañaban á su casa, porque una explicacion se hacia necesaria entre ellos y el jóven á quien ambos querian con tanta ternura, y preferian que tuviera lugar lejos de mamá Renaud.

Mientras que Brettecourt daba la mano á María para que se apease, la dijo en voz baja:

—El momento ha llegado.

—Nada temais, respondió ella, seré fuerte.

—¡Pobre niño, vamos á hacerle sufrir!

—Es para su felicidad.

Juan muy alegre, hizo los honores de su casa.

Cuando estuvieron sentados los tres en el salon, el jóven se puso á hablar de nuevo de las señoras de Villepreux, no encontrando palabras para elogiarlas cual se merecian, sobre todo á Enriqueta.

—¿No es verdad, madre mía, que es buena, simpática..... y amable?

—Sí, sí, respondióle sonriendo María.

—Mira, cuando te besó con tanto cariño, se me figuraba que la estaba yo estrechando entre mis brazos.

—Puede ser que lo haya hecho con esa intencion, dijo con malicia el conde.

—Y cuando la marquesa ha abrazado á mi bisabuela! ¡Pobre mamá Renaud, no sabia lo que la sucedia!

—¿Y la marquesa jóven, te olvidas de ella? preguntó María.

—¡Muy ingrato sería yo si así lo hiciera! ¡Qué nobles criaturas son las tres!

—O, pareceis á ellas, dijo Brettecourt.

—Mi madre sí, repicó Juan, pero ¿qué le hecho yo para merecer tan viva simpatía?...

—¡Ah! qué dicho o me encontraba en aquel antiguo salon! Casi tanto como en tu gran despacho, madre mía. ¿No tienes celos, no es verdad?

—¿Puede existir acaso felicidad para mí sin la tuya?

Después de un corto silencio, Juan repuso:

—Con gusto me hubiera quedado allí mucho, mucho tiempo..... ¡Qué fastidio que nos haya interrumpido el señor marqués!..... Es verdad que se ha mostrado amable.....

Sin embargo, pensando en el padre de su amada, Juan no podía defenderse de una impresión de duda y de tristeza; recordaba que en la pieza en que se encontraba ahora, era en donde había recibido la carta del marqués, que tantos pesares había ocasionado, y se decía: que las damas de Villepreux habían obrado ciertamente sin el asentimiento de Honorato y que tal vez después de su salida del palacio habría vituperado su modo de obrar. Delante de él, delante de su madre, se había mostrado cortés; pero ¿qué habría pasado cuando se encontrasen solos?

—Mi general, dijo Juan, creo que he cumplido todas mis promesas. Me dijisteis que tuviera esperanza, poca tenía, es verdad; pero acabais de probarme que os asistía la razón; me recomendásteis también que guardara el secreto de lo que había pasado entre los tres aun con mi bisabuela, y lo he guardado. Os he obedecido en todo y estoy decidido á seguir haciendo lo mismo; pero sin embargo, quisiera saber.....

Se calló, algo cortado por la mirada que fijaba en él Brettecourt.

—¿Saber qué, hijo mio?

—El fondo de todo esto, el secreto de vuestra conducta.....

El general se sonrió con melancolía.

—El secreto de mi conducta, murmuró es que os amo, hijo mio, y que.....

—¿Y qué? preguntó Juan, viendo que el conde titubeaba.

—Sí, continuó éste, el momento ha llegado de explicaros mi modo de proceder con vos y muchas otras cosas también. ¡Escuchadme!

—Antes que nada, dijo Juan, ¿podeis decirme si la señora de Villepreux cuando ha ido á ver á mi madre, sabía á casa de quién iba?

—Sí.

—¿Conocia nuestra situacion..... irregular?

—Sí.

—¿Por vos lo ha sabido?

—Por mí.

—¡Ah! ¡Más me gusta que sea así! dijo Juan. Por lo ménos conocerá que no hemos querido engañarla. Ahora, mi general, os escucho.

Brettecourt reflexionó durante algunos instantes; se sentía muy conmovido; pero animoso.

En cuanto á María, es la vuelta de espalda á la luz para disimular mejor la turbacion que experimentada ya.

—Teneis derecho, mi querido Juan, empezó el general, de conocer toda la verdad; y si hasta ahora no os he dicho nada, ha sido porque necesitaba examinar, guiado por mi experiencia y yo solo, la situacion especial en que se encuentra la familia de Villepreux. Mas ántes que nada, es preciso que os cuente la historia de esa familia y la mia.

—¿La vuestra?

—Sí. Está íntima y desgraciadamente ligada con la de los Villepreux. La marquesa viuda tenia dos hijos: el mayor se llamaba Juan, como vos, y teneis con él un parecido extraordinario, lo que os explica la emocion que su madre sintió al veros.....

Brettecourt procedia lenta y prudentemente para hacer conocer á Juan su origen y traerle al consentimiento de una cosa convenida entre él y María; pero que temian rehusaria el jóven al principio, y continuó:

—El segundo se llamaba Honorato y le conocéis. Una gran diferencia existia entre los dos hermanos; tan bueno y generoso era el mayor como malo, embustero y raín el segundo. Así es que nadie queria á éste y en cuanto á mí, desde muy niño sentia por él una insuperable antipatia.

—Erais amigo de su hermano?

—El amigo, el compañero de todos los días y más tarde su hermano de armas. Era yo huérfano y la casa de los Villepreux era la mia. La marquesa viuda me sirvió de madre el día de mi primera comunión; en su casa fué donde se festejaron mis exámenes y mis primeros galones de oficial.

—Sin embargo, habeis dejado de ver á esa familia.

—Después de una espantosa desgracia que vais á conocer. Mas ántes, sabed que en aquella casa habia tambien una jóven, una huérfana como yo, educada con infinitos cuidados por la marquesa, la señorita Julieta de Persant, que destinaba á ser esposa de su hijo mayor. Aquel hijo era toda la alegría y el orgullo de su madre y habia renunciado, como vos, mi querido Juan, pues la semejanza moral es tan grande entre vos y él como la física, á la carrera militar, para consagrarse enteramente á su madre.....

Si Juan Renaud no hubiera tenido los ojos tan ardientemente fijos en Brettecourt, hubiera notado los estremecimientos de María.

La noble mujer no podia dominar su emocion, y se decia:

—¡Oh! ¡Sí, mi Juan es digno de su padre!

—La marquesa era viuda, repuso Brettecourt. Su hijo la rodeaba de tan delicados cari-

dados y adivinaba de tal modo sus deseos, que tenia por costumbre decir: "He sido feliz dos veces en este mundo." No lo extrañeis, Juan; amó dicha señora con pasion á su marido, y su hijo mayor la amaba á ella con delirio.....

—Y vos tambien un poco, dijo Juan.

—La queria mucho y ella tambien á mí; pero su hijo..... Creo que le queria de un modo incomparable. Sin embargo, tuvo valor para separarse de él en la época de la guerra de Crimea; adivinó los sufrimientos de Juan pensando en que los franceses vertian sangre por la patria y que él no estaba allí, y su madre le dijo: "¡Vete á la guerra!" Pues lo mismo que vos, quiso batirse. Aquella vez no fui con él, era demasiado jóven; pero más tarde fuimos juntos á Italia y se batió..... como vos. Cuando os veia lanzaros al asalto de aquella maldita fortaleza de Hua-Moc, en que perdimos tanta gente, y en donde escapásteis por milagro á la muerte.....

—¡Merced á las oraciones de mi madre! exclamó Juan.

—¡Pues bien! dijo Brettécourt, ¡me parecia que veia á Juan de Villepreux! Yo continué mi carrera; pero él volvió al lado de su madre y se consagró de nuevo á ella. Se preparaba la marquesa á casarle con la señorita de Persant, cuando una desgracia irreparable.....

Hasta aquel momento, el general habia hablado con bastante firmeza; pero recordando la muerte de su amigo, su valor le abandonó y su voz temblaba.

—Un dia, prosiguió, interrumpido por los sollozos, volvia yo de Africa; mi primera visita fué, naturalmente, para los Villepreux. Mi amigo no estaba en su casa..... se hallaba en el Circulo, y allí fui yo tambien..... Pasamos juntos algunas horas en constante emocion, pues Juan de Villepreux tenia que hacerme una confidencia bastante conmovedora.....

Pero ¡ay! no me la hizo completa..... En fin, despues de almorzar le llamaron para que diera su leccion de esgrima, y yo para distraerle de su tristeza, le propuse dar con él un asalto..... ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡dadme fuerzas para acabar!

Juan, no pudiendo adivinar la causa de la emocion del conde, se abalanzó hácia él y le cogió una mano, diciendo:

—¿Qué teneis, mi general? Calmaos.....

—¡Por una espantosa casualidad, el boton de mi florete se desprendió..... la careta de Juan era vieja..... le dirigí un terrible golpe á la cabeza.... y cayó..... Habia..... Habia matado á mi amigo..... á mi hermano de armas.....

Brettécourt lloraba como un niño y Juan

Renaud le consolaba, le estrechaba entre sus brazos, diciéndole:

—Comprendo ahora por qué estabais tan triste; la emoción que experimentasteis al verme, y después vuestra bondad..... ¡Ah! ¿por qué no me lo contasteis entonces.....? Hubiera sido yo un hijo para vos, os hubiera consolado.....

—Todo esto lo habéis hecho sin saberlo, Juan; tal vez haya sido mejor así. Antes de conoceros no pensaba yo más que en la muerte, que por lo visto no me ha querido..... Y de repente, tuve nuevo apego á la vida, pensando consagrarme á vos como lo hubiera hecho con..... con.....

Brettecourt iba á decir: "Con el hijo de Juan de Villepreux..... y ese hijo sois vos."

Pero no tuvo todavía fuerzas para ello, y dijo sencillamente:

—Con mi amigo y con su familia. Mi abnegación para ellos de poco les ha servido, por lo ménos hasta ahora. La marquesa me perdonó con una bondad sublime el mal que le había hecho, y durante algunos años me permitió que le escribiera de vez en cuando; luego, de repente, recibí una carta de Honorato, en la que me rogaba cesara toda correspondencia con su madre, pues la vista sola de mi letra le producía terribles crisis nerviosas. Me resigné, y parecí olvidar á la familia de Ville-

preux. Durante ese tiempo, Honorato consiguió casarse con la joven que estaba destinada á su hermano y que le aportó una cuantiosa fortuna.

—¿La madre de Enriqueta?

—Sí, y ese nuevo marqués de Villepreux se portó de un modo indigno.....

Juan estuvo á punto de interrumpir á Brettecourt.

—Escuchadme, dijo ésto con autoridad, debo hablaros con toda franqueza. Honorato era jugador, disipador, sin escrúpulos de ningún género; un hombre, en fin, indigno del nombre que lleva; os daré de ello, dentro de un instante, una prueba bien triste y que os toca más de cerca de lo que podéis imaginar. Empezó por arruinar á su mujer, después le hizo con su madre, y sin la energía de ésta, las damas de Villepreux se hallarían hoy en la última miseria. La marquesa viuda ha podido salvar un modesto capital y el palacio, que, á pesar del mal estado en que está, tiene bastante valor; pero que es difícil, por no decir imposible, vender inmediatamente; fijos en este detalle, que es de suma importancia..... No necesito añadir que todos estos hechos son de una rigurosa exactitud; yo los conocía ya hace mucho tiempo, porque son del dominio público, y el notario Florimont me los ha confirmado en todos sus detalles, pues él ha sido

quien ha ido vendiendo poco á poco todas las fincas que poseía la familia de Villepreux y realizado su capital para hacer frente á las locuras de Honorato.

Juan había inclinado la cabeza. Sufria mucho oyendo hablar con tanta severidad del padre de Enriqueta, á pesar del mal proceder del marqués para con él.

—Y su madre, su mujer, ¿qué hacían? preguntó.

—Se resignaban á su suerte, sufrían en silencio al hombre que llevaba el ilustre apellido que debían respetar; nunca se han atrevido á incapacitarle y han pensado muy mal; porque si tal hubieran hecho, no se hallarian hoy frente á la deshonra.....

—¿Qué decís! exclamó Juan palideciendo. Y con voz ahogada añadió.

—¡Pobre Enriqueta! ¡Pobre Federico!..... ¿Ese hombre no se ha contentado, pues, con arruinar á sus hijos?

—¡Es, como todos los jugadores, incorregible! Cuando se vió completamente perdido y notó la excision verificada entre él y su familia, excision que el mundo y sus hijos han ignorado siempre, representó una comedia, aparentó ser ya hombre de bien. Quería arrancar á su madre su última finca, aquel histórico palacio que hubiera vendido á fuerza de reclamos, y cuyo producto hubiera consagrado al

juego ó á alguna operación financiera, que es lo mismo que jugar. Su madre no cedió, pues había jurado conservar la casa solariega de su familia para sus nietos, previendo que tendria que deshacerse de ella el día ménos pensado para salvar la honra de su nombre.

—¿Está, pues, tan gravemente comprometida? preguntó Juan con ansiedad.

—Vais á juzgarlo. Ad-más de sus numerosas locuras, de las deudas contraídas por él con usureros de la más baja estofa, con aficionadados á las carreras de caballos, con *bohémicos*, con mozos de los círculos y con toda esa clase de personajes que se mezclan en malos negocios, el marqués se ha dedicado á otros asuntos que han terminado de un modo muy feo. El primero es una empresa de cria caballar, en la que ha engañado indignamente á sus comanditarios y que ha concluido por una liquidacion desastrosa; ésta se hubiera transformado en bancarrota, fraudulenta, si los acreedores no habiesen tenido la esperanza de que el marqués, nunca faltó de promesas, les habia de pagar algun día... Pero ha llegado el momento de apremiarle, y no teniendo otra cosa que vender, ha vendido su nombre á unos miserables.

—¿Qué le habrán obligado! se atrevió á decir Juan.

—¡Oh! no debemos hacernos ilusiones; no

vale el marqués más que ellos. Ha fundado también una supuesta compañía de seguros, que bajo una apariencia de honradez, no ha sido más que un centro de vergonzosas estafas.....

—¡Dios mio! ¡Dios mio! balbuceaba Juan. Pero ese hombre es capaz de todo lo malo!

—¡Sí, lo malo le atrae! dijo María hablando por primera vez.—Hemos querido, hijo mio, que sepas toda la verdad. A tí te toca ahora decidir con conocimiento de causa lo que hemos de hacer.

—Hé aquí su última infamia, repuso Brettecourt; se ve perdido; su compañía de seguros está á punto de quebrar, sus antiguos acreedores, á quienes ha podido dar á cuenta alguna cantidad, merced á su último negocio, le acosan de nuevo y basta una sola queja para que el marqués de Villepreux tenga que comparecer ante el tribunal correccional.

—¡Es posible, Dios mio, que ese hombre tenga tales hijos!

—Sí, Juan, podeis admirarlos, y á Federico tanto como á Enriqueta..... Ayer ya; querrien lo apresurar el arreglo de la situacion falsa en que os encontrais, fui á casa de las damas de Villepreux y las dije quiénes erais. En seguida, con una nobleza y una generosidad admirables, la marquesa viuda y su nuera me rogaron que las presentase á vuestra ma-

dre, pues sabiendo que erais desgraciado, su cariño para vos aumentó en intensidad. En aquel momento ignoraban aún la posicion en que se halla Honorato..... Esta mañana la marquesa me mandó llamar con urgencia; acababa de saberlo todo y no se atrevia ya á presentarse en casa de vuestra madre, pues el mismo Federico lo habia dicho: "¿Querrá Juan todavía á mi hermana cuando sepa la verdad?....." Y yo la dije: "¡Id á casa de la señora Renaud, como si fuerais á ver á una amiga muy antigua!"

—¡Ah! ¡qué bien os habeis portado, mi general! exclamó Juan; ¡qué perfectamente habeis adivinado lo que yo mismo hubiera hecho!

Brettecourt, conmovido ante aquella generosa explosion, se calló un instante y despues continuó:

—Para salvarse del conflicto en que se encuentra el marqués, no vacila en sacrificar á su hijo. Federico ama apasionadamente á la hija del notario Florimont.

—Sí, ya lo sé, dijo Juan Renaud sonriendo, acordándose de Luisilla.

—Pues bien, Federico coniente en casarse con una americana, una tal Edith Dickson á la que nunca arará, porque el padre de esa jóven, algun aventurero sin duda, pagará las deudas del marqués. Se ha visto algunas ve-

ces á ciertos nobles ponerse á precio para dar más brillo á su blason; ¡pero en esta circunstancia es un hijo quien se vende para salvar el honor de su padre!

— ¡Esto no sucederá! declaró con viveza Juan Renaud, ¡no, no! Luego calmándose y sonriendo:

— Mi amiguita Luisa, ni aliada, no me perdonaría si consintiera yo que se cometiera semejante infamia; y si mi madre me autorizara para obrar en tal sentido, lo impediré.

Brettecourt y María se estremecieron; Juan, aun antes de saber quién era, había tenido el mismo pensamiento que ellos.

El general se inclinó al oído de María, y murmuró:

— ¡Es su digno hijo!

Juan se había levantado y se apoyaba en la chimenea, presentando en su fisonomía mucha calma y gravedad.

— Por poco interés que me ofrezca el marqués, es preciso que le salvemos, y es preciso hacerlo sin que Federico, mi querido hermano de armas, se sacrifique renunciando á su felicidad para aceptar una existencia de perpétuos sufrimientos..... ¡No, no, eso no puede ser!..... ¡Nosotros somos ricos, no es verdad, madre mía!.....

— Hijo mío, el señor conde y yo hemos pensado antes que tú en salvar del oprobio á la

familia de Villepreux. El señor de Brettecourt obraba en mi nombre y con mi consentimiento. Tomaba informes, gracias al señor Florimont, respecto á la situacion del marqués, y hubiéramos querido pagar sus deudas, para decirle: "He aquí, lo que hemos hecho; ¿os opondéis todavía al casamiento de nuestros hijos?"

— Pero la catástrofe se ha presentado antes de lo que podía suponerlo yo, añadió el general. — Los acreedores hubieran tenido paciencia todavía, á no ser por un tal Baradoux, un mal hombre de negocios que se titula á sí mismo banquero, y que no es más que un agente del señor Dickson. El marqués, obligado á dar hoy mismo una solucion á sus negocios, ha arrancado su consentimiento á Federico, y prefiere sin duda esta solucion á la que le hubiéramos ofrecido nosotros, porque del modo que lo hace se salva solo, y no tendrá que inclinarse delante de nadie; esto conviene más á su orgullo.....

— Pero repito que eso no puede ser, replicó Juan, no lo permitiré. Lo que el marqués acepta de una nuera, puede tambien aceptarlo de un yerno, de un hijo..... Es preciso obligarle á consentir en mi casamiento; entonces me asistirá el derecho de salvar su nombre, salvando al mismo tiempo á Federi-

co..... ¿Madre mía, somos bastante ricos para eso?

—Sí, respondió María sin titubear, y te apruebo plenamente.

—Tal es también el pensamiento de la anciana marquesa, dijo Brettecourt y en cambio de las cantidades que le adelantareis, os dará su palacio como garantía.....

—¡Ah, poco importan las garantías! exclamó Juan Renaud con entusiasmo.—¿Qué es una cuestión de dinero entre nosotros? ¡Salvemos el nombre de Villepreux, salvemos también á mi jóven amigo de una union con esa extranjera, cuya fortuna ha sido ganada tal vez de un modo deshonoroso!..... ¡Iré á ver al marqués!

—Hoy ha seguido representando su comedia habitual de hombre cortés; pero aún esta mañana ha declarado formalmente á su hijo, que no consentirá nunca vuestro casamiento con Enriqueta, pues no quiere dar su mano sino á un individuo de la nobleza. En cuanto á Federico, el pobre niño ha comprometido su palabra, y está obligado á cumplirla..... ¡Honoro no os recibirá!

—Un compromiso en tales condiciones no tiene valor.....

—Pienso lo mismo que vos; pero si quereis salir con bien de vuestra empresa, si quereis obligar á ese hombre á que os escuche, á que

os obedezca, es preciso que mudeis vuestro nombre!

—¡Yo, dejar mi apellido!

—Es preciso.

—¡Yo dejar el nombre de mi madre!..... ¿Y sois vos, mi general, quien me lo aconseja?

—Es preciso que pertenezcais á la nobleza!

Juan miró á Brettecourt, despues á su madre con estupefaccion, ó más bien asustado.

—Sí, hijo mio, dijo María temblando algo, pero resuelta.

—¿Quieres, madre mía, que abandone tu nombre?

—¿Rehusareis acaso llevar el mio? preguntóle Brettecourt.

XVIII.

NOBLE.

Juan cayó otra vez en su asiento, cubriéndose el rostro con las manos.

—Dispensadme ambos, dijo; pero ya no os

LA AMERICANA.—41

co..... ¿Madre mía, somos bastante ricos para eso?

—Sí, respondió María sin titubear, y te apruebo plenamente.

—Tal es también el pensamiento de la anciana marquesa, dijo Brettecourt y en cambio de las cantidades que le adelantareis, os dará su palacio como garantía.....

—¡Ah, poco importan las garantías! exclamó Juan Renaud con entusiasmo.—¿Qué es una cuestión de dinero entre nosotros? ¡Salvemos el nombre de Villepreux, salvemos también á mi jóven amigo de una union con esa extranjera, cuya fortuna ha sido ganada tal vez de un modo deshonoroso!..... ¡Iré á ver al marqués!

—Hoy ha seguido representando su comedia habitual de hombre cortés; pero aún esta mañana ha declarado formalmente á su hijo, que no consentirá nunca vuestro casamiento con Enriqueta, pues no quiere dar su mano sino á un individuo de la nobleza. En cuanto á Federico, el pobre niño ha comprometido su palabra, y está obligado á cumplirla..... ¡Honorato no os recibirá!

—Un compromiso en tales condiciones no tiene valor.....

—Pienso lo mismo que vos; ¡pero si quereis salir con bien de vuestra empresa, si quereis obligar á ese hombre á que os escuche, á que

os obedezca, es preciso que mudeis vuestro nombre!

—¡Yo, dejar mi apellido!

—Es preciso.

—¡Yo dejar el nombre de mi madre!..... ¿Y sois vos, mi general, quien me lo aconseja?

—Es preciso que pertenezcais á la nobleza!

Juan miró á Brettecourt, despues á su madre con estupefaccion, ó más bien asustado.

—Sí, hijo mio, dijo María temblando algo, pero resuelta.

—¿Quieres, madre mía, que abandone tu nombre?

—¿Rehusareis acaso llevar el mio? preguntóle Brettecourt.

XVIII.

NOBLE.

Juan cayó otra vez en su asiento, cubriéndose el rostro con las manos.

—Dispensadme ambos, dijo; pero ya no os

LA AMERICANA.—41

comprendo. ¿Cómo es que tú, madre mía, tú, tan grande en todo; tú, siempre tan sencilla como noble, y vos, mi general á quien considero como la personificación de la honra, me aconsejáis los dos que recurra á semejante subterfugio, á una mentira?..... ¿Quereis que me haga culpable de una mala accion?..... ¿Dejar mi nombre, por modesto que sea, aún para tomar el vuestro tan ilustre, general, no es una cosa indigna? ¿No me habeis enseñado ambos á obrar, siempre y en todos los momentos, con lealtad y con franqueza?.....

—Vuestro deber Juan.....

¡Mi deber es honrar el nombre de mi madre y hacerle respetar de todos!..... ¡Olvidar este nombre! Creerian que me ruborizo de él...

Brettecourt esperaba esta explosion de delicadeza. Era el único escollo que pudiera impedir la realizacion de sus proyectos.

—Señora, dijo con mucha gravedad volviéndose hácia María, hacedme el obsequio de asegurar á vuestro hijo que su deber le ordena aceptar y que á mi tambien me manda el mio ofrecerle mi nombre y mi título.

—Juan lo aceptará, declaró María, cuando sepa lo que os resta decir.

El conde se turbó un instante.

—Teneis razon, murmuró, no me he hallado todavia con bastante valor para decírselo todo; y sin embargo, yo soy quien debe darle

á conocer toda la verdad. ¡Si supierais el mal que os he ocasionado yo, hijo mio!

—¿Vos? exclamó Juan levantando la cabeza.

Brettecourt abrió la boca para pronunciar la frase que pugnaba por escaparse de sus labios desde el principio de la conversacion; pero titubeó aún. No experimentaria Juan hácia él una aversion insuperable cuando supiera que habia sido la causa de su orfandad?

Así es que, para retrasar algo la confesion completa de la verdad, se puso á referir el drama en todos sus detalles.

—Os he dicho simplemente no hace mucho que Juan de Villepreux cayó herido por mí; pero es preciso que sepais tambien ahora, que en los pocos momentos que pasé á su lado antes de aquella espantosa desgracia, me habia hecho la confesion entera de su vida. El marqués de Villepreux amaba á una modesta obrera hacia algunos meses ya..... Aquella jóven no le conocia sino con un nombre supuesto.

Juan Renaud fijó maquinalmente la vista en su madre. María, asida fuertemente á los brazos de la butaca en que se hallaba sentada, trataba de dominarse, para no prorrumper en llanto.

—Mi amigo, prosiguió Brettecourt, tenia la intencion más formal de casarse con ella, no deteniéndole otra cosa, que el respeto que le

inspiraba su madre, pues semejante enlace hubiera herido con fuerza su orgullo, y no podía él, por consiguiente, hacer que consintiese aquella union, sino poco á poco y en fuerza de cariño..... Y os afirmo que yo hubiera visto cumplidos sus deseos, si la muerte no le hubiera asaltado demasiado pronto..... Me habia encargado que fuera yo á implorar á la anciana marquesa en favor, tanto de él como de su hijo.....

—¿Su hijo? balbuceó Juan trastornado.—  
¡Un hijo!.....

—Que aún no habia nacido.

Juan, sentado en el borde de la butaca y con el cuerpo inclinado hácia el conde, bebía sus palabras.

—Y quiso reconocerle, pues tenia el presentimiento de su muerte. Al efecto, hizo preparar su testamento por el notario señor Florimont, y en aquel acta se reconocia como hijo suyo á aquel niño que no habia llegado todavía al mundo y rogaba á su familia que tratase como si fuera su legitima mujer á la que amaba con verdadera pasion.....

En aquel momento el jóven notó las lágrimas que corrian lentamente por las mejillas de su madre sin un sollozo, no levantando siquiera las manos para enjugarlas.

—Y..... ¿ese testamento? preguntó el jóven con voz ahogada.

Empezaba á presentir la verdad.

—No estaba completo por desgracia. Temiendo una indiscrecion, mi amigo no habia dado ningun nombre al notario; todo debia terminarse el dia que le maté.

—Pero á vos, mi general, ¿nada os dijo?

—¡Ay! no. Habiamos convenido que aquella misma noche me llevaria á ver á su prometida.....

—Y..... ¿no habló antes de morir?

—Lo llevaron á su casa..... le acompañé..... pensando no separarme de él hasta que no exhalara el último suspiro..... Su hermano nos rogó al médico, al notario y á mí que le dejásemos solo en el momento en que Juan estaba agonizante..... ¿Habló entonces?..... ¡Nunca lo sabremos probablemente; pero su hermano nos afirmó que no habia pronunciado una palabra!.....

—¿Y su madre no supo nada?

—La marquesa se enteró por el señor Florimont y por mí de la situacion especial de su hijo.

—Y..... ¿qué hizo? preguntó Juan, cuya garganta apenas dejaba pasar los sonidos.

—Obró con una nobleza admirable. Declaró sin titubear que acataria la última voluntad del marqués, que acogeria á su prometida como si fuera su hija y que el niño vendria al mundo en el palacio de Villepreux.

—¡Qué bello carácter! exclamó Juan.—  
Mas..... ¿y la jóven que le destinaban para  
esposa?

—Estuvo tambien admirable en su abne-  
gacion, pues participaba de los mismos senti-  
mientos delicados de la marquesa.

—¿Y el nuevo marqués?

—Fué un modelo de hipocresía. Afirmó  
que ignoraba todos los secretos de su hermano  
y declaró que estaba dispuesto á amparar á  
tan desgraciada mujer y á adoptar..... á re-  
conocer á su hijo si fuese necesario, puesto  
que le autorizaba para ello la ley.

—¡Tal vez fuera sincero entónces! dijo Juan.

—No, replicó Brettecourt.—Sin embargo,  
él fué quien dirigió nuestras averiguaciones.  
Debíamos recorrer todo Paris para hallar á la  
desgraciada jóven que evidentemente habia de  
creerse abandonada. Pocos indicios teníamos  
para alcanzar nuestro objeto; pero eso no obs-  
tante, esperábamos encontrarla. Empezamos  
á registrar todos los barrios, calle por calle y  
casa por casa, sin obtener ningun resultado.  
La marquesa y la señorita Julieta de Persant  
vivian como nosotros en un constante estado  
febril; y pronto perdimos la esperanza de en-  
contrar á la jóven que buscábamos hasta la  
época en que habia de nacer su hijo, época  
que conociamos casi con certeza. Mas aquel  
tiempo pasó tambien sin que consiguiéramos

nuestros deseos, y la marquesa misma nos man-  
dó cesáramos en nuestras investigaciones, re-  
tirándose ella algun tiempo á su quinta de An-  
goville, y el marqués luego se casó con la se-  
ñorita de Persant.

Brettecourt se detuvo algunos segundos; pe-  
ro en seguida Juan le preguntó:

—¿Es cuanto sabéis, mi general?

—No. He empezado mi relato hablándoos  
de los corazones nobles y buenos que conocéis  
y amáis; hé aquí lo que hizo el traidor: el  
marqués sabía con certeza el barrio en que  
vivía la prometida de su hermano, y se lo re-  
servó para hacer en él las necesarias indaga-  
ciones y la encontró.

—¡Ah! exclamó Juan palideciendo.

—Conocia tambien el nombre supuesto que  
habia tomado mi amigo y se presentó en casa  
de la jóven que con tanto afan habiamos bus-  
cado los demás, le contó una série de mentiras,  
sin decirle que su hermano habia muerto; pe-  
ro le anunció, sí, la de su madre, y la dijo que  
aquella señora habia exigido á Juan antes de  
morir que se casara con otra mujer..... Era  
preciso, pues, que la jóven en cuestion desa-  
pareciera, abandonara Paris..... y en pago de  
su obediencia la llevaba dinero.

—¡Miserable! exclamó Juan dando un sal-  
to. ¿Supongo que lo rehusaria?

—Con indignacion. Mas fiel al recuerdo de

aquel que tanto habia amado y de quien se creyó abandonada, le obedeció. Salió de Paris, se refugió muy lejos de la capital, y trabajando siempre, dió á luz á su hijo.....

—¿Un varon, mi general?

—Sí.

—¿Y cómo se llamó aquel niño?

—Juan!

—¿Y en qué ciudad de Francia nació?

—En un pueblecillo llamado Banyuls.

—¿Cómo habeis sabido todo esto?

—Lo supe hará cosa de un mes..... el dia que ese hijo quiso conocer el secreto de su nacimiento, y en que su pobre madre, refugiándose en mi casa, pidiéndome ayuda, me ñijo cosas que me han permitido descubrirlo todo!

Juan Renaud se tambaleó, preguntándose si no estaba soñando.

—¡Pero mi general, ese hijo que tanto daño ha hecho á su madre preguntándole el nombre de su padre, soy yo!.... Me llamo Juan.... He nacido en Banyuls..... de padre desconocido.....

—¡Ese padre, hijo mio, ya le conocéis ahora!.....

—¿Yo..... yo..... soy?.....

—¡El hijo de Juan de Angóville, marqués de Villepreux!..... ¡Y yo soy, yo, que tanto os quiero, soy yo quien ha muerto á vuestro padre!.....

—¡Basta, basta!

Juan se avalanzó hácia Brettecourt y le tapó la boca con la mano.

—¡Os prohíbo que digáis esto! Si mi padre ha muerto, ha sido por que Dios quiso que así fuera. ¡Reprocharos su muerte sería un crimen!

—¡Ah! querido y noble niño, ¡qué digno eres de tu padre! exclamó Brettecourt estrechándole en sus brazos.

—Me parece que es mi padre quien me está abrazando, dijo Juan sollozando.

Despues besó á su madre, que le tendia los brazos.

—¡Madre querida, cuanto habrás sufrido creyéndote abandonada!

—Y con voz temerosa:

—¿Lanzaste, quizás, alguna maldicion contra mi padre?

—No, Juan, siempre le he amado y respetado sin saber por qué. Olvidaba su abandono para no acordarme más que de la felicidad que me habia proporcionado. ¡Era tan bueno, tan cariñoso y tan noble en todos sus pensamientos!..... ¡Y qué orgullo o hubiera estado de tí!

—¡Yo tambien siento orgullo por ser su hijo! ¡Mas no vayáis á creer que por su título de marqués; pero es tan bueno cuando no se tiene ya padre el decirse que era digno de su mujer!..... ¡Ah! hablaremos muchas veces de

él los tres; ¿me contaréis los menores detalles de su juventud, mi general?..... ¡Revivirá para nosotros!.....

—Sí, hijo mío.

—¿Y tú, madre, me dirás?.....

—Todo te lo contaré..... cómo le conocí, cómo le amé..... Hasta ahora con nadie podía hablar de él; mamá Renaud que le amaba antes, le maldijo después y nunca pronunciábamos su nombre.....

—Pues bien, nos desquitaremos ahora, pues le quiero mucho, le quiero como si le hubiese conocido. ¿Tienes su retrato?

—Mirate al espejo, hijo mío, y le verás, pues tu parecido con él es asombroso.

Entonces fué preciso contar á Juan Renaud el modo cómo María conoció á Juan Berthier, que á la sazón era cómo aparecía en el retrato que conservaba Brettecourt, su emoción, su amistad, y todo lo que habían convenido en secreto para asegurar la felicidad del hijo de Juan de Villepreux.

—¿Hacia mal al deciros que tuviérais esperanza?

—¡Ah! mi general, habeis sido un padre para mí.

—¿No debo acaso hacer las veces del que os he quitado?

Hubo un silencio bastante largo. Aquellos tres nobilísimos seres, se miraban con amor,

olvidando por algunos instantes las dificultades de la vida para entregarse á la dicha de estar reunidos y de amarse en el recuerdo de aquel que ya no existía.

Juan fué el primero que abandonó aquella especie de éxtasis.

—¿La desgracia de tu vida ha sido, pues, madre mía, el resultado de la traición de un miserable? dijo con amargura.—¡Y ese mismo miserable es quien hace poco aún ha querido humillarnos!..... ¡El hombre que me escribió aquella carta!..... ¡Oh, qué bien voy á vengarte, madre adorada!.....

Al pronunciar estas palabras, Juan apretaba los puños; la indignación que experimentaba le hacía olvidarse de Enriqueta para no pensar más que en su madre, figurándose las torturas que había sufrido creyéndose abandonada.

—¡Vengarme, hijo mío! dijo María.—¿De qué?

—De aquel engaño infame.

—No quiero recordarlo.

—¡Quiero yo devolvete la honra!

—Mi honra eres tú.

—Justo es que ese hombre sufra el castigo de su culpa.

—¿Quieres castigar al padre de tu amada?

Juan inclinó la cabeza.

—¡Mi madre ánte todo! balbuceó.

—Tu madre te suplica en su nombre, lo mismo que en el de tu padre, que concedas el más completo perdón al marqués de Villepreux. ¡Si quieres vengarte, hazlo con nobleza; salva á ese desgraciado! No acepto otra venganza.

Juan levantó la vista hácia Brettecourt, como para interrogarle.

—Vuestra madre tiene razón, dijo el general. —Sois un Villepreux; vuestro deber os manda que salvéis de la deshonra el nombre...

—El nombre sí; pero que perdone al que tan indignamente le lleva.....

—El amor á vuestro padre os ordena también que procureis la dicha de su familia, que tan desgraciada es hace mucho tiempo, y esa no existirá nunca si no concedéis al marqués de Villepreux el olvido de su conducta y el más completo perdón del mal que os ha hecho.....

—¿La marquesa ignora, pues?

—Todo; y debe ignorarlo mientras viva.

—¿Entonces tratarán siempre á mi madre como á una extraña?

—En primer lugar las damas de Villepreux considerarán á la señora de Renaud como si fuera hija de la una y hermana de la otra; además vuestra madre es quien quiere.

—Sí, hijo mío, interrumpió María Renaud, quiero que lo perdones y que lo olvides todo.

—Es menester que comprendais bien una cosa, Juan, dijo Brettecourt, la marquesa viuda no ha estimado nunca mucho á Honorato; le ha querido muy poco. Si le decimos quién sois y quién es vuestra madre, no hay duda que os querrá con más ternura; pero no se le podría ocultar parte de la verdad, haciéndose preciso revelárselo todo y contarle la traición de que se hizo culpable Honorato cuando estábamos buscando á vuestra madre..... Conozco á la marquesa, tiene un carácter indomable, echaria á su hijo de su casa y no lo volveria á ver nunca. ¿Es esto lo que deseais?..... Pensad también en Enriqueta.....

—Pensar en Enriqueta es pensar en mí; pero no debo olvidarme de mi madre.

—Durante el último día que pasé con mi amigo, me habló bastante de su hermano, disculpándole y atribuyendo todo cuanto podian reprocharle por su carácter envidioso y discoló, á la diferencia, por demás notable, que existió siempre en la familia de Villepreux entre el hijo mayor y el segundo, y que hacia sufrir mucho á Honorato..... Juan, os aseguro que si vuestro padre volviera á la vida ahora, os mandaria que perdonárais.....

Juan permaneció silencioso y con la vista baja. Brettecourt y su madre esperaban con ansiedad que hablase.

— ¡Vamos, hijo mio! ¿qué piensas hacer? murmuró María.

— Madre, ese hombre no es digno de perdón; sabe quiénes somos y desde el día en que de nuevo nos hemos hallado en su camino, no solamente no ha hecho nada para reparar su mal proceder, sino que ha agravado su infamia.

— ¡La nobleza de sus hijos rescatará todo el mal que ha hecho! exclamó Brettecourt.

— El amor de Enriqueta será mi recompensa, dijo María.

— ¡Vaya! puesto que os empeñais, replicó Juan, os obedezco. Yo también perdono al marqués de Villepreux el mal que ha hecho á mi madre.

María se precipitó hacia su hijo.

— ¡Gracias, hijo mio! exclamó estrechándole entre sus brazos. ¡Gracias en nombre de tu padre que debe de ser muy feliz allá arriba viendo que eres tan bueno y tan generoso!..... ¡Prométeme que á nadie revelarás lo que acabas de saber..... y sobre todo á mamá Renaud!

— ¿Le pasaba á mi bisabuela lo que á mí? ¿Le aborrecia?

— Sí, y sería capaz de hacer alguna cosa que comprometiera tu felicidad y la nuestra.

— Está bien, me callaré; pero mamá Renaud tarde ó temprano verá al marqués.....

¿Y si le conoce?

— La memoria de los ancianos suele ser muy débil.

— Para las cosas del momento sí, madre mia; pero para las de antaño.....

— Es poco probable que la conozca, y aun cuando así fuera, le diríamos que no era más que un parecido. Además no sabe su verdadero nombre.

— Tienes razón, dijo Juan.

Después, ofreciendo su mano á Brettecourt.

— Gracias, mi general, dijo, por haber sido mi guía en todo esto, gracias por haberme indicado cuál es mi deber, vuestra cordura ha corregido felizmente la impetuosidad de mi carácter.

— Es porque he llegado á la edad, hijo mio, dijo con tono grave el general, en que desea que el odio desaparezca y que vivan en union todos los seres que nos son queridos. El marqués estará bastante castigado con la duda en que va á vivir de hoy en adelante; de seguro que piensa ya en si vuestra madre lo ha conocido, y temblará siempre en su presencia... ¿Y quién sabe si poco á poco volverá al sendero del bien y del honor?..... La venganza no os hubiera dado más que una ligera complacencia y os hubiera dejado pesares eternos. El perdón os producirá la más dulce satisfacción.... Os aseguro que no sentireis nunca haber obrado como lo haceis.

—Teneis razon, experimento ya una impresion de calma y de paz..... ¡Cuán bueno es devolver el bien por el mal.....

El rostro de Juan Renaud expresaba alegría y felicidad.

—¡Manos á la obra! exclamó. No tenemos tiempo de entregarnos á nuestras emociones; la hora es apremiante, es preciso que mañana el nombre de Villepreux esté salvo y que lo salve yo..... ¿Qué debo hacer?

—Me parece que vuestra madre tiene ya reunido el capital necesatio.

—Sí, todo está pronto, dijo María.

—Entonces, mañana mismo ireis á ofrecérsele al marqués, quien á pesar de todo, ha de sufrir una cruel humillacion al recordar lo hecho y pensar en el sacrificio que imponia á su hijo.

—Sí, iré á su casa, le obligaré á que me es- cache, á que acepte de mí, que me considero como su yerno, su hijo, el favor que estaba pronto á darme, humillado, á unos extranjeros. Tengo ahora la necesaria condicion para imponerle mi voluntad; se lo haré sentir con respeto; pero si me obliga.....

—No hay más que un obstáculo ya, y es que el marqués quiera recibiros.

Juan se sintió contrariado.

—Si os presentais en su casa con el nombre de Juan Renaud, tened entendido, con-

forme os lo he dicho antes, no consentirá si- quiera en admitir vuestra visita: no hay más que un medio que pueda abatir su orgullo, su cólera y sus malos sentimientos; es preciso sembrar el temor en su alma y despertar en ella la duda, que hará temblar ante vos. Cuando os presenteis en su casa, ya no llevareis vuestro nombre, sino el mio.

—Juan se estremeció pero permaneció ca- llado.

—Soy solo en el mundo, sin familia y viejo además, prosiguió Brettecourt.—Mi apellido se extingue conmigo. Sois noble, Juan, y tó- mo á Dios por testigo de que yo no consentiría nunca en trasmitir mi nombre á un sér que no fuera noble, pues el respeto que tengo á mis antepasados no me lo permitiría. ¡Ja- más podreis llevar el título á que hubierais tenido derecho, y como por mi culpa lo habeis perdido, os doy el mio!

Juan sufría cruel nente.

—¡Dejar yo el nombre de mi madre, repi- tió con doloroso acento.

—¡Lo quiero yo! dijo María con autoridad.

Juan se quedó mudo durante algunos ins- tantes con la cabeza inclinada, luego se arro- dilló delante de Brettecourt y le dijo:

—Dios que me vé y lee en mi corazón, sa- be que no obedezco á ningun sentimiento de interés personal, y que si quebranto un deber,

es para cumplir otro mayor aún. Acepto vuestro ilustre apellido, mi general, y os juro por todo lo más sagrado que tengo en este mundo, que haré cuantos esfuerzos estén en mi poder para no desmerecer en nada de aquellos que lo han llevado hasta este día.

Brettecourt extendió las manos sobre la cabeza de Juan para bendecirle, y alzando la vista al cielo, dijo:

—Vosotros todos, que me habeis trasmitido tanta honra y tanta gloria, queridos antepasados, que venero desde mi más tierna infancia, padres míos, que sin duda me escucháis en este momento, aceptad á este niño como si fuera vuestro hijo, por digno sucesor! Ninguno de nosotros habrá honrado más que él el nombre de Brettecourt.

Dicho esto, el conde levantó á Juan y éste, con el rostro humedecido por las lágrimas, balbuceó:

—¡Padre mio, padre mio, abrazadme!

Aquella noche el señor Florimont se paseaba como un alma en pena, desde el comedor á su cuarto y desde su cuarto al salon.

Luisilla habia dicho que estaba enferma y se habia encerrado en su habitación para llorar.

A eso de las nueve se oyó un campanillazo y entraron en casa del notario el general conde de Brettecourt y Juan Renaud.

Luisilla, impelida por la curiosidad, salió de su dormitorio de puntillas, y por la abertura de un portier, apercibió á los tres hombres que se dirigian al despacho de su padre. El notario estaba muy agitado, Juan pálido y Brettecourt sereno.

La conferencia fué bastante larga; la joven maldijo la espesura de la puerta del despacho que la impedía oír, pues habia olvidado momentáneamente su pena para ponerse á escuchar.

Lo único que notó fué, que cuando Juan y el general se retiraron estaban muy conmovidos.

## XIX

## EL VIZCONDE DE BRETTECOURT.

A la misma hora en que el general y el hijo de María salían de casa del notario, el marqués de Villepreux estaba sentado ó más bien tendido en una butaca delante de su secreter abierto, con la mirada fija, la cara pálida y

es para cumplir otro mayor aún. Acepto vuestro ilustre apellido, mi general, y os juro por todo lo más sagrado que tengo en este mundo, que haré cuantos esfuerzos estén en mi poder para no desmerecer en nada de aquellos que lo han llevado hasta este día.

Brettecourt extendió las manos sobre la cabeza de Juan para bendecirle, y alzando la vista al cielo, dijo:

—Vosotros todos, que me habeis trasmitido tanta honra y tanta gloria, queridos antepasados, que venero desde mi más tierna infancia, padres míos, que sin duda me escucháis en este momento, aceptad á este niño como si fuera vuestro hijo, por digno sucesor! Ninguno de nosotros habrá honrado más que él el nombre de Brettecourt.

Dicho esto, el conde levantó á Juan y éste, con el rostro humedecido por las lágrimas, balbuceó:

—¡Padre mio, padre mio, abrazadme!

Aquella noche el señor Florimont se paseaba como un alma en pena, desde el comedor á su cuarto y desde su cuarto al salon.

Luisilla habia dicho que estaba enferma y se habia encerrado en su habitación para llorar.

A eso de las nueve se oyó un campanillazo y entraron en casa del notario el general conde de Brettecourt y Juan Renaud.

Luisilla, impelida por la curiosidad, salió de su dormitorio de puntillas, y por la abertura de un portier, apercibió á los tres hombres que se dirigian al despacho de su padre. El notario estaba muy agitado, Juan pálido y Brettecourt sereno.

La conferencia fué bastante larga; la joven maldijo la espesura de la puerta del despacho que la impedía oír, pues habia olvidado momentáneamente su pena para ponerse á escuchar.

Lo único que notó fué, que cuando Juan y el general se retiraron estaban muy conmovidos.

## XIX

## EL VIZCONDE DE BRETTECOURT.

A la misma hora en que el general y el hijo de María salían de casa del notario, el marqués de Villepreux estaba sentado ó más bien tendido en una butaca delante de su secreter abierto, con la mirada fija, la cara pálida y

sacudido su cuerpo de cuando en cuando por fuertes estremecimientos.

Un silencio absoluto reinaba en el palacio.

Honorato habia pasado la velada solo, reflexionando.

A veces tomaba de encima de la tablita del secreter un papel cubierto de borrones y volvía á leer el borrador de la carta que se habia visto obligado á escribir al americano.

“Mi querido señor Dickson:

“Una súbita indisposición nos priva del placer de veros esta noche. Hasta mañana no nos será permitido presentar nuestros respetuosos homenajes á la señora Dickson y á la señorita Elith.

“Soy vuestro cordialmente,

“*Marqués de Villepreux.*”

Y despues de leerlo por décima vez, se tranquilizó.

—Está correcto, dijo, explica perfectamente nuestra ausencia y no dice nada. Seria preciso que madre Dickson fuera muy astuto para adivinar, para sospechar siquiera el sentido oculto debajo de estas palabras..... Gano un día más y veremos mañana si Federico se atreve todavía á contrariar á su padre.

El jóven capitán no se habia resistido; no dijo más que la verdad, respondiendo á su padre que le recordaba el compromiso que habia

adquirido por la mañana y le obligaba á ir con él á casa de Dickson.

—Mañana, padre mio, mañana os obedeceré; pero hoy, bien debeis ver que no tengo la energía necesaria..... ¡Os lo suplico, dejadme hasta mañana!

El marqués habia tenido que ceder, pues comprendió que su hijo estaba destrozado por la emoción y la fatiga.

Su madre salió vencedora, por lo ménos aquella noche.

—Conservamos nuestras respectivas posiciones, se decia el marqués.—Mañana saldré victorioso en mi empresa; no se puede siempre vencer en un día.

Federico se encerró en su cuarto, rehusando todo consuelo y toda conversacion; queria estar solo.

Se echó en su cama, más fatigado aún que en los días más calurosos que habia pasado en el Tonkin y dormia con un sueño muy pesado.

Honorato no se habia dignado presentarse á la hora de la comida; pero Cuepin le habia informado de que ni una sola palabra habian pronunciado las señoras de Villepreux.

—Señor marqués, le dijo el criado, vuestra señora madre me da miedo.

—Bueno, bueno, replicó Honorato, no os asusteis tontamente. Id á acostaros, descansad

bien de cuerpo y de espíritu para el caso en que mañana necesite de vuestros servicios.

La luz del siguiente día encontró al marqués siempre tendido en el sillón, en el que había concluido por dormirse con un sueño entrecortado por pesadillas.

Cuando se despertó no tenía más que un pensamiento, uno sólo que le absorbía por completo, y en su imaginación una figura, una visión que no le dejaba un instante, la de su hermano, tan bueno, tan digno y tan confiado, á quien había hecho traición.

Y la duda se apoderó de nuevo de su espíritu.

Olvidaba casi á los Dickson para ocuparse de María Renaud.

Recordaba y meditaba sobre los menores incidentes del día anterior; en primer lugar se representó cuanto había ocurrido cuando interrumpió la visita de María, despues la escena que la siguió y la indignación de su madre: "Te prohibo que insultes á esa mujer, tan sencilla como noble; te prohibo que calumnies su fortuna, tan valerosa como honradamente ganada, esa fortuna que tal vez te salve!"

—Mi madre, pensaba, se deja engañar por esa María, que sin duda está en connivencia con Brettecoart para algo que tramam entre todos..... Mas ¿cuál será el objeto que se pro-

pone la Renaud?..... ¿Hasta dónde querrá ella llegar?..... Una comercianta no se desprende tan fácilmente de los millones penosamente ganados para facilitar los amoríos de un hijo..... ¿No son ilusiones de mi madre el creer que quiere esa mujer salvarme de la deshonra? Si pudiese yo defenderme sencillamente casando á Enriqueta con ese sargento?.....

Y una sonrisa irónica apareció en sus labios.

—¿Qué cosa tan rara sería ese casamiento! Más será preciso conocer las condiciones que impongan; pensarémos en ello, si mi señor hijo falta á su palabra..... ¡En verdad, que no podía prever tal acto de abnegación á mi favor!

El afán que todos manifestaban de salvarle era lo que apartaba las dudas que se presentaban á su espíritu.

—Es evidente, se decía, que si la señora Renaud supiera quien soy, si en el marqués de Villepreux hubiese conocido al hermano de Juan Berthier, no pensaría más que en vengarse y en reclamar para ella y para su hijo, no la simpatía con que los honran las señoras de Villepreux, sino también su cariño.....¿Y si mi madre supiera la verdad?..... ¡Brrr!

Pensando en esto, toda su sangre se helaba en las venas.

— ¡Creo que me echaría de su casa!

A nada temía en este mundo más que á su madre, de quien, á pesar de su cinismo, admiraba el carácter y la energía.

Y maquinalmente, sin que un pensamiento de verdadero arrepentimiento germinase en su espíritu, repasó su vida anterior, bajo el prisma del más acendrado egoísmo.

— He sido siempre un tonto, no pensando más que en mí y despreciando á los demás. Los verdaderos egoístas son aquellos que saben guiar bien su barca, los que admiten los intereses ajenos en paralelo con los suyos. Hubiera yo debido presentar á esa María Renaud y á su hijo á mi familia y me lo hubieran agradecido mucho. Otra cosa fuera también si no hubiera hecho abstracción de mi mujer y no me hubiera arruinado tontamente, pues el juego, esa pasión estúpida, es el que lo ha consumido todo.

..... Con los capitales que poseíamos, hubiera llevado siempre una vida espléndida, hubiera presentado á mi familia un aspecto de bondad y de amor, quedando libre de llevar fuera de mi casa la existencia más agradable en todo orden de cosas. Sería lo que se llama en sociedad un hombre honrado, aunque fuera en realidad el más indigno de los mortales. Para esto no hubiera necesitado más que alguna cordura, algo ménos de maldad y un

egoísmo más inteligente; y no me vería reducido hoy, para salvarme del abismo, á aceptar las condiciones de un aventurero americano, ó las de una mujer cruelmente engañada por mí.

No sentía nada de lo que había hecho, más que juzgándolo bajo el punto de vista puramente personal.

Lo que él quería ántes que nada era no hundirse, no perder su condición social en París ni su vida elegante y á trueque de esto se hallaba dispuesto á todo y bien decidido á no cometer más locuras.

La idea del suicidio para salvar su honra, no se había presentado jamás á su espíritu.

El que no quiere á nada ni á nadie más que á sí mismo, ese no se mata nunca.

Honorato estaba aún absorto en sus reflexiones, cuando Cuepin entró apresuradamente, y dijo temblando:

— Señor marqués, está aquí.....

— ¿Quién?

— El sargento Renaud.

— ¿Le recibo? preguntaba Honorato titubeando; y Cuepin añadió:

— Me ha entregado esta tarjeta.

El marqués la tomó y se estremeció, como el criado, leyendo.

VIZCONDE DE BRETTECOURT.

—Es más grave de lo que pensaba, murmuró.

Y se quedó durante algunos instantes como anonadado.

Pero dominó pronto su turbación.

—Es preciso mirar de frente el peligro, se dijo. Rogad al vizconde de Brettecourt que se sirva esperar algunos instantes y cuando yo llame, introducidle.

Honorato procedió á su tocado, se lavó varias veces la cabeza con vinagre para refrescarla y cuando se sintió tranquilo, llamó.

Mas su calma estuvo á punto de abandonarle, cuando el hijo de María Renand se presentó delante de él.

Juan no era ya el joven dulce y tímido que se estremecía con el solo pensamiento de encontrarse enfrente del padre de Enriqueta.

Llevaba ahora la frente erguida, su mirada era firme y su cara tenia una expresion de energía y de autoridad tal, que Cuepin al verle se habia preguntado si era el mismo individuo que se trastornó al leer una simple carta de su amo.

Juan, en efecto, no era el mismo ya.

Iba fuerte con su derecho y con el perdon tan generosamente concedido en secreto, á cumplir con su deber, á imponer, si preciso fuera, su voluntad al marqués.

Era tan dueño de sí mismo, que habia disi-

mulado aún ante la penetrante mirada de Cuepin, la emocion que le agitaba.

Mas esta no era producida por lo que iba á hacer, sino por el pensamiento de que se hallaba en la casa de su padre.

El vasto patio que habia atravesado, los inmensos salones por delante de los cuales habia pasado, la majestuosa escalera que habia subido con lentitud, todo en aquella histórica morada le hablaba de Juan de Villepreux.

Y mientras estaba esperando que le recibieran, olvidó momentáneamente su mision para decirse:

—En ese patio ha jugado mi padre cuando niño, aquí ha sido dichoso y amado de todos, porque era bueno. Aquí es tambien adonde hubiera traído á mi madre, si la muerte no le hubiera herido tan desgraciadamente, y de aquí salia cuando iba á verla con el corazon lleno de amor.....

Su calma se alteró algun tanto cuando se halló en el pequeño salon que comunicaba con el dormitorio de Honorato, pues Brettecourt, hablándole de la muerte del marqués, le habia explicado la disposicion de aquel lugar.

Sabia que detrás de aquella puerta se hallaba el cuarto de su padre, que allí era en donde habia muerto sin poder revelar su secreto, ó por lo ménos sin que lo oyesen sus fieles amigos.

Así es que el jóven no pudo contener un movimiento de repulsion al saludar á Honorato, movimiento de que éste no se apercibió, porque se hallaba demasiado turbado.

Se sentaron, despues de saludarse con una inclinacion de cabeza.

Hubo un silencio bastante largo.

—Caballero, dijo al fin Juan, con una tranquilidad que impuso aún más á Honorato; me habéis escrito, algunas semanas há, una carta en la que me pediais informes respecto á mi familia, y vengo yo mismo á traéroslos.

El marqués tuvo que apelar á toda su energia para contestar estas solas palabras:

—Os escucho, caballero.

Juan reflexionó durante algunos minutos; y repuso siempre con calma:

—Os ruego me dispenséis el retraso que he tenido para contestaros; pero en aquel momento ignoraba yo cuál era mi situacion, y cuando pedí á mi madre que me la diera á conocer, la pena que sufrió fué tan grande, que durante algunos dias habimos de temer por su vida.....

—Nos hemos tomado el mayor interés por su salud, se apresuró á decir Honorato.

Juan fijó en él una mirada iracunda; pero recuperó en seguida la calma y su acento autoritario.

—No insisto, pues, sobre la enfermedad de

mi madre, añadiendo sencillamente que me olvidé de mí mismo, hasta su completo restablecimiento. Me habeis preguntado, señor, ¿quién era mi padre?..... Mi respuesta es bien triste: No le tengo.....

Al hacer esta confesion, Juan alzó la vista al cielo, y Honorato le miraba de reojo, temblando.

—Mi madre, continuó el jóven, fué amada por un oficial que murió antes de poder casarse con ella ni reconocer á su hijo. Aquel militar era amigo del señor de Brettecourt, quien le vió caer en un combate con los Kabilas....

Honorato se iba calmando, pues Juan le repetia con exactitud la misma historia que le habia referido la marquesa, y no pronunciaba una palabra que pudiera hacerle creer que el jóven sabia la verdad.

—No tengo más familia que mi madre y mi bisabuela. Ya sabeis cómo se ha hecho amigo mio el señor conde de Brettecourt, y yo le respeto tanto como si fuera mi padre. No tiene familia, está completamente solo en el mundo, y me ama con infinita ternura..... Sabiendo que adoro á vuestra hija, la señorita Enriqueta, que ella me corresponde, y que rehusábais entregarme su mano porque no perteneczo á la nobleza, ha resuelto romper el único obstáculo que pudiera impedir mi felicidad..... A medida que Juan se acercaba al

objeto supremo de aquella entrevista, hablaba con una energía y una autoridad tales, que anonadaba á Honorato. Juan no pedía, no imploraba ya; parecía mandar.

—¡Noble!..... Lo soy caballero. El nombre de mi verdadero padre es tan ilustre como el vuestro; os hablo de él en este momento por primera y última vez. Supongo que me adivinareis los motivos que me impiden revelároslo; no quiero llevar la desunion al seno de *su familia*. Renuncio á reclamaciones que no darian otro resultado que el escándalo..... Además, nada tengo que desear ya, pues llevo un apellido tan grande y tan ilustre..... Por un acta notarial, el señor conde de Brettecourt me ha reconocido como hijo suyo..... por consiguiente, el vizconde de Brettecourt es quien os pide la mano de la señorita de Villepreux.

La duda se habia apoderado otra vez del espíritu de Honorato, pues malicioso de suyo, no creia nada de lo que acababa de oír.

Brettecourt, que habia estudiado con Juan y con su madre los términos que habia de emplear, bien habia previsto la turbacion que ocasionarian en el espíritu del marqués, y esto añadido á sus angustias de la víspera, acababa de ponerle en un estado de inferioridad absoluta enfrente de Juan.

Esta conversacion, á pesar de su cortesía, parecia un desafío.

Y Juan no tenia delante de él ya á un adversario sino á un hombre casi vencido de antemano.

—Me sorprendeis, balbuceó el marqués; pero necesito reflexionar.....

Juan le interrumpió bruscamente.

—Dispensadme, caballero, quiero una respuesta inmediata y vais á dármela conforme á mis deseos, no lo dudo, cuando sepais lo que tengo que deciros todavía.

Honorato bajó la cabeza, como si hubiera visto á su hermano levantarse delante de él y darle órdenes.

—Podria deciros, continuó Juan, que nada habria capaz de impedir que mi casamiento con su hija se cumpliera, pues vuestra adversa voluntad no puede más que retrasarlo; pero quiero que vos mismo asintais á él: y suponiendo que habeis consentido ya, obro como si formase parte de vuestra familia, como si fuera, no digo hijo vuestro..... porque la antipatia que os inspiro es demasiado grande para que nunca me deis tal nombre, sino como yerno, un yerno respetuoso..... y tan celoso del honor de vuestra casa, como podria serlo vos mismo. La honra de los Villepreux está en peligro y vengo á salvarla.

—Pero, caballero.....

—Os lo ruego, no me interrumpais. Consideradme como solidario ya, tengo el derecho de salvar vuestro nombre hasta de una alianza que le fuera nociva; y la que habeis preparado para vuestro hijo, para mi querido Federico, para mi hermano, no se llevará á efecto. Sé que habeis obrado empujado por una situacion..... cruel, situacion que conozco en todos sus detalles; pero que no me permito juzgar..... ¡El favor que esperais de extraños, doblemente extraños, pues lo son á vuestra patria y á vuestra familia, yo soy quien os lo hará!..... Podeis romper vuestras relaciones con la familia Dickson.....

—A mí me toca ahora deteneros en vuestro camino, caballero, dijo Honorato, rebelándose un tanto.—Si lo que pasa hoy hubiera sucedido hace algunos dias, hubiera podido por lo ménos vacilar, poner en balance vuestras proposiciones con las que me han hecho por otro lado..... Hoy es demasiado tarde..... mi hijo ama á la señorita Dickson.....

—¡Ah! ¡no mintais caballero! exclamó Juan con repentina exaltacion: ¡el momento es demasiado solemne para que peralamos el tiempo engañándonos! Sabeis mejor todavía que yo que Federico no consiente en casarse con esa extranjera sino con la muerte en el alma, que se sacrifica con una generosidad digna de

todo elogio y que será para él una gran alegría recuperar su libertad.....

—Me ha comprometido su palabra, y yo á mi vez lo he hecho con la familia Dickson.

—Un compromiso que no se adquiere libremente, no tiene ningun valor.....

—¡Es un compromiso de honor, caballero!... Y vos que hablais de la honra de los Villepreux ¿quereis que uno de ellos falte á su palabra?

—La honra nada tiene que ver con semejante cuestion, pues no se trata aquí más que de un compromiso comercial, y en el comercio la honra consiste en hacer los pagos con escrupulosa regularidad al vencimiento. El enlace de Federico con la señorita Edith, no es más que una venta: el señor Dickson, mediando cierto..... Baradoux que se titula banquero, os ha mandado decir: Necesitais dos millones; yo os los ofrezco.....

Pero quiero que dicho dinero me dé un beneficio, y éste ha de ser vuestro ilustre apellido. Que vuestro hijo se case con mi hija, y el negocio es un hecho. Pues bien, responded á ese estimable comerciante que no necesitais de su dinero, y si quiere una indemnizacion, se lo dará..... Hay, además, en la venta que os propone una condicion que la hace imposible; quiere que este palacio pase á ser propiedad de su futuro yerno, y por lo tanto, de su hija;

esta cláusula no se hará nunca efectiva, y os afirmo yo que la señorita Dickson no entrará jamás en la morada de los Villepreux.

Honorato hizo un último esfuerzo para defenderse y dijo con ironía:

—Esperais, sin duda que se os dará á vos como garantía del dinero que os proponéis adelantarme.

Juan replicó con viveza:

—Os ruego, caballero, que no trateis de cuestiones de interés; si hay que arreglar alguna, se hará amigablemente entre vuestro hijo y yo.

Honorato se calló, porque no se atrevia á contestar.

Juan se levantó y dijo:

—Está bien entendido que las negociaciones han sido empezadas por vos, por vos solo y que á vos solo incumbe romperlas. Despues de esto, en vuestra familia no habrá más que paz y union. Nadie os dirigirá nunca el menor reproche respecto al pasado..... Todo se olvidará..... No tendreis que ocuparos para nada del arreglo de vuestros negocios, pues lo haré yo..... ¿Rehusareis todavia?

Esta última frase acabó de convencer á Honorato, Juan le prometia dicha y union, y el marqués experimentaba ya un gran cansancio en la azarosa vida que llevaba hacia algun tiempo.

No pensabr en conquistar de nuevo el afecto de su madre ni el de su mujer; pero necesitaba paz y tranquilidad, y apagadas ya todas las pasiones y todos los odios, entreveia una existencia fácil, dichosa y sin pesares.

¡Qué ser tan miserable!

—¿Sucedería lo mismo, pensaba él, si me obstinara en imponer á Federico una union tan unánimemente desaprobada por todos?

Juan le salvaba sin que nadie pudiera humillarle, y su orgullo habia sufrido cruelmente con la vanidad de Dickson y el desprecio de Baradoux.

¿Podía inquietarse por María Renaud? Si no le habia conocido, no le conoceria nunca; y si habia sucedido lo contrario, ¿no le perdonaba con una generosidad que le libraba de toda angustia para lo porvenir?

¿En fin, no quedaba á salvo su amor propio aun por lo que respecta á los suyos, puesto que Juan llevaba ya uno de los apellidos más ilustres de Francia?

—Señor Brettecourt, dijo á Juan ofreciéndole la mano, os empeño mi palabra de que haré cuanto de mí dependa para que se cumplan vuestros deseos. Esta noche sabreis si he salido airoso de mi empresa; no puedo prometeros nada antes de haber hecho las tentativas necesarias..... Hoy mismo veré á la familia

Dickson; y si una raptura es posible aun, se hará.

—¿Quereis jurármelo por la memoria de vuestro hermano Juan de Villepreux?

Honorato palideció; pero dijo con sinceridad:

—¡Lo juro!

El marqués acompañó á Juan hasta la puerta del palacio.

No cambiaron ni una palabra más.

Subió en seguida á su cuarto y llamó á Cuepin.

Este no acudió.

El criado había salido inmediatamente después del vizconde de Brettecourt.

El tunante todo lo había oído y juzgó prudente no esperar hasta la noche para ir á contárselo á Baradoux.

Llegó á casa del digno banquero en el momento en que ésta acababa de sentarse á la mesa y empezaba su placentera lucha con un succulento almuerzo, que, plato á plato, y copa á copa, le servían.

Entusiasmado porque le incomodaban, Baradoux recibió muy mal á Cuepin.

—¿Qué quereis?

—¡Oh! si el señor prefiere que vuelva esta noche, á mí me es completamente igual; pero el mal estará hecho ya.

—¡El mal! ¿qué quereis decir?

—Que el casamiento tan bien preparado por vos, estará roto antes de dos horas si no tomáis precauciones.

Y Cuepin contó cuanto había pasado entre Juan Renaud y el marqués.

Baradoux brincaba de coraje, y cuando Cuepin acabó su relato, le trató de imbécil.

—Os había recomendado, sin embargo, que vigiláseis lo que pasaba en la calle del Sentier. Estamos frescos ahora, con esa genté en contra nuestra, y ahullando, que no hablando, tragaba los manjares á bocados dobles.

—¡Un negocio llevado con tanto trabajo á buen fin! exclamaba, ¡y perderle en el momento en que creíamos tenerle seguro!..... ¡No, no, señor marqués! ¡Nada de traiciones!..... Habéis contado sin la huésped.

A eso de la una, Baradoux se presentaba en el hotel de la avenida del bosque de Boulogne, acompañado de Cuepin.

El señor Dickson fumaba un cigarro, paseándose con tranquilidad, pues nada sospechaba. La carta de Honorato le había parecido muy natural y esperaba ver llegar pronto al marqués y á su hijo.

Edith y su madre estaban discutiendo respecto al equipo.

Baradoux no entró en el salon; mandó llamar al americano y le dijo:

—Tengo que hablaros en secreto.

Dickson le llevó á su despacho.

El banquero le contó lo que ocurría, sin ningun preámbulo, haciendo repetir á Cúepin las palabras textuales del marqués y de Juan Renaud.

Dickson escuchó hasta el fin sin la menor emoci6n y despues dijo con mucha frialdad:

—Está bien, el señor marqués de Villepreux puede venir..... ¡Le espero á pié firme!

## XX.

## UNA ENTREVISTA DIFÍCIL.

Despues de la salida de Juan Renaud, el marqués de Villepreux sintió una impresion de tranquilidad que no habia experimentado hacia muchos años.

Se le figuraba que estaba ya fuera de las garras de Dickson y Baradoux y de todos los hombres de negocios, entre los que habia sufrido cruelmente su orgullo.

Algunos dias antes no hubiera querido siquiera reflexionar en estas cosas, pues se ha-

bia acostumbrado á ellas y las consideraba como necesidades de la vida moderna.

Mas desde que habia entrevisto la posibilidad de libertarse de aquella heterogénea sociedad de un modo honroso, respiraba con más calma.

Con mucha sinceridad prometió á Juan Renaud que haría cuanto de él dependiera para romper compromisos pesados para él y que no habia tomado, sino porque eran su única salvacion.

¡Y con qué alegría y con qué satisfaccion para su amor propio iba á desembarazarse de aquellos aventureros!

—¡De toda esa canalla! exclamó con aire de gran señor.—¡En cuánto al bizarro sargento Renaud, por más que sea vizconde de Brettecourt, no por eso deja de ser un incanto como mi difunto hermano, como su madre, como mi hijo y como mi mujer!..... Con algo de habilidad, volveré á ser el amo respetado de toda esa gente..... ¡Vaya, marqués, fuera angustias! Tenemos todavía una hermosa perspectiva delante de nosotros.

Estuvo meditando muy cerca de una hora, fraguando un bonito plan encaminado á aparentar ser padre indulgente que renuncia á sus proyectos para consentir en la felicidad de sus hijos y preparando una escena solemne en

Dickson le llevó á su despacho.

El banquero le contó lo que ocurría, sin ningun preámbulo, haciendo repetir á Cúepin las palabras textuales del marqués y de Juan Renaud.

Dickson escuchó hasta el fin sin la menor emoci6n y despues dijo con mucha frialdad:

—Está bien, el señor marqués de Villepreux puede venir..... ¡Le espero á pié firme!

## XX.

## UNA ENTREVISTA DIFÍCIL.

Despues de la salida de Juan Renaud, el marqués de Villepreux sintió una impresion de tranquilidad que no habia experimentado hacia muchos años.

Se le figuraba que estaba ya fuera de las garras de Dickson y Baradoux y de todos los hombres de negocios, entre los que habia sufrido cruelmente su orgullo.

Algunos dias antes no hubiera querido siquiera reflexionar en estas cosas, pues se ha-

bia acostumbrado á ellas y las consideraba como necesidades de la vida moderna.

Mas desde que habia entrevisto la posibilidad de libertarse de aquella heterogénea sociedad de un modo honroso, respiraba con más calma.

Con mucha sinceridad prometió á Juan Renaud que haría cuanto de él dependiera para romper compromisos pesados para él y que no habia tomado, sino porque eran su única salvacion.

¡Y con qué alegría y con qué satisfaccion para su amor propio iba á desembarazarse de aquellos aventureros!

—¡De toda esa canalla! exclamó con aire de gran señor.—¡En cuánto al bizarro sargento Renaud, por más que sea vizconde de Brettecourt, no por eso deja de ser un incanto como mi difunto hermano, como su madre, como mi hijo y como mi mujer!..... Con algo de habilidad, volveré á ser el amo respetado de toda esa gente..... ¡Vaya, marqués, fuera angustias! Tenemos todavía una hermosa perspectiva delante de nosotros.

Estuvo meditando muy cerca de una hora, fraguando un bonito plan encaminado á aparentar ser padre indulgente que renuncia á sus proyectos para consentir en la felicidad de sus hijos y preparando una escena solemne en

la que daría á conocer su bondad á su familia.

--Juan Renaud no será quien me desmienta, se decía, pues estará demasiado absorto en las miradas de mi hija. Brettecourt no nos fastidiará mucho tiempo, porque lo volverán á mandar al Tonkin y me arreglaré de modo que María Renaud tiemble en mi presencia... No había provisto una manera tan halagüeña de salir de la mala situación en que me hallaba y nunca hubiera creído tampoco en tales actos de generosidad en pleno siglo XIX.

Resolvió, para hacer más imprevisible el golpe teatral que estaba preparando, no ver á su familia hasta arreglarlo todo, y salió sin que le vieran.

Almorzó en el círculo, en donde todos notaron su buen humor.

Y después de saborear un excelente cigarro con una calma que no tenía hacia mucho tiempo, se fué á casa de Baradoux.

Prefería empezar por el agente de negocios, porque á pesar de su decisión, sentía un temor instintivo de presentarse á Dickson:

--Con esos salvajes, pensaba, no se sabe nunca lo que puede suceder. Baradoux que los conoce bien, me ayudará á salir del atolladero.

El banquero había previsto la visita de Honorato y empezó por mandar á su criado di-

jera al marqués que estaba muy ocupado y que regularmente no tendría tiempo de verle aquel día.

Honorato no tenía humor para sufrir tal impertinencia: ¿se burlaba acaso de él?

--Decid al señor Baradoux que tengo necesidad de verle inmediatamente y que no puedo diferir mi entrevista con él.

A pesar de esto el banquero no dió orden de introducir al marqués hasta después de media hora de espera, y le dijo con alguna ironía:

--Dispensadme, querido señor, pero estoy muy atareado con un importante negocio..... Mis momentos están contados.....

Honorato, exasperado ya por la impertinencia del agente de negocios que se permitía hacerle esperar tanto, lo fué todavía más por el aire insolente del prestamista.

--Mi tiempo es tan precioso como el vuestro, señor Baradoux, replicó, os he encargado un negocio apremiante y me parece que los asuntos míos valen tanto como los de los demás.

Baradoux no se inmutó.

--¡Enfádate, buen hombre, se decir, tenemos con qué calmarte!

Ofreció un asiento á Honorato y dijo:

--Os escucho.

--Yo soy quien debe escucharos, caballero,

¿A qué altura se halla la negociacion del asunto que os habia encargado?

—El casamiento de.....

—Un casamiento no es un negocio, caballero.

—Sin embargo, bajo ese punto de vista le hemos considerado hasta ahora.

—No se trata de eso. Os he encargado que os entendierais con mis acreedores.....

—¡Ah! sí..... dijo Baradoux con cierta cortedad, sí, los he visto..... Están duros, señor marqués, muy duros. Estuvisteis poco amable con ellos cuando los habeis encontrado y algunos están de nuevo apremiando.....

—No se necesita tanta amabilidad para la gente á quien se paga.

—Es un principio algo orgulloso, señor marqués, sobre todo cuando no se paga enseguida, y entre ellos algunos hay que están esperando hace mucho tiempo su dinero. En particular uno estaba muy enfadado y no queria entregarme su pagaré.....

Honorato palideció.

—¿Pero lo entregó al fin?

—Tranquilizaos, señor marqués; me habeis confiado vuestros intereses..... y dicho sea entre paréntesis, lo hicisteis un dia en que estabais menos agitado y ménos exigente que hoy..... Nunca hago traicion á los intereses

que se me confian. Todos los documentos están en *nuestro* poder.....

Baradoux recalcoó, con imperceptible ironía, la palabra "nuestro."

—Mas, os lo repito, habia entre vuestros acreedores un animal, bastante rico en verdad, que se le habia metido en la cabeza, no ya que le pagarais, sino que estaba empeñado en llevaros ante los tribunales.....

—¡Caballero!

—Dispensadme; pero tratándose de negocios, tengo por costumbre llamar las cosas por su nombre. En fin, todo se ha arreglado pagando aquel documento doble de su valor.

—¿En ese caso vais á entregarme todos esos papeles?

Honorato pronunció estas palabras con tono muy natural y Baradoux le respondió lo mismo:

—Bien podeis suponer que no los tengo ya.

El marqués se estremeció, pues se habia figurado que aquellos valores no habian salido de la caja del banquero y que no tendria más que pagarlos con el dinero de Juan Benaud para que se los entregase y recuperar con ellos su libertad, siendo despues de esto la ruptura del casamiento una simple cuestion de habilidad.

—¿Esos valores no están ya aquí? preguntó sin ocultar su ansiedad.

—Me extraña, señor marqués, que vos, cuya inteligencia es tan clara sobre todo en cuanto á negocios, os admireis de eso..... Bien sabéis, sin embargo, que en todo esto no he sido más que un mediador entre vos, vuestros acreedores y el que os ha dado fondos.

—¿De modo que esos valores?

—Están en poder del señor Dickson, que os los entregará seguramente el día en que se firme el contrato de boda.

Honorato no pudo disimular su turbacion.

—Es que, dijo, tales impedimentos hay para ese casamiento, que temo mucho no se verifique nunca..... Y en dichas condiciones consideraria como poco delicado aceptar semejante favor del señor Dickson:

—¿Qué me decís, señor marqués? ¡Un negocio arreglado ya!..... ¡Vuestra palabra comprometida!..... ¿Y habláis de romper?...

—No podia suponer que os hubiérais desprendido de esos papeles sin mi autorizacion... Os habeis excedido, señor Baradoux; necesito esos valores hoy mismo; hacedme el favor de ir á buscarlos á casa del señor Dickson y llevádmelos, pues inmediatamente os entregaré el total importe de ellos.

—Pero, señor marqués, me habláis hoy un lenguaje muy diferente del de ayer..... ¡Me es imposible ir ahora á buscar esos valores! El señor Dickson no es nada suave y no ten-

go yo necesidad de arrostrar su cólera..... Cuando se entrega á un acceso de ira es terrible, y comprendereis fácilmente que vuestra mudanza de parecer no ha de serle muy agradable..... ¡El, que tantos sacrificios ha hecho para asegurar la felicidad de su hija!.....

—No necesito deciros, caballero, que no perderéis los beneficios que hubiera podido daros en ese negocio.

—Ni una palabra más, señor marqués, os lo ruego. El señor Dickson y vos me habíais encargado de comun acuerdo una negociacion, cuyas condiciones se habian fijado de antemano; he cumplido con mi deber..... Hoy variáis de modo de pensar, nada tengo que ver en ello y abandono completamente esa cuestion. Buscad otro intermediario que haga entrar en razon al americano..... O más bien encargaos vos mismo de tales intereses. Vuestro título de marqués impone al señor Dickson..... Id á verle con toda franqueza..... y si calmáis su primer movimiento de ira..... que será, os lo advierto, muy violento, tal vez obtengais lo que no me encargaria yo de pedirle.

Y Baradoux se levantó para despedir á Honorato, que dijo con rabia:

—Ya veo en la clase de manos en que he caído. Está bien. Los bribones no me asustan. Y salió furioso.

—Todo lo han adivinado cuando recibieron mi carta de ayer y han tomado sus precauciones, se decía.—Mas no importa; la entrevista será algo desagradable; pero las he tenido peores.

Estaba aún enfurecido cuando llegó á casa de Dickson.

Apenas entró en el vestíbulo, apareció el ayuda de cámara y le dijo:

—El señor ha dado orden de que el señor marqués suba á su despacho tan pronto como llegue. Las señoras han salido.

Dickson solo y esperándole..... Esto confirmaba las sospechas de Honorato. Sabía á lo que venia y se preparaba á luchar. Era un golpe convenido entre Baradoux y el americano.

—Este bribon me ha engañado miserablemente, y sin embargo, le hubiera yo pagado tan bien como Dickson. ¡Vamos á arrostrar, pues, esta gran cólera!

Mas todas las sospechas del marqués se desvanecieron cuando se halló en presencia del americano.

Este, que segun costumbre, estaba fumando tendido en los cogines de su divan, levantóse con alegría al ver al marqués.

—¡Ah, ya estais aquí, querido señor!  
Y le ofreció cordialmente la mano.

Honorato, muy sorprendido por semejante

repcion, se tranquilizó completamente cuando Dickson añadió:

—Os estaba esperando con alguna impaciencia y habeis hecho bien viniendo antes que vuestro hijo.

E hizo sentar á su lado á Honorato.

—Nada sabe, pues, se decía el marqués, he hecho mal en alarmarme. No tengo más que hablarle con dulzura.

Y preguntó.

—¿Han salido las señoras?

—¡Ah! querido marqués, este Paris es una ciudad que asusta á los padres como yo. En New York, mi hija no tenia ni pizca de coquetería; pero ahora que se ha vuelto parisiense, es una cosa atroz..... Lo siento por vuestro hijo; mas proveeremos á los gastos.... Mi mujer es lo mismo que Edith, ardian ambas en deseos de ir á recorrer tiendas, y desde esta mañana no he oido hablar más que de trajes, de equipos..... El de mi hija va á costarme el producto de una línea de ferrocarriles..... ¡Y qué alegría hay en esta casa, amigo mio! Desde que mi hija sabe que es futura condesa, no cesa de cantar ni de reir..... Ha tomado finisimos modales que no tenia en América; en fin, pierdo ya la cabeza y no tengo más voluntad que la suya cuando me dice, como esta mañana: ¡Ah, papaito, papaito, que feliz soy!

Nunca se habia mostrado Dickson tan prolijo.

Y hubiera continuado expresando su alegría, si Honorato no le hubiese interrumpido.

—¡Demontre, demontre! mi querido señor Dickson como padre prudente hubiérais debido moderar esa alegría.

—¿Por qué? preguntó Dickson con ingenuidad.

—Porque en Francia las niñas son más reservadas.

—¡Bah! mi hija es dichosa y expresa francamente su alegría. ¿Qué mal hay en eso?

—Ninguno..... sólo que es algo imprudente demostrarla demasiado pronto.

—¡Demasiado pronto! exclamó Dickson, cambiando repentinamente de fisonomía.

—Pues bien sí, demasiado pronto, repuso Honorato.—Confieso que no me asiste el derecho de reprochar su imprudencia á la señorita Edith, puesto que lo he sido mucho ya también..... No he sabido preveer las..... dificultades.....

—¿Qué dificultades?

—Las que presenta este casamiento.

—¡Brr! ¡Brr! exclamó el americano, no os comprendo ya, señor de Villepreux. ¿No me habéis pedido oficialmente la mano de mi hija para vuestro hijo?

—Sí, señor, pero.....

—Y os la he concedido. Estos niños se aman y no veo qué dificultades.....

—Hacedme el obsequio de no enfadaros, mi querido señor Dickson; expliquémonos con tranquilidad. No estamos en América, en donde los jóvenes escogen con mucha libertad a su mujer; estamos en Francia y aquí basta la oposicion de uno de los de la familia, para hacer imposible un casamiento. En el momento en que creía yo haber allanado todas las dificultades y en que no habia más que publicar las amonestaciones, hé aquí que mi mujer se opone á mis proyectos á pesar de mis súplicas y de las de mi hijo.

—No me hacéis creer á mí, querido señor, que no podéis hacer entrar en razon á una mujer.

—Necesitaré para eso tiempo, bastante tiempo, pues mi madre apoya á mi mujer y la marquesa viuda es la dueña del palacio en que habitamos, cuya cesion á favor de mi hijo es uno de nuestros convenios.....

—Todo lo que decís, mi querido señor de Villepreux, son palabras estériles. No sé ni quiero saber más que una cosa, y es que habéis comprometido vuestra palabra y la de vuestro hijo, y que ese matrimonio ha de verificarse en el más breve plazo. Me habéis dicho hace poco que es inútil que nos enfademos, y ya veis que por mi parte no me aban-

dona la calma; pero os prevengo que no quiero sufrir el ridículo. No dudo que obráis á pesar vuestro..... Procuráis eludir el compromiso contraído y no lo conseguiréis..... Tened la amabilidad de seguirme.

Llamó.

Sin ayuda de cámara se presentó.

—Mandad que enciendan abajo, dijo.

Y al mismo tiempo cogió á Honorato de un brazo, llevándole consigo á una ancha cueva, en la que se hallaba instalado un tiro de pistola!

Honorato habia adivinado su pensamiento y sonreía irónicamente.

El americano mandó colocar un carton á treinta pasos, y sin darse el trabajo de apuntar, tiró dos veces.

—Id á buscarme ese carton, dijo despues al criado.

Este se lo trajo.

—Subamos otra vez, dijo Dickson.

Llevó al marqués á una bonita sala de armas, y asegurándose de que estaban solos:

—Mi querido señor de Villepreux, dijo, podéis notar que este carton no tiene más que un agujero hecho por la primera bala, las demás han seguido el mismo camino. Si queréis tomar un florete y dar un asalto conmigo, vereis cómo soy tan diestro en la esgrima como en el manejo de la pistola, y no os hablo de

la carabina, porque es una arma que se usa poco aquí.....

—Es inútil, completamente inútil, interrumpió Honorato, encogiéndose de hombros.

—Es preciso que sepáis, repuso Dickson, que me vengaría del más pequeño ridículo que cayera sobre mí, matando primero á vuestro hijo y á vos despues.....

Honorato soltó una careajada.

—Ridículo, dijo, lo sois en este momento, mi querido señor. Vuestra demostracion en cuanto á destreza es muy notable; pero lo es mucho ménos respecto al buen gusto. Amenazar á un individuo que pertenece á la nobleza y creer que le amedrentáis con la perspectiva de un desafío..... Todo Paris se reiría de ello si lo supiera. Esto sólo bastaría para que yo rompiese un casamiento del que no conocia las circunstancias..... peligrosas que en él concurrían. Mas no os guardo rencor por haberme amenazado; lo habéis hecho con tan buena fé..... Sin embargo, si juzgáis que un desafío sea necesario entre nosotros, estoy á vuestra disposicion donde y cuando queráis... hasta con carabina.

—No, replicó Dickson, no, reservo el desafío para el último extremo, y estoy cierto de que no llegaremos á ese punto. Lo mismo en Francia que en América nadie se bate con su

deudor, y olvidáis que lo sois mio, señor de Villepreux.

—Ya estamos, se dijo Honorato, voy á aniquilarle con una palabra.

—¿Vuestro deudor yo? dijo fingiendo sorpresa.

—Por una suma colosal, no, replicó con ironía el americano; pero, sin embargo, bastante difícil de encontrar..... y ha sido una felicidad para vos hallarla en mi casa.

—No comprendo lo que decís, repuso Honorato con desdén.

—¿Ignorais que yo soy quien ha pagado á vuestros acreedores?

—¡Ah! ¿De eso es de lo que hablais? dijo el marqués cada vez más desdenoso.—En efecto, Baradoux acaba de decirme que habia necesitado de vuestros capitales; pero esto es cosa de Baradoux y no mia. Momentáneamente apurado para verificar esos pagos, encargué al banquero que se ocupara de hacerlo en mi nombre, creyendo que disponia de bastantes fondos para hacer frente á ellos, sin necesidad de recurrir á nadie. ¿Se ha dirigido á vos? es, pues, un negocio entre vos y él. Os ruego le devolvais esos titulos y esos valores que no hubieran debido salir de su caja, de donde pensaba sacarlos hoy..... ó mañana á más tardar.

—¡Muy bien jugado, señor marqués, muy

bien jugado! exclamó Dickson riendo.—Sois verdaderamente un adversario digno de mí, y siento de todo corazon las disensiones que surgen entre nosotros; pero no dudo de que no serán más que pasajeras, pues tengo aún otra combinacion. Vuestros titulos y vuestros valores no saldrán de mi casa.

—Os lo reclamaré por medio de un alguacil.

—Ni á éste ni á vos los entregaré. Es que vuestros papeles son preciosos; desde que los tengo en mi poder, he tenido tiempo de examinarlos. ¡Cáspita! qué modo teneis de llevar los negocios..... ¿Sabéis que si los entregase al señor procurador de la República, tendria la indiscrecion de empezar un informe que llegaria, no lo dudeis, á una acusacion de estafa? ¡Oh, no os vitupero, sois ducho en la materia, no teneis más culpa que la de no haber salido de ella con bienes. Pero, en fin, habeis llegado hasta tal punto, que de mí solo depende que tengais ó no que comparecer ante el tribunal correccional. Cuando digais esto á vuestra madre y á vuestra mujer, creo que todas las dificultades se desvanecerán..... y os declaro que olvidaré el paso que acabais de dar.

Esta vez Honorato nada encontró que contestar. El americano le tenia en su poder, y

el peligro de que habia creído escapar, se habia hecho mayor.

—Os entregaré esos papeles..... comprometedores, repuso Dickson, la noche de la celebracion del casamiento. Creo que no titubearéis ya y que anunciareis oficialmente á vuestra sociedad el enlace de nuestras dos familias.....

El marqués fijó en el americano una mirada de espanto, y sin pronunciar una palabra, se dirigió hácia la puerta.

—Además, añadió Dickson, debe ser ya cosa hecha.

Y miró su reloj:

—Las tres.... Precisamente hoy es el día de recepcion de la baronesa de Vauchelles. Hay siempre mucha gente en su casa y mi mujer seguramente debe en este momento anunciarle la buena nueva.

## XXI.

## EN CASA DE LA BARONESA DE VAUCHELLES.

El marqués habia creído sorprender á sus adversarios y los habia encontrado prontos á defenderse y á rechazarle en todos los puntos.

Si los hubiera atacado sin que estuviesen prevenidos, tal vez hubiera podido vencerles. Si se hubiese presentado inopinadamente en casa del americano, diciéndole: "¡Ese casamiento es imposible, devolvedme mis títulos, he aquí vuestro dinero! rompamos amigablemente." Dickson se hubiera visto bastante cortado, y para vencer al marqués, hubiera recurrido al desafío.

Esto era lo que el americano habia propuesto á Baradoux, imaginándose que Honorato amaba antes que todo la vida, y que la perspectiva de un duelo le amedrentaria.

Pero Baradoux le contestó:

—¡Bah! el marqués de Villepreux se enojará de hombros; bajo el punto de vista moral, es en verdad, un ser despreciable; pero en cuanto á valor tiénelo de sobra. Lo único que teme es perder la consideracion de los demás, atacadle por ese lado y le intimidareis.

Y la comedia que acababa de representar Dickson, habia sido compuesta por el banquero.

—Antes de venir aquí, le dijo, pasará por mi casa; yo le preparé y llegará á vuestra presencia muy inquieto y temiendo la explosion de vuestra ira. Le sorprendereis con vuestra amabilidad y se desenmascarará..... No os enfadéis y se mostrará altivo..... Amenazadle si quereis con desafiarle y vereis cómo se rie

el peligro de que habia creído escapar, se habia hecho mayor.

—Os entregaré esos papeles..... comprometedores, repuso Dickson, la noche de la celebracion del casamiento. Creo que no titubearéis ya y que anunciareis oficialmente á vuestra sociedad el enlace de nuestras dos familias.....

El marqués fijó en el americano una mirada de espanto, y sin pronunciar una palabra, se dirigió hácia la puerta.

—Además, añadió Dickson, debe ser ya cosa hecha.

Y miró su reloj:

—Las tres.... Precisamente hoy es el día de recepcion de la baronesa de Vauchelles. Hay siempre mucha gente en su casa y mi mujer seguramente debe en este momento anunciarle la buena nueva.

## XXI.

## EN CASA DE LA BARONESA DE VAUCHELLES.

El marqués habia creído sorprender á sus adversarios y los habia encontrado prontos á defenderse y á rechazarle en todos los puntos.

Si los hubiera atacado sin que estuviesen prevenidos, tal vez hubiera podido vencerles. Si se hubiese presentado inopinadamente en casa del americano, diciéndole: "¡Ese casamiento es imposible, devolvedme mis títulos, he aquí vuestro dinero! rompamos amigablemente." Dickson se hubiera visto bastante cortado, y para vencer al marqués, hubiera recurrido al desafío.

Esto era lo que el americano habia propuesto á Baradoux, imaginándose que Honorato amaba antes que todo la vida, y que la perspectiva de un duelo le amedrentaria.

Pero Baradoux le contestó:

—¡Bah! el marqués de Villepreux se enojará de hombros; bajo el punto de vista moral, es en verdad, un ser despreciable; pero en cuanto á valor tiénelo de sobra. Lo único que teme es perder la consideracion de los demás, atacadle por ese lado y le intimidareis.

Y la comedia que acababa de representar Dickson, habia sido compuesta por el banquero.

—Antes de venir aquí, le dijo, pasará por mi casa; yo le preparé y llegaré á vuestra presencia muy inquieto y temiendo la explosion de vuestra ira. Le sorprendereis con vuestra amabilidad y se desenmascarará..... No os enfadéis y se mostrará altivo..... Amenazadle si quereis con desafiarle y vereis cómo se rie

de ello; pero cuando se trate de los títulos, habladle sin reparo y como si fuera cosa vuestra del tribunal correccional. No podeis figuraos el efecto que las sencillas palabras de "Tribunal correccional" produce en los vividores parisienses que saben haber merecido comparecer ante él. El marqués saldrá de aquí completamente trastornado.....

Y en efecto, Honorato se fué lleno de miedo y definitivamente vencido por el yankee.

Dickson habia vuelto á tenderse en su diván, y fumando otro cigarro se decia:

—La vida parisiense es muy divertida, y con tal que mi mujer haya maniobrado bien á su vez, soy uno de los reyes de esta capital. ¡Qué hermoso es el palacio de Villepreux!

Habia ido á verle desde lejos, y no soñaba más que con el acto de entrar su hija en él.

—En este momento, si Baradoux no me ha engañado, la noticia del casamiento debe correr por todos los ámbitos de Paris.....

El banquero no se habia contentado con preparar la entrevista de Dickson con el marqués, sino que quiso tambien obligar á la familia de éste esparciendo la noticia del enlace de Edith con Federico.

Obedeciendo á dicho plan, la americana fué llamada por su marido, que la dijo:

—Querida Margaret, el señor de Villepreux y su hijo no han de venir hasta la noche, po-

deis tú y Edith ocuparos del equipo, de sus vestidos y de los tuyos..... Os abro un crédito ilimitado, sin embargo, sed razonables.

—¿De modo que todo está ya decidido?

—Todo, querida.

—Te lo pregunto porque hoy es dia de recepcion en casa de la baronesa de Vauchelles, y si no lo desapruebas, me consideraria feliz anunciándole la buena nueva.

—Tienes razon, amiga mia, esa señora ha sido siempre muy amable con vosotras, y su casa debe ser la primera en que se sepa el casamiento de nuestra hija.

—¿Nos acompaña?

—No. Estoy esperando al marqués para tratar con él de algunas cuestiones de dinero. O más bien confirmar las proposiciones que el señor Baradoux le ha hecho en mi nombre.

Se guardó muy bien de decir la verdad á su mujer, quien al saber lo que ocurría, hubiera podido perder la cabeza.

—¿Mandó poner la corona de condesa en el equipo de Edith?

—Sí, queri la mia..... mientras no tenga la de marquesa.

La señora Dickson interrogo con la mirada á Baradoux y éste hizo un gesto de aprobacion.

Algunos minutos despues, la madre y la hija salieron sin la menor desconfianza, prepara-

rándose á representar el papel que el americano y Baradoux se habian asignado.

Edith estaba satisfecha.

Todas sus ambiciones iban á realizarse, se casaba con el único hombre que habia deseado entre la turba de los elegantes que la cortejaban; y su padre tambien se hallaba enamorado, tal vez más que ella, de Federico: el jóven matrimonio obtendria fácilmente de él cuanto quisiera. Viviria en un palacio admirable, al que volveria á dar su antiguo esplendor y llevaria uno de los nombres más gloriosos del libro de la nobleza.....

Su prometido parecia en verdad algo frio; <sup>pero</sup> era el amor lo que ella buscaba en él. ¿Quénto.

Mas como cuando una persona es feliz, es tambien mejor, la jóven alimentaba las más nobles intenciones, respecto de su familia.

Se mostraria afectuosa para su cuñada, muy dulce para su suegra y aparentaria venerar á la abuela.

Pero lo que más la encantaba era el título de condesa.

Empañó con el aliento uno de los cristales de la berlina, y con la punta del dedo dibujó una corona con nueve bolitas por remate.

Pronto la veria en las portezuelas de sus coches, en las guarniciones de los caballos, en

el servicio de plata, en la librea de los criados.....

—¿Vamos ahora á casa de la costurera? preguntó Mrs. Dickson.

—Sí, madre.

Margaret se ballaba demasiado trastornada por la alegría, para ocuparse de cosas serias, y si bien queria ir á ver á la costurera, no era más que para decirle:

—¿Cómo confeccionareis el traje de desposada de mi hija?

—¿La señorita se casa, pues?

Y la modista la felicitó, y preguntó respetuosamente:

—¿No es una indiscrecion preguntaros el nombre del futuro?

La americana se hizo rogar un poco, y luego respondió con modestia:

—El conde de Villepreux.

En el almacén de la florista se repitió la misma escena; fué preciso explicar el por qué los ramitos de azahar interesaban tanto á Miss Edith, que ruborizándose, escogió uno y dijo:

—Hay que enseñárselo al señor de Villepreux.

En fin, en una de las casas de ropa blanca de la calle de la Paix, adonde va todo el mundo elegante, la señora Dickson no tuvo más que pedir modelos de coronas de condesa para

que la dueña de la tienda comprendiera y preguntase:

—¿Es para la señorita?

Dickson podía estar tranquilo; su mujer había maniobrado con destreza. ¡Estaba tan orgullosa propagando de antemano el título de condesa que iba á llevar pronto su hija!

No era necesario que diese mucha prisa para ir á la casa de la señora de Vauchelles á anunciar el casamiento, pues la noticia corría ya en los salones y en los círculos. Las mujeres la supieron en los tres almacenes en donde lo había dicho Margaret, lo repitieron á las personas que fueron á visitarlas, y los hombres corrían al círculo para ser los primeros en anunciarlo.

En el momento en que el coche de la americana paraba delante de la puerta de la baronesa de Vauchelles, una de las visitas estaba diciendo á la dueña de la casa:

—¿Sabeis, querida amiga, que mi modista acaba de anunciarme un casamiento que ha de producir mucho ruido en París?

En aquel momento el criado anunció:

—La señora y la señorita Dickson.

La visita se calló.

La americana había procurado darse un aire modesto; Edith bajaba la vista; pero á pesar de esto la alegría del triunfo se leía en su cara.

Margaret y su hija hubieran variado seguramente de actitud, si en vez de entrar en el salón de la baronesa lo hubieran hecho en el despacho del baron y hubieran oído lo que allí se decía.

Dos hombres se hallaban en él, el baron y Brettecourt.

Este había llegado pocos momentos antes.

Muy satisfecho de la entrevista de Juan con el marqués, tranquilo respecto al porvenir y la dicha de su hijo adoptivo, se ocupaba, según se lo había prometido á la marquesa viuda, de Federico de Villepreux.

Vauchelles le había recibido con sumo cariño, diciéndole:

—¿Descastado! ¿Será preciso resignarse á no veros más que cada quince días?

Brettecourt echó la culpa á sus trabajos, y dijo despues con alguna malicia:

—No busco á mis amigos más que cuando los necesito.

—Conde, esto no es cierto, pero, sin embargo, si para algo me necesitais, me consideraré muy dichoso si puedo servirlos.

—Pues bien, un favor es lo que os vengo á pedir.

—Hablad.

—Hace algunas semanas, el día en que disteis aquella grande fiesta en Marly-le-Roi, os

pregunté casualmente quién era la señora Dickson.....

—Y os contesté que una mujer encantadora, muy rica, que tiene una hija bellísima, y que el marqués de Villepreux cortejaba algo á la madre.

—En efecto; pero supongo que algo más sabéis.

—Poca cosa, amigo mio, como no sea que desde entonces he conocido á su marido, que es un hombre muy campechano. Le veo bastante á menudo en una sala de esgrima; es muy diestro en el manejo de la espada y tira la pistola con una maestría sin igual. En fin, tiene excelentes cigarros.

—Y..... ¿es esto todo?

—No. Puedo informaros de ciertos detalles de su vida íntima. Parece que el marqués hacia la corte á la señora Dickson con un motivo muy plausible: mostrándose más previsor para su hijo que para sí mismo, codiciaba los millones del americano, y Federico, á su vez, ha conquistado á la hija, y creo que dentro de poco, el blason de los Villepreux recuperara su brillo con los millones de ese yankee.

—¿Lo creéis así?—preguntó Brettécourt con amargura;—yo no. Mas esta no es la cuestión: ¿qué son ó qué han sido esos Dickson; á quiénes recibió Paris con tanto agasajo como si

perteneciera á la más antigua nobleza? ¿De donde vienen?

—¡Pardiez, de América!

—¿Y su dinero?

—Supongo que del mismo sitio.

—¿En qué clase de negocio lo han ganado?

—Brettécourt, amigo mio, sois por demás curioso. Afortunadamente los parisienses lo son ménos que vos.

Brettécourt, se echó á reir.

—Llamadme provinciano, si así os place—dijo;—pero me parece que en mis buenos días éramos más exigentes.

—El tiempo marcha, querido amigo.

—Sí, sí, ya sé! Un viejo general que ha pasado su vida batiéndose, no está ya "en el tren," como dicen hoy nuestros lindos gomosos. ¡Pero por más exprés ó relámpago que ese tren sea, permitiréis que me admire de que abrais vuestros salones á personas extranjeras que nadie os ha recomendado y que llegan de Ultramar cubiertos de oro, ganado Dios sabe como!...

—El señor Dickson— interrumpió Vauchelles—tiene minas de petróleo, líneas importantes de ferrocarriles.....

—¿Habeis visto sacar el petróleo de esos pozos?.....¿Habeis viajado por esas líneas?

Vauchelles soltó una carcajada.

—¿Os han nombrado acaso juez de instrucción, Brettécourt?

—No; pero quiero saber con exactitud lo que son esos amigos vuestros.....

—¡Oh! ¡amigos míos!..... ¡Conocidos nada más! ¿Queréis que se le pregunte á Baradoux, que los conoce á fondo?

—Este se burlaría de nosotros; pertenece en cuerpo y alma á esos aventureros.

—¡Aventureros!..... Exagerais, tal vez, demasiado.

—¡Bah! exclamó el general encogiéndose de hombros. Una última pregunta: ¿esos Dickson han venido de New York, no es verdad?

—Por lo ménos así lo han dicho.

—Son por consiguiente americanos del Norte, como su nombre además lo indica. ¿Habeis visto, por casualidad, en su casa algun paisano suyo; por ejemplo, alguno de los agregados á la legacion de los Estados Unidos?

—He aquí una cosa que hubiera debido notar, dijo Vanchelles algun tanto turbado.—No, no recuerdo haber visto en su casa á ningun individuo de la colonia americana..... y aún esperad.....

El baron se pasó la mano por la frente, como un hombre que procura recordar.

—Sí..... un dia..... era en el Nuevo Circo, un sábado, lo recuerdo bien: estábamos reunidos unos cuantos, y entre nosotros se encontraba un secretario del ministro de los Estados Unidos en Paris. La señora Dickson y

su hija se hallaban en un palco enfrente del nuestro; y naturalmente, se habló de ellas.....

—¿Y qué dijo el secretario?

—Nada; pero noté en sus labios una casi imperceptible sonrisa y supuse que existia alguna diferencia entre él y los Dickson.

—¡Ah, parisiense ingénuo! exclamó Brettecourt.—Voy á deciros yo lo que pensaba el secretario, que debe ser un hombre honrado.

—Si lo es. Respondo de él.

—¡Pues bien! se decía que los parisienses dan pruebas de poco talento recibiendo en su sociedad y entregando su confianza á unas aventureras.

—¡Bah! nos lo hubiera advertido.

—No, amigo mio; no lo hubiera hecho, porque no le hubiérais creído. ¡Cuántas veces he oido tratar esta cuestion en el extranjero! ¡A cuántas personas recibis con honores aquí á quienes nadie saludaria en su país! En fin, ya sé bastante para lo que me resta que hacer. ¿Es hoy el dia en que la baronesa recibe, no es verdad?

—Sí.

—¿Creeis que la americana se presentará?

—Viene aquí con bastante frecuencia.

—¿Queréis hacerme el favor de llevarme al gran salon, desde donde, si no me equivoco, se divisa aquel en que recibe la baronesa?

—Con mucho gusto, amigo mio; pero ad-

mitiendo que vuestras sospechas se confirmen, nada de escándalo, os lo suplico.

—Nada temais, Vauchelles. Si bien el Africa me ha hecho algo salvaje, acabo de llegar del Tonkin, en donde la primera de todas las leyes es la cortesía.

El baron algo turbado, acompañó á Brettecourt al gran salon, en el cual ambos entraron en el momento preciso en que mistress Dickson y su hija saludaban á la baronesa.

Brettecourt pudo mirarlas á sus anchas.

En primer lugar se fijó en Edith y su cara permaneció impasible.

Mas despues de examinar un momento á mistress Dickson, el general palideció y todo su cuerpo fué sacudido por un temblor nervioso.

—¿Las conocéis? preguntó Vauchelles.

—A la hija, no; pero á la madre, sí! ¡Ah! ¡Dios mio, esto sobrepaja á todo lo que yo podía suponer! ¡Miserables!

Vauchelles quiso llevársele, temiendo alguna escena desagradable.

Mas Brettecourt dijo:

—No, no. Llego á tiempo.

Despues de los más afectuosos saludos, la americana estaba diciendo á la baronesa:

—Querida amiga, sois la primera á quien voy á anunciar una noticia que estoy cierta ya á llenaros de alegría.

—¡Ah! ¡ya adivino! replicó sonriendo la señora de Vauchelles.

Y volviéndose hácia Edith la cogió la mano, diciéndola:

—Permitid que os dé un abrazo al mismo tiempo que mi enhorabuena. Es el encantador, encantador.

Edith bajó la vista ruborizándose.

—¿Y de cuándo está la cosa decidida? preguntó la baronesa.

—Ayer ha sido cuando hemos recibido la demanda oficial del señor de Ville.....

Mistress Dickson no acabó de pronunciar el nombre.

Brettecourt acababa de entrar y fijaba una mirada terrible en la americana, que sintió helársele la sangre en las venas y su voz apagarse en la garganta.

—¿En dónde habia visto á aquel hombre?

Procuraba en vano decirse que no era en New York, que no era en aquellas innobles salas de juego en que tan vergonzosamente se habia recogido la fortuna de su hija. Tanta gente habia entrado en aquellas habitaciones, habia visto en ellas tantas miles de caras, que no se acordaba de ninguna al dia siguiente; pero hay rostros que nunca se olvidan, y el de Brettecourt era de estos.

Y si habia dudado, sus dudas se desvanecieron cuando la baronesa dijo al general:

—¡Señor de Brettecourt! ¡Ah! ¡qué agradable sorpresa!

¡Brettecourt! También recordaba el nombre. Estuvo á su lado, hacia de esto unos cinco ó seis años, una noche en que perdió cinco ó seis mil francos, en uno de aquellos momentos de sombría tristeza en que buscaba cualquier distracción para apartar el recuerdo de su constante pena.

¿La conocería?

—Querida amiga, dijo la baronesa á la americana, tengo el gusto de presentaros al señor conde de Brettecourt, quien, no lo dudo, se hará amigo vuestro, máxime cuando bajo sus órdenes el señor de Villepreux se ha conducido con tanto valor en el Tonkin.

Mistress Dickson, completamente trastornada, balbuceaba:

—Me alegro..... caballero..... me alegro.....

—¿Qué le pasa á mi madre? se decía Edith.

Brettecourt se inclinó respetuosamente delante de la americana.

—Me considero muy honrado, señora.....

Y al decir esto, su faz tenía una expresión amable y sonriente.

La newyorkina se tranquilizaba y estaba pronta á dominar su emoción, cuando el conde, dando dos ó tres pasos atrás y mirándola con más atención, dijo:

—Pero he tenido el honor de ser presentado antes de ahora á la señora Dickson.

—¿A mí, caballero, á mí? balbuceó Margaret; no recuerdo.....

—¡Oh! yo me acuerdo perfectamente.

—¡Sois víctima de error, debido á algun parecido, caballero!

—No, señora, replicó el general cada vez más amable, vuestra cara es de esas que no se pueden confundir con ninguna otra.

Se sentó enfrente de la americana y sonriendo á Edith:

—A quien no tenía el gusto de conocer es á esta señorita, que en la época á que me refiero estaría aún, sin duda, en el colegio.

Mistress Dickson se volvió hácia la baronesa y procuró reanudar con ella su interrumpida conversacion; pero Brettecourt se lo impidió.

—Comprendo muy bien, señora, dijo, que no hayais conservado ningun recuerdo de un visitante perdido en medio de la multitud que llenaba vuestros salones las dos noches en que en ellos estuve; pero yo que tanto me aburría en New York, no puedo olvidar las horas deliciosas que pasé á vuestro lado. La persona que me presentó en vuestra casa era un jóven agregado á la embajada francesa, que no me engañó diciéndome que vuestros salones eran

la Providencia de los pobres extranjeros recientemente llegados á New York.

En aquel momento la voz del conde tomó una expresion irónica.

La juventud francesa hallaba siempre en vuestra casa una exquisita acogida, y me congratulo al ver que encontráis aquí la recompensa que mereceis. Por mi parte no me es dable olvidar los salones de la Quinta Avenida de New York..... ¿Y el excelente señor Dickson, está en Paris?

—Sí, señor, respondió Edith con sequedad.

La jóven notaba la ironía oculta debajo de las palabras de Brettécourt y empezaba á impacientarse.

—Tendré mucho gusto al verle despues de tanto tiempo, repuso imperturbable el general; estoy cierto de que él me conocerá en seguida..... ¿pero qué teneis, señora?

Mistress Dickson acababa de levantarse bruscamente y como atontada.

—Dispensadme, querida amiga, dijo con moribunda voz.— Me ahogo.....

Y se dirigió hácia la puerta del salon, diciendo:

—¡Edith, ven!..... Me siento indispuesta...

La baronesa, estupefacta, quiso llevarla á otra habitacion inmediata; pero la americana rehusó; tenia prisa por marcharse y huir de aquel hombre que le daba miedo.

Antes de alejarse Edith, lanzó una mirada feroz á Brettécourt, pues demasiado comprendia que él era la causa de la emocion sufrida por su madre.

Ambas mujeres se retiraron.

El general habíase quedado en el salon y se sonreía con malicia mirando á Vauchelles, que estaba aturdido.

La baronesa algo incomodada, dijo al conde en son de reproche:

—Mi general, mereceis un castigo por haber interrumpido á esa encantadora mujer en el momento en que nos anunciaba el casamiento de su hija.

—¡Ab! dijo Brettécourt con naturalidad, ¿de esto proviene su emocion?..... ¿Y quién es el feliz mortal que se casa con esa linda jóven?

—No le habeis dejado el tiempo de decirnoslo; pero lo sé: Federico de Villepreux.

—Me parece imposible, señora, dijo Brettécourt poniéndose grave; acabo de ver á las señoras de Villepreux, y nada me han dicho de esa union, y hasta creo que se trata para dicho jóven de otro casamiento.



Unos guardias de orden público que se hallaban de servicio aquel día en el viaducto de Auteuil, estuvieron observando á un hombre, que apoyado en la baranda, miraba con fijeza el río y hasta se inclinaba como si le atrajese el agua.

Se aproximaron para examinarle más de cerca, temiendo sin duda una desgracia.

Aquel hombre tenía la mirada extraviada, la cara verdosa y gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

Era el marqués de Villepreux.

Cuando salió de casa del americano, anduvo tambaleándose por la avenida del Boque de Boulogne; pero encontrándose con algunos conocidos que le saludaban al pasar, retrocedió, y viendo delante de sí un camino desierto, echó á andar por él maquinalmente.

Recorrió sin darse cuenta de ello el bulevar Launes, el de Suchet, y siguiendo las fortificaciones, llegó al Point de Jour; y mientras

estuvo andando hasta allí, siempre que veía á un transeunte, procuraba evitar su encuentro. Tenía miedo á los hombres.

Sentía, en fin, todo lo infame que habia sido su conducta y el proceder de Dickson le habia revelado lo que era éste.

¡Un aventurero, un bandido! ¡Y pensar que dicho bandido, dicho aventurero era dueño de su honra y de la de su familia!

—¡Hasta qué punto ha llegado!—se decía.—  
¡Estoy perdido, perdido sin remedio!

Y si evitaba que los transeuntes le vieran el rostro, era porque se le figuraba que la vergüenza se leía en su cara y que todos tenían derecho á insultarle.

Por primera vez una sombra de remordimiento aparecía en su alma.

—Tanto valgo yo—murmuraba—como ese bribon americano.

Toda vanidad se habia extinguido en él.

¡No tengo más recurso que obedecer! ¡Soy el esclavo de un miserable!

Entonces el pensamiento del suicidio se presentó á su mente. Sin duda que los millones del *banker* salvarían su nombre; más ¿no bastaría una inderección, una palabra de Baradoux para que todo París supiera hasta dónde se habia rebajado el marqués de Villepreux?

Y aun cuando Honorato suponía que la fortuna de Dickson no habia sido ganada con

honradez, ignoraba en realidad su innoble procedencia: pero no podia menos de decirse:

— Ese hombre sabe perfectamente que he merecido comparecer ante los jueces, y á pesar de esto quiere unirse á mi familia y hasta sacrifica para ello cuantiosas cantidades..... ¿Qué tendrá él que oscurecer en su pasado?... Su dinero ¿no será resultado de monstruosas estafas?

Y se le ocurrió lo mismo que ha Brettecourt.

— Nunca he visto en su casa á ningun paisano suyo..... ¿Qué infamias ocultará todo esto?..... ¡Buen casamiento habia preparado yo para mi hijo!..... ¿Qué padre tan innoble soy!

En el momento en que los guardias se aproximaban á él, estaba pensando buscar el olvido y el eterno descanso en el suicidio.

Un segundo de decision y estaria libre de todo cuidado, no pudiendo Dickson vengarse de un cadáver.

Peró la presencia de los guardias le hizo experimentar un sentimiento ménos pesimista de su situacion.

Honorato habia cedido á un primer pensamiento de la conciencia y de la honra, pues al fin no en vano la sangre de los Villepreux corría por sus venas.

Mas ¡ay! su corazón estaba ya demasiado

gangrenado para que el arrepentimiento fuera duradero.

Se representó á los guardias pidiendo auxilio, á los marineros remando apresuradamente, á la gente aglomerada en torno al suicida, vió su cadáver chorreando agua, descompuesto el rostro y con repugnante aspecto..... y se sonrió de un modo cinico y desvergonzado, diciendo:

— ¡Bonito cuadro! ¡Pues no sería yo demasiado tonto!

Y los guardias, que creian realmente que aquel hombre habia ido allí para matarse, se quedaron muy sorprendidos viéndole sacar de su bolsillo una elegante petaca, encender un cigarro y alejarse sonriendo,

¡Qué necedad — se decía — mirar así las cosas de la vida! La abnegación de ese Juan Renaud me habia confundido. ¿Qué me importa, despues de todo, lo que Dickson haya podido hacer en América? ¡Está tan lejos!... ¿No hay acaso en París muchos entre los financieros y aún entre la nobleza que han hecho lo mismo que el americano y que no son por esto ménos considerados y respetados?.... ¡La honra! ¿Significa acaso algo esa palabra en nuestra época?..... Nadie se inclina ya más que ante el dinero. Mi hijo será rico, pues Dickson por lo ménos posee unos diez millones de francos; nos entrega tres, su hija sabrá

perfectamente sacarle lo demás y se volverá á América para ganar otro tanto. Se comprende que un pobre diablo se mate despues de robar la caja de su principal, porque le encarcelarian. Mas yo, matarme por dos millones!..... Dentro de seis meses, Federico adorará á su mujer y si decididamente no puede amarla, será bastante rico para consolarse con otras.

Tomó un coche y se hizo llevar á la calle de San Dominique.

Al atravesar el patio de su casa, algunos temores le asaltaron nuevamente viendo la cara severa de la marquesa detrás de los cristales de la ventana del salon.

—¡Qué difícil me va á ser obtener el consentimiento de mi madre; pero con maña!... La dejaré dueña del porvenir de Enriqueta, disponiendo yo del de mi hijo. ¡Vamos una última lucha y soy el amo otra vez!

Y entró en seguida en el gabinete de la marquesa en donde se hallaba en compañía de Julieta.

—Te esperábamos con impaciencia, Honorato, dijo la anciana.

—Ganas tenia tambien yo de veros, madre mia, respondió afectuosamente.

Besó la mano de la anciana y abrazó cordialmente á su mujer.

Estaba resuelto á obtenerlo todo por la dulzura.

—¿Y los niños? preguntó.

—Nuestros hijos, dijo Julieta, están juntos, llenos de esperanza, pues el señor de Brettecourt, ha venido y nos ha contado la entrevista que has tenido con su..... hijo.

—Me he admirado y hasta he sentido, dijo la marquesa, que no me lo dijeras tú.

Honorato arrugó ligeramente el ceño.

—Brettecourt, dijo, obra con una excelente intención. Lo que ha hecho por ese joven sargento, con el único objeto de permitirle casarse con Enriqueta, es un acto de abnegacion. Procura por ese medio rescatar el mal que nos ocasionó en otro tiempo y nadie se lo agradece más que yo..... Pero me parece que se ocupa demasiado de lo que no le importa.

—¿No tiene acaso el derecho de ocuparse del que desde ahora es su hijo? dijo la marquesa.

—Si, madre; pero esto no le da ninguno sobre el mio. Me habéis dicho que Federico, lo mismo que su hermana, está lleno de esperanza; más desgraciadamente sólo puedo cumplir los deseos de mi hija. Esta mañ na aún confiaba yo que las cosas tambien se arreglarían para Federico, pues me habia dejado arrastrar por la nobleza de sentimientos del vizconde de Brettecourt..... Mas como los hechos consu-

mados tienen gran fuerza, me veo precisado á inclinarme, y mi hijo tendrá que imitarme, ante los compromisos contraídos. Además, yo mismo voy á hablar ahora con los dos.

La marquesa viuda y su nuera, admiradas, no tuvieron tiempo de contestar. Honorato había ido á buscar a los jóvenes.

Cuando estuvieron todos reunidos, el marqués hizo sentar á su lado á Enriqueta y la dijo afectuosamente:

—Querida niña, muchas lágrimas has vertido de algun tiempo acá; pero pronto vas á olvidar tu pena. La dicha siempre se paga caro. ¿Amas en realidad á Juan Renaud?

—¡Con toda mi alma, padre mio!

—¿Estás muy decidida á ser su esposa y á quererle toda la vida?

—¡No necesitáis preguntármelo!

—Hija mia, la vida es muy larga; el casamiento es cosa grave.....

—¡Un amor como el mio no se extingue nunca!

—Pues bien, me habia opuesto vivamente á esa union, porque queria que á toda costa que tu marido fuera de noble cuna.....

—¡Lo es padre mio! exclamó Enriqueta con exaltacion.

—No, no exageremos, replicó Honorato con aire bonachon.—No, el señor Renaud no es de noble cuna..... Su origen es muy plebeyo;

pero el señor de Brettecourt, no teniendo hijos, se ha dignado reconocerle como suyo y cedo á tu amor y á los ruegos de tu madre, de tu hermano y de tu abuela. Te casarás con el vizconde de Brettecourt.

Enriqueta se echó en brazos del marqués.

—¡Ah, padre querido, que bueno sois!..... ¡Cuánto os amamos los dos!

Honorato correspondió á las caricias de su hija con otras muy tiernas. Su mujer no podía creer lo que veía.

—Ahora, dijo el marqués, déjanos, necesito hablar con tu hermano.

Enriqueta se alejó, y en el umbral de la puerta se volvió con la cara bañada en lágrimas de alegría para enviar con ambas manos un beso á su padre, diciéndole:

—Voy á rogar á Dios por vos.

Y desapareció.

En seguida el marqués cesó de sonreír; su cara se entristeció:

—Ahora te toca á tí, hijo mio, dijo á Federico; pero lo que siento es que tengo que causarte mucha pena.....

Federico dominó la angustia que se apoderaba de él y replicó:

—Antes que nada, padre, dejadme que os dé las gracias por haber consentido en la felicidad de mi hermana; pues la suya es la mitad de la mia.

—Bien hubiera querido yo, repuso con ternura el marqués, hacer lo mismo contigo; pero desgraciadamente me es imposible.

El joven inclinó la cabeza y enjugó furtivamente una lágrima.

—Hace dos días, continuó el marqués, me dijiste: "Consentid en el enlace de Juan Renaud con mi hermana y os obedeceré." La dicha de Enriqueta está asegurada ya.....

—Si es preciso, padre, estoy pronto á cumplir lo que os ofrecí; no olvido mis compromisos nunca; pero ¿no os ha propuesto mi amigo.....

—El joven Renaud ha llegado demasiado tarde, dijo con gravedad el marqués.— Cuando vino á verme esta mañana, me conmovió profundamente, no me asistía la suficiente calma para reflexionar y me figuré que podría recoger tu compromiso y el mio; mas te lo repito, era demasiado tarde. He visto al señor Dickson, he tenido con él una conversacion en extremo penosa y no quiere en modo alguno devolverme mi palabra; ama apasionadamente á su hija y no quiere destrozarla el corazón.....

La anciana marquesa interrumpió con violencia á Honorato:

—¡No hables del corazón ni de amor, cuando no se trata más que de una cuestion de dinero!

—¡Pues bien, sea como queráis, madre! exclamó el marqués con un movimiento brusco; mas en seguida reprimió su cólera y dijo con mucha pausa:

—Hablemos de dinero, puesto que así lo queréis. ¿No creéis, sin duda, haberme humillado bastante una vez ya, delante de mi hijo?..... ¿Deseáis que confiese aún mis culpas?... No estaréis por lo visto satisfecha, hasta que vuestro nieto se ruborice de su padre.....

—¡Basta, basta! exclamó Federico:

Y al mismo tiempo abrazó á su padre, como para defenderle.

Ambas señoras quedaban como atontadas, vencidas, y no pensando en luchar ya.

—¡Padre vos y yo no somos más que uno! decía el joven.

—¡Ah, querido hijo, si hubiese podido desempeñar mi palabra!

—Os lo agradezco como si fuera un hecho, pues comprendo cuánto os habrá costado el intentarlo.....

—Haces bien en creerlo así, dijo Honorato con voz ahogada por fingida emoción.— ¡Y si supieras cuánto me ha humillado ese americano ante la nobleza de su alma!..... Querrás creer que desde ayer, confiando solo en mi palabra, rescató esos malditos papeles que comprometian nuestra honra! ¡Ah, cuán caro pago mis imprudencias! Sí; basado ex-

clusivamente en la fuerza de mi verbal compromiso, ese hombre ha gastado ya cerca de dos millones de francos, y en tales condiciones, ¿podía yo recoger mi palabra?

—No, padre, no! Habéis obrado como debíais hacerlo.

Federico estaba temblando de vergüenza al pensar que tan comprometedores papeles se hallaban todavía en poder de un extraño, y ya no valdaba, porque él, que hasta hubiera consentido en morir para rescatarlo, no dejaba de conseguirlo á costa del sacrificio de su felicidad.

Honorato añadió con hipocresía:

—Los medios que Dios emplea son desconocidos; si las cosas se han arreglado de este modo, es porque quiere que nuestro nombre sea salvado por tí y no por Juan Renaud. ¡Inclinémonos ante la voluntad divina!

Un largo silencio siguió á esta exclamacion, y el marqués pensaba:

—¡En verdad, que hubiera sido una gran inocentada el tirarle al Sena!

La union de Federico con la americana, no sería un modelo de amor en el principio; pero su hijo se iría acostumbrando poco á poco á la felicidad que proporcionan los bienes de fortuna, muy apto óposito para extinguir los sufrimientos, y más tarde agradecería á su pa-

dre el haberle proporcionado tan hermosa posición.

En cuanto á la marquesa y á su mujer, sabia Honorato que le guardarían rencor durante mucho tiempo; pero tendrían para consolarse el espectáculo de la dicha de Enriqueta y de Juan Renaud, dicha que de él habia dependido y á la que habia consentido de buen grado; pues era preciso que lo reconociera así.

Todo se arreglaría de este modo sin reyertas y conforme él lo deseaba.

Entreveía el fin de su existencia, tan tranquila como borrascosa habia sido hasta entonces, y el egoísmo ahogaba en él el remordimiento que le habia asaltado, despues de su conversacion con el americano.

Un violento campanillazo le interrumpió en sus dulces pensamientos sobre el porvenir.

Honorato iba á responder que no queria recibir á nadie en aquel momento, porque temiendo cualquier intervencion se disponia á llevar á su hijo á casa de Dickson, ántes de que pudiese volver á ver á Brettecourt ó á Juan Renaud, pues suponía que quien llamaba no podía ser más que uno de ellos.

Mas como la marquesa viuda habia dado orden de que se hiciera pasar en seguida al general cuando se presentase de nuevo, la criada abrió la puerta del salon, anunciando:

— ¡El señor conde de Brettecourt! ¡el señor Florimont!

— ¡El notario! exclamó el marqués.— Me retiró, señoras..... ¡Ven, Federico!

— Marchaos si así os place, señor marqués, dijo Florimont con tono solemne; pero en cuanto á vos, caballero Federico, os ruego que os quedéis, pues tengo que comunicaros una cosa muy grave.

— ¡Quedaos ambos! ordenó la anciana marquesa con majestuosa autoridad.

Honorato ardiendo en ira, pero no atreviéndose á resistir, se sentó otra vez, lanzando furibundas miradas al notario.

Este aparecía muy colorado y en extremo exaltado. Brettecourt sumamente pálido.

La marquesa les indicó que se sentaran; mas solo el general obedeció.

— Señora, dijo Florimont, tomó el primero la palabra, porque no tengo más que decir una sola cosa al señor conde de Villepreux, mientras que el señor de Brettecourt tiene, segun creo, que haceros una larga confidencia.

— Sed breve, dijo Federico con sequedad.

— Caballero, he olvidado momentáneamente los penosos incidentes que han tenido lugar entre nosotros, no acordándome más que de los lazos de agradecimiento que me unen á vuestra familia..... y por consiguiente á vos. He sabido que os casáis.....

— Pero, señor mío, interrumpió el jóven, ni casamiento nada os importa.

— Dispensadme y dejadme hablar un momento, os lo ruego. Mi deber me ordena que os haga saber una cosa que ignoráis, y que acaban de revelarme hace algunos instantes. Conozco los motivos que os han obligado á consentir en una union que rechazabais con toda vuestra alma; os sacrificáis para salvar el apellido que lleváis, y sin aprobaros, me veo obligado á hacer justicia á vuestras nobles intenciones; pero es preciso que vuestro sacrificio no sea inútil, y va á serlo.

El marqués hizo un movimiento brusco y procuró cortar la palabra á Florimont.

— ¡Escuchadme, señor marqués! dijo el notario con energía, pues estoy cierto de que ignoráis tambien vos lo que voy á deciros. Vuestras deudas han sido pagadas ayer en casa de un tal..... Baradoux, con el dinero del señor Dickson. Esas deudas ascendian poco más ó ménos á dos millones de francos. ¿Cuánto dinero habia entregado el americano al señor Baradoux? Lo ignoro. ¿Ha sido su cómplice ó engañado él tambien? No puedo decirlo; pero puedo afirmaros que ese Baradoux ha representado una indigna comedia con vuestros acreedores; les ha dicho que estáis completamente arruinado; que vuestra madre no pagará vuestras deudas; que por consiguiente, sus

pagarés no tenían ningún valor, y que si os perseguían ante los tribunales, no tendrían más consuelo que el de veros deshonrado sin percibir un sólo céntimo. Vuestros acreedores, asustados ante esa perspectiva, han acatado la voluntad del señor Baradoux, quien en vez de los dos millones que debíais, les ha entregado apenas quinientos mil francos.....

—Es imposible.

—Estoy ciertísimo de lo que os digo. Pues bien, si vuestra firma está en salvo, no sucede lo mismo con vuestra honra. Esto es lo que mi deber me manda comunicar al señor conde de Villepreux.

Florimont no añadió ni una palabra más; saludó á las señoras y á Federico, que estaba aterrado, apretó la mano del general y se marchó apresuradamente.

—¡Ese pobre hombre está loco! exclamó Honorato en cuanto desapareció el notario.

—No os ha dicho más que la verdad, replicó Brettecourt, pero nadie, marqués, puede haceros responsable de semejante cosa, y me apresuro á añadir que según todas las probabilidades, el señor Dickson ignora también todo eso.

Federico cobró nuevamente alguna esperanza y no apartaba su vista del conde.

—Lo probable es, prosiguió el general, que esto haya sido un golpe preparado por ese

bandido de Baradoux, un pillo que ha merecido más veces estar en presidio que los pobres diablos que sufren ese castigo; pero, señores, la justicia, tan severa para los pobres, tiene una indulgencia incomprensible para los encumbrados bribones financieros. Hé aquí á mi parecer, la verdad respecto á lo que concierne á ese canalla; el señor Dickson no ha intervenido en esa bribonada, porque necesita adquirir demasiada buena fama aquí para cometer tal infamia, pues parece que al atravesar el Atlántico, se ha transformado en hombre honrado.....

Mientras que Federico, aniquilado por estas últimas palabras, se tapaba la cara, ambas marquesas, cobrando nuevas esperanzas, preguntaron con ansiedad:

—¿Le conocéis?

Honorato estaba intranquilo.

—Mi querido marqués, repuso Brettecourt con benevolencia, os han engañado indignamente.

El general observaba fielmente la ley que le había impuesto Maria Renaud; atenuaba en cuanto le era posible las culpas del marqués, haciendo posible una reconciliación entre Honorato y su madre.

—Sois muy disculpable en verdad, decía, no podíais adivinar lo que la casualidad me hizo saber en uno de mis viajes. Si de algo

tenéis culpa, es solamente de falta de prudencia y todo París os ha imitado en esto. *Mistress Dickson* ha sido recibida con un agasajo que rehusarian ciertamente á honrados franceses; la señorita *Edith* ha rechazado ya los homenajes de algunos pretendientes que no pedían otra cosa que hacerla entrar en la aristocracia acompañada de sus millones..... Permittedme únicamente repetiros lo que decia hace poco á *Vauchelles*, y es que hubiera sido de la más elemental cordura informarse de la procedencia del caudal de esa familia.

—Pero; mi querido general, dijo *Honorato* con tono seco, he tomado algunos informes. El señor *Dickson* descende de una antigua familia inglesa establecida tiempo atrás en los Estados Unidos. Es un hombre de notable inteligencia, que posee minas de petróleo, minas de plata y que construye en este momento una vía férrea considerable en la América del Sur.....

—Vuestros informes son inexactos, marqués. En todo esto nada hay de verdad, como no sea la mina de plata. Solamente que esta no se encuentra situada en un terreno minero; se halla en la ciudad de *New York*, en una magnífica casa de la Quinta Avenida, cuyos salones están amueblados con lujo, siendo los más esenciales varias mesas cubiertas con tapetes

verdes, en las que se ven habitualmente cartas, con las que los incautos pierden el dinero.

*Honorato* se levantó de un salto como loco; saliéndosele los ojos de las órbitas.

*Federico* suspiró profundamente, mientras que *Brettecourt*, con mucha calma y una ligera ironía, prosiguió:

—Ignoro el origen del señor *Dickson* y el de su mujer; ignoro de qué familia descenden; pero lo que puedo afirmar es que hace cinco años, aprovechándome de una licencia, fui á *New York*. No necesito deciros que no buscaba placeres, sino distracciones para luchar contra la tristeza de mis recuerdos.

—¡Pobre amigo! murmuró la marquesa.

—Una noche un joven agregado á la embajada francesa, primo de *Vauchelles*, me llevó consigo á uno de los pocos sitios que se abren en *New York*. Era una casa en la que podía entrar cualquiera y en donde lindas mujeres aya habian á los concurrentes á pasar agradablemente la vela. La más amable de todas era la señora *Dickson*, ama de la casa; se jugaba..... y se perdía, porque era preciso que cada cual pagase su escote..... El señor *Dickson* embolsaba como buen padre, el dinero, para preparar la dote de su hija.....

*Honorato* ya no escuchaba; se levantó como loco y huyó espantado.

XXIII.

ALERE FLAMMANI  
VENI UN VELO QUE SE DESCORRE.

— ¡Ah! ¡qué divertida es la vida parisiense! Esto repetía Dickson por décima vez desde la salida de Villepreux.

— Nada sigue aquí su curso natural, siempre se tienen nuevas emociones ó se hallan adversarios dignos de uno mismo. ¡Ese marqués! No se ha inmutado cuando me ha visto colocar doce balas en un mismo agujero y es evidente que se batirá con tanto valor como yo... ¡Pero qué descolorido se puso cuando le hablé del tribunal correccional! Baradoux tiene siempre razón: que buen profesor es de civilización europea!..... Mi mujer, con seguridad, habrá hablado del casamiento en todos los almacenes que haya recorrido, sin contar el anuncio oficial en casa de la baronesa de Vauchelles: somos dueños ya de la situación.

Y para manifestar su gozo, Dickson se puso a bailar solo alrededor de su despacho.

A pesar de todos sus millones, tenía á veces unos modales que estaban lejos de ser los de la sociedad á que quería pertenecer.

Se entregaba á la alegría con tanta más naturalidad, cuanto que su miedo había sido muy grande á pesar de la seguridad que demostraba.

La ruptura del casamiento de su hija, enlace del que se hablaba ya en los salones como de una cosa corriente, hubiera sido un escándalo, que si bien no de gran ruido, sí de algun peligro para la familia. Dickson; pues no hubieran dejado de preguntar los curiosos el motivo de la retirada de Federico. Y como el marqués no gozaba de gran estimación, hubieran supuesto que la señorita Dickson era aún ménos estimable que él.

Las suposiciones no llegarían más allá en un principio; pero era sumamente fácil tomar informes, bien sea en la legacion de los Estados Unidos en la misma ciudad de New York. ¡Un parte va y otro viene tan pronto!

“El señor Dickson no posee minas, ni caminos de hierro: es solamente un hombre de baja estofa, amo de una casa de juego y digno del mayor desprecio.”

— ¿Qué podía responder á semejante acusación?

Así es que no guardaba mucho rencor al

marqués de Villepreux por haber opuesto alguna dificultad en los últimos momentos.

—Nos reconciliaremos esta noche, se decía, no se hablará más del asunto y viviremos en adelante en perfecta inteligencia.

Dickson llegaba á este punto en sus reflexiones, cuando el coche de su mujer entró en el patio del hotel.

El americano llegó hasta la puerta y se quedó sumamente sorprendido al ver á Edith muy encarnada, con aire furioso y los ojos echando chispas, mientras que su madre estaba anonadada.

Corrió á su encuentro presintiendo una desgracia.

—¿Qué tienes, querida mia?

La señora Dickson no respondió: bajó del coche, apoyándose con fuerza en el brazo de su marido.

—Mi querida Margaret, ¿estás mala?

Tampoco respondió esta vez; pero apenas entró en el vestíbulo, se dejó caer en el primer asiento que encontró.

—¿Qué tiene tu madre, Edith?

—¡Ah, padre mio! si quiere ella deciroslo, tendreis más suerte que yo, respondió la jóven con animacion.—Por lo ménos se lo he preguntado diez veces, y ni siquiera he podido obtener que despliegue los labios.

Al mismo tiempo miss Edith, olvidando to-

do el respeto que debía á sus padres, se encogió de hombros y haciendo muchos gestos, exclamó:

—¡Mi madre se ha visto puesta en ridículo!

Margaret al oír estas palabras, no hizo ningun movimiento ni dirigió á su hija el menor reproche. Se levantó, y andando con dificultad, se dirigió hácia la escalera.

Entró en su habitación, y su marido estupefacto, le oyó echar el cerrojo.

Dickson cogió de la mano á su hija, bruscamente la hizo entrar en el salon, y despues de cerrar todas las puertas, le preguntó con tono imperativo:

—Explicato. ¿Qué ha pasado?..... ¿Qué habéis hecho?

—¡Tonterías! sin duda, ó por lo ménos grandes imprudencias!

—¿Cómo es eso?

—¡Ah, padre mio, no puedo explicároslo, porque no sé yo lo que sabéis vos..... y lo que mi madre debe saber evidentemente!

—¡Edith, estás loca! Hazme el favor de contestar á mis preguntas con algo más de calma..... y de respeto tambien.

Edith se encogió de hombros otra vez, y dijo:

—Preguntad, os responderé.

—¿A dónde habeis ido al salir de aquí?

—A casa de la modista, de la costurera y de la florista.

—Tú madre, con mucha discrecion, habrá hablado de tu próximo casamiento?

—Sí.

—¿Ha nombrado al señor de Villepreux?

—Sí, padre mio, así lo ha hecho.

—Está bien; así le habia dicho yo que lo hiciera.

—¡Pues bien! no os felicito por vuestra prudencia.

—¿Edith! ¿Olvidas?.....

—¡Ah, padre mio, es que se trata de mí! Yo sola seré la víctima de vuestras combinaciones si no tienen éxito y hubiera sido necesario no hablar de mi enlace hasta que todo estuviera definitivamente arreglado.....

Pero si ya está! el marqués de Villepreux acaba de salir de aquí.....

—¡El marqués! ¡Siempre el marqués! exclamó la joven con ira, bien quisiera yo que viniera algo ménos y que en vez de él viésemos á su mujer ó á su madre!..... No soy bastante necia para no comprender que el señor de Villepreux no me da su nombre sino con gran pesar, y que mi casamiento tiene grandes adversarios en la madre, la hermana y la abuela de mi futuro esposo..... En Francia, cuando no se tiene el apoyo de las mujeres, no se sale con bien de nada..... En fin, si mi

mamá ha podido pronunciar triunfalmente el nombre del señor de Villepreux en los almacenes que hemos visitado, es decir, delante de gente que no respetan más que nuestros millones, no le ha sucedido lo mismo en un salon del gran mundo, pues ha bastado para cortarle la palabra, la presencia de un hombre que ella conocia.....

—¡Qué tu madre conocia! ¿Quién es ese? preguntó Dickson, trastornándose de repente, ¿un francés?

—¡Sí, un francés! ¡Pero no de los que ha conocido aquí! Uno de los que recibiais en New York en aquella casa en donde nunca me habeis dejado entrar.....

—¡Demonio! murmuró Dickson completamente inmutado.

—¿Qué pasaba en aquella casa? prosiguió Edith con una especie de rabia, no lo sé; pero ese recuerdo ha sido tan desagradable á mi madre, que poco faltó para que se desmayase ridículamente, y hemos tenido que marcharnos, mientras que aquel hombre nos aplastaba con sus irónicas miradas.....

—Pero, en fin, ¿cuál es el nombre de ese individuo?

—¡Es un general!..... ¡El conde de Brett-court!

¡Brettcourt! ¡El hombre que acaba de dar su apellido y su título á ese Juan Renaud, que

también pretendía con su fortuna salvar la honra de los Villepreux!

Dickson se estremeció, pensando que todo esto no era obra de la casualidad.

—¿Le conocéis, padre mio? preguntó Edith.

El americano venció su emoción, y replicó con calma:

—No, hija mía. No comprendo la turbación de tu madre; pero voy á interrogarla y me dará sin duda la clave de este enigma. En cuanto á tí retirate á tu cuarto y procura calmar tus nervios. Te perdonó tu arrebató bastante disculpable en tu situación; pero no puedo admitir que semejante escena se renueve. ¡Anda!

Edith salió rabiosa del salón y su padre la oyó andar por su cuarto con pasos precipitados.

—¡Cólera de niña! dijo Dickson, la señorita está nerviosa como una verdadera parisien- se. ¡Nosotros, tranquilízmonos! Un nuevo peligro no debe asustarnos.....

Se dirigió al cuarto de su mujer y llamó, diciendo:

—Soy yo, Margaret.

Después de una corta indecisión, la americana abrió y fijó una mirada llena de inquietud en su marido; luego se dejó caer otra vez en el canapé, de donde no se había movido, y

en el que permanecía ahora temerosa y atontada.

Dickson se sentó enfrente de ella, muy frío, con la mirada severa y los labios contraidos.

—No te reñiré, dijo con tono glacial; pero hablemos con franqueza.

—No ha dependido de mí, balbuceó Margaret; ese hombre me ha conocido y me he turbado.....

—Nos has comprometido tontamente. ¿Por qué no negaste?

—He procurado hacerlo; pero no he podido.

—¿Es realmente uno de los que han ido.... allá?

—Sí.

—¿Le has conocido tú también?

—Sin titubear..... Su fisonomía se había grabado en mi memoria lo mismo que su nombre.

—¿Aparentó burlarse de tí?

—¡Oh! sí, con una crueldad y una ironía...

—Bueno. ¿Y crees tú que la conducta de ese hombre dé lugar á una provocación?

Margaret hizo una señal afirmativa; pero temblando, pues tenía miedo por su marido.

—Está bien. ¡Le mataré! dijo el americano con mucha calma.—En cuanto á tí, descansa y procura recuperar tu sangre fría, pues el marqués de Villepreux vendrá esta noche con

su hijo y es preciso que no se aperciban de nada.

Dickson se levantó muy resuelto.  
Voy á casa de Baradoux, dijo.

En el momento en que salía, apercibió á éste que subía la escalinata del hotel. El banquero llegaba algo inquieto, con aire taimado y ansioso de saber lo que había pasado entre el newyorkino y el marqués.

—¿Qué novedades hay? preguntó ofreciendo la mano á Dickson.

Este se la apretó con fuerza.

—¡Llegais á punto! replicó.

Ambos subieron al despacho del americano.

—¿Qué habeis hecho con el marqués? dijo Baradoux cada vez más inquieto.

—¿El marqués?..... Todo va bien por este lado..... Pero vais á servirme de padrino.....

—¿Eh?

—Me acompañareis á casa del baren de Vauchelles, que no rehusará, según creo, ser mi segundo testigo, pues precisamente es en su casa en donde un hombre se ha permitido hoy faltar al respeto á mi mujer. Es preciso que mañana ese hombre haya muerto.

Baradoux empezó á temblar. Su carácter pacífico repugnaba los desafíos.

—Pero ¿no puede arreglarse.....?

—¿Cuándo os digo yo que es preciso que

ese hombre muera, es que ha de ser así, mil truenos!

—¿Y qué hombre es ese?

—El general conde de Brettecourt.

—¿Es un valiente, señor Dickson, muy valiente! Pero ¿cómo es que ha insultado.....?

—Esto á nadie importa más que á mí. Decidme solamente qué clase de hombre es.

Baradoux reflexionó un instante y luego dijo:

—Ya sabeis lo que son los individuos de la nobleza de hoy.

—¿Sí, valen bien poco!

—Pero figuraos lo que eran los caballeros de antaño.

—¿Es entonces un viejo don Quijote! exclamó Dickson con sonrisa despreciativa.

—Nada de eso. Es muy moderno y posee además todas las cualidades de los antiguos caballeros.

En aquel momento el ruido producido por un coche rodando sobre la arena, llegó á los oídos del americano y de Baradoux. Este miró por la ventana.

—Aquí viene, murmuró asustado.

Dickson miró también.

—¡Ah! ¿Ese es..... Brettecourt!

—Sí.

—Cuánto me voy á divertir batiéndome con él. ¡Qué gallardo es!

El neoyorkino se hacia el valiente, y sin embargo, con solo ver á Brettcourt se habia estremecido.

—Bajemos dijo, asistiréis.....

—No, no, interrumpió con viveza Baradoux. Permitidme que me vaya..... No habia venido más que para saber..... Dispensadme..... Un negocio urgente reclama mi...

Mientras que hacian entrar á Brettcourt en el salón, el banquero se escapó.

—Que se las arreglen como puedan, se dijo; mi negocio está hecho, y no quiero meterme ya en nada.

Dickson le miró al alejarse y dijo con desden.

—¡Cobarde!

Después entró en el salón.

Brettcourt se paseaba muy tranquilo.

Cuando vió al americano, avanzó hácia él y le dijo con amabilidad:

—Supongo que tengo el gusto de estar hablando con el señor Dickson.

—Sí señor.

—Soy..... pues con seguridad habréis olvidado mi nombre y mis facciones, el conde de Brettcourt.

El americano juzgó inútil enfadarse demasiado pronto; más valia dejar que el general se explicase.

—Os confieso, caballero, que no recuerdo haberos visto nunca.

—Vuestra memoria por lo visto, es bastante mala, señor Dickson..... lo mismo le sucede tambien á vuestra esposa. Hace poco, he tenido la honra de verla en casa de la baronesa de Vauchelles; la he recordado las divertidas *soirées* que he pasado en su casa..... y en verdad que me ha mortificado bastante no queriendo acordarse de aquel tiempo.

—En efecto, dijo el americano, mi mujer me ha hablado de esto cuando ha vuelto y.... no comprendemos.

—¿Os obstináis? preguntó Brettcourt siempre sonriente. ¡Sea! En ese caso, vamos á hablar como si nos viésemos por primera vez. ¿Cuándo empezáis nuevamente vuestras tertulias?..... Supongo que me comprendéis en el número de los invitados..... porque tengo que pedir os una revancha.....

—¿Qué queréis decir?

—Una cosa muy sencilla; que en vuestra casa he perdido en el juego algunos billetes de mil francos y que no os admitiréis de que quiera desquitarme.

Dickson ya no podia dudar. La casualidad tan temida por su mujer se habia presentado: uno de sus antiguos contertulios le quitaba la careta. La astucia era inútil, no habia más medio de defenderse que un desafío y pensaba

que con un oficial francés la cosa presentaría dificultad alguna.

—Os repito, caballero, dijo con sequedad, que no comprendo nada de cuanto me estáis diciendo; os escucho por pura bondad y para ofrecer os la ocasión de disculparos. Vuestra insistencia es de muy mal gusto.

Brettecourt no se inmutó.

—Mi señora se ha considerado insultada por vuestra ironía, y en el momento en que habéis entrado aquí me disponía á mandar os mis padrinos.

—¡A mí! dijo riendo el conde. ¿Para qué?

—Para pedir os razón de vuestras insolencias.

¡Mis insolencias! ¡A mi vez no os entiendo, querido señor..... Además nunca acepto un desafío.....

Dickson soltó una carcajada nerviosa:

—¡Bonita respuesta para un general francés, para un individuo que pertenece á la nobleza!

Brettecourt no perdió la calma.

—No, dijo. No puedo batirme más que con los de mi clase; y entre ellos sólo cuento con amigos.

—¿De modo que..... no me consideráis como vuestro igual?

—¡En nada, señor Dickson! Sin embargo, quisiera trataros con benevolencia, y ved cuán

injusto sois, me recibís bastante mal, siendo así que venia á prestaros un gran servicio.

Dickson, que se habia levantado dispuesto á cometer cualquier acto de violencia, se calmó de pronto.

—Veamos, se dijo, todo lo que este buen caballero encierra en su saco.

—Os confieso, señor mio, sin en el menor orgullo, que no creo tener que esperar favores de quien quiera que desee dispensármelos.

—Os lo figurais así señor Dickson, porque sois americano y creéis que las cosas son lo mismo en Francia que en América. Vuestro excelente consejero el señor Baradoux no os ha instruido bastante. Hacedme el obsequio de no enfadaros y vereis qué pronto vamos á entendernos. Os lo he dicho ya, mis intenciones respecto á vos no pueden ser mejores.

Dickson se sonrió con ironía.

—Seguid, caballero; lo que decís me interesa mucho.

—Pues bien, procedamos con orden. Habéis querido una soberbia fortuna.....

—¿Necesito deciros á cuánto asciende? interrumpió el americano.

—De ningún modo; sé que es bastante cuantiosa para que se haga visible. Despues examinaremos qué operaciones..... financieras han sido el origen de esa fortuna. Lo cierto es que habiendoois enriquecido, vuestras mira-

das se han fijado en Francia para acabar con honrada apariencia en ella vuestra vida y casar lo más dignamente posible á vuestra encantadora hija.....

—Os prohibo, caballero, que habéis de ella!

—Es imposible que os obedezca, porque todo cuanto tengo que deciros se relaciona con la señorita Edith. Habéis pensado que con mucho dinero se halla siempre algun noble arruinado que trueque sus pergaminos por billetes de Banco. ¡Esto es tan antiguo como la Francia! Pero fuisteis difícil en la eleccion; no queriais á ninguno de esos caballeros que despilfarran con tanta facilidad la dote de su mujer, como alegremente han gastado su patrimonio. Odrábais con suma cordura. Encontrar á un jóven de ilustre familia, digno de su nombre y no á uno de esos nobles vividores, era una notable combinacion; pero la cosa ofrecia muchas dificultades y habéis mezclado con gran habilidad lo bueno con lo malo; habéis elegido á un hijo digno de todo encomio y á un padre reducido á la más deplorable situacion. ¡Notable cálculo, señor; un hijo sacrificándose para salvar á su padre! Entregábais desde luego una considerable suma y os considerábais tranquilo respecto á lo porvenir. Mas este arreglo, caballero, tiene un defecto; el jóven que destinábais por esposo de vuestra

hija es oficial..... é ignorábais, por lo visto, que como tal no puede casarse sin el permiso del ministro de la Guerra.

—¿Y no se os ha ocurrido, á vos, caballero, que el marido de mi hija será bastante rico para no necesitar formar parte de la milicia?... ¡No os creía tan sencillo!.....

—¿Habéis creído sin duda que el señor conde de Villepreux no tenia más que hacer dimision?

—¡Pardiez!

—En primer lugar no lo hará, y aún cuando lo hiciera no la aceptaría el ministro.

—En Paris todo se obtiene con dinero.

—¡Las cosas que se relacionan con el ejército, no! replicó Brettecourt algo impaciente; pero como se había prometido dominar hasta el fin su indignacion, repuso con calma. —Para que un oficial francés se case, es preciso que su prometida sea digna de él y vuestra hija no sería reconocida como tal, si os obstináis en que ese casamiento se hiciera.

—¡Ah! ¡ah! ¡A esto queriais venir á parar!

—Sí; he querido avisaros caritativamente para evitaros un escándalo muy desagradable; yo soy el que en mi cualidad de antiguo jefe, sería el encargado de dar los informes respecto á Federico de Villepreux y de enterarme también de los antecedentes de su futura, y os

confieso que el informe que daría yo de la señorita Dickson; sería deplorable.....

—¡Basta, basta! gritó el americano, no pudiendo dominar ya su cólera.

Y con la mano levantada, se precipitó sobre Brettecourt.

Este le cogió por la muñeca y le tiró bruscamente en la butaca.

—¡Cáspita, señor Dickson, qué desagradecido sois! La violencia á nada conduce..... No habeis oido más que la mitad de lo que tengo que deciros; se trata de cosas muy graves, y es preciso mirarlas bajo todas sus fases. ¡Permaneced tranquilo, pues, y escuchadme!

Dickson se quedó inmóvil y anonadado delante de su adversario.

Miró, pues le dolía, su muñeca, y al ver impresa en ella la señal cárdena que habian dejado los dedos de Brettecourt, comprendió entónces el susto que el general inspirara á Baradoux, y empezó á preguntarse si podría él luchar con tamaño adversario.

## XIV.

## LIQUIDACION DE CUENTAS.

Durante algunos instantes, los dos individuos se miraron con atencion, y sin pronunciar una palabra; Dickson furioso, recogido el cuerpo como una fiera pronta á lanzarse sobre su presa; Brettecourt, tan tranquilo como agitado el americano, y con la cara iluminada siempre por su imperturbable sonrisa, prosiguió:

—Si quereis enfadaros, podreis hacerlo luego; pero, os lo repito, estoy persuadido de que despues de escucharme hasta el fin, no deseareis otra cosa más que entenderos conmigo. En primer lugar, he querido probaros que el casamiento de vuestra hija con el conde de Villepreux es imposible, bajo el punto de vista militar; pero observo que no estais convencido.

—¡No, en nada, señor mio! El marqués ha comprometido su palabra, lo mismo que su hijo. Pediremos, puesto que es necesario, la autorizacion para el casamiento al ministro de

confieso que el informe que daría yo de la señorita Dickson; sería deplorable.....

—¡Basta, basta! gritó el americano, no pudiendo dominar ya su cólera.

Y con la mano levantada, se precipitó sobre Brettecourt.

Este le cogió por la muñeca y le tiró bruscamente en la butaca.

—¡Cáspita, señor Dickson, qué desagradecido sois! La violencia á nada conduce..... No habeis oído más que la mitad de lo que tengo que deciros; se trata de cosas muy graves, y es preciso mirarlas bajo todas sus fases. ¡Permaneced tranquilo, pues, y escuchadme!

Dickson se quedó inmóvil y anonadado delante de su adversario.

Miró, pues le dolía, su muñeca, y al ver impresa en ella la señal cárdena que habian dejado los dedos de Brettecourt, comprendió entónces el susto que el general inspirara á Baradoux, y empezó á preguntarse si podría él luchar con tamaño adversario.

## XIV.

## LIQUIDACION DE CUENTAS.

Durante algunos instantes, los dos individuos se miraron con atención, y sin pronunciar una palabra; Dickson furioso, recogido el cuerpo como una fiera pronta á lanzarse sobre su presa; Brettecourt, tan tranquilo como agitado el americano, y con la cara iluminada siempre por su imperturbable sonrisa, prosiguió:

—Si quereis enfadaros, podreis hacerlo luego; pero, os lo repito, estoy persuadido de que despues de escucharme hasta el fin, no deseareis otra cosa más que entenderos conmigo. En primer lugar, he querido probaros que el casamiento de vuestra hija con el conde de Villepreux es imposible, bajo el punto de vista militar; pero observo que no estais convencido.

—¡No, en nada, señor mio! El marqués ha comprometido su palabra, lo mismo que su hijo. Pediremos, puesto que es necesario, la autorizacion para el casamiento al ministro de

la Guerra; si es negada, mi futuro yerno hará dimision, y á pesar de cuanto me decís, me arreglaré yo de modo que la acepten.

—No insisto ya sobre este punto.

—Buscad otros medios para intimidarme, dijo Dickson, afectando gran serenidad.

—¡Oh! ¡Intimidaros!..... ¿Yo?..... ¿Qué idea tan rara se os ha ocurrido? No vengo á tratar con vos sino un negocio.

—Permitidme que os diga que os mezclais...

—¿En cosas que no me importan?..... dijo Brettecourt con sencillez.—En la apariencia lo reconozco, pero es menester sepais que todo cuanto se relaciona con la familia de Villepreux me incumbe tambien á mí, porque considero esa familia como si fuera la mia.

—En fin, caballero, ¿venís aquí solamente en vuestro nombre ó en el de la familia de Villepreux para pedirme la ruptura de un casamiento ya restuelto?

—Vengo en mi nombre y en el de la familia del futuro esposo que habeis elegido para vuestra hija.

—¿Oficialmente?

—Todo lo más oficialmente posible. En primer lugar, os he hablado de lo que se relacionaba conmigo; ahora hablaré como mandatario de mis amigos. La señora marquesa de Villepreux no dará su consentimiento para el enlace de su hijo con la señorita Edith,

—Pasaremos sin él; he estudiado algo las leyes francesas: el consentimiento de uno de los padres es indispensable; pero puede pasarse sin el otro.

—Es exacto; pero Federico no se resolverá á casarse en tales condiciones.

—Tengo medios para obligarle.

—Bien, dijo tranquilamente Brettecourt.—Ni su madre, ni su hermana, ni su abuela, asistirán á ese casamiento.

—¡Tanto peor para ellas!

—El palacio de los Villepreux, que pertenece á la marquesa viuda, estará siempre cerrado para su nieto.

Dickson se encogió de hombros, y repuso:

—En cuanto nazca el primer hijo, toda esa cólera se desvanecerá como por encanto. Además, el señor marqués me ha referido hace poco lo que me estais diciendo vos, y puesto que os hallais tan bien informado, debeis de saber que una sola palabra me ha bastado para que doblara la cerviz. No me obligueis á daros más explicaciones.

—¡Al contrario, hablad!

—Supongo que conoceis el estado de los negocios del señor de Villepreux.

—Perfectamente.

—¿Sabeis tambien que ha cometido faltas que castiga la ley?

—¡Imprudencias!

—Imprudencias ó no, de mí depende enviar al padre del conde de Villepreux á sentarse en el banquillo de los acusados.

—Lo sé perfectamente, señor mio.

—¿De veras?..... ¿Os ha dicho, por lo visto, el marqués que las pruebas de todos sus actos se hallan en mi poder?

—Sí, lo sé; pero lo que sé tambien es que esas pruebas no saldrán de vuestras manos más que para pasar á las mías.

Esta vez Dickson soltó una ruidosa carcajada.

—¡Ah! exclamó, ¡tengo curiosidad por saber el medio que empleareis para ello!

—Es muy sencillo.

—¡No esperéis que ceda, caballero! Tengo esas pruebas y no las destruiré sino cuando mi hija sea condesa de Villepreux. No discutí sobre la delicadeza de mi proceder; pero soy el más fuerte, y aprovecho mi ventaja.

—Y en virtud de ese mismo derecho, os pido que me entreguéis esas pruebas.

—¿Con la espada, ó con la pistola?

—No, no, dijo Brettécourt moviendo la cabeza; me obligáis á repetiros que no me bato con aventureros de vuestra especie.....

—¡Tened cuidado! ¡Os atrevéis ha insultarme otra vez!

—La verdad nunca es un insulto; además, no uso esa palabra para insultaros, sino para

que conste lo que habéis sido..... ¿Vuestra intencion, pues, es la de vengaros si el casamiento no se efectúa?

—Sí, señor. ¿Para que negarlo? Entregaré todos esos documentos al procurador de la República..... ¡Qué papel tan bonito tendria que representar! Diria á todos mis amigos parisienses: "¡He sido indignamente engañado: poco á faltado para que casara á mi niña con el hijo de un miserable; pero gracias á Dios que me he apercebido de ello con tiempo! ¡He querido pagar las deudas del padre por mera delicadeza, y mi indignacion ha sido tal al enterarme de sus actos, que he entregado ese bribon á la justicia!" No necesito deciros que afirmaria que la ruptura del matrimonio era obra mia y no de la familia de Villepreux.

—Es un plan bastante menguado. Creía que habíais inventado alguna cosa mejor que esa, señor Dickson. En fin, os agradezco que me hayáis explanado vuestras ideas; ahora á mi me toca exponeros mi pensamiento. Al obrar vos como decís, yo iria á ver al procurador de la República y le diria: "El señor Dickson os ha entregado unos papeles que, aún cuando constituyen la prueba de su complicidad en un delito, no le pertenecen."

—¡Que no me pertenecen! exclamó el americano. Sin embargo, bastante caro lo he pagado.

—¡Señor Dickson, no os he interrumpido cuando hablabáis; escuchadme, pues! Añadiría: "señor procurador, esos papeles no pertenecen al señor Dickson, porque para apoderarse de ellos ha empleado medios fraudulentos. El marqués de Villepreux había encargado á un tal Baradoux el pago de sus deudas con el dinero del señor Dickson: éste dispensaba al marqués tal favor pecuniario, como preludio, de una union entre ambas familias. Estaba convenido entre las partes que los acreedores serian en totalidad pagados....."

—¿Qué queréis decir, preguntó el americano.

—¡Tened un poco de paciencia, cáspita! "A pesar de lo convenido, el señor Dickson y el señor Baradoux y han representado una indigna comedia con los acreedores del marqués de Villepreux. Les han asustado y han rescatado todos los papeles por la cuarta parte de su valor....."

—¡Ah! ¡eso es falso! ¡es falso, señor Brettecourt, os lo aseguro!

—Concluyo: "El señor Dickson, dueño hoy de esos valores por medios fraudulentos, se sirve de ellos para amedrentar al marqués, y éste se halla en su derecho de retirar su palabra, puesto que las condiciones del convenio que hizo con el señor Dickson, no han sido cumplidas....."

—Pero ¡mil demonios! ¡Os repito que lo que decís es falso! ¡Había un millon ochocientos mil francos de deudas, que había en totalidad y voy á probaroslo!

Dickson salió precipitadamente del salon y volvió un minuto despues; había ido á su despacho y traía su libro de cheques y algunos papeles.

—¡Enteraos! dijo.—¡Hé aquí mi libro talonario y los bonos con los que Baradoux ha ido á percibir ese dinero á la caja de Cuentas Corrientes! ¡Hé aquí el aviso de la administracion y el recibo de Baradoux! ¡Mil millones de truenos, ya veis cómo he pagado!

Fácilmente se conocía que la indignacion del americano no era sincera.

—Quiero creerlos, dijo Brettecourt; pero esto no prueba más que una cosa, y es que Baradoux os ha engañado. Por mi parte, creo, en efecto, que ese pillastre se ha burlado de vos; más el procurador de la República, todos ellos son desconfiables, se figurará ciertamente que habéis sido cómplice de vuestro estimable banquero.

Un fuerte estremecimiento sacudió todo el cuerpo de Dickson.

—Vamos á casa de Baradoux, murmuró.

—Sí, íremos dentro de un momento; le reservo yo una pequeña escena que no espera; pero antes tengo que deciros algo más.

El americano fijó una mirada inquieta en Brettecourt; decididamente le asustaba el general.

— Os he participado lo que yo diría al procurador de la República; hé aquí ahora lo que en el mismo día comunicaría á mis compañeros de círculo. Y ya sabéis que lo que allí se dice, se propaga por todo París con asombrosa rapidez. Yo diría: "Figuraos, amigos míos, que en el momento de convenir el casamiento de su hijo con la señorita Dickson, el marqués de Villepreux ha descubierta cosas abominables....."

—¿De quién? me preguntarían.

—¿Del señor Dickson!

—¿De ese propietario de minas de plata, de ese gran industrial?

— Ese señor, respondería yo, no posee minas de ninguna cosa, ni caminos de hierro, ni nada de cuanto habeis creído con tanta ingenuidad. El señor Dickson era el amo de una casa de esas que la moral reprueba, en donde se encontraban lindas mujeres y en la que se perdía mucho dinero. La dote de la señorita Edith ha sido recogida en los tapetes verdes de las mesas de juego. He contribuido á ella, porque me llevó allí alguna vez un primo de Vauchelles.....

No lo creerian quizás al principio; pero daría las pruebas, pues para ello bastaría que

fuera á buscarlas á la legacion de los Estados Unidos y seriais, mi querido señor Dickson, el ludibrio de todas las conversaciones en las casas en que os han recibido con tanto agasajo.

¿Os parece todavía que sois el más fuerte?...

El newyorquino, espantado, se había hundido en su sillón. Su rostro estaba cadavérico, sus ojos saltaban de sus órbitas, gruesas gotas de sudor inundaban su frente y todo su cuerpo se agitaba con un violento temblor.

El bribón se hallaba vencido por el hombre honrado.

— ¡Vamos, ya veis, dijo Brettecourt cómo llegamos á entendernos!..... Vais á entregarme todos esos papeles que ningun valor tienen ya para vos; y como nada compro sin pagarlo, hé aquí lo que os propongo: á cambio de vuestro silencio, de vuestra renuncia á ese casamiento, que es imposible se verifique, os prometo á mi vez no divulgar lo que habeis sido. No me merece más estimacion esta brillante sociedad parisiense, que los aventureros americanos que vienen á buscar aquí alianzas conyugales. Es una lástima que hayais escogido como blanco de vuestros proyectos á una familia que que quiero como si fuera la mia; pero en adelante no me meteré en vuestros asuntos. Viviréis tranquilamente en París en la sociedad que frecuentais y que no vale más que

vos; os ruego, sin embargo, que no os presentéis nunca en casa de mi amigo el baron de Vauchelles.....

—Pero.....

—¡Escuchad y obedeced mis órdenes, os lo ruego! Si bien es verdad, que perderéis algunas relaciones, fácilmente encontraréis otras con nombres muy sonoros. Si alguien os molesta con alguna perversa alusión, sois, según tengo entendido, bastante ducho en el manejo de la espada y de la pistola para hacerlos respetar..... en la medida que os corresponde, es decir, por vuestros iguales. La loca ambición que os ha empujado á casar á vuestra hija con uno de los jóvenes aristócratas más cumplidos de nuestros tiempos, no debeis alimentarla. Fácilmente hallaréis buenas compensaciones; la señorita Edith podrá elegir entre la turba de príncipes arruinados que pululan por París y que tendrán mil razones para no mostrarse difíciles respecto á vuestros antecedentes. La señorita Dickson se consolará bien pronto halagada por el éxito y la señora Dickson gozará luciendo sus lujosos trajes..... El de mi monde del gran mundo queda abierto para vos; pero no procureis entrar en los salones de la verdadera aristocracia, porque no os lo permitiría. Y ahora ¿queréis entregarme esos papeles?

Dickson se rebeló por última vez; se incor-

poró un poco y soltó en inglés un terrible juramento; apretando los puños; fué el esfuerzo supremo de un enemigo vencido ya, pues bastó una última mirada de Brettécourt para dominarle definitivamente.

—Esos papeles no están en mi casa, dijo esforzándose para aparentar calma; les he dejado en poder de Baradoux, y si ese pillastra portado como decís..... entonces..... entonces.....

—¿Entonces, qué?

—Aceptaré vuestras condiciones, murmuró Dickson inclinando la cabeza.

—En ese caso, marchémonos pronto, replicó Brettécourt, no pudiendo ocultar un movimiento de alegría.

Y miró su reloj.

—¡Las seis!..... Algunas personas á quienes he citado en casa de Baradoux, deben de estar esperándome ya. Venid.

—Aguardad que mande enganchar.

—Tengo mi coche.

Brettécourt utilizaba aquel día la berlina de su hijo adoptivo.

El señor Baradoux al salir de casa del americano se fué á la suya, se encerró y dió orden á su criado de que no recibiera á nadie.

Y para luchar con el terror que le inspiraba Brettécourt, se puso á compulsar el legajo del señor de Villepreux y hablaba en voz alta:

—¡Qué necesidad tenía ese soldadote de venir á incomodarnos!..... ¿Qué proyectará para vencernos?..... ¡Ah! ¡si el imbécil Cuepin hubiera acatado mis órdenes, ya sabríamos lo que ese general tiene en la cabeza!..... Pero el viejo guerrero nos sorprende y con seguridad habrá tomado ya todas las convenientes medidas para batirnos..... ¡Tal vez esté pensando que tememos vernos mezclados en el escándalo que produciría la publicidad de ese legajo!..... Mas no es la primera vez que haya yo hecho estallar uno, sin que caiga sobre mí..... No es posible que un hombre que ha pasado su vida en Africa pueda luchar conmigo en cuanto á astucia, pues soy uno de los más finos zorros parisienses..... Y luego, ¿qué me importa á mí todo eso? Que se defienda el señor Dickson.....

Baradoux pronunciaba todas estas frases para tranquilizarse.

—Cuando le digamos: “Dejadnos en paz ó arrastramos á todos vuestros Villepreux por el lodo.....!” no tendrá más remedio que inclinarse.

Llegaba á esta altura en sus reflexiones, cuando oyó un fuerte campanillazo. Escuchó y se enteró de una conversacion que estaba acostumbrado á oír; un cliente preguntaba por él, y el criado respondía sin titubear que el señor Baradoux no estaba en casa. Sola-

mente que esta vez, dicho diálogo no terminó como de costumbre; pues á pesar de los esfuerzos que hacia el mozo para despedir al cliente, éste dijo:

—Esperaré:

Diez minutos despues se presentó otro, y como el primero, repuso que esperaría.

Y así fueron llegando sucesivamente hasta ocho.

Entonces el criado se decidió á avisar á su amo, pasando por las habitaciones interiores para llegar al despacho.

—¿Quiénes son los que han llamado? preguntó Baradoux furioso.

—Señor, son los mismos que recibisteis hace dos días y á quienes entregasteis algun dinero.

El banquero se quedó inmutado, pues comprendió que estos no podían ser más que los acreedores del marqués de Villepreux.

—¿Qué quieren de mí?..... ya están pagados.

—Algo deben de querer, señor, porque traen un aire muy resuelto.

En aquel instante la campanilla se dejó oír de nuevo; uno de los acreedores abrió y Baradoux oyó:

—Dispensadme, señores, si me he retrasado algunos minutos; pero estaba sumamente

ocupado. Hacedme el favor de esperar un poco más.

Llamaron con fuerza á la puerta del despacho, y como Baradoux no contestara, dieron un fuerte empujon, el cerrojo se desprendió y Brettecourt apareció acompañado por Dickson.

El criado se precipitó á su encuentro para impedirles el paso.

El general le apartó, cogiéndole por un brazo, y le dijo:

—Muchacho, quédate tranquilo aquí; me alegro de tener un testigo de lo que va á pasar ahora.

Baradoux, pálido y temblando, balbuceó algunas palabras incoherentes.

—¡Silencio! dijo el conde.—No tenéis por qué hablar hasta que os interroguen.

El agente de negocios fijó una mirada suspicante en el americano; pero éste le respondió en inglés: "*Be damned!*" "*¡Que el demonio os lleve!*"

—Mi querido señor Dickson, dijo el general, hacedme el obsequio de sentaros, pues vos también seréis testigo..... Créo que la cosa os interesa.....

—Sí, muy particularmente, replicó el americano, lanzando una mirada terrible á Baradoux.

Brettecourt llamó á los acreedores y los hizo sentar en el despacho; despues, tan tranquilamente como si hubiera estado en su casa, se arrimó á la mesa de Baradoux y se quedó de pié delante de ella.

—¿Qué significa todo esto?..... balbuceó el banquero.

—¡Silencio! os lo he dicho ya. Señores, sois, segun creo, acreedores del marqués de Villepreux.

—Sí, señor, respondieron casi todos á la vez.

Perfectamente, contestó el conde.

—Hemos sido indignamente engañados.

—Es verdad, señores, replicó Brettecourt; pero haceis mal acusando al marqués de una infamia, que si bien ha sido cometida en su nombre, nada sabe de ella. ¿Quiere uno de ustedes hacerme el favor de repetirme lo que pasó aquí entre vosotros y el señor Baradoux?

El banquero dió un salto, gritando:

—¡Salid, salid todos!..... Vosotros sois los que cometéis una infamia, violando mi domicilio.....

El general le puso una mano en el hombro, y le obligó á sentarse.

—Si os rebelais otra vez, le dijo, os entregó á la justicia.

Y luego dirigiéndose á uno de los acreedores:

—¡Hablad, caballero!

—Ha aquí lo que ha sucedido; hablo en nombre de todos, porque hace tiempo nos conocemos, y que hemos procurado juntos el pago de estas deudas. Estamos aquí cinco, á quienes el marqués debe dinero hace diez ó doce años, y tres que ha comprometido, merced á sus deslumbradoras promesas, en el negocio de los seguros..... ¡Otra indigna trampa!.....

—¡Al objeto, señor mio, al objeto! dijo Brettecourt con tono severo.—No os incumbe juzgar la conducta del señor marqués.

—Pues bien, caballero, ántes de ayer nos hemos reunido aquí para percibir lo que nos era debido; pero el señor Baradoux, encargado de la mision de pagarnos, nos ha asustado diciéndonos que el marqués nada posee ya, que su madre ha cedido su palacio á su nieto, que no podíamos contar con nada, como no fuera con encausar al señor de Villepreux ó conformarnos con lo que nos ofrecia, es decir, con un veinte y cinco por ciento del total de la deuda..... ¡Perseguirle! bien lo merecía; pero más valía cobrar algo que nada..... y hemos tenido la debilidad de consentir..... Entre todos perdemos más de un millon, así es, que bien podréis figuraros cuánto os hemos bendecido, señor de Brettecourt, al recibir el aviso que nos habéis mandado por el señor

Florimont, para que viniéramos aquí á que nos pagasen íntegramente. Ya véis cómo ninguno de nosotros ha faltado á la cita.

Dickson se habia levantado; se acercó á Baradoux, y poniéndole ambos puños cerrados debajo de la barba, gritó:

—¡Canalla! ¡Bandido!

El banquero no tenia una gota de sangre en las venas.

—Calmaos, dijo el conde al americano; arreglaréis más tarde vuestras cuentas con ese individuo.

Luego, dirigiénd se á los acreedores:

—Señores, comprendo vuestra cólera contra el marqués de Villepreux; hay que tener en cuenta que ha sido muy desgraciado en todos los negocios que ha emprendido, y que por consiguiente es disculpable en cierto modo, de lo que ha hecho con vosotros. En cuanto á esta última infamia de que le haciais responsable, ha sido concebida y ejecutada por Baradoux solo. Ha sido él quien ha embolsado la cantidad que os falta, y va á entregárosla. Querido señor Baradoux, pagad á estos señores.....

El agente de negocios permaneció inmóvil. Brettecourt le alzó de su silla, y le llevó delante de la caja de caudales.

—¡Abrid! le dijo.

Baradoux buscó las llaves temblando, y abrió.

—Ahora pagad á esos señores.

El banquero quiso tomar los billetes de banco; pero sus manos estaban tan temblonas, que no pudo sostenerlos.

—Vaya, lo haré yo, dijo el general.

Y empujando á Baradoux, que fué á caer arrodillado á los piés de Dickson, el conde se apoderó de todo lo que encerraba la caja.

El americano habia asido al banquero, y le decia:

—Pronto me tocará á mí la vez.

Brettecourt se aproximó de nuevo á la mesa, y se sentó delante de ella con una calma imperturbable.

—Hé aquí precisamente, dijo, el legajo del marqués de Villepreux; acabaremos pronto.

Llamó al acreedor que habia hablado en nombre de todos:

—¿Cuánto se os debe?

—Doscientos mil francos.

—¿Cuánto habéis percibido?

—Cincuenta mil, caballero.

—Hé aquí los ciento cincuenta mil que os faltan.

Despues, cada uno de los demás, recibió el total de lo que se le debia. Y se retiraron, llevando de bendiciones al general.

—Hacedme el favor de no no hablar una palabra de todo esto, les dijo, demasiado habéis hablado ya.

Cuando los acreedores se hubieron ido, Brettecourt examinó todos los valores firmados por el marqués, se aseguró de que ninguno faltaba, los dobló y se los guardó. Despues, sacando un enorme sobre que tenia escondido entre el chaleco y la levita, extrajo de él varios fajos de billetes de banco.

—Son todos de diez mil francos, dijo, para que se puedan contar con más facilidad.

E hizo varios montones de cien mil francos cada uno.

Despues llamó:

—¿Señor Dickson?

El americano se acercó á la mesa sin perder de vista á Saturnino Baradoux.

Brettecourt, dijo entónces:

—Contad esa cantidad, mi querido señor Dickson.

Este hizo un ademan de protesta, diciendo:

—¿Qué cuente yo esos valores, señor conde! ¿que los repase yo despues de haberlos contado vos?

—Lo exijo, replicó tranquilamente el general.

Dickson no tuvo más remedio que obedecer.

—Un millon ochocientos mil francos, dijo despues de terminar, la cuenta es exacta.

—La cosa está bien clara, pues, repuso Brettecourt, y como esperó no volveros á ver nunca ni al uno ni al otro.....

El americano hizo un gesto y repuso:

—Creedme, si así os place, señor conde; pero siento mucho hoy no haber sido siempre un hombre honrado.

Brettecourt sonriéndose, continuó:

—Como no volveré á veros ni al uno ni al otro, es preciso que marque vuestras posiciones respectivas. El señor Dickson tiene ya mis instrucciones, ahora os toca á vos, señor Baradoux. Desde este momento es preciso que olvidéis todo lo que háyais podido saber respecto al marqués de Villepreux.

El banquero murmuró algunas palabras ininteligibles, que el conde hubo de tomar como aquiescencia.

—Consentís, señor Baradoux? Bien está. Además, si cometiérais alguna indiscrecion, tomaré con vos tales medidas, que os impedirán en adelante perjudicar á nadie, pues tengo en mi poder bastantes pruebas de vuestras canalladas. En cuanto al casamiento, que ha sido causa de estas negociaciones, queda entendido que no ha existido más que en vuestra imaginacion. El señor Dickson queria casar á su hija, habéis pensado vos en presentarle como futuro yerno al conde de Villepreux, ha habido alguna proposicion; pero el asunto no ha llegado á mas..... Respecto á lo que os incumbe personalmente á ambos, me parece, señores, que no necesito daros más detalles

para que la notable operacion del señor Baradoux resulte más clara á la vista del señor Dickson. Habéis oido, querido señor, el relato de los acreedores del marqués y os habéis convencido de que vuestro dinero estaba todavía en la gabeta de vuestro sócio.

—Perfectamente, señor conde! exclamó el americano, fijando una terrible mirada en el banquero. Esta cuenta la arreglarémos este señor y yo.

—Nada, pues, tengo que añadir, dijo Brettecourt.

Y se levantó.

Mientras que se dirigió hácia la puerta, el americano le acompañó saludándole con mucha humildad.

Y cuando desapareció, Dickson cerró vivamente y gritó:

—¡Ahora nos toca á nosotros!

Levantaba ya los puños, cuando se aperció de que Baradoux no estaba allí.

El banquero no habia tenido valor para esperar la vuelta del americano.

Mientras que Dickson se despedía del conde se habia deslizado, casi arrastrándose, fuera del despacho y habia atravesado toda la casa para llegar á la escalera de servicio, por la que habia escapado, diciéndose:

—Esperemos que se calme algo antes de

entablar una explicación... ¡Con tal que no destruya mis colecciones!

Sin embargo, respecto á este punto estaba tranquilo, pues con una mirada habia dado las correspondientes órdenes á su criado y éste tenia bastante fuerza para hacer frente al americano.

—¡Baradoux.....! ¡señor Baradoux! gritaba Dickson.

Desde el despacho pasó á la galería que encerraba los objetos más preciosos de la colección, gritando sin cesar:

—Pero ¿donde os habéis metido Baradoux?

El criado le seguía y esperó á que el americano entrara en otra habitación, en donde no habia nada precioso que romper, para decirle:

—El señor ha salido.

—¡Mientes! ahulló el americano.

—Cuando os digo que el señor ha salido, es porque así es.

—Sin esperarme?

—Tendría prisa, sin duda, pues cuando llegasteis, se estaba preparando para salir.

—¡Es imposible! exclamó el neoyorkino, lleno de ira. Te estás burlando de mí. No puede haber salido sin que yo le haya visto...

—Tiene salidas particulares, dijo el criado con tono zambon.

Dickson, furioso, se puso otra vez á recorrer

las habitaciones, pieza por pieza, abriendo los armarios y mudando las muebles de sitio.

Y no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia: el banquero se habia escapado.

Entonces sucedió lo que éste habia previsto.

En una explosion de coraje, Dickson quiso apoderarse de una copa de *Delft* para romperla; pero el criado se la arrancó de las manos y la colocó nuevamente en el estante.

—¡Pillo! exclamó el americano.

—Señor, dijo tranquilamente al criado, soy responsable de todos cuantos desperfectos causeis aquí, y supongo que no querreis obligarme á pagar con mi salario una copa de precio tan subido.

—¿En dónde está tu amo?

—No lo sé y os ruego que os marcheis.

—No lo haré antes de castigarte, pillastre, por estar burlándote de mí.

Y abandonando la idea de destrozar las colecciones de Baradoux, Dickson creyó que podría descargar su cólera en el criado y se precipitó hacia él.

Pero ya sabemos que el banquero temia principalmente á tal muchacho por su fuerza hercúlea, y en aquel momento el criado estaba furioso por haber tenido que inclinarse ante el brazo de hierro de Brettcourt.

En un abrir y cerrar de ojos, Dickson fué cogido, levantado en alto y llevado medio aho-

gado á la meseta de la escalera, en donde el criado le dejó caer.

Y antes de que volviera de su sorpresa, la puerta del cuarto de Baradoux se habia cerrado, y Santiago, que así se llamaba el sirviente, corria los cerrojos.

—¡No hay medio, pues, de luchar con estos condenados franceses! murmuraba el americano.

Y experimentó una sensacion algo parecida al desaliento.

Pensó un instante en derribar aquella puerta.

—Mas ¿para qué?

—La policia de este pícaro país, que siempre está en acecho, no dejaria de venir á preguntar por qué se hacia tanto ruido. Mas vale estarse quieto.

Se decidió por fin á marcharse.

El aire, bastante fresco, calmó algun tanto al newyorkino.

—Ya encontraré á Baradoux, se decia, y seré más dueño de mí para castigarle como merece.

Y se dirigió hácia la avenida del bosque de Boulogne, tranquilizándose cada vez más.

¿Quién sabe, murmuraba, si en su lugar no hubiera yo hecho lo mismo? Francamente, he sido muy incauto entregándome de este modo á él. ¡La tentacion ha sido demasiado fuerte! Después de todo, no pierdo ni un céntimo;

merced á ese estimable señor de Brettecourt, he recuperado lo que habia adelantado, y salgo sin un rasguño de una aventura que podia haberme hundido. ¡Cáspita! si bien es verdad que la vida en Paris es muy divertida, es muy peligrosa tambien..... Un pobre yankee como yo, es demasiado sencillo para andar en medio del agua turbia de esta antigua civilizacion..... ¡Malvada Europa!

Y se preguntaba si no seria mejor marcharse de Francia.

—¡Pero mi mujer y mi hija no querrán nunca! ¿Cómo les voy á decir lo que ha sucedido?..... ¡Qué desilusion!..... ¡Pobre Edith!

Y aparentando tener lástima de su hija, temblaba, pensando en la cólera que tenia que arrostrar por parte de la jóven.

—¡Mil truenos! no es cosa fácil casar á una hija..... Vaya, volvamos á mi casa; va á ser preciso consolar á la niña.....

Divisaba la fachada de su hotel.

En el momento en que iba á dejar la ancha avenida enarenada, vió á un individuo que andaba apresuradamente delante de él, haciendo muchos gestos.

¡Diablo! si este hombre no pareciera un loco, creeria que es mi buen amigo Baradoux, murmuré Dickson.

En efecto, era el banquero; y si habia aban-

donado su calma habitual, es porque tenía casi perñda la cabeza.

El golpe que le habia herido era por demás fuerte. Haber preparado con tanto cuidado una admirable combinacion, la mejor que hubiera salido nunca de su espíritu inventivo, haberla visto á punto de tener éxito y derrumbarse tan de repente, y esto sin contar el terror que le hacia experimentar Dickson.....

—¡Creo, se decia, que si no me escapo, hubiera sido capaz de aplastarme..... de matarme tal vez!.....; Cómo podré librarme de todo esto?..... Es preciso no hacerme de él un enemigo, sino conquistar de nuevo su amistad, probarle que obré en interés suyo..... Si yo pudiera hablarle con calma, explicarle, decirle..... Pero no habrá medio de hacerle entrar en razon..... Gritará, se encolerizará.....

Y Baradoux se entregaba á una mimica desordenada, caminando maquinalmente en aquella direccion, atraído, sin duda, por al frescura del bosque de Boulogne.

Al pasar por delante de la estacion del camino de hierro de circunvalacion, una mano se posó sobre su hombro.

Quiso huir; pero un brazo nervudo la tenia bien agarrado.

—¡Señor Dickson!

—¡Amigo Baradoux!

—¡Os ruego que no os propaseis! Mirad, hay

guardas en la entrada del bosque y además cuatro agentes de seguridad, en el kiosko.....

El peligro devolvió alguna calma al banquero.

Dickson tenia ganas de aplastarle como á un reptil, pero la observacion de Baradoux le pareció muy justa y al mismo tiempo esta idea atravesaba su cerebro: "Baradoux es un pillastre; pero si me quedo en Paris, necesito á un canalla de su especie, éste me ha engañado una vez y no se atreverá á repetirlo."

—No me propaso de ningun modo, replicó Dickson, dominando su ira; pero habeis huido cobardemente de mí en el momento en que tenia que hablar seriamente con vos. Os encuentro y os detengo para pedir os explicaciones...

—¡Explicaciones! exclamó el banquero, algo contento, al ver tan tranquilo al americano; estoy pronto á dáoslas bien cumplidas. Vereis qué claras y cumplidas son..... No era posible hablar delante de ese medio loco, que se llama Brettecourt.....

Dickson se sonrió con ironia.

—Si sale con bien de esta, pensó, será en verdad un hombre muy hábil, y en tal caso, es preciso no reñir con él.

—Espero vuestras explicaciones, caballero, dijo con calma.

Baradoux le miró de reojo con desconfianza; pero el americano no parecia iracundo ya.

El banquero señaló un banco situado en un sitio bastante apartado; pero desde el que se veía perfectamente el kiosko de los guardias.

—Allí estaremos bien.

Dickson se dejó conducir.

Baradoux, sin embargo, desconfiaba todavía, pues no comprendía el motivo por qué su adversario se hallaba tan tranquilo.

Cuando estuvieron sentados, el newyorkino preguntó:

—¿Creeis, pues, que el conde de Brettecourt está loco?

—¡Loco!..... balbuceó el agente de negocios, apercibiéndose de la ironía de su interlocutor, exagerada un poco. Solamente que como hace tanto tiempo que no venia á Paris, no entiende ya mucho de la vida parisiense... En vez de explicarse las cosas de un modo natural, se equivoca respecto á las mejores intenciones.....

—¿De modo que pretendéis que ha equivocado las vuestras?

—Supongo, que por lo ménos vos no dudais de ello.

—En este caso, mi querido Baradoux, hacdme el favor de decirme con exactitud cuáles eran las vuestras.

—¿No lo adivináis? ¡Ahorraros un millon de francos!

—¡Ah! ¡ah! De manera que si habeis repre-

sentado esa comedia con los acreedores del marqués de Villepreux, ¿ha sido en provecho mio?

—¡Pardiez!

—¿Y el millon.....ó más bien, el millon trescientos mil francos que les habeis robado con tanta destreza?.....

—¡Oh! ¡señor Dickson!

—Nadie nos oye; podemos llamar las cosas por su verdadero nombre.

—Iba á devolvérselo.

—Nada me dijisteis de eso.

—Quería sorprenderos.

—¡Hum! ¡hum!

—Estaba encargado de vuestros intereses y los he defendido del mejor modo posible. No ha sido culpa mia, si el asunto ha salido mal en el momento en que creíamos vencidas todas las dificultades.

—Sí, señor Baradoux, sí, la culpa es vuestra. Me habeis engañado; pero teneis una disculpa: era por demás fácil engañarme, envol verme..... como dicen vuestros buenos parisienses.

Dickson lanzó una carcajada nerviosa, estridente y dió un golpe atroz en el hombro del banquero, que principió de nuevo á temblar.

Despues el americano dijo con amargura:

—Hé aqui lo que siento, amigo mio. El señor conde de Brettecourt no es ni loco, ni in-

canto y me ha abierto los ojos. No creo una palabra de la historieta que me acabais de contarme; vuestra intencion era la de apropiaros el millon trescientos mil francos de que se trata..... Y os considero como un perfecto canalla.....

Baradoux se sobresaltó; quiso dejar solo al americano; pero éste le detuvo y echose á reír.

—No temais nada, señor truhan; mi cólera no es duradera porque soy muy práctico.

—Caballero, me llamais truhan, y sin embargo, gozo de más estimacion que los americanos, lo que os prueba que valgo más que vos..... Si yo contara ó los parisienses lo que vuestros compatriotas saben de vos y de vuestra fortuna.....

—¡Chist! le dijo el americano, vámonos mejor entendiendo una vez que los dos vamos á tener mucha necesidad de entendernos.

Así que siguieron pronunciando palabras á media voz y segun el semblante que puso Baradoux cuando se separaron, parecia que habían llegado á entenderse admirablemente.

La dificultad para Dickson ahora estaba en su casa, por lo que al ver á su hija entró exclamando:

—¡Una noticia!

—¿Una noticia? ¡La sabia antes que vos, padre miol! Estoy informada, sin necesidad de espías.

La jóven hablaba con voz entrecortada, y esforzándose para sonreír.

—Ya sé que todo para mí ha terminado, añadió, la noticia es oficial.....

—No, no es eso, querida hija.....

Luisa le cortó la palabra.

—¿Cómo que no? ¡Todo Paris no habla más que de eso! Hasta mi modista repite á boca llena: la señorita Dickson se casa con el señor conde de Villepreux.....

—¿Federico?

—¡No pronuncieis ya ese nombre delante de mí! ¡No quiero que nadie me lo recuerde!

—Sin embargo, hija mia.....

—¡No, no, callaos! No me habléis una palabra de esos Villepreux! ¡Ya se acabó! ¡Quiero olvidarlos!..... Ya no existen para mí!

Y sus lágrimas empezaron de nuevo á correr y los sollozos la ahogaban.

—¡Te aseguro, querida mia, que el proceder de Federico es muy disculpable!..... ¡Escuchadme!

—¿Cómo es eso? ¡Ahora sois vos quien va á tomar el partido de Federico..... despues de incitarme á que le aborreciera!

—¿No le amas ya? preguntó atontado el notario.

—¡Yo amarle!..... ¡Le odio!..... ¡Quisiera verle desgraciado, desesperado!..... ¡Cuánto me reiría yo entónces!

Para confirmar lo que decía, Luisilla enjugó sus lágrimas y se echó á reír de un modo febril.

—¡Estas loca! dijo el notario, cayendo en una silla. Federico.....

—Os he suplicado que no pronunciéis ese nombre!

—¡Ah! ya no hay medio de hacerte comprender la razon! Calmate, te lo ruego: el señor de Brettecourt y su hijo adoptivo van á venir dentro de un momento.....

Desde aquella mañana la jóven sabia que Juan llevaba el nombre de Brettecourt.

—¡No quiero verlos! exclamó.

—Tus amigos.....

—¡Ya no son amigos míos pues me han abandonado!

—¡Si supieras lo que han hecho por tí!

—¡No quiero saberlo.....marchaos.....dejadme!

Y para no atender á las súplicas de su padre, se encerró otra vez en su cuarto.

Sin embargo, cuando el general y Juan llegaron, la jóven habia dominado completamente su dolor, y sin esperar que la avisaran, se presentó en el salon.

Habia cuidado mucho su tocado y empolvado con tanta habilidad su rostro, que toda la huella de lágrimas habia desaparecido.

Ni Juan ni el conde verian las señales de su desesperacion.

Los recibió del modo más amable, alegre y sonriente, y esto formaba gran contraste con el aire triste de su padre.

—¡Qué agradable sorpresa! dijo ofreciéndole la mano.

—Nos hemos invitado nosotros mismos, contestó alegremente el general, para tener el gusto de hablar con nuestra amiguita.

Le dió las gracias sonriendo, y luego dijo á Juan:

—Señor vizconde, recibid mi enhorabuena por..... por.....

—Por mi felicidad, señorita; os la debo en parte.

—¿Lo creéis así? dijo ella.

Y como un sollozo apretaba su garganta, añadió:

—Permitidme que os deje un momento; tengo algunas órdenes que dar.

Y la jóven salió precipitadamente.

—¿Qué tenemos? preguntó entonces Brettecourt al notario.

—¡Ay, amigo mio! si entendeis el carácter de mi hija, sereis más dichoso que yo..... Hace poco no queria veros ni al uno ni al otro, y ahora os recibe con la sonrisa en los labios.

—¿Qué ha dicho cuando le habeis anunciado?.....



—¡Nada he podido decirla! Desde que he vuelto, todo ha sido gritos, lágrimas, imprecaciones, prohibición de pronunciar el nombre de Federico. ¡Ya no le quiere..... le aborrecel.....

—¡Pobre niña! dijo Juan.

—La consolaremos, repuso Brettecourt riendo.

El notario movió la cabeza en señal de duda, y preguntó:

—¿Habeis salido bien de vuestra empresa?

—Mejor aún de lo que creía, amigo mio, y sin grandes dificultades. Solamente que mi querido hijo ha perdido la fortuna que su madre le habia ganado.

Juan hizo un gesto para interrumpirle; pero el general le impuso silencio muy afectuosamente.

—Ya sé que no te gusta que se hable de tus buenas acciones; pero ahora tengo derechos sobre tí y no tienes más remedio que acatar respetuosamente mis órdenes, hijo mio.

—¡Querido padre! murmuró Juan, la obediencia es muy dulce, tratándose de vos.

—En fin, repuso Brettecourt, si bien se ha perdido algun dinero, la honra está en salvo.

—¿Habeis avisado á la señora marquesa?

—Sí, amigo mio, la he mandado una esquila, diciéndola tambien que Juan y yo irémos luego á verla; pero como mi hijo quiere evi-

tar que le demuestren demasiado agradecimiento, nos acompañareis.....

—¿Yo?

—Sí, vos y tambien la señorita Luisa.

—Yo bien quisiera hacerlo, dijo Florimont un tanto cortado, aun cuando no me agrade mucho, en verdad.....¡Dios sabe cómo me recibirá!

—Muy bien.

—¿Lo creéis así?..... En fin, iré; pero mi hija..... Os repito que no quiere oír hablar ya de ninguno de esa familia.

—Me encargo yo de mi amiguita, dijo el conde.

Quería cumplir en un todo su obra de reconciliacion.

Luisilla apareció pronto, muy decidida á no dejarse vencer por las lágrimas, y se sentaron á la mesa.

La comida nada ofreció de particular, sino que la jóven parecia alegrarse mucho llamando á Juan Renand:

—¡Señor vizconde!

• A los postres, cuando los criados hubieron salido del comedor, el general dijo con mucha naturalidad:

—Si la señorita Florimont quisiera prepararse, saldriamos en seguida.

—¡Salir! dijo ella.

—Sí, replicó con la misma naturalidad el

conde; puesto que vamos todos á tomar el té en casa de la marquesa de Villepreux.

—¡Ah! exclamó la niña.

Toda su tranquilidad fingida la abandonó, sus facciones se contrajeron de repente, y con voz febril é incisiva preguntó:

—¿Es acaso para felicitar á la marquesa respecto al casamiento de.....

Se detuvo, no teniendo valor para pronunciar el nombre de Federico.

—¿Qué casamiento? dijo el general.

—Pero..... ¿No sabéis?.....el de esa americana con..... con.....

—¡Cómo! ¿Habeis creído eso vos?

¡Vaya! ¿Quereis engañarme tambien, mi general! Todo Paris no se ocupa de otra cosa que del enlace de esa familia americana con la de Villepreux.....Hasta mi misma modista.....

—¡Si es que haceis caso de las habladurias de tenderos!.....

Y Brettecourt se encogió de hombros.

Despues, tomando la mano de Luisilla, la dijo con tono grave:

—Querida niña, teneis el derecho de saber la verdad y voy á deciroslo.

—¡La verdad! exclamó la jóven, no pudiendo disimular por más tiempo, ¿es que me habeis abandonado todos, hasta mi aliado, que sin duda habrá creído que el señor vizconde

de Brettecourt podia olvidar las promesas hechas por Juan Renaud!

Este se sonrió; pero no contestó, y el general repuso:

—Señorita, para entrar en explicaciones, es indispensable no enfadarse. Hé aquí la verdad de lo sucedido. Vuestro amigo de la niñez, Federico de Villepreux, acaba de conducirse con un heroismo mucho mayor aún que el que ha demostrado en el Tonkin. Os amaba y os ama siempre profundamente; pero ya sabéis que su padre estaba comprometido en malsimos negocios; la honra de los Villepreux se hallaba amenazada y para librarla, se ha creído durante algunos dias que Federico debia sacrificarse, sacrificar su dicha y su amor. Obrando de este modo, era digno de todo elogio y respeto.....Felizmente, han sobrevenido algunas circunstancias.....

Juan dirigió una mirada suplicante al general.

—Circunstancias, continuó éste, respecto á las que bien quisiera explicarme; pero el vizconde de Brettecourt me lo impide, porque no gusta de que pongan de manifiesto su proceder, ni tampoco lo que ha hecho Juan Renaud. Os diré solamente que vuestro aliado ha cumplido todos sus compromisos, mucho más extensamente de lo que podiais esperar.....

La jóven, estupefacta, miró á Juan, y el vizeconde bajó la vista.

—En fin, señorita, dijo el conde, el nombre y la honra de los Villepreux se ha salvado como por encanto, y solamente en los cuentos de hadas es en donde se ven cosas tan sorprendentes. ¿Me será necesario añadir, que inmediatamente Federico ha rechazado un casamiento que hubiera sido la desesperacion de su vida? Los millones de la americana no le han hecho titubear. Está libre hoy, y su corazon pertenece siempre á su amiguita de la niñez.....

Luisilla permanecia silenciosa, como atontada, no comprendiendo y preguntándose si todo aquello era verdad.

Peró su amor propio se rebeló un poco.

—Sin embargo, dijo despues de un largo silencio, ese casamiento anunciado.....

—¡Ah! ¡ah! dijo Brettecourt con indulgente sonrisa, ¡esto es lo que molesta á vuestro orgullo de niña mimada! ¿No quereis manifestar de nuevo amor á aquel que aparentaba entregar su corazon á otra mujer?.....

Luisilla, confusa, bajó la cabeza.

—El amor propio es una cosa muy fea, señorita; pero en fin, hemos querido todos dar satisfaccion al vuestro. Sabed, pues, que ninguno de los miembros de la familia de Villepreux ha hablado con nadie de ese casamien-

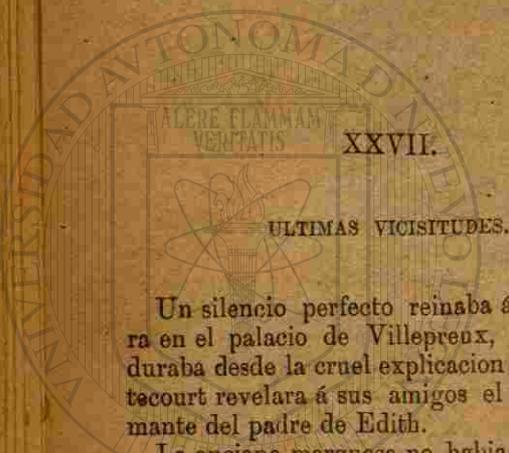
to; que la señora Dickson no lo ha anunciado más que á algunos comerciantes, lo que no es muy grave, pero que cuando tuvo la audacia de quererlo hacer en un salon del gran mundo, en casa de la baronesa de Vauchelles, alguien se encontró allí para cortarle la palabra.

—¿Estais cierto de que.....?

—¡Tan cierto, señorita, como que ese alguien era yo!

La cara de la jóven se serenó, con gran admiracion de su padre.

—De modo que, concluyó Brettecourt, entre vosotros todos han pasado cosas desagradables y penosísimas; pero hay que olvidarlas. Es un mal sueño, del que no debeis acordaros. Vamos todos á pasar la velada á casa de la marquesa, como se hacia en los buenos tiempos..... ¿Rehusareis todavía acompañarnos, señorita Luisa?.....



Un silencio perfecto reinaba á aquella hora en el palacio de Villepreux, silencio que duraba desde la cruel explicacion en que Brettécourt revelara á sus amigos el pasado infamante del padre de Edith.

La anciana marquesa no habia vuelto á ver á su hijo.

Despues de despedirse de Brettécourt, la madre de Honorato preguntó por él y Guepin la respondió.

—El señor marqués se ha encerrado con el señor conde y ha dado orden de que nadie les interrumpa.

La señora movió tristemente la cabeza.

—¡Pobre niño! murmuró.

Y en su interior añadió:

—Mi hijo es indigno de tal abnegacion.

Demasiado adivinaba lo que estaba pasan

do en el espíritu del padre y en el del hijo: el marqués se escondia para escapar á los reproches de su madre y Federico se colocaba entre su padre y su abuela.

Hijo respetuoso, no obstante la indignidad de su padre, el jóven, á pesar de todo, no se creia con derecho para juzgarle y hasta encontraba, en su cariño, razones que le disculparan.

Alcanzó á su padre en el instante mismo en que éste, con la cabeza descubierta y la mirada extraviada, iba á salir del palacio.

En aquel momento Honorato sentia no haber tenido energia bastante para matarse. Esta última humillacion habia sido demasiado fuerte.

Federico le cogió afectuosamente en sus brazos y le obligó á subir otra vez al principal.

— Venid, padre mio, decia, no quiero que os separeis de mí.

Encontró á Guepin que, segun su costumbre, habia estado escuchando en las puertas y daba vueltas por los pasillos, tan asustado como su amo.

—¿Qué tiene el señor marqués? balbuceó temblando el criado.

—Nada, replicó Federico.

Y con una mirada detuvo otras preguntas que iban á salir de los labios de aquel bribon. Como Guepin quiso entrar al mismo tiempo

que él en la habitación del marques, le despidió bruscamente, pues no quería testigos allí.

—Padre, dijo el joven con mucho cariño, es preciso que descanéis.

Cerró las puertas y despues cuidó á Honorato como si fuese un niño.

El marqués estaba tiritando y sus piernas temblaban como si no tuvieran fuerza para sostenerle. Federico le obligó á que se recostase en un sofá, despues cogió las mantas de la cama y le envolvió con ellas repitiendo:

—¡Descansad tranquilo, padre mio!

¡Querido hijo! baluceaba Honorato, ¿creéis, no es verdad, que ignoraba?.....

—No hableis ya de esas cosas, padre; creisteis obrar bien..... ¡Dios ha permitido que la luz nos iluminara con tiempo! ¡Démosle gracias!

—Pero, ¿qué va á suceder?

—¡Esperemos! Nuestra honra está en manos de unos miserables, más nuestror fieles y queridos amigos velan por ella. ¡Esperemos!

—¿Y si no pudieran salvarla?

—Moriríamos juntos, respondió sencillamente Federico.

Habo un instante de silencio y despues Honorato preguntó con timidez:

—¿Crees tú que á pesar de cuanto ha pasado, Juan y el general?.....

—Padre mio, he oído al conde decir á mi

abuela que se encarga él de todo ahora. Sé que gracias á mi amigo Juan, el dinero necesario está pronto..... Por consiguiente, nos está dado esperar. Más tarde arreglaré estas cuentas con mi amigo, mi hermano, puesto que habéis consentido en su casamiento con Enriqueta; mi abuela se decidirá si es preciso, á vender este palacio, venta que se hará sin apresurarnos y sin dejarnos explotar; de este modo podremos pagar á Juan todo lo que nos adelanta hoy; pero si nos salvamos, á él se lo deberemos.....

—¡Se conduce como si fuera un Villepreux! murmuró lentamente el marqués.

—Puesto que va á formar parte de nuestra familia, es natural que lo haga así.

Federico aceptaba la abnegacion de su amigo sin titubear: el agradecimiento no le era molesto respecto á un hermano. ¿No hubiera él obrado lo mismo en su lugar?.....

El marqués no habló más, habia cerrado los ojos y por momentos parecia dormir. No se atrevia á mirar á su hijo

De cuando en cuando le cogía las manos y se las besaba.

Se encontraba pequeño y cobarde ante la desgracia; y el remordimiento que habia empezado á desarrollarse en su alma aquel dia, le acometia con más violencia.

Las señoras de Villepreux se habian reuni-

do en la habitacion de la abuela. Enriqueta las acariciaba á ambas, procurando en vano enjugar sus lágrimas y consolarlas de aquel pesar cuya causa ignoraba y que tan tristemente habia venido á interrumpir su sueño de felicidad.

Al anochecer, un mandadero se presentó llevando una esquela dirigida á la marquesa viuda, dicha carta decia lo siguiente:

“Señora: segun lo esperaba, todo está terminado satisfactoriamente. Nada teneis que temer ya para ninguno de los que amais.

Iré á veros esta noche, con mis amigos, para haceros ver lo feliz que soy.

Me pongo respetuosamente á vuestros piés.

—*Enrique de Brettecourt.*”

La anciana se la hizo leer á Julieta y despues colocándola de nuevo en el sobre, dijo á su nieta:

—Lleva esto á tu padre

Cuando la niña volvió, encontró á ambas señoras de rodillas y rezando con fervor.

—¡Arrodillate á mi lado, la dijo su madre, y demos gracias á Dios!

—¡Y bendice á tu prometido! añadió su abuela, pues acaba de salvarnos de un gran peligro.....

—¿Qué peligro es ese?

—Juan es el único que tiene el derecho de explicártelo un día si cree deberlo hacer, dijo

Julieta estrechando á su hija contra su corazón. ¡Recemos!

Cuando acabaron su oracion, la anciana preguntó:

—¿Qué te ha dicho Federico?

—¡Oh! no queria abrir; ha sido preciso que le dijera mi nombre.....

—¿Has visto á tu padre?

—Sí, se halla bastante mal, y mi hermano le está cuidando. Federico me ha prometido que me cederá su puesto por una parte de la noche,

—¿Han leído la carta delante de tí?

—Sí, y la cara de mi hermano se ha iluminado con un rayo de alegría; entregó la carta á mi padre, diciéndole: “¡Ya veis la razon que tenia yo para esperar!” Y cuando mi padre hubo leído la esquela, me ha parecido más animado y contento.

Sin embargo, ni el padre ni el hijo se presentaron á la hora de comer.

La noche llegó, y en silencio aguardaban todos con febril ansiedad la llegada de Brettecourt. Se preguntaban de qué amigos hablaba en su carta; pero en cuanto á Enriqueta, á quien habian anunciado la visita del general, lo único que deseaba era que le acompañase su hijo adoptivo.

A eso de las nueve, se oyó el tintineo de la campanilla, y algunos minutos despuevize!

conde de Brettecourt entraba en el salon, llevando del brazo á Luisilla. El señor Florimont, ménos valiente, venia algo detrás, empujado por el general.

La marquesa viuda comprendió el pensamiento de Brettecourt, y á pesar del resentimiento que sentia aún contra el notario, abrió los brazos exclamando:

—¡Ven á abrazarme, ahijada mia!

Y estrechándola cariñosamente contra su pecho, ofreció al mismo tiempo su mano á Florimont, diciéndole;

—¡Me habeis apesadumbrado mucho vos; pero lo olvido todo hoy, pues si así no lo hiciera, Enrique no me lo perdonaria.

Florimont se inclinó y besó respetuosamente la mano de la anciana.

Habia preparado durante el camino un pequeño discurso para explicar cómo habia tenido razon en todo cuanto habia hecho; pero en el momento de pronunciarlo, le pareció que una demostracion de respeto era la mejor de las explicaciones.

Desde los brazos de su madrina, Luisilla pasó á los de Julieta y simultáneamente Enriqueta la abrazaba con loco cariño.

—¡Y vosotros! exclamó la marquesa, ofreciendo ambas manos á Juan y á Brettecourt, ¿cómo agradeceros?.....

—¡Chiton! dijo el conde, el vizconde tiene muy mal genio; no permite que se hable de esas cosas.

—Enriqueta, dijo á ésta su madre, avisa á tu padre y á tu hermano.

Federico llegó en seguida, pero solo.

—Dispensad á mi padre, dijo, no está realmente en esta lo de venir á daros las gracias y me ha encargado que lo hiciera yo en su nombre.

Federico hablaba difícilmente, pero con firmeza; su semblante estaba horriblemente demudado. Se dirigia á Juan y á Brettecourt, pues en el primer momento no vió más que á ellos.

Cuando apercibió á Luisilla y á su padre, el jóven se turbó un instante. La jóven corrió hácia él y le dijo con ternura:

—¡Perdonadme, Federico; habia dudado de vos!

No era para ella para quien imploraba el perdón; pero sí para su padre, que se hallaba temblando desde que el jóven habia entrado en aquella cámara.

Cogió á Federico de una mano y le llevó delante del notario.

Ambos se dieron un silencioso apretón de manos.

Despues, Federico, cayendo de rodillas delante de Brettecourt, quiso hablar; pero los sollozos se lo impidieron.

El conde le levantó con viveza, comprendiendo que el pobre jóven imploraba piedad para su padre.

—¡Gracias!

Fué todo lo que Federico pudo pronunciar en medio de sus lágrimas.

Brettecourt procuraba calmarle.

En fin, el conde de Villepreux se echó en brazos de Juan.

—¡Ah! ¡hermano! ¡hermano! exclamó. Sintí, sin tu madre, ¿qué hubiera sido de nosotros?

—¡Cállata! dijo Juan. Esto es cosa nuestra. Más tarde.....

—Sí, más tarde volveremos á hablar.....

Entonces Federico cogió á su hermana por la cintura y llevándola cerca de Juan:

—Abraza á tu prometido, la dijo.

Se oyeron dos exclamaciones:

—¡Juan! ¡mi amado Juan!

—¡Enriqueta!

Y mientras que ambos jóvenes se abrazaban con locura, Federico añadió:

—¡Amale mucho, hermana mía!..... ¡Nunca le querremos tanto como merece!..... ¡Adios, amigos míos, permitidme ahora que vuelva al lado de mi padre!

Federico se fué nuevamente al cuarto del marqués y le contó cuanto acababa de pasar, esperando que esto le haría recuperar sus per-

didias fuerzas; pero al contrario, Honorato parecia cada vez más agoviado. Tanta abnegacion le hacia avergonzarse de sí mismo.

Al dia siguiente, el palacio de Villepreux, ó por lo ménos la parte habilitada, habia tomado un aire de fiesta.

Desde por la mañana, Enriqueta y Federico colocaban flores por todas partes en el gran vestibulo, en la magnífica escalera y en todas las habitaciones.

No fué por su gusto por lo que Federico dejó solo á su padre; pero como este se hallaba mejor, dijo al jóven:

—Te lo ruego, querido, déjame, me siento bueno; ocúpate de recibir bien á tus amigos.

La anciana marquesa habia querido reunir en aquel primer dia de dicha sin sombra á todos los que amaba, y á quienes consideraba ya como formando parte de su familia.

Federico y Enriqueta, olvidando poco á poco sus angustias, no pensaban más que en la alegría que los embargaba.

Enriqueta decia:

—¿Crees tú que le gustarán á Juan las flores así esparcidas?

—Sí, hermanita..... Todavía más en desorden, más sueltas..... Luisilla tampoco gusta de los ramos amañados.

La anciana marquesa los interrumpia á veces, yendo á examinar su trabajo, y poniendo

con gravedad su mano encima de sus ojos, en forma de pantalla, elogiaba el gusto de sus nietos.

—No sé cómo os las arreglais para colocar todo esto con tanto primor, les decia, es de creer que el amor os inspira.....

Julieta tambien recorria las habitaciones; abrazaba á sus hijos sin decirles una palabra, y volvía á la cocina para vigilar el almuerzo, pues habia sido preciso que la gran señora se ocupase minuciosamente de tales cosas.

—Ya sabes, le habia dicho su suegra, que Brettecourt es algo goloso!

En fin, á las doce, todos aquellos buenos amigos estaban reunidos, y conversaban alegremente en el comedor.

Y como la dicha rejuvenece, hasta los ancianos parecían jóvenes.

Nadie hubiera creído que el conde de Brettecourt pasaba ya de los cincuenta años, y mamá Renaud.....

—Vamos, señora Renaud, preguntó la marquesa, es preciso que nos digais los años que teneis.

Y todos se admiraron cuando la bisabuela afirmó que aun cuando se aproximaba á los ochenta, todavía la faltaba para llegar á ellos un buen trozo.

—¡Setenta y siete! rectificó María.

—¡Eres demasiado cequeta!

El notario Florinont miraba con alguna envidia á aquella anciana tan derecha, tan viva, y con una cara en la que se veía como un buen reflejo de su pasada hermosura, mientras que él era grueso, pesado y vulgarote.

Verdad es que era excesivamente amante de la buena mesa y aquel dia estaba comiendo con una felicidad, una paz y una tranquilidad, que habian huido hacia bastante tiempo de su lado.

Su hija le habia abrazado cariñosamente por la mañana, le habia mimado, le presentó su pipa y el tabaco, y le habia llamado "¡Mi querido papaito!"

A todas estas satisfacciones, se añadía la de que su hija sería condesa, y más tarde marquesa, sin que hubiese tenido que desembolsar un céntimo.....

¡Marquesa de Villepreux! Por más que se mire un título como cosa de poca valía, sin embargo, gusta á cualquiera joven que la llamen "marquesa." Además, se proponía envolver á Federico en la red de un contrato dotal, que sería para los padres de familia un modelo de prevision.

Y miraba de reojo y con malicia á los jóvenes enamorados que, á pesar de su perfecta educacion, hablabanse en voz baja.

En aquel almuerzo no faltaba más que un miembro de la familia, el marqués de Ville-

preux; éste habia rogado á su hijo que le disculpase otra vez, pues sin estar realmente enfermo, se sentia agobiado por la fatiga y necesitaba reposo.

Cuando María Renaud llegó con su hijo y con su abuela, los estuvo mirando desde la ventana, pues los estaba acechando con impaciencia.

Y murmuró al verles:

—¡Entran como amos en esta casa, en que nada soy ya! ¡Antes triunfó el mal, hoy triunfa la virtud!

Durante el almuerzo, mientras que le servian platos que apenas tocaba, no pudo ménos de echar una mirada retrospectiva sobre los acontecimientos que ocurrieron despues de la muerte de su hermano; se acordó de sns sor-das é infames maquinaciones, del encuentro de María Renaud, del cuartito de la plaza de los Vosges y de su ruin mentira.

Volvia á ver ahora á aquellas dos mujeres, y si no habia querido asistir al almuerzo, era porque temia hallarse enfrente de ellas, y sobre todo de la anciana.

Ya habia visto á María Renaud y no le asustaba; pero la abuela le producía un verdadero espanto.

Sin embargo, seria preciso que la viera un día ú otro, puesto que estaban destinados á pasar juntos lo que le quedaba de existencia,

y como es natural, la bisabuela no queria separarse de su biznieto.

Se habia figurado que mamá Renaud debía ser una ancianita casi impedida, un ser sin importancia, y se habia quedado completamente anonadado al verla atravesar el patio con paso tan firme como decidido, y tan fresca como antaño.

—¡Bah! murmuró para envalentonarse, ¿acaso se acordará de mi esa buena anciana?..... Debe de estar muy orgullosa por hallarse en esta casa..... En diez minutos haré su conquista.

En aquel momento rechazaba el remordimiento, miraba de frente el porvenir, pensando en asegurarse todavia una vida dichosa.

Despues de almorzar, se decidió de repente; refrescó su cara con vinagre, y se fué al salon.

A nadie encontro allí, y oyendo ruido en el piso bajo, se dirigió hácia la escalera, y escuchó.

Abrian algunas puertas con dificultad, y luego se percibian gritos de admiracion.

¡Qué hermoso! ¡qué grande!

—Mi madre, dijo, se ha decidido á abrir los salones que le obligué á cerrar.

Despues se encogió de hombros.

—¡Bah! darán ahora fiestas en ellos. Gozaré como si los ordenara yo, Será preciso amue-

blarlos otra vez, necesitarán de mis consejos, porque esos niños no entienden nada de eso. ¡Vaya, marqués, la buena vida no ha acabado todavía para tí.....

Aquel que dijo que nunca hay que desesperar, era un sabio.

Entró otra vez en el salón de su madre y aguardó.

Algunos momentos después, la marquesa viuda, mamá Renaud, María y Brettecourt regresaron también a él.

Los jóvenes, Julieta y el notario se habían quedado en los salones del piso bajo, formando ya proyectos para la gran fiesta que allí se verificaría el día en que se firmasen los contratos de boda. Luisa había pretendido que ambos se celebraran en un mismo día, porque su amor propio la hacía preferir el palacio de Villepreux a la sombría casa de su padre.

Hablaban todos a la vez, y Luisilla, sin motivo aparente, soltaba sonoras carcajadas, y esto les impidió oír el terrible grito que se escapó del pecho de mamá Renaud cuando vio a Honorato.

La marquesa viuda en extremo turbada, se apresuró a decir:

--Señora, tengo el gusto de presentaros a mi hijo, el marqués de Villepreux.

--¡Ah! ¡este señor es marqués! dijo mamá Renaud con acento despreciativo. ¡Pues bien!

cuando lo conocí se llamaba sencillamente Berthier..... No os he visto más que una vez en mi vida, señor; pero aunque hubiérame quedado ciega, os conocería por el sonido de vuestra voz, esa voz que tantas mentiras nos contó, allá, en nuestra pobre vivienda de la plaza de los Vosges..... Debeis conocerme también..... ¡Vamos, contestad, hablad!

Honorato había dado algunos pasos hacia atrás, y pegado a la pared permanecía mudo, fijando en mamá Renaud una mirada extrañada.

--¡Mamá! ¡mamá, cállate! exclamó María con tono suplicante. ¡Cállate!

--¡No, no! dijo la marquesa con autoridad, hablad, señora.

Mamá Renaud, mirando alternativamente a Honorato y a la marquesa, con el brazo extendido hacia el miserable, terrible, a pesar de su vejez, y cual si fuera la personificación de la justicia, continuó:

--¡Sí, hablaré! ¡Ah! mi hija os ha conocido, no me cabe duda de ello, y confiaba en que no habia de reconoceros yo..... ¡es tan buena! ¡Os perdonaba; todo lo olvidé ahora! Mas yo no soy como ella, y quiero que se haga justicia. Vacilaría tal vez al hacerlo, si vuestros hijos estuviesen presentes; pero vuestra madre tiene el deber y el derecho de juzgaros....

Mamá Renaud respiró un momento, y se

ñalando siempre al marqués con el brazo tendido.

Honorato se había puesto de rodillas, completamente atontado.

—Señora marquesa, es preciso que sepais que mi hija era amada por un hombre tan hermoso y tan bueno, como miserable es éste. Un día, estando mi hija en cinta, éste vino á buscarme y nos dijo que su madre había muerto..... ¡Mentira!..... Para que saliéramos de Paris, en donde, sin duda, le estorbábamos; se atrevió á ofrecernos dinero..... ¡Dinero á nosotras! Nos marchamos, sí, para ocultar nuestra vergüenza y acostumbrarnos á ella..... ¡Oh! he sufrido cruelmente, he llorado meses enteros; pero todo se borra en este momento, sí; todo se borra, porque acabo de descubrir que el hombre amado por mi hija no nos había engañado; era tal como le juzgué yo en un principio, incapaz de una cobardía..... ¡Y yo que llegué á aborrecerle, á maldecirle!..... ¡Querido Juan, tú á quien tanto queríamos, si no volviste, es porque habías muerto.....

La pobre mamá Renaud tuvo que interrumpirse; porque las lágrimas la iban ahogando.

La marquesa también lloraba, había caído sentada sobre una silla y se tapaba la cara con las manos.

De repente se levantó, se abalanzó hácia María, y abrazándola con loca ternura:

—¡María!..... ¡hija mía! ¡Sois vos la mujer de mi amado Juan!..... ¡El amado de mi nieta es su hijo!..... ¡Y me lo ocultábais!.....

—Esperábamos también ocultaros siempre la conducta de Honorato, dijo Brettecourt en voz baja. La noble mujer que vuestro hijo tanto amaba, ha jurado traer á vuestra casa la felicidad y la paz.

—¡Teniais compasion de un hombre que no lo merece! dijo con severidad la marquesa.

Y fijó una mirada despreciativa sobre Honorato, que poco á poco había ido cayéndose, temblando como un azogado y con los ojos empañados, los labios descoloridos y cubiertos con una espuma blancuzca.

Reinó algunos minutos un largo y triste silencio.

Nadie se atrevia á hablar despues de lo que había dicho la marquesa.

María Renaud estaba profundamente conmovida al ver á aquel infeliz despreciado por su madre y en quien no quería ella ver más que al hermano del hombre á quien había amado.

Su Juan, tan bueno y generoso, ¿no le hubiera perdonado á pesar de todo?

Brettecourt, á su vez, se acordaba de la afectuosa indulgencia que su amigo había tenido siempre para Honorato.

Además, ¿no habían decidido María y él

que aquel día sería un día de paz y de perdón?

Mamá Renaud estaba asustada de lo que había hecho. Su ira se había desvanecido ya.

Poco á poco Honorato se fué levantando, y fijaba una mirada suplicante en María y en Brettecourt.

Ambos, sin titubear, fueron hácia él y le dieron la mano.

El marqués apretó con fuerza la de Brettecourt; y apoderándose de la de María, la regó con sus lágrimas.

Se dirigió despues á mamá Renaud, balbuceó algunas palabras confusas entre las que iba mezclada la de perdón.

La buena anciana no supo qué responder, y ya Honorato la había dejado para arrodillarse á los piés de su madre.

No tuvo valor para decir una palabra; pero sus sollozos estallaron con fuerza.

La marquesa se sintió por un momento invadida de terrible ira.

—¡Debería echaros de esta casa! exclamó.

Pero vió fijas en ella las miradas suplicantes de María y de Brettecourt.

—Os perdono por la memoria de vuestro hermano; os perdono porque el conde de Brettecourt lo quiere; os perdono por amor á esa adorable mujer, que fué la amada de mi hijo y

á la querré siempre como á la mejor de las hijas..... ¡María!

Y abrió los brazos á la madre de Juan, que se precipitó en ellos exclamando:

—¡Madre mía!

—¡Acercaos aquí tambien! dijo la marquesa á mamá Renaud. ¡Ah! no nos separaremos nunca.

Brettecourt levantó á Honorato y se lo llevó.

El desgraciado no se daba cuenta de sí mismo; esta última escena le había quitado la poca energía que le quedaba. Toda reaccion se hacia imposible.

Brettecourt le empujaba como si fuese un niño, diciéndole:

—Vamos, venid, querido marqués.

El general quiso llevarle á su cuarto antes de que Federico y Enriqueta pudieran verlo en aquel estado de postracion.

Y lo consiguió.

Los enamorados jóvenes habíanse quedado en el piso bajo, divirtiéndose en recorrer los vastos salones, formando mil proyectos para amueblarlos, para dar en ellos *soirées*; Luisilla era la que más hablaba de bailes y de fiestas.

Quando al fin subieron todos al principal, se sorprendieron algo al ver á la marquesa, á María y á su abuela llorando; pero atribuye-

ron aquellas lágrimas á la emoci6n que experimentaban por hallarse todos reunidos en aquel día despues de tantos sinsabores, y nadie habló del marques.

Juan Renand fué el único que presintió lo que habia pasado.

—¿Y mi padre, preguntó Federico, no le habeis visto?

—Sí, hijo mio, dijo la marquesa con bastante calma; pero estando aún cansado y algo indispuesto, se ha ido á su cuarto con el conde de Brettecourt.

—¿Me voy con ellos?

—No, hijo mio, déjalos; puede ser que tengan que hablar solos.

La ausencia del marqués no podia explicarse de un modo más sencillo.

Y la dicha no cesó de reinar, sin mezcla alguna de amargura, entre aquellos seres que tan cruelmente habian sufrido durante algunos meses, y que tan bien recompensados se hallaban ahora.

Brettecourt se habia encerrado con el marqués en la habitacion de este.

Honorato seguia temblando.

Esperaba sangrientos reproches de parte de aquel amigo que tan apasionadamente habia querido á su hermano.

No podia convencerse de que le perdonase plenamente todas sus maldades, pues

comprendía que era indigno de piedad. Creia firmemente que Brettecourt iba á vengarse ahora por haberle desterrado él durante tantos años de aquella casa, cuya honra acababa de salvar; que iba á vengarse con alguna terrible palabra de que Honorato se asustaba de antemano.

Y por el contrario, el conde, con una bondad perfecta, le ayudaba á recostarse, le cuidaba afectuosamente y le llamaba amigo mio.

Para aquella alma nobilísima, una vez concedido el perdon, la falta quedaba olvidada para siempre.

No veía ya en el marqués más que á un desgraciado, á un hombre que necesitaba consuelo.

Todo en aquel día tenia que ser paz y tranquilidad.

Una vez recostado el marqués en el canapé, Brettecourt le cogió las manos y se las apretó con cariño.

—¡Ah! ¡es demasiado! ¡es demasiado! murmuró el marqués. Tanta bondad me anonda..... ¡Preferiria estar muerto!

—Debeis vivir y vivir contento y feliz para que nada turbe la dicha de los que os quieren, dijo con gravedad Brettecourt. Olvidad lo pasado como lo olvidan ellos.....

—¡Olvidáis vos, María Renand olvida tambien; pero..... mi madre!

Cuando acababa de pronunciar estas palabras la puerta se abrió, presentándose la marquesa.

Honorato se tapó la cara asustado por la mirada terrible de la anciana.

—Brettecourt, dijo ella, los niños preguntan por vos; id con ellos; ocuparé yo vuestro sitio al lado del marqués.

El conde pensó que la marquesa quería estar sola con su hijo y se retiró.

La anciana se instaló al lado de Honorato sin dirigirle la palabra, procurando simplemente que su cara expresara más dulcura y su mirada más severidad.

Honorato la observaba sin cesar, esperando que, como el conde, le dirigiera alguna palabra afectuosa; pero la marquesa cogió un libro y se puso a leer con mucha atención.

Honorato balbuceó entonces:

—¡Madre mía!

La marquesa le miró con indiferencia:

—¿Qué deseáis, marqués?

Más él, tendiendo hacia ella sus manos suplicantes, le dijo con voz temblorosa y llenos de lágrimas los ojos.

—¡Llamadme hijo!

¿Qué pasó entonces en el alma de la anciana?

¿Creyó obedecer á una inspiracion de su difunto hijo?

¿Obedeció simplemente á un impulso de su corazón de madre?

Una emocion casi nueva para ella, pues hacia muchos años que no la sentia, se apoderó de todo su ser.

Allí no habia ya un juez ni un reo; pero sí una madre delante de un hijo horriblemente desgraciado.

—¡Hijo mio! exclamó:

Y le abrió francamente los brazos.

Honorato se precipitó en ellos y lloró mucho tiempo, apoyado en el pecho de la anciana.

Ella le estrechaba febrilmente y se decia que volvía por fin á encontrar á su hijo, á quien consideraba como perdido para siempre. Acababa de conquistarle, de sacarle de las garras del maléfico espíritu.

Un solo individuo en todo el palacio, no estaba satisfecho de la marcha que habian tomado los acontecimientos.

Este era Polidoro Gaepin.

Fiel á sus costumbres, habia espiado, se habia enterado de todo lo cuanto habia ocurrido, y esto le habia sumido en un profundo desaliento.

En aquel instante estaba en su puesto más usual de observacion: en el tocador del marqués, desde donde veía y oía todo lo que pasaba y se hablaba en la habitacion de su amo.

Cuando vió á ésta en brazos de su madre, exclamó con ira:

—¡Ah, esto es ya demasiado!

Y cayó sobre un asiento, en un estado de postracion tan lamentable, como el del marqués.

A tanto llegaban sus maquinaciones y sus villanías.

El mal le alimentaba; el bien le destruía la existencia.

El marqués, á quien creía dominado completamente por él, del que sacaba directa ó indirectamente pingües beneficios, caía nuevamente bajo el dominio de su madre, es decir, que se le escapaba para siempre.

—Ya nada se puede hacer en esta casa, pensó.

Y en efecto, no se equivocaba.

Un ser como él no podía vivir por más tiempo en una mansion en donde la honra iba á reinar en adelante.

Poco á poco Guepin se enderezó y recuperó su enérgica audacia de bribon.

—¡Tomemos la delantera! se dijo.

—¡Despidámonos! antes de que nos despidan! Esta vieja marquesa no me dejaría mucho tiempo aquí.

Llamó á la puerta y entró sin esperar respuesta.

—¡Perdonad! dijo, creía que el señor marqués estaba solo.

Honorato con un gesto le mandó que se retirase; pero Guepin fingió no haberle visto.

—¿Qué se os ocurre? preguntó la marquesa con enfado,

—Necesito hablar con el señor marqués, replicó Guepin sin turbarse.

—Más tarde, balbuceó Honorato.

—¡Ah, no señor, en seguida! Vengo á decir al señor marqués que tengo el sentimiento de dejar su servicio.

—No, no es eso, interrumpió bruscamente la marquesa, veniais á anunciar á mi hijo que os echo yo..... ¡Salid!..... os daré la cuenta dentro de algunos momentos..... ¡Idos; no quiero que paseis aquí la noche!

—¡Está bien, está bien! murmuró Guepin retirándose. He aquí el agradecimiento que me manifiestan despues de tantos años de buenos servicios

Y desapareció encogiéndose de hombros y diciendo en son de mofa:

—¡No paseis aquí la noche!.....¡Cómo si fuera esto un lugar sagrado!

Durante algunos instantes aquel pillastre no tuvo en la boca más que palabras insultantes, desahogando sus antiguos rencores contra la marquesa, contra Julieta y contra Federico,

que tan bruscamente le habían apartado de su amo la víspera.

Y se prometía insolentarse con la marquesa en el acto de entregarle esta cuenta.

Sin embargo, cuando el momento llegó, la valentía le abandonó de repente, pues la anciana señora le había inspirado siempre un gran temor.

Acababa de preparar su maleta llena de objetos en su mayor parte robados al marqués, cuando le avisaron que la marquesa viuda le estaba esperando en su cuarto.

Fué allí, y respetuosa é hipócritamente se atrevió á pedirle una certificación de sus largos y leales servicios. Pensaba que tal documento, dado por la marquesa de Villepreux, le permitiría encontrar pronto una buena colocación.

—Si quereis que os la dé de hipócrita y embustero, dijo la anciana, estoy pronta á redactarla.

Aquel infame estuvo á punto de rebelarse; se sonrió con maldad y se preparaba á vengarse, soltando alguna venenosa palabra dirigida á Honorato; pero tuvo que inclinarse ante un gesto magestuoso de la señora.

Como la mayor parte de los bribones, tenía un gran fondo de filosofía.

—¿De qué me serviría? murmuró.

Y se fué sin despedirse de nadie; bajó él

mismo su maleta y demás paquetes, y despues de cargarlos en un coche, se quedó algunos instantes contemplando el palacio de Villepreux; sentia un verdadero dolor por tener que dejar aquella casa, en la que había esperado acabar sus dias con la mayor comodidad.

—Es preciso resignarse, dijo por fin, Baradoux se encargará de colocarme.

Y dió órden al cochero de marchar.

Una vez desembarazada de él, la marquesa exclamó:

—Me parece que ahora voy á respirar con más tranquilidad.

## XXVIII.

LECCIONES DE FILOSOFIA.

Una grande agitación reinaba en el hotel de los americanos, cuando el dueño y el señor Baradoux entraron en él, despues de la expli-

que tan bruscamente le habían apartado de su amo la víspera.

Y se prometía insolentarse con la marquesa en el acto de entregarle esta cuenta.

Sin embargo, cuando el momento llegó, la valentía le abandonó de repente, pues la anciana señora le había inspirado siempre un gran temor.

Acababa de preparar su maleta llena de objetos en su mayor parte robados al marqués, cuando le avisaron que la marquesa viuda le estaba esperando en su cuarto.

Fué allí, y respetuosa é hipócritamente se atrevió á pedirle una certificación de sus largos y leales servicios. Pensaba que tal documento, dado por la marquesa de Villepreux, le permitiría encontrar pronto una buena colocación.

—Si quereis que os la dé de hipócrita y embustero, dijo la anciana, estoy pronta á redactarla.

Aquel infame estuvo á punto de rebelarse; se sonrió con maldad y se preparaba á vengarse, soltando alguna venenosa palabra dirigida á Honorato; pero tuvo que inclinarse ante un gesto magestuoso de la señora.

Como la mayor parte de los bribones, tenía un gran fondo de filosofía.

—¿De qué me serviría? murmuró.

Y se fué sin despedirse de nadie; bajó él

mismo su maleta y demás paquetes, y despues de cargarlos en un coche, se quedó algunos instantes contemplando el palacio de Villepreux; sentia un verdadero dolor por tener que dejar aquella casa, en la que había esperado acabar sus dias con la mayor comodidad.

—Es preciso resignarse, dijo por fin, Baradoux se encargará de colocarme.

Y dió órden al cochero de marchar.

Una vez desembarazada de él, la marquesa exclamó:

—Me parece que ahora voy á respirar con más tranquilidad.

## XXVIII.

LECCIONES DE FILOSOFIA.

Una grande agitación reinaba en el hotel de los americanos, cuando el dueño y el señor Baradoux entraron en él, despues de la expli-

cacion que habian tenido á la entrada del bosque de Boulogne.

El banquero, en extremo gozoso por haber salido con bien y á tan poca costa de su última canallada y queriendo apoderarse de nuevo del espíritu del americano, le repetía:

—Os aseguro que encontraré otra cosa mejor que el tal Federico. Es preciso que vuestra hija sea princesa..... ó por lo ménos, duquesa.

Dickson no le contestaba; acababa de llamarle la atencion su ayuda de cámara que en el centro del patio contaba una historia al palafrenero con grandes gestos y riéndose á carcajadas; y éste se reía todavía más que el ayuda de cámara.

—¡Hola! gritó Dickson, ¿es de este modo como cumplis con vuestras obligaciones?

Ambos criados muy sorprendidos, procuraron ponerse serios, el ayuda de cámara acudió para abrir la puerta del vestibulo; saludó respetuosamente á Baradoux y á su amo; pero este adivinó que debajo de aquel aire correcto, se escondia la insolencia y mofa de los criados que desprecian á sus amos.

El inclinándose al oido de Baradoux, le dijo con amargura:

—Apuesto á que esos tunantes se reian de mi aventura.

—Es muy probable, replicó el banquero;

pero más vale no reprimirlos, porque si tal haceis, esparcerian dicha historia por todo Paris.

Arreglarémos las cosas de modo que nuestro fracaso aparezca tan poco claro, que nadie sea capaz de admitirlo como tal.

—Poned un cubierto para el señor Baradoux, ordenó Dickson; avisad á las señoras que ya estamos aquí y que los señores Villepreux no vienen esta noche.

Los dos hombres entraron en el salon.

Algunos instantes despues, la doncella de la señora vino á anunciar que su ama, hallándose indispueta, no podia asistir á la comida.

Apenas acababa aquella muchacha de cumplir el encargo que le habia dado, cuando la camarista de Edith repetía los mismos términos en nombre de la jóven.

Dickson reprimió un movimiento de cólera, no sin hacer gran violencia para dominar su carácter.

Salió fuera del salon y desde allí con mucha calma llamó:

—¡Margaret!..... ¡Edith!

Antes de que su mujer y su hija le contestasen, oyó risotadas en el piso inferior.

Desde la vuelta de la señora Dickson y de su hija, pero sobre todo, desde la visita del conde de Brettécourt, no habian cesado de reir y de chismear los criados en las cocinas.

Allí se sabía que el americano había reñido con su mujer y con su hija, y que desde entonces la señora estaba tendida en el canapé de su cuarto, mientras que la señorita iba y venía por su habitación, dando gritos de cólera como una fiera enjaulada.

Los sirvientes son siempre y en todas partes iguales; ninguno de ellos tenía lástima de sus amos, no obstante ser tan generosos.

Les consideraba como individuos poco civilizados, buenos solamente para explotarlos.

La negativa de las señoras de asistir á aquella comida, á la que habían sido convidados los señores de Villepreux y de la que no participarían, había renovado la hilaridad de toda la servidumbre, y aquel modo de llamar el amo á su mujer y á su hija, la llevó á su colmo.

Dickson con mucha tranquilidad bajó á la cocina cuando las risas llegaban á su apogeo.

Todos se callaron en seguida.

El americano divisó al patafrenero, y le dijo:

—Amigo, os he tomado á mi servicio para cuidar de mis caballos y no para que os divertais. Teneis días de salida para reiros á gusto. Hacedme el favor de ser algo más formal, si queréis conservar vuestra colocacion..... lo mismo digo á los demás.

Dickson habló con mucha calma, sin que nadie dejara adivinar la ira que rugía en su interior. Nadie tenía ya ganas de reir.

La agitacion que había reinado allí toda la tarde, desapareció como por encantó; el americano acababa de demostrar á su servidumbre que no era hombre á propósito para que se burlaran de él sus criados.

Hasta entonces había dejado la dirección de la casa á su mujer; pero desde aquel momento empuñó las riendas del hogar doméstico.

Subió y llamó otra vez.

—¡Edith!..... ¡Margaret!.....

Las señoras no habían juzgado conveniente responder á la primera llamada; más comprendiendo que tenían que obedecer á la segunda, mistres Dickson se presentó la primera.

—¡Aquí estoy, aquí estoy!

—¿Tan mala te encuentras?

—Muy cansada, mucho, y.....

—Eso no es nada, y por lo tanto no te importa hacernos el favor de sentarte á la mesa con nosotros.

Edith apareció á su vez en lo alto de la escalera.

—Padre mío, os aseguro que yo.....

—Baja, Edith; necesito hablar contigo.

La joven pronunció algunas palabras poco respetuosas, pero su padre fingió no haberlas oído. Volvió á entrar en el salón y habló algunos minutos en voz baja con Baradoux.

Pronto mistress Dickson y su hija aparecieron tiesas, acompasadas y respondiendo de un

modo glacial á los expresivos saludos del agente de negocios.

Edith, sobre todo, tenia un aire terrible: su mirada era dura y sus lábios estaban contraindos. Todo su cuerpo se estremecía bajo la acción de fuertes sacudidas nerviosas. Ella habia sido, sin embargo, la que habia animado á su madre, pues sin eso, Margaret se hubiera dejado dominar por el abatimiento; pero se decidió á hacer causa comun con su hija, que queria manifestarse severa con su padre y con Baradoux.

En aquel momento Dickson se congratuló de haberse reconciliado con el agente de negocios. Al mirar el semblante frio y rabioso de Edith, de aquella hija á quien consagraba su existencia, sentía impulsos de apostrofarla y hasta de pegarle, y como no hubiera nunca tenido él la calma ni la dulzura que habia menester para resistir á las demostraciones de cólera que preveía, confiaba en que Baradoux sería el pacificador y despues llegaría, así á lo ménos lo calculaba Dickson, á hacer comprender á Edith, que era necesario evitar á todo trance el ruido y el escándalo.

El banquero no se habia turbado un momento ante la actitud hostil de la joven americana; esperaba que le dirigiese algunos insultos; peor como su epidermis no era muy delicada, se

aprestaba á la lucha para conquistar nuevamente lo que habia estado á punto de perder.

Pasaron al comedor.

Y la comida empezo en medio de un completo silencio.

A Dickson se le ocurrian cosas que hubieran obligado á todos á mez larse en una conversacion general; pero como Baradoux le habia dicho: Dejadme obrar, seguia tambien callado.

El banquero queria que la excitacion nerviosa de Edith pasase por todos sus grados.

Y no tardó mucho en llegar al último.

El mozo de comedor acababa de llenar los vasos con Pontet Canet.

De repente Edith tomó el suyo, lo levantó con mano temblorosa y dijo con rabia á Baradoux:

—¡Brindo por vuestra sin par habilidad, mi querido señor, por vuestro profundo conocimiento de la vida parisiense y por el éxito de vuestras futuras combinaciones.....digo..... "futuras," porque las pasadas han sido bastante mal..... por lo ménos en cuanto á mí conciérne! ¡Y como no quiero que este vaso sirva para otro brindis..... aquí lo teneis!

Y sin beber siquiera lo que contenia, lo tiró con furia encima de la mesa, donde se rompió, dejando en el mantel una enorme mancha.

—¡Edith! gritó su padre.

—¡Dejadla! ¡dejadla! dijo Baradoux.  
Y llamó.

El mozo de comedor volvió.

—Acabo de cometer una torpeza, dijo Baradoux con la mayor calma, he vertido el vaso de la señorita,

El criado quitó los pedazos de cristal y el silencio empezó otra vez, durando hasta el final de la comida.

Margaret sentía de vez en cuando grandes ganas de llorar.

Edith permanecía siempre en el mismo estado de exasperación; pero la lección del banquero había producido sus frutos, pues la joven comprendió que no debía entregarse á ningún otro acto de necia cólera, para sentirlo después. Además, esperaba que le explicasen la ausencia del marqués de Villepreux y de su hijo, ausencia que embargaba totalmente su pensamiento.

Cuando volvieron al salón, el agente de negocios dijo en inglés:

—Alguien hay escuchando detrás de esa puerta.

Y la señaló con la vista.

Dickson iba ya á verlo; pero Baradoux le contuvo.

—No os molesteis; he escogido yo todos vuestros criados y ninguno sabe el habla inglesa. Es preciso, y lo digo en inglés para que

no se enteren, que tratamos nuestros asuntos, y para ello hablaremos en francés. Los criados lo oirán y mañana lo sabrá todo Paris. Vamos á representar una comedia. Nos sentaremos á conversar muy tranquilamente, la señora Dickson no demostrará admiración alguna cuando oiga lo que voy á decir, miss Edith no se enfadará y vereis cómo yo presento las cosas del modo más natural del mundo respecto á la ruptura del casamiento de la señorita Dickson.....

Edith le interrumpió con violencia, exclamando:

—¡Pero os decidireis al fin á hablar con claridad!

Y la ira se le subía otra vez á la cabeza y estaba pronta á insultar á Baradoux y á llenar de reproches á su padre.

Más el agente de negocios no la permitió continuar.

No temía más que una cosa: los modales poco correctos de Dickson.

En cuanto á él, las discusiones con mujeres irrita las y le divertían mucho.

—Señorita, dijo con calma admirable y con un poco de ironía, si alguna cosa desagradable tenéis que decirme, reservadla para más tarde; por ahora, procurad no olvidar que representamos una comedia. Vuestro casamiento no puede verificarse ya y es preciso espar-

cir una version que no sea desventajosa para vos..... Vuestros criados, que nos están escuchando, se encargarán de hacerlo.

—*All righ!* exclamó Dickson con autoridad.

El americano se decía:

—¡Qué divertido es este hombre con sus singulares combinaciones!.....Nunca hubiera yo hallado tan buenas razones para calmar á mi hija.

Baradoux se sentó en un cómodo sillón y empezó á restregarse las manos como hombre contentísimo.

Edith y su madre le miraban estupefactas.

—Señora, repuso esta vez en francés y con voz clara, me habeis pedido hace un momento la razón de por qué el marqués y el conde de Villepreux no han aceptado vuestra invitacion; no he querido explicaros inmediatamente la conducta de esos señores, porque temo siempre la indiscrecion de algun criado, pero ahora que estamos solos y que nadie puede escucharnos.....

El principio de esta comedia hizo sonreír á Edith á pesar de su ira, y Dickson estuvo á punto de soltar una carcajada.

—No escuchándonos nadie, continuó el banquero, con imperturbable seriedad, puedo hablar con entera franqueza. Miss Edith, á pesar de la ignorancia en que una jóven debe

vivir, segun las buenas costumbres, de las cosas del mundo, habeis debido apercibirnos de que el conde de Villepreux os cortejaba asiduamente.....

—Amigo mio, interrumpió Dickson en inglés, esto no es serio.

—Dejadme, replicó en el mismo idioma el agente de negocios con alguna impaciencia: ya sé lo que me hago, pues las historietas inventadas y adornadas á placer, son las que más gustan en este mundo de cómicos, de que formamos parte.

Y prosiguió en francés:

—Os confieso, señoras, que fué por consejo mio por lo que el señor Dickson recibió aquí á los señores de Villepreux. No habia tomado de ellos suficientes informes, creía sencillamente que el marqués estaba arruinado, más no podia imaginarme que está lleno de deudas, hasta el punto de que una union entre la señorita Edith y el conde Federico se ha hecho imposible. Debemos hacer justicia á la lealtad de la familia de Villepreux: el marqués y todos los suyos han querido antes de que se verificase dicho enlace, que conociéramos sus apuros financieros; más como no nos hallamos en el caso de meternos en enredos de esta especie, me he apresurado yo á aconsejar al señor Dickson que rompiese toda negociacion, consejo que ha seguido como padre amante y

prudente. Además, nada grave había en vuestras relaciones, porque supongo, señorita Edith, que no habeis tenido tiempo aún de enamoraros de ese jóven.

—¡Yo! respondió la americana reprimiendo con trabajo las lágrimas, prontas á correr. ¡Oh! ¡nada de eso!..... Le permitia únicamente que me hiciera la corte, lo mismo que otro cualquiera de los jóvenes que encontramos en la sociedad.

—En tal caso nada hay perdido, repuso Baradoux. Ha habido entre vuestra familia y la de Villepreux un proyecto de enlace que no ha llegado á realizarse y esto es todo. Un nombre más tendreis que añadir á la lista bastante larga ya, de los príncipes, marqueses y duques á quienes habeis negado vuestra mano.

Edith no pudo menos de admirar la astucia con que Baradoux arreglaba las cosas para no herir su amor propio, único sentimiento que sufría en ella, y luego la idea de burlarse de los parisienses, á quienes empezaba á aborrecer, le divertía sobremedera. En fin, esto no era otra cosa que una comedia, y esperaba que pronto se le diría la verdad, el motivo real de aquella ruptura.

Margaret se había serenado, y como todos los espíritus débiles á quienes asusta la realidad, se hallaba dispuesta á creer las explica-

ciones que estaba explanando el agente de negocios.

Baradoux había juzgado perfectamente el efecto que su inventada historieta produciría en la servidumbre, cuya lengua es tan temible siempre, y en la gente, que llegaría á conocerla por los criados.

La doncella de Edith y la de su madre, que habían sorprendido aquella conversacion, bajaban ya á la cocina para anunciar triunfalmente á sus compañeros que no era el señor de Villepreux el que había rehusado la mano de la señorita, sino ésta la que no quería casarse con el conde. Y se hacían allí comentarios y reflexiones, hasta el punto de que unos y otros recordaban ciertos hechos que coincidían con lo que acababan de saber; así es que merced á esto y á la energía que había demostrado Dickson poco antes de la comida, la opinion que aquellos criados tenían de sus amos iba variando ventajosamente.

Pronto no hubo en aquella casa un solo criado que no se mostrase arrogante y que no pronunciase alguna palabra despreciativa para la familia de Villepreux.

Era esta opinion la que quería esparcir Baradoux como una de esas leyendas que tienen por base una mentira; pero contra las que nada puede hacerse.

—¿Y si el señor de Brettecourt nos pidiera

razon de esta historieta? dijo Dickson al oído del agente de negocios.

—Querido amigo, replicó éste, el general está demasiado ocupado con su felicidad para fijarse ahora en nosotros; más si así fuera, si nos inquietara por este rumor, le diríamos que no conocemos su origen, que nada hemos hablado con nadie respecto de esto, y que es una explicacion que solamente habeis creído de vuestro deber dar á miss Edith..... Que no pueden ser más que habladurías de criados, y eso es verdad..... Le dejaremos, además, en libertad de dar una version contraria, y el mundo parisiense, que gusta de refranes, dirá: "Para sentenciar un pleito, es necesario oír á ambas partes;" hay algo de verdad en las dos versiones. Y habeis salido sin gran dificultad de este mal paso. Ahora subamos á vuestro despacho y allí hablaremos con formalidad.

Algunos instantes despues, la familia Dickson y Baradoux estaban encerrados en el escritorio del americano, departamento que se hallaba al abrigo de toda indiscrecion.

Edith, con espantosa calma, se aseguró de que todas las puertas estaban bien cerradas.

Despues, volviéndose hácia el agente de negocios, le dijo con voz febril:

—¡Quiero saber la verdad!

—¡La verdad, señorita, dijo Baradoux con sencillez, quereis saber la verdad?...— ¡Os la

diré, porque sois una jóven muy inteligente que en nada se parece á nuestras parisienses, y que, en una palabra, no temeis á..... esa verdad!

—¡Ciertamente que no!

El banquero fingió reflexionar; pero ciertamente lo que hacia era decirse en su interior: "¡Te toca la vez ahora, muchacha! Vamos á burlarnos de tí, como nos burlamos de los parisienses. ¡Tu padre no me perdonaria si te dijese la verdad!"

Luego empezó:

—Señorita, os diré las cosas sin ninguna diplomacia, aun cuando vuestro amor propio tenga que resentirse algo. Bastantes veces habeis ido al teatro para saber que en las comedias modernas todo acaba segun el deseo de los enamorados. Se tiene por costumbre decir que no sucede así en la vida real y que las cosas no pasan en ella como en el teatro; pero.....

Se detuvo un instante.

—¡Bueno! ¿Y qué más? preguntó Edith con impaciencia.

—Que suceden en la vida cosas que se parecen á las comedias que habeis visto en escena, y esto es precisamente lo que nos ha acontecido á nosotros. No os molestaré, supongo, diciendo que vuestra fortuna ha sido el prin-

cipal objetivo de los numerosos jóvenes que os han hecho la corte.....

—Me habeis dicho que el señor de Villepreux no se cuenta en el número de esos.

—Y así es, en efecto. Contábamos, para obligarle á consentir á un casamiento que no le..... agradaba, con su amor filial. El marqués estaba á punto de hundirse, arruinado, perdido..... ¿Me comprendéis?

—Sí, sí, continuad.

—Su hijo, al casarse con vos, salvaba la situación penosa del marqués, porque vuestro padre iba á pagar todas las deudas del suyo. Ya veis cómo el señor Dickson no retrocedía ante ningún sacrificio para asegurar vuestra felicidad.

—¡Bueno, me compraban un marido!

—Vos lo habeis dicho, señorita, replicó Baradoux siempre imperturbable. Comprendeis ahora perfectamente lo que oculta la vida parisiense. Esta es la moral de casi todos los casamientos.....

—¡Bonita es vuestra moral!!

—No soy yo quien ha hecho el mundo! Estábamos persuadidos de que la victoria era nuestra, cuando ha surgido de repente un tal Juan Renaud.....

—¡Le conozco!

—Muy rico y generoso, que se ha enamorado perdidamente de la señorita de Villepreux

y que se le ha puesto en la cabeza considerar como suyas las deudas del marqués, de quien iba á ser yerno..... ¿Creo supondréis, señorita, que no podíamos preveer esto?

—Es verdad, balbuceó Edith.

—Y cuando hemos querido pagar los débitos del marqués de Villepreux.....ya lo habia hecho Juan Renaud.

—¡Admirable! pensó Dickson, que permanecia impasible; este hombre es muy astuto, y hubiera hecho muy mal en reñir con él.

—Y Federico, al verse libre, dijo la joven con amargura, se ha apresurado á recoger su palabra.

—Señorita, ya os he dicho que esta historia terminaba como en el teatro; Federico amaba á una amiga de la infancia, habíanse jurado casarse.....

—¡El miserable!

Edith soltó un terrible grito de rabia y cayó desvanecida sobre la alfombra.

¡No ser amada! ¡Aban lonarla por otra! Era ya demasiado lo.....

Mistress Dickson se arrodilló á su lado, aflojó sus vestidos y la hablaba, haciéndola volver en sí poco á poco.

El americano, algo asustado, esperaba con ansiedad.

Baradoux le dijo:

—Era preciso una dura lección para domar

el orgullo de vuestra hija. Creerá que lo que le he dicho es la verdad pura y será en adelante tan flexible como un guante, y no tendreis que sufrir por su carácter algo indómito. El porvenir es nuestro.

Y se marchó.

Algunos minutos pasaron todavía, durante los que Dickson y su mujer, inclinados sobre Edith, esperaban que volviera en sí.

Margaret la hacia respirar un frasco de sales.

Dickson la tenia cogidas las manos, llamándola:

— ¡Edith!..... ¡mi querida Edith!

Hablaba con dulzura y con cariño, temiendo, á pesar de la seguridad de Baradoux, que la vuelta de su hija al sentimiento, no fuera el principio de una nueva escena desagradable.

La jóven, sin abrir todavía los ojos, se agitaba ya como cuando se tiene una pesadilla, sus brazos se pusieron flexibles y todo su cuerpo se movía.

En fin, sus labios se abrieren, y dijo con reconcentrada ira:

— ¡Oh! ¡qué miserable!

Despues alzó los ojos, y mirando de mala manera á sus padres:

— ¡Hé aquí el resultado de vuestras imprudencias! exclamó.

Pero Dickson, á quien Baradoux habia se-

ñalado el camino que tenia que seguir, tuvo el suficiente valor para decirle:

— Dispensa, hija mia; por mi parte he hecho cuanto de mí ha dependido, y yo me imaginaba que siendo tú bastante linda y diestra, te darías trazas para prender en tus redes al bizarro condesito.

Edith respondió con un grito de rabia.

Demasiado sabia lo que su padre habia hecho y era lo que más la humillaba y lo que la heria en su cuerda más sensible, en su orgullo. Haber sido desdeñada y abandonada por otra.

¡Ah! si la hubiese tenido entre las manos, cómo la hubiera desgarrado.

— ¡Me vengaré! dijo levantándose.

— ¡Qué harás? preguntó su padre con mucha calma.

Se quedó inmutada.

— ¿Quiéres producir un escándalo? continuó el americano encogiéndose de hombros. Creeme, hija mia, no te ocupes ya del conde de Villepreux, no lo merecé, puesto que no te amaba. Comprendo que padezca tu amor propio; pero no sufrirás mucho tiempo; pues el mundo ignora é ignorará siempre lo que ha pasado. ¡Consuélate, pues! Has sido vencida por una cosa que no conoces y que es más poderosa que todo, por el amor. Pronto tomarás tu revancha y te prometo que en lo sucesivo el

marido que busque estará tan bien sujeto por mí, que no tendrá siquiera la idea de hacerte sufrir..... Pero no pienses en la venganza..... deja en paz á todos esos Villepreux..... ¡Sigue mis consejos..... olvidal.....

Dos gruesas lágrimas asomaban á los ojos de Edith.

Se dirigió tambaleándose hácia la puerta.

Mistress Dickson quiso acompañarla, pero la jóven la rechazó.

—¡No, no! Dejadme..... necesito estar sola.....

Ni una palabra cariñosa tuvo para sus padres.

Se retiró á su habitacion, y como ambos esposos la seguían, oyeron que cerraba la puerta con llave.

Despues percibieron un ruido sordo y fuertes sollozos.

Edith acababa de tirarse al suelo y se entregaba á su desesperacion.

Margaret, deshecha en lágrimas, dijo con timidez á su marido:

—Hemos, tal vez, obrado mal trayéndola aquí para casarla.

—Es posible, replicó Dickson con flemma, pero ya que estoy, me quedó.

Se separaron y cada cual entró en su cuarto. Margaret se hallaba anonadada por tantas

emoiones; no se sentia capaz ni de resistir á tales acontecimientos ni de pensar en ellos.

Además, su marido estaba allí para dirigirlo todo.

De nada tenia que ocuparse.

Se acostó y durmió perfectamente.

Dickson se echó en un divan fumando un cigarro, despues de éste encendió otro y luego un tercero, y así sucesivamente hasta el séptimo, que se apagó cuando la luz del dia empezaba á filtrar por las rendijas de las ventanas.

El americano no tenia sueño, pues sus pensamientos eran demasiado tumultuosos; á pesar de los buenos consejos de prudencia y moderacion que habia dado á su hija, le costaba trabajo abandonar la idea de vengarse él de Villepreux.

Poco á poco, sin embargo, fué reflexionando que la venganza seria una satisfaccion bastante platónica; pero no la práctica.

¿No valia más acaso reservar sus rigores para el futuro yerno que Baradoux le procuraría antes de que pasara mucho tiempo?

Este pensamiento lo tranquilizó.

Por una feliz coincidencia, esta misma conclusion habia sido el resultado de la cólera de miss Edith.

Lo mismo que su padre, la jóven no habia cerrado los ojos en toda la noche. No se habia

acostado y la luz del día la sorprendió mirando á Paris que se iba despertando.

Hizo un gesto de amenaza, y pensando en aquel futuro marido que pronto le ofrecerían para reemplazar al que se le había escapado, exclamó:

—¡Ese sí que tendrá que andar derecho!

XXIX.

UN PRINCIPE.

A la misma hora que m<sup>rs</sup> Edith formulaba con tanta claridad las intenciones que abrigaba respecto á su futuro marido, Saturnino Baradoux se levantaba completamente satisfecho y como hombre cuyo descan o no ha turbado ninguna pesadilla.

Con traje de mañana recorría todo su departamento, admirándose de ver que todo estaba perfectamente en órden.

—Nada ha roto, se decía de cuando en quan-

do, vaya, vaya, no es tan fiero el leon como lo pintan.

Y examinaba sus queridas colecciones, sus porcelanas de Sajonia, sus bronzes, etc.

—¡Todo está intacto! exclamó.

Llegó al despacho, que su fiel criado estaba limpiando, pues se madrugaba mucho en casa de Saturnino Baradoux.

El agente de negocios preguntó:

—¿Qué me cuentas, Santiago?

—¿Respecto á qué, señor?

El criado habia presenciado tantas escenas originales desde que estaba al servicio del banquero, que no se acordaba ya de la víspera.

Necesitó un minuto de reflexion para comprender que su amo se referia á Dickson.

—¡Vaya un ente raro el cliente de anoche! dijo.

—Habrá voceado, te habrá injuriado.

—¡Ah! señor, todo lo hubiera roto aquí, si no le echo á la calle.

—¿Nada ha dicho de..... particular?

Temia el banquero alguna palabra imprudente del americano.

—No, señor; queria veros y queria reñir conmigo, porque no estabais aquí.

—¿Y cuando se marchó?

—Nada dijo tampoco, señor. Mientras estuvo dentro parecia un loco; pero cuando le

acostado y la luz del día la sorprendió mirando á Paris que se iba despertando.

Hizo un gesto de amenaza, y pensando en aquel futuro marido que pronto le ofrecerían para reemplazar al que se le había escapado, exclamó:

—¡Ese sí que tendrá que andar derecho!

XXIX.

UN PRINCIPE.

A la misma hora que m<sup>rs</sup> Edith formulaba con tanta claridad las intenciones que abrigaba respecto á su futuro marido, Saturnino Baradoux se levantaba completamente satisfecho y como hombre cuyo descan o no ha turbado ninguna pesadilla.

Con traje de mañana recorría todo su departamento, admirándose de ver que todo estaba perfectamente en órden.

—Nada ha roto, se decía de cuando en cuan-

do, vaya, vaya, no es tan fiero el leon como lo pintan.

Y examinaba sus queridas colecciones, sus porcelanas de Sajonia, sus bronzes, etc.

—¡Todo está intacto! exclamó.

Llegó al despacho, que su fiel criado estaba limpiando, pues se madrugaba mucho en casa de Saturnino Baradoux.

El agente de negocios preguntó:

—¿Qué me cuentas, Santiago?

—¿Respecto á qué, señor?

El criado habia presenciado tantas escenas originales desde que estaba al servicio del banquero, que no se acordaba ya de la víspera.

Necesitó un minuto de reflexion para comprender que su amo se referia á Dickson.

—¡Vaya un ente raro el cliente de anoche! dijo.

—Habrá voceado, te habrá injuriado.

—¡Ah! señor, todo lo hubiera roto aquí, si no le echo á la calle.

—¿Nada ha dicho de..... particular?

Temía el banquero alguna palabra imprudente del americano.

—No, señor; queria veros y queria reñir conmigo, porque no estabais aquí.

—¿Y cuando se marchó?

—Nada dijo tampoco, señor. Mientras estuvo dentro parecia un loco; pero cuando le

dejé en la meseta de la escalera, no habló ni una palabra y se marchó como un cordero.

—Bien.

Al decir esta palabra bien, que era la señal de que estaba satisfecho de su criado, Baradoux le entregó un luis.

Era su habitual gratificación despues de alguna escena como la que habia tenido con Dickson.

Santiago embolsó el dinero, y dijo:

—El señor puede estar tranquilo, si ese cliente vuelve por aquí, os aseguro que no llegará ni siquiera á la puerta del despacho.....

—No, no, se apresuró á decir Baradoux, recíbele, al contrario, siempre con mucha amabilidad.

—¡Ah!..... ¿El señor volverá á verle?

—Sin duda. Anoche comí con él en amable compañía.

—¡Bah! exclamó Santiago.

Y continuó siguiendo sus quehaceres; estaba orgulloso de servir á un amo tan astuto.

Baradoux entró de nuevo en su galeria y se abandonaba enteramente á la quietud que sigue siempre á un peligro que se ha vencido.

Y á él le habian amenazado dos muy grandes.

Uno con Brettecourt, que le habia tratado bastante mal delante de los acreedores del marqués de Villepreux; pero esto le importaba

poco, toda vez que el general habia recomendado á aquellos señores que no divulgasen lo que habia pasado; y por consiguiente su situacion seguia siendo la misma, respecto á su habitual clientela de vividores apurados.

El segundo fué el de haber estado á pique de perder todos los beneficios que esperaba le proporcionara Dickson, y tambien por este lado su posicion era mejor que antes. El americano habia comprendido que no podia pasarse sin él.

Y en verdad que no era culpa suya, si aquella magnífica combinacion no habia salido bien.

—He hecho mal creyendo que se puede prender en tales redes á un hombre verdaderamente honrado. Es en la nobleza perdida, arruinada, es entre los vividores en donde es menester buscar un marido para miss Edith... Y hallaré uno más hermoso, más seductor y de más ilustre nacimiento que ese Villepreux... ¡Un príncipe! ¡Necesito un príncipe!

Y buscaba, pasaba revista á todos los que conocia, á todos los que le pedian dinero, más ninguno de aquellos podia ser, porque habia hablado muy mal de ellos á la hija de Margaret.

Y recordaba todo lo que habia dicho respecto á tal ó cual duque, y á tal ó cual príncipe.

—No puedo ya ofrecerle un hombre que yo mismo le he aconsejado desechar. Ha visto á

antos aristócratas prontos á vender su nombre, que los desprecia á todos..... por lo ménos á los que más figuran..... Necesitaria algo nuevo, alguno que no esté gastado en París. Ya encontraré.

Tenia confianza en su estrella, pues cuantas veces habia buscado cosas difícilísimas, otras tantas le habia ayudado la casualidad.

Llegaba á este punto de sus reflexiones, cuando Santiago le presentó una tarjeta, diciendo:

—Es un señor que nunca he visto aquí.

—Baradoux leyó:

PRINCIPE CORIOLI.

—Me es desconocido también, dijo el banquero. Hazle entrar en mi despacho.

Y con un movimiento de alegría:

—¿Si será el hombre que necesito?..... ¡Corioli! Debe ser un italiano.... y nadie le quita que pueda ser uno de los descendientes del célebre general romano Coriolano..... ¡Demonstro! sería una nobleza bastante más antigua que la de ninguna de las más ilustres familias de Francia..... Miss Edith estará tal vez colocada más pronto de lo que yo esperaba.

Entró en su despacho y se encontró frente á frente con un hermosísimo jóven, en quien revivia el tipo romano antiguo, vestido con

elegancia á lo moderno y con un largo bigote negro como el azabache.

Su semblante era seductor, su rostro redondo y lleno, la frente algo estrecha, la nariz recta, los ojos grandes y muy abiertos, la boca bastante pequeña, los labios sumamente encarnados y la barbilla cortada á ángulos rectos con un bonito hoyuelo en medio.

Sus cabellos espesos, rizados y negros, con un reflejo azulado, parecia la cabellera de un jóven dios de los paganos.

Su cuerpo era elegantísimo y de bellas formas, su musculatura vigorosa; pero sus piés y sus manos de una estremada delicadeza.

Vestido con una perfecta correccion y llevando un monóculo en el ojo derecho, parecia uno de los irreprochables elegantes del bulevar.

Baradoux, no obstante ser poco sensible á la hermosura, se sintió impresionado por la de aquel jóven.

—¡Príncipe Corioli! pensó, ¡bien podría llamarse también príncipe de la elegancia y de la moda!

En cuanto á lo que tan seductor aristócrata iba á hacer á su casa, ni siquiera pensaba en ello, pues al verlo lo habia adivinado.

Era un extranjero que iba á solicitar su apoyo para engañar á los parisienses.

¿Pero quién se lo enviaba?

Señaló un asiento al príncipe, y él mismo se sentó con un aire importante, sin pronunciar una palabra, suponiendo que el visitante iba á embrollarse un poco en sus primeras explicaciones.

Generalmente, todos sus clientes tenían alguna cortedad para confesar su ruina, y algunos procuraban engañarle, ocultándole hasta qué punto necesitaban sus servicios.

Mas el príncipe parecia estar perfectamente tranquilo.

Miraba á Baradoux con cortesía; pero con un aire algo impertinente.

No parecia en nada á un hombre que va á solicitar un favor.

Por el contrario, empezó á hablar con tono protector, diciendo:

—El señor Friedelink de Viena, es quien os ha recomendado á mí.

—¡Ah! dijo el agente de negocios.

Estuvo á punto de contestar, molestado por aquel principio de conversacion: "Dispensad. ¿Soy vos el que el señor Friedelink de Viena me recomienda ó yo estoy á vos recomendado á dicho señor?" Pero no se atrevió.

El príncipe le imponía algo.

Y además, ese Friedelink, que era su corresponsal de Austria, no le habia enviado nunca sino clientes buenos, es decir, clientes con los que habia ganado bastante para aumentar

sus colecciones. Despues de todo, se dijo, telegrafiaré á Friedelink y no obraré hasta que tenga los informes que necesito sobre este joven príncipe. Y dijo en alta voz:

—¡Ah! ¿Es el señor Friedelink?.....

—Mi banquero, replicó Carioli. Cuando supo mi intencion de venir á Paris, me aseguró que seriais para mí lo mismo que él ha sido. Hacedme el favor de manifestarme si se ha ó no equivocado.

—No, monseñor, se apresuró á decir Baradoux. El señor Friedelink es el mejor amigo que tengo en el extranjero.

—¿No habeis recibido todavía su carta?

—Respecto á vos, sin duda.

—Precisamente.

—Aún no ha llegado á mi poder, monseñor.

—¡Pues bien! Hé aquí la síntesis de esa carta: "Haced cuanto os pida el príncipe Carioli."

—Me pondré á vuestra disposicion, monseñor, cuando sepa lo que vuestra alteza desea. Os ruego me lo expliqueis detalladamente.

El príncipe, ante la humildad simulada de Baradoux, se dignó sonreirse y dijo:

—Supongo que lo que quereis saber en primer lugar es algo de la historia de mi vida.

—Así es, en efecto.

Hélo aquí. Mi nombre bastante os habrá

indicado que descendiendo de una antiquísima familia romana; nuestros cronistas la hacen remontar hasta Coriolano, el traidor romano que sirvió á los volscos en contra de su patria..... Juzgo inútil hablaros por más tiempo de esto, porque no soy vanidoso. Tengo sentimientos muy modernos. Veis cómo os hablo con toda franqueza.

—Es indispensable, dijo Baradoux, que escuchaba con ansiedad.

—Además, mi historia no tiene nada de particular. Dueño de mi fortuna á los veinte años.....

—Habeis gastado el capital con los intereses..... Es.....

—Es clásico, caballero; no puede obrar de otro modo el que como yo pertenece á la nobleza. Además de mis capitales, poseía un palacio en la ciudad eterna; tambien es clásico... Los que no tienen tal carácter son los bulevares y las avenidas que la nueva monarquía ha abierto en Roma, con perjuicio de cierto número de palacios que han sido derribados.....

—¿Y el vuestro ha sido uno de ellos?

—Sí, señor.

Baradoux se sonrió con satisfacción. ¡Esto sí que era nuevo!..... La novedad en todo es agradable.

Habia tenido entre sus clientes, perdidos de todas las especies que él creía conocidas, nos

bles ó burgueses que habiau dilapidado sus riquezas vendiendo sus tierras; su hotel en París ó su chalet en Dieppe, su quinta en Niza, su casa en provincia ó verdaderos castillos históricos. Pero nunca habia favorecido á ningun patricio romano. ¡Un patricio que poseía un palacio histórico en la ciudad de los papas, un palacio que echaron abajo para construir bulevares!..... Esto le encantaba.

—¡Y los fondos producto de la expropiacion de vuestro palacio, monseñor, han servido para pagar vuestros deudas!

—Vos lo habeis dicho, caballero, dijo el príncipe con sonrisa deseavuelta. Comprendéis á media palabra; el señor Friedelink no me ha engañado diciéndome que érais un hombre entendido.

—Lo que tengo es experiencia nada más, dijo con modestia Baradoux.

—Continuaré relatándoos la historia de mi vida.

—¿Habeis contraido nuevas deudas en la ciudad eterna!

—Sois un perfecto adivino, caballero; deudas que desde su origen amenazan ser eternas tambien, si no contara, ó más bien, si mis acreedores no contaran con mi porvenir; pues ya no me queda ningun palacio histórico en el trazado de ningun bulevar. Mi situacion, al hacerse algo.....difícil en Roma.....

—Lo que en el *caló* parisiense llamamos *être brulé*, monseñor.

—Eso es..... Me fuí a Viena. Ciudad encantadora, la rival de París, en donde he pasado algunos años deliciosos, amado por señoras de la aristocracia.....

—¿Qué sufragaban vuestros placeres!

—Se disputaban la honra de ser amadas por mí.

—¿Hicisteis nuevas deudas, verdad?

—Sí; pero estas fueron pagadas..... ¡Dios mío! si, una lindísima israelita, mujer de un banquero..... No necesito dar detalles.....¿Me comprendéis?

—Perfectamente.

En su interior Baradoux pensaba:

—¡Brillante pillastre! sobrepuja de un golpe á todos los elegantes bandidos que conozco en París.

—En fin, caballero, prosiguió el príncipe quitándose el monóculo para limpiarle, después de algunos ligeros escándalos, he juzgado prudente variar el campo de mis operaciones; el señor Friedelink, hombre de excelente consejo, aprobó mi resolución. París me pareció indicada y hasta creo que es el único terreno que sea á propósito para mí.

Baradoux aprobó también y después hubo un momento de silencio.

El príncipe esperaba las proposiciones que el banquero iba sin duda á hacerle.

Baradoux habia formado ya su plan para apoderarse completamente de aquel elegante bribon.

Creyendo que el banquero estaba indeciso, el príncipe añadió:

—El señor Friedelink ha realizado siempre conmigo pingües beneficios.

—No lo dudo, monseñor; pero quisiera me dijérais qué género de operaciones preferís.

—Todas las que son compatibles con mi rango.

—Bien.

—En primer lugar necesito una instalacion completa: hotel, cuatro criados, seis caballos, dos de ellos de montar, un bonito mueblaje... Creo que para empezar unos cien mil francos bastarán. Os autorizo á ganar el cincuenta por ciento sobre todos mis gastos, nunca regateo.

—Cien mil francos, replicó el banquero, es una bonita suma. Y..... ¿qué garantía?

Esta palabra admiró mucho al príncipe.

—Pero..... ¿no os basta la mía?

E hizo un gesto de soberbia vanidad:

El banquero pensó:

No faltan viejas coquetas en París de las cuales este truhan saque bien aquí para sus gastos, pero no es este el camino que quiero yo que siga.

—Pues bien, monseñor, tendreis todo lo que deseais; no os pido más que algunos dias para ocuparme del hotel, de los caballos, de los criados.....

—¿Os encargais vos de todo?

—De todo.

—Obrad pronto; ayer llegué, y ya me aburro en la fonda.

—¿Cuál es?

—La Continental.

—¡Demasiado lujosa! dijo Baradoux; es una imprudencia, allí pueden veros. Hacedme el obsequio de mudaros hoy mismo á esta cuyas señas teneis aquí.

Y le entregó una tarjeta indicando una de segundo orden en las Batignolles.

—Vais allí de mi parte; os tratarán muy bien. No salgais ni hagais amistades con nadie.

El príncipe arrugó el ceño y Baradoux se sonrió con dulzura.

—Confiad en mí, monseñor; se necesita más aparato en París que en la capital de Austria ó en la ciudad de los papas; es indispensable que se crea que acabais de llegar el día en que podais instalaros en una mansion digna de vos. No vengais aquí, iré yo á veros y os tendré al corriente de todo lo que yo haga.

A pesar del deseo que tenia de lanzarse inmediatamente á la alta vida parisiense, el prin-

cipe hubo de rendirse ante las buenas razones explanadas por Baradoux.

Este reflexionó durante algunos momentos, y repuso despues con aire un tanto dominante:

—Creo que nada esencial tenemos que comunicarnos..... Hasta mañana, pues, monseñor.

Y despidió al príncipe con admirable desenvoltura.

Sin embargo, le acompañó hasta la puerta de la escalera, y como algunos clientes esperaban ya en el recibimiento, saludó con el más profundo respeto al descendiente de Coriolano.

Cuando entró en su despacho, se entregó francamente á su estupor.

En su larga carrera de agente de negocios, no habia encontrado todavía un aventurero tan jóven y tan profundamente cínico como el príncipe Corioli.

—Ha llegado á la perfeccion, se dijo.

Tuvo un instante de temor.

—¿Será más astuto que yo?

Pero se tranquilizó pronto. Un recien llegado, que queria disfrutar de la vida parisiense, no podia luchar con un viejo zorro como él.

Dickson era muy fino tambien, y á pesar de su primer engaño, no podia pasarse sin su consejero.

—¡Dickson!..... ¡Corioli!.....

Baradoux pronunció varias veces estos dos nombres con escéptica sonrisa.

—Qué diversión verlos en presencia el uno del otro..... ¿Hasta qué punto llegarán á engañarse mutuamente?

El banquero consideraba ya como sucesor de Federico de Villepreux á aquel lindo príncipe que había vivido hasta entónces de su hermosura y de su elegancia.

—Tal para cual, pensó; pero esta vez tomaré serias precauciones para que este proyecto llegue á feliz termino.

Y dió orden á Santiago de que entraran las personas que estaban aguardando.

Toda aquella mañana la pasó arreglando unos cuantos negocios, con muy buen humor y hasta se mostró más complaciente que de costumbre.

Pasó la tarde meditando y formando planes.

Nada quería dejar á la casualidad.

En el momento en que iba á salir para ver al príncipe, Santiago hizo entrar á Guepin en el despacho.

Este cayó en una silla como aniquilado.

—¿Os han despedido? preguntó tranquilamente Baradoux.

—¡Pardiez!

—Era de esperarse.

—¡Ah, mil truenos! exclamó el tunante con ira. ¡Si pudiera vengarme!

—¿De qué..... ¿Y para qué? preguntó Baradoux con calma.

Estaba tan contento con sus proyectos para lo porvenir, que olvidaba la ruda decepcion ocasionada por los Villepreux.

—Vamos, contadme lo que ha pasado, dijo con tono indiferente.

Guepin, cada vez más anonadado, hizo con tristeza su relato.

De vez en cuando el banquero decía:

—Bueno..... bueno.....

Como si hubiera escuchado la lectura de un contrato cualquiera.

Guepin, impaciente al fin, exclamó:

—Siempre estais diciendo: ¡bueno! ¡bueno! pues no me parece á mí lo mismo, puesto que estoy sin colocacion.

—Tendréis economías.

—Yo, ninguna.

—En casa del marqués podiais haber ahorrado doscientos mil francos.

—¡No poseo ni un céntimo!

—Vaya, vaya.

—Os lo juro. Nada tengo más que mis ropas, que están abajo en un coche y cuento con vos para que me coloquéis.

Baradoux fijó un instante la vista en aquel ribon.

Podía colocarle; pero temía su astucia.

—Tengo un puesto de confianza que podéis ocupar, Guepin.

—¿A vuestro lado, señor.

—No; pero me importa á mí.

El semblante de Guepin se iluminó. Preveía indiscreciones, traiciones..... Hay personas que tienen una inclinacion innata hácia lo malo.

—A la menor infidelidad, añadió Baradoux, seréis despedido..... porque yo soy quien paga.

—Está comprendido, señor.

—Aquí teneis las señas de una fonda de las Batignolles. Id allí; preguntad por el príncipe Corioli y decidle que vais de mi parte á ponerlos á su disposicion en calidad de..... ayuda de cámara.....

—¿Qué necesito hacer?

—Lo mismo que haciais cuando estabais en casa del marqués.

Dos días apenas habian pasado cuando Dickson pudo apreciar toda la cordura de los consejos del banquero, y se congratulaba de haberle perdonado su engaño y haberle devuelto su confianza.

El agente de negocios manejaba admirablemente el alma de la calumnia, celebrada por Beaumarchais y cantada por Rossini, y la ma-

nejaba con mucha daltura y con gran habilidad.

Habia tenido razon contando con la charla de los criados que habian hecho correr entre sus iguales el rumor de que la señorita Dickson habia rehusado casarse con el conde de Villepreux.

Las doncellas se lo comunicaban á sus amas y la noticia recorrió los salones y despues los círculos.

Así es que un compañero de Brettecourt, le preguntó un día:

—¿Es verdad, querido amigo, que ese americano halla negado la mano de su hijo al conde de Villepreux?

—¿Quién ha dicho eso? dijo el general con indiferencia.

La noticia no le sorprendía, pues esperaba alguna maquinacion de este genero.

Se buscó á la persona que habia hablado de ello en el círculo militar y se encontraron que era un bonrado coronel, á quien se lo habia dicho su criado.

—Ya veis á qué se reduce todo, dijo Brettecourt, á habladurias de los sirvientes. La verdad es esta: ha habido proyectos de casamiento, ó más bien proposiciones hechas por la familia Dickson y rechazadas por la de Villepreux, porque el conde ha resuelto hace mucho tiempo casarse con su amiga de la

infancia, la señorita Florimont que tan rica es como esa americana.

Al dar esta explicacion, Brettecourt evitó demostrar enfado, porque era preciso que nadie sospechase lo que aquella intriga ocultaba.

Y desde aquel dia, la explicacion del general recorrió tambien círculos y salones y se esparció por todo Paris.

Una semana más tarde, los parisienses mejor informados no conocian la verdad.

La version de Brettecourt y la de Baradoux se igualaban.



CONTRATOS DE BODA.

Quince dias despues, nadie se ocupaba ya de eso. ¡Un casamiento roto!..... Es cosa tan frecuente ésta, que no valía la pena de que nadie pensara más en ella.

Además, el verano tocaba á su fin, la veda

habia concluido; muchos señores salian de Paris para cazar en sus cotos, y los elegantes que se quedaban, empezaban á abrir sus salones.

Los proyectos de casamiento del conde de Villepreux con miss Edith Dickson, eran ya historia antigua y habian sido relegados al olvido.

Todo habia terminado, pues, con satisfaccion de ambas partes y sin escándalo.

Las personas que habian sido protagonistas en aquel drama íntimo, vivian en absoluto retiro, así es que nadie habia tenido ocasion de verlas, de interrogarlas ó de pronunciar delante de ellas ninguna de esas frases intencionadas que tanto molestan.

En la morada de los americanos, aquel retraimiento era calculado, y el motivo que daban para explicarlo era la necesidad de descansar antes de la estacion invernal, en la que las fiestas se suceden sin interrupcion.

La familia de Villepreux y sus amigos, tanta necesidad tenian de tranquilidad y de intimidad despues de sus pasados sinsabores, que habian adoptado aquel género de vida espontáneamente y sin que nadie la aconsejara.

Convinieron solamente en que, por miramiento á la anciana marquesa, se reunirían con frecuencia en el palacio de la calle de San Dominique.

Y esa frecuencia era diaria,

infancia, la señorita Florimont que tan rica es como esa americana.

Al dar esta explicacion, Brettecourt evitó demostrar enfado, porque era preciso que nadie sospechase lo que aquella intriga ocultaba.

Y desde aquel dia, la explicacion del general recorrió tambien círculos y salones y se esparció por todo Paris.

Una semana más tarde, los parisienses mejor informados no conocian la verdad.

La version de Brettecourt y la de Baradoux se igualaban.



CONTRATOS DE BODA.

Quince dias despues, nadie se ocupaba ya de eso. ¡Un casamiento roto!..... Es cosa tan frecuente ésta, que no valía la pena de que nadie pensara más en ella.

Además, el verano tocaba á su fin, la veda

habia concluido; muchos señores salian de Paris para cazar en sus cotos, y los elegantes que se quedaban, empezaban á abrir sus salones.

Los proyectos de casamiento del conde de Villepreux con miss Edith Dickson, eran ya historia antigua y habian sido relegados al olvido.

Todo habia terminado, pues, con satisfaccion de ambas partes y sin escándalo.

Las personas que habian sido protagonistas en aquel drama íntimo, vivian en absoluto retiro, así es que nadie habia tenido ocasion de verlas, de interrogarlas ó de pronunciar delante de ellas ninguna de esas frases intencionadas que tanto molestan.

En la morada de los americanos, aquel retraimiento era calculado, y el motivo que daban para explicarlo era la necesidad de descansar antes de la estacion invernal, en la que las fiestas se suceden sin interrupcion.

La familia de Villepreux y sus amigos, tanta necesidad tenian de tranquilidad y de intimidad despues de sus pasados sinsabores, que habian adoptado aquel género de vida espontáneamente y sin que nadie la aconsejara.

Conviniéron solamente en que, por miramiento á la anciana marquesa, se reunirían con frecuencia en el palacio de la calle de San Dominique.

Y esa frecuencia era diaria,

Aquella antigua morada tenia bastante capacidad para que en ella cupiesen las tres familias.

Por la mañana, Luisilla y Juan Renaud se presentaban temprano, y Enriqueta y Federico les estaban esperando en los inmensos salones del piso bajo, que era su cuartel general.

Luisa anunciaba con énfasis:

—El señor vizconde de Brettecourt.

Y Juan decia á su vez, riendo:

—La señora condesa de Villepreux.

Despues, nuestros enamorados jóvenes pasaban la mañana diciéndose esas cosas que son lo mismo siempre, y que sin embargo, tanto encanto tienen.

Luisilla habia mandado llevar ya al palacio de Villepreux sus muebles más bonitos, estilo Luis XV.

Los habian colocado en el mayor de los salones, en el que apenas se notaban, y allí era donde las enamoradas parejas se reunian cuando querian formar proyectos para lo porvenir.

Y pasaban el tiempo repitiéndose centenares de veces que se amaban.

En cuanto á las formalidades que habia que llenar para sus enlaces, no se acordaban para nada de eso. Otros se habian encargado de hacerlo.

Los diferentes papeles que hubo que sacar,

la publicacion de las amonestaciones y la autorizacion del Ministro de la Guerra, estaban á cargo del conde de Brettecourt.

La redaccion de los contratos incumbia, como era natural, al señor Florimont.

Por la tarde, ó por lo ménos antes de la hora de comer, María Renaud llegaba con su abuela, y el general y el notario no se hacian esperar.

¡Qué veladas tan encantadoras pasaban en dulce intimidad!

—Bastante hemos sufrido, decia Luisilla, gocemos ahora.

Pero habia una sombra en aquel cuadro de familia.

El marqués se iba acabando.

En pocos dias habia envejecido de un modo notabilísimo.

De su condicion moral, de su entidad, de su carácter autoritario é impertinente, nada quedaba. Era un pobre ser enfermizo, anquilado.

Su cuerpo, antes tan derecho, se iba encorvando, no tenia la menor energía y su rostro estaba lleno de arrugas.

Algunas veces su inteligencia desaparecia, escuchaba lo que se decia sin comprenderlo, é bien olvidaba lo que habia dicho él pocas horas antes.

Si su familia aludia á lo pasado, se le figu-

raba que iban á dirigirle algun reproche é inclinaba la cabeza.

Las continuas muestras de cariño que su madre y su mujer prodigaban á María y á mamá Renaud le producian atroces sufrimientos.

Conocia en aquellos instantes que no podian quererle ya, y que el único sentimiento que podía esperar de su familia, era un poco de compasion.

Sin embargo, aquellas torturas eran imaginarias.

Ninguno de los suyos abrigaba semejantes ideas.

Nadie le molestó nunca haciéndole calcular hasta qué punto habia sido culpable.

No pensaba, al contrario, más que en prodigarle atenciones, porque le veian enfermo y desgraciado. Sus hijos especialmente, le manifestaban grandísimo afecto y se ocupaban de él con asiduo cuidado.

—Obran por deber, se decía, no por cariño.

En lo último de su vida, aquel egoista que á nadie habia querido ni apreciado nunca, sufría, sobre todo, por creer que no le amaban.

Ni las caricias de sus hijos, ni el afecto que le demostraban ahora su madre y su mujer, ni la buena y franca amistad con que le trataba Brettecourt, ni la cordial amabilidad de María y de su hijo, podian arrancar de su pensamiento la idea de que era un estorbo y de que

estarian aguardando con impaciencia la hora de su muerte.

Llevaba en sí mismo el castigo; un espantoso remordimiento que no le dejaba un instante de tregua.

Una sola persona existía que no le habia perdonado comp'etamente.

El notario Florimont.

El buen hombre pensaba que eran demasiado buenos para aquel antiguo vividor, y si en él hubiera consistido, le hubiera hecho sentir muchas veces que no se olvidaba tan fácilmente el mal que habia hecho.

Más el notario, que tenia aquellos rasgos de dureza y de severidad cuando se hallaba solo en su gabinete, volvía á ser el ente más pusilánime al encontrarse en presencia de su hija, y ésta no admitía que se faltase á los compromisos debidos á su futuro suegro.

Ella era la única que con su alegría, llegaba algunas veces á disipar la tristeza del marqués, si bien ningún mérito tenía, porque su prometido la recompensaba con creces.

En fin, Brettecourt anunció que todas las formalidades estaban cumplidas, y que no quedaba ya más que proceder á la consagración de la dicha de los cuatro enamorados.

—Y á la firma de los contratos, dijo Florimont, restregándose la manos.

El notario se sentía muy orgulloso con

aquella obra suya y en particular con el contrato de su hija, en el que habia sentado el régimen dotal en toda su rigidez. Era su pequeña revancha contra Federico.

Pero habia contado sin la huéspedea, como suele decirse.

Una noche, estando las tres familias reunidas, leyó muy pausadamente el contrato de Luisa, y ésta le contuvo con un gesto:

—Dispensadme, padre mio.

—¿Por qué me interrumpes?

—¿Qué contrato es este?

—¡Pardiez! ¡el tuyo!

—Estáis sin duda equivocado.

—¿Por qué?

—Porque no me caso yo bajo el régimen dotal.....

—Pero, hija mia.....

—Padre, entiendo muy poco todo ese farrago de palabras; pero sé, por habérselo oído decir bastantes veces, que con el régimen dotal no se puede tocar á un céntimo del dote de la mujer, y como quiero yo que mi marido sea dueño de mi fortuna, es preciso, querido papá, que hagáis otro contrato.

El pobre Florimont se quedó confuso; pero lo estuvo mucho más cuando Juan Renaud declaró tambien que el suyo no le agradaba tampoco.

En aquellos contratos Enriqueta y Federico estaban sacrificados.

En vano los dos hermanos, apoyados por la anciana marquesa, procuraron resistir á la voluntad de Juan y de Luisilla, desentendiéndose de toda cuestion de dinero; pero Juan, hablando tanto en su nombre como en el de Luisa, declaró lo siguiente:

—Contratos redactados de este modo son causa de muchos disgustos en las familias, y por lo tanto, ni mi amiguita ni yo queremos firmar cláusulas que hieren á los que amamos.

Florimont hacia muchos gastos, se veía contrariado.

—De modo que, repuso Juan, nos casaremos como personas que se quieren, bajo el régimen de la comunidad de bienes, y hé aquí en qué sentido habéis de arreglar las cuestiones de interés que habéis desarrollado en todos esos pliegos de papel, señor Florimont.

—Pero, hijo mio, exclamó la marquesa, yo he sido quien ha indicado al notario que quiero en vuestro contrato de boda con Enriqueta, reconoceros como propietario de este palacio, pues el único medio que tenemos de devolveros.....

—¡Chitón, abuela, chitón! esto es cosa de Federico y mia. ¡Obedecedme! ¡Si supiérais qué génio tan malo tengo!..... ¡Hé aquí mi

voluntad! Este palacio os pertenecerá mientras viváis. Cuando paséis á mejor vida, entonces será de Federico y mio, y decidiremos como buenos hermanos el destino que se le ha de dar.....

—¿Queréis, pues, que me muera? dijo sonriendo la marquesa.

—¡Ah! ¡abuelal! ¡Ojalá paséis de los cien años!

—¡Así lo espero yo también! exclamó mamá Renaud.

—En cuanto á la deuda á que aludis, no quiero que se hable de eso en mucho tiempo... allá para cuando la señorita Luisa esté en posesion de la fortuna de su padre..... Ya véis, señor Florimont, como os matamos también, y que sin ser notario, sabemos prever el porvenir; vuestra hija y yo lo hemos previsto todo. Por lo que respecta á nuestras respectivas instalaciones, hé aquí lo que hemos convenido: Luisilla vivirá en este edificio, es su derecho como condesa de Villepreux, amueblará todos los salones y también un cuartito, por si acaso lo necesitan algun día sus cuñados. Mi mujer y yo habitaremos mi pequeño hotel de la calle de Villiers.

—Pequeño! dijo sonriendo Enriqueta.

—Vos sois rico, señor Florimont, continuó Juan, pero mi madre está ganando para mí una cuantiosa fortuna, y por consiguiente,

nuestras situaciones son poco más ó ménos iguales. ¿Tiene alguién que presentar algunas objeciones en contra de estos nuevos proyectos?

—Pero, señor vizconde..... empezó el notario.

—¡Papá! dijo Luisilla con tono más decidido.

Federico y Enriqueta cogieron ambos una mano de Juan, dándole las gracias por su generosidad, siempre tan delicada.

—No podemos aceptar, dijeron á un tiempo.

—¡Entonces ya no me caso! declaró Juan con viveza.

María Renaud intervino.

—Obedeced á Juan, hijos míos. Algun derecho le asiste para mandar aquí.

—¡Es verdad! dijeron á un tiempo la marquesa y Julieta. Debemos obedecerle.

Se inclinaban ante su voluntad, como lo hubiesen hecho con Juan de Villepreux.

Brettecourt se fué al lado del jóven, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—¡Bien, Juan, muy bien! Nadie ha honrado más que tú el nombre de Brettecourt.

El buen notario, pues, tuvo que romper aquellos contratos de que tan orgulloso se mostraba, teniendo que hacer otros, dictados por el jóven Renaud.

Una vez arreglado todo, Luisilla fué de repente acometida de una febril actividad.

Mandó llamar á su tapicero y le dijo:

—Quiero que dentro de ocho dias los salones del palacio de mi suegra, la marquesa de Villepreux, tengan su antiguo brillo.

Y le entregó una lista extraordinaria de cortinajes, asientos, muebles, alfombras, estatuas y cuadros.

No esperaba, no, volver á aquellos hermosísimos salones su antiguo esplendor; pero por ménos queria adornarlos de un modo digno de la familia de Villepreux, que iba á ser la suya.

El tapicero, como hombre prudente, consultó con el notario.

El señor Florimont se enfadó y riñó con su hija.

—¿Quieres arruinarme? le dijo.

Luisilla no se turbó, y dijo con su más dulce acento:

—¿Habéis olvidado entónces el artículo octavo de mi contrato? “El palacio de Villepreux será enteramente amueblado á expensas de la contrayente.....”

—¡Tiempo tenemos de hacerlo!..... Se busca una ocasion.... para no gastar tanto....

La señorita Luisa, futura condesa de Villepreux, no tenía paciencia para esperar...

—Id, caballero, y ejecutad á toda prisa mis

órdenes, dijo al tapicero, si no queréis que busque á otro que lo haga.

Y á su vez la jóven empezó á reñir con su padre; pero con frialdad é ironía.

—Decidme, padre mio, ¡á cuánto asciende mi fortuna?

—¿Tu fortuna?

—La de mi madre, si preferís que lo diga así. Sé que ningún derecho tengo todavía sobre la vuestra; pero la de mi madre es mia, segun creo. Consiento en que se quede en vuestras manos; pero es con la condicion de que no haréis en adelante ninguna objecion á lo que yo disponga.

Desde aquel dia, Florimont no contrarió en nada á la jóven. Sin embargo, procuraba convencer á la niña de que era ménos rica de lo que creia ella, y de este modo la contenia en la realizacion de sus dispendiosos gastos.

En el fondo Luisa no era gastadora; pero estaba algo sobrecitada por el ejemplo de Juan y queria imitarle en grandeza y generosidad.

Como en Paris, con mucho dinero, nada es imposible, el tapicero no necesitó más que unos diez dias para devolver al palacio de Villepreux, no todo, pero algo de su anterior brillo.

Haciendo buena cara al mal tiempo, Florimont vigilaba las compras, recorria los al-

macenas de muebles antiguos, y no descuidaba la ocasion de ahorrar algun billete de mil francos para su niña.

Mientras tanto, Juan y Federico se ocupaban de una cosa que no entendia el notario.

Del arreglo de las cuadras y de las cocheras.

El conde se hubiera contentado con poco, lo necesario nada más, un caballo de montar para su mujer, el sayo y un tronco; pero el vizconde de Brettecourt era terco en demasía.

Quería que las cuadras guardasen relacion con la magnificencia del palacio, y á la menor objeccion de su amigo, contestaba:

—Es mi regalo de boda.

De modo que las doce plazas que contenia la cuadra, tan bien organizada ántes por Juan de Villepreux, se ocuparon todas.

—María Renaud era la que empujaba á su hijo para que no escatimara nada.

—Gasta sin contar, le decía.

Honraban la memoria del difunto, pues tenían la firme creencia que asistia en espíritu á todo lo que hacian para dar brillo á su casa.

Cuando todo estuvo terminado, los periódicos se encargaron de anunciar á los parisienses que el casamiento del conde Federico de Villepreux con la señorita Luisa Florimont y el del vizconde de Brettecourt con la señorita Enriqueta de Villepreux, se celebrarían

en un mismo dia en la iglesia de Santa Clotilde.

Juan y Federico se quejaron de tan mala indiscrecion.

Mas Luisa los detuvo á las primeras palabras.

—Yo soy la culpable, dijo, soy yo quien ha mandado la nota á los periódicos.

Quería que el mundo entero, y por consiguiente miss Edith Dickson, supiera que iba á ser condesa de Villepreux.

El señor Florimont fingió reñir á su hija; pero en su interior estaba encantado tambien él, y muy gozoso de que todos supieran que iban á tener por yerno á un Villepreux.

Cuando María Renaud vió á su hijo arrodillado al lado de Enriqueta en la gran nave de Santa Clotilde, su emocion fué tan grande, que estuvo á punto de desmayarse.

El general Brettecourt la reanimó con estas palabras:

—Nuestro hijo es el z ya.

En aquel momento, María se figuró que no era el conde quien la estaba hablando.

Creyó oír la voz de Juan de Villepreux, y no era la primera vez que experimentaba la misma sensacion. Brettecourt se identificaba cada vez más en su espíritu con aquel de quien tan noble mente ocupaba el sitio para dar un nombre ilustre á su hijo.

La ceremonia fué brillantísima; habiendo asistido á ella las más ilustres familias de la aristocracia, y todos se alegraban mucho de la dicha de tan amables y simpáticos jóvenes.

Es tan raro ver al amor, á la riqueza y á la gloria reunidos en las bodas de este siglo, en que todo parece deber sacrificarse al dinero!

El marqués apenas se dejó ver.

Asistió como es natural, á la ceremonia; aparentó asociarse á la alegría de su familia; pero habló muy poco y procuró no exhibirse.

Se figuraba que todos los habitantes del arrabal de San German estaban enterados de su conducta pasada, y que debajo de su perfecta cortesía, se ocultaba el desprecio que les inspiraba.

Mamá Renaud, que se reprochaba muchas veces ser la causa del abatimiento del marqués, lo notó aquel día más que de costumbre; y su corazón, tan bueno y tan sencillo, la indujo á hacer algo para reparar lo que ella llamaba "un rasgo de locura."

Llamó á parte al señor Florimont y le dijo:

—Ahora que estaréis libre, quisiera que me consagrarais algunas horas.

Y como éste se admirara, le contestó bruscamente:

—A vuestra edad no se necesita otra cosa que hacer testamento.

—No se trata de eso, respondió con tono alegre; no tengo la menor gana de morirme; pero quiero realizar un proyecto que he formado, y es preciso que me ayudéis.

—¿Cuál es?

—Dentro de algunos días hablaremos.

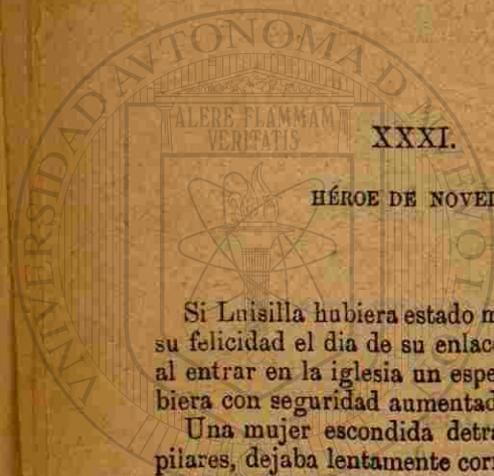
Par la noche, cuando Juan Renaud, loco de felicidad, llevó á su mujer á su lindo hotel, Enriqueta, ántes de pasar el umbral de su nueva morada, dijo á su esposo con gravedad:

—Amado mio, ¿perdonas con todo corazón á mi padre lo que te ha hecho sufrir?

Juan la llevó al salón y se arrodilló delante de ella.

—Aquí ha sido, dijo, en donde leí aquella carta, aquí en donde poco faltó para que me abandonara el valor.

Enriqueta se inclinó, y estrechando con pasión á su querido Juan entre sus brazos, borró con una ardiente caricia hasta el recuerdo de lo que habria sufrido.



## HÉROE DE NOVELA.

Si Luisilla hubiera estado ménos absorta en su felicidad el día de su enlace, hubiera visto al entrar en la iglesia un espectáculo que hubiera con seguridad aumentado su alegría.

Una mujer escondida detrás de uno de los pilares, dejaba lentamente correr sus lágrimas sin disimularlas siquiera.

Aquella mujer, ó más bien aquella jóven, era miss Edith Dickson.

Hasta aquel día habia conservado una vaga esperanza, no pudiendo resolverse á creer que sus sueños ambiciosos se habian desvanecido para siempre.

Aun cuando decia á sus padres que despreciaba al conde de Villepreux y que se alegraba de no haberse casado con él, tenia terribles momentos de rabia contra Federico y contra la señorita Florimont.

Baradoux, siempre amable y no descuidando ninguna ocasion de abatir el orgullo de la jóven americana, la llevó una esquila de invitacion, que fácilmente pudo procurarse.

Y Edith quiso asistir á aquel casamiento. Se vistió, pues, con mucha sencillez, casi como su doncella, suponiendo que nadie conocería bajo aquel atavío á la rica miss Dickson.

Nadie, en efecto, se apercibió de su presencia y pudo entregarse á su desesperacion. Nunca le habia parecido Federico tan hermoso como aquel día.

—¡Ah! ¡mucho le hubiera amado! murmuró.

Mas ya todo era inútil, pertenecía á otra.

No tenia más remedio que inclinarse ante la fatalidad y seguir los consejos de Baradoux.

Esperó que toda la concurrencia saliera de la iglesia y luego se fué, realmente desgraciada, sin sospechar que su padre y el banquero la seguian á poca distancia.

Desde las ocurrencias que contrariarian su amor, salia muchas veces sola, y los dos hombres se revelaban para vigilarla, cuando no lo hacian juntos, temiendo algun rasgo de locura.

Aquel día especialmente, habian tenido bastante miedo cuando, vestida de aquel modo, la sorprendieron dirigiéndose hácia Santa Clotilde; mas al verle salir respiraron con más tranquilidad; nada habia acontecido.

—Ha sido muy razonable, dijo Baradoux.

—Más de lo que yo creía, replicó Dickson.

—Tiempo es ya de darle un marido.

—Este es asunto vuestro, señor Baradoux.

—¡Paciencia, señor Dickson! Os he prometido algo mejor que un Villepreux y cumpliré mi palabra.

Cuando Dickson volvió á su casa, encontró á su mujer y á su hija en conferencia con una nueva modista. A la antigua, delante de la que habian tenido la tontería de anunciar el casamiento de Edith, no se la exigian servicios como es natural.

Lo mismo habia sucedido con la costurera y con la que suministraba los sombreros. Miss Edith no queria ruborizarse en presencia de ninguno de sus proveedores.

Esta conferencia fué larga, se discutió sobre la moda, y esto llegaba á propósito para distraer á la jóven de la mala impresion que habia recibido.

Dickson se divirtió presenciando aquella discusion y alentaba á su hija á que gata-ra lo que quisiera; no vacilaba en ofrecer doble de su valor por un modelo de vestido que gustaba á Edith, y deseaba que nadie en París inviese otro igual. Se fraguó durante aquella tarde un pan de confecciones que habian de hacer de la señorita Dickson, la reina de la estacion de invierno.

La jóven habia recuperado alguna alegría, empezaba á bromear y no tenia ya aquella sostenida preocupacion que habia sido durante un mes su continuo suplicio:

—Todos los que miran saben que el conde de Villepreux ha rechazado mi mano.

Tuvo un momento la idea de mandar que despidiesen á todos los criados que habian sido testigos de su humillacion, y habia sido necesaria toda la habilidad y la diplomacia de Baradoux, para que renunciara á aquel pensamiento.

Cuando terminó la eleccion de trajes, el americano preguntó á cuánto ascenderia aproximadamente el importe de la factura. La modista respondió:

—Caballero, no hay prisa..... ya se verá...

—No, no, quiero saberlo.

Quería deslumbrar á Edith con su generosidad; pues la veía algo inquieta, temiendo, sin duda, haber escogido costosos trajes, finos bordados y encajes.....

La modista hacia sus cuentas en una cartirita y dijo un instante despues:

—Segun mi cálculo aproximado, la factura subirá de quince á diez y ocho mil francos....

Edith esperaba alguna palabra desagradable de su padre; pero fué al contrario.

—¡De quince á diez y ocho mil francos! dijo.—¡Bien! Pero que todo sea irreprochable.

No me disgustaré si el gasto aumenta: riqueza, gusto y elegancia.

Y despidió á la modista haciéndola muchas recomendaciones, tan galante como un enamorado que manda hacer equipo para su amada.

Por primera vez desde hacia un mes Edith le sonrió y le abrazó con cariño.

Dickson, conmovido, quiso prolongar aquella buena impresion, y dijo:

—¿Me parece que no estás muy satisfecha de tu yegua *Nadia*?

Esta yegua *Nadia*, hasta entonces el animal favorito de miss Edith, no podía convenir ya á la jóven, porque en el mes que acababa de transcurrir, la habia hecho trabajar demasiado, y el pobre animal estaba rendido.

—¡Pues bueno! prosiguió Dickson, si quieres, vámos al Talterzal, hay una hermosa venta hoy.

—Sí, sí, padre mio, vamos.

En su interior la jóven se decia:

—¡Qué amable está mi papá! ¡Y yo que me muestro tan adusta con él!

Y le encontró aún más amable cuando en medio de la venta la compró en ocho mil francos una magnífica yegua llamada *Vanda*, que todos los aficionados se disputaban.

Durante aquella velada no se trató más que de la nueva adquisicion que estaba ya en la

cuadra del hotel. Edith bajó con su padre á verla, la acarició y la dió azúcar.

—¡Oh! que ganas tengo de que llegue mañana para montarla, decia la jóven.

Al siguiente dia, á eso de las ocho, el americano y su hija cabalgaban hácia el bosque de Boulogne. El padre, mediano ginete, montaba un caballo cualquiera, fuerte y dócil, del que no habia que temer ningun percance.

Edith estaba loca de alegría.

Maestra en equitacion, se veia obligada á desplegar toda su ciencia y toda su energia para dominar aquel hermoso corcel, que era verdaderamente de buena raza.

A cada instante se levantaba un poco á pesar suyo y su padre empezaba á sentir alguna inquietud, pues se le figuraba que la yegua no era nada dócil.

A la entrada de la avenida de las Acacias, el animal de repente se puso de manos.

Una amazona de menos experiencia hubiera caido sin duda ninguna.

Edith la dominó riendo á carcajadas y hasta se burló de su padre, cuando éste le manifestó sus temores.

—¡Ah! papá, esto es muy divertido.

Todos los ginetes que se cruzaban con ellos se admiraban lo mismo de la hermosura de *Vanda*, que de la maestría de la jóven.

De pronto la yegua dió dos rápidas vueltas

y como Edith la castigaba, echó á correr á escape tendido hácia la cascada.

Dickson intentó en vano alcanzarla, pues su pacífico caballo no podía seguir tan veloz carrera.

La jóven procuraba contener á *Vanda*, mas ésta no obedecía al freno, se habia desbocado.

— ¡Mi hija! gritó el americano.

Todo un ejército de ginetes se lanzó en su persecucion; pero Edith les adelantaba lo menos en cincuenta metros.

En el momento en que pasaba por una encrucijada, la yegua hizo huida; Edith se agarró á la silla llena de espanto.

Despues el animal dió un bote y partió con más velocidad que antes.

Entonces se vió aparecer, llegando por un paseo transversal, un hermoso ginete que echó una mirada hácia atrás y luego hácia adelante. Dickson gritaba siempre:

— ¡Edith!..... ¡Hija mia!

A cada bote que daba *Vanda*, creia ver á su hija aplastada contra un árbol.

El ginete comprendió lo que estaba pasando; hizo una señal con la mano como para tranquilizar al americano y se lanzó detrás de Edith.

Durante algunos instantes todos los espectadores de aquella escena se preguntaron con ansiedad si llegaria á alcanzarla.

Su caballo era bueno, ¿pero correria tanto como uno que va desvocado?

La jóven llegaba al sitio en que el paseo de caballos baja y concluye bruscamente.

La muerte la esperaba allí.

El caballero desconoció lo que al fin á alcanzarla; pero solamente á unos diez metros de distancia de aquel sitio.

Algunos pasos más y estaba perdida.

Se apoderó con vigor de las riendas de *Vanda* y tiró bruscamente de ellas.

El animal no se detuvo más que un segundo; mas este bastó para que se detuviera.

El desconocido cogió á la jóven por la cintura y la levantó de la silla.

*Vanda* empezó de nuevo su poca carrera; pero tropezando con las riendas que ceñaban, cayó á algunos metros de distancia. Dickson llegaba en aquel instante.

El salvador de Edith tenia entre sus brazos á la jóven desvanecida.

La americana apenas habia podido verle durante ese minuto de admiracion que ofrece un acto de valor y en el que el hombre mas feo parece hermoso.

Y como éste verdaderamente lo era, pareció á la jóven extraordinario.

Despues perdió el conocimiento.

¡Ah! señor!..... ¡Ah! señor! exclamaba

Dickson profundamente conmovido. .... ¡Mi hija! ¡mi querida hija!

El caballero, con mucha delicadeza, colocó á Edith en los brazos de su padre.

Mucha gente se reunió á su alrededor.

Algunos guardas llegaban acompañando á un joven médico militar que se estaba paseando.

Dickson habia sentado á Edith apoyada contra un árbol y la desabrochaba torpemente.

—No es nada, dijo el médico.

La gente no hablaba más que del acto de valor de aquel desconocido, á quien ninguno de los que frecuentan el bosque habian visto nunca.

Edith empezaba á hablar. Sus primeras palabras fueron:

—Estaba perdida cuando me han arrancado de la silla. .... Mi querido papá. ....

Y miró á su alrededor.

—¿Qué quieres? preguntóle Dickson.

—Pero. .... dar las gracias. ....

—*All right!* eso me toca á mí, dijo el americano.

Y se volvió con la mano tendida y diciendo:

—Creed, mi gentleman. ....

En su agradecimiento, la palabra "señor" no le parecia suficiente.

Mas el desconocido ya no se hallaba allí.

Miró á su hija. Edith estaba aún mas sorprendida que él.

—¿Buscáis al caballero que os ha salvado, señorita? preguntó uno de los guardas.

—Sí.

—Ha esperado que recuperaseis el sentido, y en cuanto el médico dijo que no era nada se ha marchado.

—¿Sin decir su nombre?

—Se lo han preguntado, pero no lo ha querido decir.

Edith habia olvidado completamente á Federico.

Aquel desconocido que obraba como un héroe de novela llenaba su imaginacion.

Dickson comprendió lo que pasaba en el espíritu de su hija, y dijo con seguridad:

—Ya le encontraremos.

Y como llegaba un coche que habian ido á buscar, hizo montar en él á su hija y se apresuró á llevarla á su casa, despues de repartir algunas monedas de oro á los guardas que le habian ayudado y de dar gracias al médico, á quien mandó un buen regalo aquella misma tarde.

Se sentía tan gozoso que hubiera querido distribuir dinero á manos llenas.

Margaret estuvo á punto de desmayarse cuando supo el percance que habia ocurrido; pero pronto la consoló su hija pintándole al desconocido que la habia arrancado de las garras de la muerte.

Dickson se puso al aparato telefónico para hablar con Baradoux, y cuando estuvo establecida la comunicación, dijo:

—Mi querido amigo, acaba de pasar una cosa extraordinaria.

Y contó los acontecimientos de aquella mañana con muchos detalles y muy buen humor..... Dijo al agente de negocios que era preciso que se pusiera en seguida en campaña para buscar á ese héroe, para saber antes que nada si era casado y cuáles eran sus proyectos, etc., etc..... Y todo quería saberlo en aquel mismo día, pues estaba tan impaciente ó más que su hija.

Baradoux le dejó hablar, y después le replicó con calma:

—Tened paciencia hasta las cuatro ó las cinco y comprad los periódicos de la noche.

—¿Vais á ocuparos de ello?

—Sí, sí. Hasta luego.

Dickson estaba atolondrado.

—¿Sabe ya lo que ha pasado en el bosque! ¿Conoce á aquel herido ó jinete! ¿Este Baradoux tendrá algún pacto con el diablo?

El americano pasó muchas horas en un estado tan febril como su mujer y su hija. Creían que el día no acabaría nunca.

Llegó la noche, y cuál no sería su admiración cuando leyeron en casi todos los periódicos vespertinos las siguientes líneas:

"Esta mañana el bosque de Boulogne ha sido teatro de un acto de valor que ha producido una grande emoción á los concurrentes de la avenida de las Acacias.

"Una de las más encantadoras jóvenes de la colonia americana, miss Edith Dickson, cuyo padre tantas simpatías ha adquirido en la sociedad parisiense, montaba por primera vez una yegua que el señor Dickson compró ayer, disputándosela á los más ricos aficionados.

"En medio de la avenida de las Acacias, aquel animal se desbocó de repente.

"Miss Edith procuró en vano contenerle é iba infaliblemente á perecer, cuando saliendo de pronto de uno de los paseos transversales un jinete se lanzó detrás de la joven, y despreciando el peligro pudo detener un momento la yegua de la señorita Dickson, salvando de una desastrosa muerte á aquella encantadora niña.

"Tan modesto como valiente, el salvador desapareció en el instante en que la joven desapareció de este modo al agradecimiento y á las felicitaciones de que iba á ser objeto. Mas uno de nuestros reporteros ha llegado á saber su nombre. Es el príncipe....."

—¡Un príncipe! exclamaron Edith y Margaret, interrumpiendo á Dickson.

El americano prosiguió:

—El príncipe Corioli, que acaba de llegar á París para pasar aquí el invierno.

—El príncipe es el último descendiente de la familia de los Corioli, de cuyo lustre es inútil hablar.

—¡Un príncipe! repetía Edith con entusiasmo.—¡Un príncipe!

Y ella y su madre leyeron y releieron más de diez veces aquella gacetiila, embriagándose ya con el lustre de la familia de los Corioli.

—No debe ser casado, pensaba Dickson; hablaría de la princesa.

De repente preguntó á su hija:

—Tú que has aprendido la historia, ¿dime qué es lo que son esos Corioli?

—Deben de ser italianos, papá.

—Eso ya lo sapongo yo; pero, ¿cómo figuran en la historia?

Edith procuraba recordar algún hecho histórico en que hubieran tomado parte los Corioli, y ninguno encontraba. En este momento anunciaron la llegada del señor Baradoux.

—¡Ah! exclamó alegremente, éste va á sacarnos de apuros.

Y enseñándole los periódicos:

—¿Qué familia es la de los Corioli, amigo mío?

—¡Cómo! ¿No lo sabéis? dijo el banquero

admirado.—¿No conocéis entonces la historia romana?

Dickson confesó sin la menor cortedad, que no se la habían enseñado.

Edith exclamó:

—¡Corioli!..... ¡Coriolano!

—Eso es, señorita.

—Perdonad, dijo el americano, yo no entiendo, ¿es Coriolano ó Corioli?

—Ambos.

—¿Tiene dos nombres?

—Los Corioli descienden de Coriolano.

—Bueno. ¿Quién era Coriolano?

—¿Cómo, papá, murmuró Edith ruborizándose, ¿no sabéis quién era Coriolano? Un hombre, cuyos hechos han servido á Shakespeare para hacer una tragedia.

—¡Ay, hija mía! no me he educado yo en el mejor establecimiento de instrucción de América. En fin, ¿quién era?.....

—Un general romano, replicó Baradoux, que desterrado de su patria, se puso á la cabeza de los Volques, enemigos de los romanos, y se atrevió á sitiar á Roma. Estaba pronto á saquear la ciudad, cuando su madre y su mujer, echándose á sus pies, obtuvieron que renunciarse á sus proyectos. Esto pasaba en el año 490 antes de Jesucristo.

—¿En qué año me habéis dicho?

—490.

—¿Antes de Jesucristo?

—Sí.

Dickson no cabía en sí de admiración.

—Ese Coriolano existía antes de Jesucristo, repitió. ¿Y los abuelos de Villepreux, qué hacían en aquella época?

—No se hablaba de ellos entonces, dijo el banquero con desden.

—¿Ese príncipe está casado? preguntó el americano con ansiedad.

—Nada de eso. Es soltero, y un encantador muchacho, que aburriéndose en Roma y en Viena se establecerá, según creo, definitivamente aquí. Cuando queráis os le presentaré.

Dickson palideció y empezó á temblar.

¡Aquel distinguido joven no estaba casado!  
¡Podría tal vez enlazarle con su hija, es decir, tener por yerno á un hermoso príncipe, cuyos abuelos existían siendo célebres veinte siglos antes de que se pensara en descubrir la América!

## XXXII.

## UN HOMBRE HÁBIL.

Este pensamiento excitaba hasta tal punto el entusiasmo de Dickson, que si no hubiera sido tan tarde, no hubiera esperado un momento más para ir á demostrar su agradecimiento al príncipe Corioli.

La casualidad, por mediación de Baradoux, había arreglado muy bien las cosas; pues el príncipe era vecino del señor Dickson.

En esta circunstancia, como en todas las que siguieron después, el descendiente de Coriolano se mostró digno en todo de la confianza que en él tenía el señor Friedelink, de Viena.

Fué hombre hábil, muy hábil.

Baradoux nada había economizado.

El príncipe recibió á Dickson en un encantador hotel de la calle Pergelose, cuya magnificencia deslumbró al americano.

—¿Antes de Jesucristo?

—Sí.

Dickson no cabía en sí de admiración.

—Ese Coriolano existía antes de Jesucristo, repitió. ¿Y los abuelos de Villepreux, qué hacían en aquella época?

—No se hablaba de ellos entonces, dijo el banquero con desden.

—¿Ese príncipe está casado? preguntó el americano con ansiedad.

—Nada de eso. Es soltero, y un encantador muchacho, que aburriéndose en Roma y en Viena se establecerá, según creo, definitivamente aquí. Cuando queráis os le presentaré.

Dickson palideció y empezó á temblar.

¡Aquel distinguido joven no estaba casado!  
¡Podría tal vez enlazarle con su hija, es decir, tener por yerno á un hermoso príncipe, cuyos abuelos existían siendo célebres veinte siglos antes de que se pensara en descubrir la América!

## XXXII.

## UN HOMBRE HÁBIL.

Este pensamiento excitaba hasta tal punto el entusiasmo de Dickson, que si no hubiera sido tan tarde, no hubiera esperado un momento más para ir á demostrar su agradecimiento al príncipe Corioli.

La casualidad, por mediación de Baradoux, había arreglado muy bien las cosas; pues el príncipe era vecino del señor Dickson.

En esta circunstancia, como en todas las que siguieron despues, el descendiente de Coriolano se mostró digno en todo de la confianza que en él tenía el señor Friedelink, de Viena.

Fué hombre hábil, muy hábil.

Baradoux nada había economizado.

El príncipe recibió á Dickson en un encantador hotel de la calle Pergelose, cuya magnificencia deslumbró al americano.

—Por lo ménos, se dijo, éste no se halla completamente arruinado.

Corioli estaba en su despacho, especie de oratorio gótico, y leía una de las últimas obras de M. de Bothau, con la gravedad de un hombre que quiere alcanzar los más altos puestos, cuando anunciaron á Dickson.

La entrevista fué una perfecta comedia.

El príncipe maldijo de los periódicos que habían cometido tal indiscrecion respecto de su persona.

Dickson, por el contrario, los bendijo, porque esto le habia permitido encontrar al salvador de su hija, y añadió que esperaba que el príncipe se dignase aceptar su invitacion para que fuese á comer á su casa, á fin de que su hija pudiera personalmente darle las gracias.

El jóven aventurero aceptó, haciendo comprender á Dickson que era una infraccion de la regla de su vida, pues si habia venido á Paris, era con la esperanza de entregarse á grandes trabajos históricos, merced á los documentos inéditos que habia hallado entre los antiguos papeles de su familia.

En Viena y en Roma, decia, era tan conocido, le convidaban á tantas fiestas, que no le quedaba ni un minuto para trabajar; contaba con vivir tranquilo é ignorado en Paris, entregándose al estudio, y por esto le contraria-

ba mucho que los periódicos se ocupasen de su persona.

Por la noche comió, pues, en casa del americano; pero pareció no fijar su atencion en miss Edith.

Un mes despues casi formaba parte de aquella familia, permaneciendo enigmático y desdenoso, aparentando siempre ser el hombre distinguido, el futuro diplomático.

Dickson estaba persuadido de que pronto sería nombrado embajador del rey de Italia.

Nunca hablaba el príncipe de casamiento; á pesar de las instancias de Baradoux, que le decia:

—Ataead la cuestion principal!.....

—Tengo por costumbre, respondia con indolencia, que me rueguen; más yo no ruego nunca.

Edith se impacientaba; Dickson estaba de un humor pésimo, pues habia creido que las cosas irian más de prisa.

Pero el príncipe, desdenando el plan del banquero, proseguia el suyo propio.

Baradoux habia cometido una imprudencia muy grande colocando á Guepin en casa de aquel aventurero.

Este tunante, fanático por su nuevo amo, no tenia secretos para él.

Y Corioli habia decidido que por su asiduidad, comprometeria de tal modo á miss Edith,

que no tendría más remedio que casarse con él, siendo, por consecuencia dueño de redactar el contrato á su antojo.

El invierno iba pasando y Corioli no se separaba de los Dickson.

Todo el mundo le consideraba como el futuro esposo de la americana.

Habia suscrito pagarés á larga fecha á Baradoux para los gastos de instalacion; pero fuera de esto nada consintió firmar.

El banquero se convencía cada día más de que el italiano era un maestro y que los engañaba á todos.

A últimos del invierno el americano tuvo que rebajarse y ofrecer él mismo la mano de su hija al príncipe.

Este, siempre con la misma indolencia, se dignó aceptarla.

Edith, nuevamente triunfante, no pensó más que en coronas de princesa. Pero su entusiasmo duró poco.

Cuando se trató de la redaccion del contrato y Dickson habló del régimen dotal, el italiano le interrumpió bruscamente:

—¡Nunca firmaré eso! exclamó.

Y aseguró que no se casaría como no dieran á su futura tres millones de dote, bajo el régimen de la comuinidad de bienes.

Estas discusiones duraron quince días.

Edith se vió vergonzosamente regateada cual si fuera un objeto de comercio.

El príncipe se mostraba dulce, pero firme.

Dickson no abandonaba su terquedad y Baradoux le apoyaba.

—¡Toda mi fortuna será vuestra un día; pero es preciso que sepais aguardar! exclamaba el americano, que encontraba muy interesado al descendiente de Coriolano.

Y no hubieran llegado á entenderse nunca si el príncipe, abandonando un día su indolencia, no hubiera dicho á Dickson con tono mordaz é incisivo:

—Caballero, si no me entregais la mano de vuestra hija, ésta, irremisiblemente comprometida por mí, no encontrará ya marido en Paris, en donde se ha hablado bastante de ella con motivo del rompimiento de sus relaciones con el señor de Villepreux; pero vuestra hija me agrada y la estimo. No os diré que estoy loco de amor, pues no me creeriais; hombres como nosotros no se dejan guiar por tales pasiones; pero quiero á vuestra hija y el contrato ha de redactarse en las condiciones que os he indicado.

Si no acatais mi voluntad, haré de modo que todo Paris se entere de los motivos que ha tenido el conde de Villepreux para no enlazarse con vuestra familia.....

—¡Qué motivos! exclamó Dickson palideciendo.

—Los conozco en todos sus detalles, replicó el italiano con imperturbable calma.

Dickson estaba trastornado.

Se encontraba entre la espada y la pared; no tenía otra solución que la de someterse al príncipe.

Y así lo hizo.

Mas desde aquel día todas sus ilusiones se desvanecieron lo mismo que las de Edith.

El príncipe había sido más diestro que los demás pretendientes.

Dickson, muy triste, se decía á cada instante:

—¡Sabe quién soy, se casa con mi hija, no vale más que yo!

Este era el castigo que los acontecimientos, dirigidos por una mano misteriosa, le imponían por las infamias de su vida pasada. Se resignaba y procuraba consolarse esperando en lo porvenir.

Edith no se ocupaba más que de su equipo. Se casaba por conveniencia y no se cuidaba más que de poner en todas sus prendas una corona de princesa.

Baradoux también tenía su castigo.

Este admirab'e negocio, que hubiera debido hacer entrar en su caja centenares de miles de francos, no le produjo más que cincuenta

mil, justo el cincuenta por ciento de lo que había gastado para la instalación del príncipe; pero éste le prometió darle otro tanto despues de la celebracion del casamiento.

Mistrèss Dickson era la única que estaba encantada y respetaba al príncipe como si fuera un Dios.

Algunas semanas despues de estos acontecimientos, mucho y elegante gentío llenaba la iglesia de San Honorato.

Una interminable fila de carruajes se alineaba en la avenida Víctor Hugo.

La escalinata de la iglesia estaba sembrada de flores y el pórtico desaparecía debajo de las colgaduras de terciopelo encarnado, con franjas y flores de oro.

En fin, la clásica alfombra de los casamientos se extendía hasta la acera.

La mayor parte de los invitados habían llegado ya; las señoras habían entrado en la iglesia; pero muchos individuos permanecían en la escalinata y hablaban, esperando á los novios.

Y discutían en todos los grupos la grave cuestion de saber si era el novio ó la novia el que mejor negocio hacía.

—La arruinará como se ha arruinado él, decían los unos.

—Ya sentará la cabeza, decían los otros.

—Como no sea que su mujer no haga bailar los millones lo mismo que él.

—Su suegro ya lo habrá atado por medio del contrato.

—Nada de eso, replicó un *clubman*, siempre bien informado; el príncipe es dueño de la fortuna de su mujer. Es un hombre muy hábil que ha engañado hasta al mismo Baradoux.

A las doce menos diez minutos, los primeros coches de la comitiva desembocaban en la plaza.

—Que raros son los americanos, dijo un gomoso, llegan á la hora precisa hasta en un día de boda.

A las doce en punto el señor Dickson entraba en la iglesia de San Honorato, llevando á su hija del brazo.

Ambos aparecían muy pálidos, y todas las jóvenes que se preciaban de conocer á Edith, se quedaron en extremo sorprendidas, notando en su semblante las señales de una profunda emoción.

El príncipe iba detrás de ella dando el brazo á una anciana señora, tía suya, que había ido á buscar á Sorrente, y que era la única pariente que le quedaba de su ilustre familia.

Las malas lenguas pretendían que un magnífico anillo que el príncipe llevaba en el dedo meñique, anillo que había sido regalado

## XXXIII.

## FELICIDAD MEREcida.

En aquellos mismos días, toda la familia de Villepreux se hallaba reunida en Angoville, en donde mamá Renaud hacía los honores con una alegría sin igual, pues esto era obra suya.

No podía perdonarse de no haber sabido detener su lengua delante de la marquesa el día en que había conocido al hermano de Juan Berthier en el marqués de Villepreux y había pensado en ese medio para borrar el mal efecto que había ocasionado.

Honorato, en efecto, no se había repuesto de aquel último golpe; el remordimiento había concluido por dominar el egoísmo y le había abatido hasta el punto de borrar á veces toda su inteligencia. Vivía como atontado; no hablaba, no se mezclaba en nada; perdió definitivamente la memoria y envejeció de repente.

La dicha más completa hubiera reinado entre todos aquellos seres tan perfectos, si En-

riqueta y Federico no hubieran tenido el pesar de ver á su padre encaminarse, no obstante su juventud, hácia la parálisis ó la muerte.

Merced á las gestiones de Brettecourt, Juan y Federico acababan de ingresar en un mismo regimiento de cazadores de infantería de guarnicion en Vincennes, figurando allí el sargento Renaud con el nombre de vizconde de Brettecourt; no necesitaban, pues, moverse apenas de Paris.

La vida de los matrimonios felices puede resumirse en estas palabras:

—¡Se aman!

En casa de Villepreux abundaba ahora la dicha.

Mamá Renaud siempre alerta, siempre alegre y satisfecha, preparaba misteriosamente su gran sorpresa.

Tuvo numerosas entrevistas con el señor Florimont, é hizo tambien un viaje con él sin querer decir cuál era su objeto. Lo único que manifestó á la vuelta fué que habia ido á visitar una casa de campo, en la que tenia intencion de terminar su vida.

—¡Mamá Renaud concluir su vida en el campo, ella, que tanto gustaba de Paris! ¿Es eso posible? se decia Maria?

Y la abuela respondia que le era permitido á ella tambien tener sus secretitos y que no le atormentaran más con preguntas.

Se hablaba de ir á pasar una temporada, bien fuera en el campo ó en las orillas del mar. Juan proponia Etretal, adonde habia ido con su madre; Federico y Enriqueta hablaban con entusiasmo de la península de Contentin. Ellos tambien tenian sus recuerdos de la niñez.

Y mamá Renaud se sonreía.

Un dia rogó á Federico y á Juan que pidiesen licencia por ocho dias, y convidó á todos para que en su compañía fueran á visitar la linda casita de campo que habia comprado.

—¿En donde? le preguntaron.

—Precisamente en el Contentin.

Nada más que so decir, y algunos dias despues daba cita á sus invitados para la estacion de Montparnasse.

Imposible saber adonde iban, pues la astuta anciana habia pagado de antemano dos coches reservados y ella misma en secreto dió las indicaciones necesarias para los equipajes.

—Vaya, mamá Renaud, dijo Juan, no voy más allá si no me dices adonde nos llevas.

—A mi casa, hijo mio, respondió la anciana, siempre imperturbable.

Y guardó su secreto hasta el momento en que los carnajes, que habian ido á San Lô á buscar á sus invitados, llegaron á la entrada de la gran avenida que va desde el camino real á la quinta de Angoville.

No se veía aún la casa; pero todo el antiguo torreón dominaba todo el paisaje.

Nadie hablaba en los coches.

Todos comprendían ya. La anciana marquesa, demasiado conmovida para pronunciar palabras de agradecimiento, apretaba las manos de mamá Renaud, y gruesas lágrimas corrían por su rostro venerable.

Mamá Renaud lloraba también al ver llorar á su amiga, así se trataban y no podían vivir la una sin la otra.

— ¡Qué corazón tan bueno teneis! murmuró al fin la marquesa.

— ¡Oh! exclamó mamá Renaud con áspero tono, ¡no valgo ciertamente lo que vos!

La marquesa y Julieta saludaban con la mirada todos los árboles del camino, los campos que se extendían hasta las colinas, los arroyuelos que corrían hacia el Dole ó el Vire, todo lo que habían amado y que tanto amaba Juan de Villepreux.

De repente la avenida hacía un recodo, y la quinta apareció, restaurada, hermosa y cuidada como en tiempo de los Villepreux.

Algunos criados y arrendadores de los antiguos esperaban ansiosos la llegada de su señora, á quien amaban y bendecían.

Todo estaba pronto para recibir á los nuevos habitantes. Mamá Renaud había gastado toda su parte en los beneficios que le había

producido la casa de su nieta; pero estaba bien recompensada por la dicha que veía á su alrededor.

Honorato era el único que no participaba de la alegría general. Durante el viaje no habló una palabra, ocultándose casi con vergüenza como un niño.

Cuando apercibió la quinta de Angville, tuvo un segundo de júbilo infantil; luego su rostro se entristeció, y cuando bajó del coche, se metió en su cuarto y se acostó.

Al siguiente día se levantó solo, y con tembloroso paso recorrió la casa, encontró á mamá Renaud y á su madre, que iban juntas, y Honorato se escondió detrás de la puerta y las dejó pasar.

Siguiendo por los pasillos, llegó al salón y vió á su mujer hablando con Florimont, mientras que Luisilla y su marido se abrazaban, riendo como dos locos. Escuchó y oyó que se trataba de aquellas esperanzas que hacen estremecer de alegría á los abuelos.

— A mí, murmuró con amargura, á mi no me dicen nada.

Y sacudiendo tristemente la cabeza, dijo:

— Merecido lo tengo.

No se atrevió á entrar en el salón, prosiguió su camino y salió de la quinta. Llegado que hubo á la esquina de la fachada, oyó pasos y se escondió otra vez; vió pasar á alguna

distancia á su hija del brazo de Juan. Brettecourt y María iban con ellos.

—Vaya, murmuró, la muerte puede venir cuando quiera, bien solo estoy.

La parca le acechaba en efecto, pues pronto iba á cortar el hilo de su vida despues de una dolorosa agonía. Aquella misma noche cayó en un estado rayano á la imbecilidad.

Juan, su mujer, María y Brettecourt seguian la avenida que desde la quinta llega hasta el torreón, y el general contaba los episodios de una carrera vertiginosa que Juan de Villepreux y él habian dado en aquel mismo sitio, y en que ambos cayeron del caballo.

Luego, despues de algunos minutos de silencio, Brettecourt dijo con calma:

—Ahora que os veo á todos felices, hijos míos, voy á dejaros.....

—¡Dejarnos! exclamaron á una Enriqueta y María.

—¡Claro está! hace ya bastante tiempo que estoy descansando, me fastidia ya el Ministerio, en donde se hace más ruido que trabajo, y voy á volverme al Tonkin.

Apenas pronunció estas palabras, cuando María, lavantando hácia él sus hermosos ojos suplicantes, balbuceó ingenuamente:

—¡Oh! no..... ¡Eso no!

Esta exclamacion encerraba tanta ternura, que el conde se estremeció, y durante algu-

nos segundos no pudo disimular la turbacion que se habia apoderado de él. Sin embargo, repuso con tono jovial:

—Es necesario que concluya mi carrera.... que gane mi retiro.....

—¡Oh! vuestro retiro, dijo Juan, sé yo que tenéis derecho á ello; pero parece que no queréis.....

—¿Qué significa, Juan?

—¿Creeis que no se os vigila, padre mio...? Estoy perfectamente informado de lo que habeis pedido al ministro, y os prevengo que no os lo concederán, pues allí tambien tengo yo amigos. No saldreis ya de Paris, no os separareis de nosotros.

Brettecourt tomó un aire severo:

—¡Mi hija es quien me dá órdenes!

—¡Ah! padre mio, ¿olvidais que estamos en un siglo en que se obedece no solo á los hijos..... sino tambien á los nietos?

Enriqueta se ruborizó un poco; pero sin cortedad. Estaba muy orgullosa de su próxima maternidad, anunciada aquella misma mañana á María y á Brettecourt.

—Es el hijo que llevo en mis entrañas, dijo, el que os prohíbe partir.

—Y yo os lo pido con toda mi alma, dijo María Renaud.

—Bien está, repuso Juan sonriendo, ya veis como estamos todos de acuerdo.....

—Pero, hijo mio.....

—¡No admito objeciones, mi general! Además, otra cosa tengo que pedir, y vais á decir que sí sin vacilar, si es que quereis que yo crea que me amais bastante..... Padre mio, hace seis meses, hicimos las cosas un poco bruscamente, no teniamos tiempo de reflexionar; pero mis hijos, que cavilarán un poco leyendo sus papeles de familia, me preguntarán, los hijos de la generacion venidera serán muy indiscretos, ¿cómo es que su abuela se llamaba señora Renaud, y su abuelo conde de Brettecourt.....

El general no respondió, se hallaba aturcido.

En cuanto á María, miraba á su hijo como asustada.

—Pronto voy á ser padre, y sin amaros ménos ni al uno ni al otro, mi corazón estará absorto con mis hijos y quiero tener muchos...

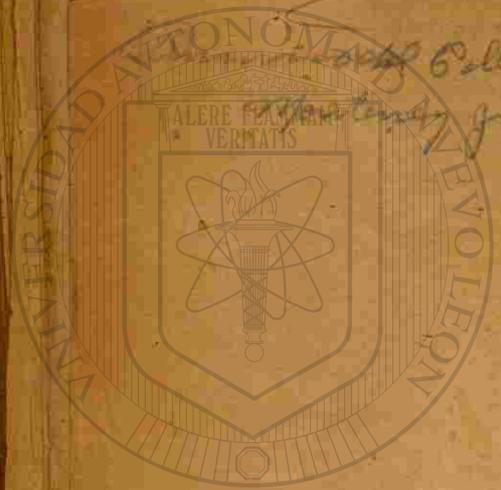
La guerra puede estallar, pueden mandarme muy lejos..... Si mi mujer tiene que atender á sus hijos, ¿quién cuidaría de mi adorada madre?..... cuya vida ha sido un largo sacrificio.....

¿y quién cuidaría de mi padre si se fuera lejos á acabar su existencia de solterón?... Os amábais ambos, lo presiento, lo veo, desde el dia en que la Providencia os puso enfrente el uno del otro.

Brettecourt y María temblaban como niños.

*Este libro fue usado para  
la escritura.*

*Raul Treviño M.*



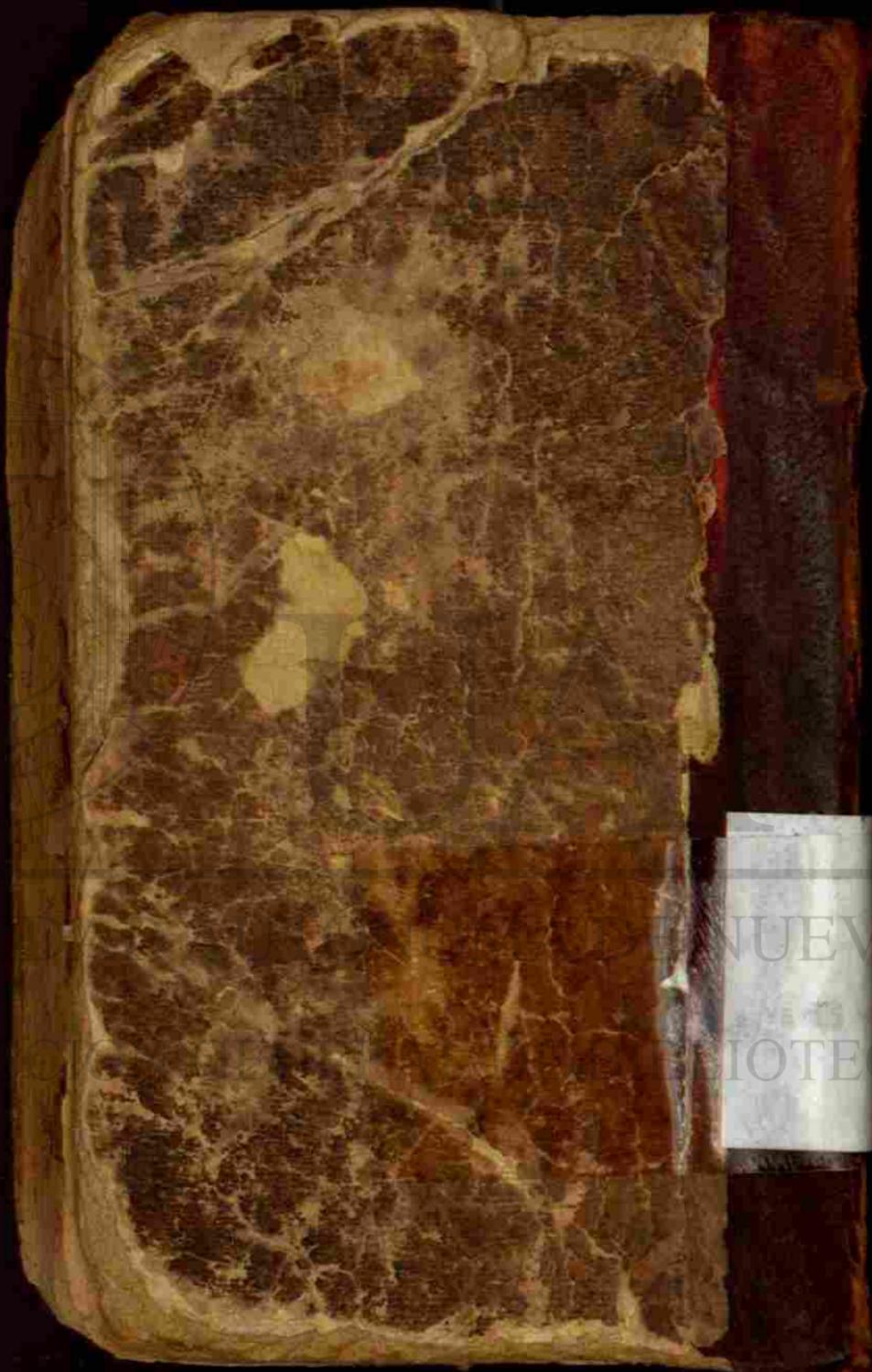
*Facultad de Ciencias Exactas y Físicas  
Colegio Civil  
junio 6 de 1982*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSITY  
OF TORONTO  
LIBRARY